

:: INÉDITO ::

RICHARD DOETSCH

Los
LADRONES
del **CIELO**



BESTSELLER

El robo parece sencillo.
El castigo será universal...

booket

libros  **Tauro**
www.LibrosTauro.com.ar

RICHARD DOETSCH

**LOS
LADRONES
DEL
CIELO**

*Para Virginia,
mi mejor amiga.*

Te amo con todo mi corazón.

En el amor hay un solaz que sólo pueden sentir aquellos que realmente lo conocen. Es cálido y seguro, libre de ira y celos. Es eufórico y nos hace inmunes a la crueldad de la vida. Está colmado de una dicha infinita, agradecimiento imperecedero y auténtico altruismo. Es el más extraordinario de los dones.

Agradecimientos

Me complace enormemente dar las gracias a las siguientes personas:

Gene y Wanda Sgarlata, sin cuya amistad y ayuda no podríais estar leyendo estas palabras; Irwyn Apple-baum, por abrirme la puerta y darme una oportunidad; Nita Taublib, por cerrar el trato y convertir así mi sueño en realidad; Kate Miciak, por su infinita paciencia, orientación y confianza; Joel Gotler, por hacer lo imposible; María Faillace y toda la gente de Fox 2000, por su entusiasmo inicial.

Y, sobre todo, a Cynthia Manson, a quien agradezco sus ideas innovadoras, su fe inquebrantable ante la adversidad y su auténtica amistad.

Gracias a mi familia: a Richard, por su curiosidad, su ingenio y su fortaleza; a Marguerite, por su humor, su corazón y su belleza; a Isabelle, por sus risas y su inocencia. Y, más importante aún, doy las gracias a Virginia por soportar mi manía de trabajar a las tres de la mañana. Virginia, eres mi inspiración, mi risa y mi alegría; eres la razón de todo lo bueno que hay en mi vida.

Finalmente, a ti, lector, gracias por dedicar tu tiempo a la lectura de Los ladrones del cielo. En esta época en que la gente elige entretenerse con películas de dos horas, comedias de situación de media hora y videos de tres minutos, es agradable saber que aun existen personas que prefieren leer y dejar que la historia se desarrolle en su imaginación.

ÍNDICE

ARGUMENTO	7
Prologo	8
Capítulo 1.....	19
Capítulo 2.....	30
Capítulo 3.....	35
Capítulo 4.....	40
Capítulo 5.....	49
Capítulo 6.....	63
Capítulo 7.....	72
Capítulo 8.....	90
Capítulo 9.....	100
Capítulo 10.....	112
Capítulo 11.....	124
Capítulo 12.....	130
Capítulo 13.....	139
Capítulo 14.....	147
Capítulo 15.....	154
Capítulo 16.....	166
Capítulo 17.....	179
Capítulo 18.....	192
Capítulo 19.....	201
Capítulo 20.....	207
Capítulo 21.....	212
Capítulo 22.....	219
Capítulo 23.....	227
Capítulo 24.....	242
Capítulo 25.....	247
Capítulo 26.....	256
Capítulo 27.....	262
Capítulo 28.....	268
Capítulo 29.....	275

Capítulo 30.....	284
Capítulo 31.....	297
Capítulo 32.....	302
Capítulo 33.....	308
Capítulo 34.....	319
Capítulo 35.....	325
Capítulo 36.....	327
Capítulo 37.....	334
Capítulo 38.....	343
Capítulo 39.....	345
Capítulo 40.....	347
Capítulo 41.....	349
Capítulo 42.....	351
Capítulo 43.....	352
Capítulo 44.....	354
Capítulo 45.....	356



ARGUMENTO

Michael St. Pierre es un ex ladrón de guante blanco que lleva una vida honrada junto a su esposa, pero cuando a ella le diagnostican una enfermedad terminal. Michael decide aceptar un último trabajo para poder afrontar el costoso tratamiento paliativo de su mujer. Todo lo que debe hacer es robar un tesoro de un museo vaticano, dos llaves antiguas, una de oro y otra de plata, un trabajo profesional, que debe preparar con detalle, pero no muy complicado para un ladrón de su talla.

Lo que Michael ignora es que tras el robo le aguarda una terrible sorpresa, un secreto que no solo pondrá en peligro su vida sino que condenara definitivamente a toda la humanidad...



Prólogo

Ciudad de Nueva York, noche

Michael Saint Pierre ajustó el visor nocturno monocular Steiner sobre su ojo izquierdo, aflojó la tensión de la cuerda y continuó su descenso desde el decimoquinto piso. El callejón oscuro, ahora teñido de verde, era su lugar de aterrizaje. Tuvo cuidado de no mirar hacia las brillantes luces de la gran ciudad que resplandecían en la distancia: no podía quedarse ciego en ese momento de su vida. El callejón parecía despejado, excepto por unas cuantas bolsas de basura y una pareja de ratas que habían salido a hacer su ronda nocturna. Una breve carrera de menos de treinta metros a través de la calle le permitiría salvar la pared de granito de un par de metros de altura y alcanzar la seguridad nocturna de Central Park. Permaneció unos instantes oculto entre las sombras de los edificios que lo rodeaban. No temía que lo atrapasen: la peor parte ya había pasado, y no había un alma en ese rincón particular del mundo.

Aún le faltaba una veintena de metros para apoyar los pies en el suelo, cuando — gracias a la visión aumentada — su ojo izquierdo captó brevemente un retazo de piel. Piel suave y desnuda. Era en el quinto piso del edificio contiguo, que se alzaba justo al lado de la Quinta Avenida. Habría jurado que había visto un pecho. Apartó la vista; él no era ningún mirón. No obstante, el espectáculo resultaba agradable, y estaba a tiro de piedra. Nunca se habría percatado de ello de no haber sido por su artilugio de visión nocturna. Aun así, aquello no lo inquietaba, pues sabía con certeza que ella no podía verlo.

Continuó su lento descenso en medio de la noche húmeda y calurosa.

Pero, como si se tratase de una cautivadora sirena, aquella visión lo demoró, aunque sólo durante un segundo. Sí, era un pecho. Dos, en realidad, bien proporcionados sobre un talle fino. Dios, le encantaba la vista que podía disfrutar desde allí arriba, con toda la escena bañada por una luz verde. La mujer estaba tendida boca arriba. No podía distinguir los rasgos de su rostro, pero tenía un cuerpo excepcional. Contempló ese cuerpo embargado por el deseo. “Piensa en el trabajo”, se recordó, luchando contra ese momento de lujuria fugaz.

Aflojó la cuerda para proseguir el descenso hacia el callejón. Había invertido demasiadas horas para arriesgarlo todo ahora por unas miradas furtivas a una confiada pareja de amantes. Estaría de regreso en su casa muy pronto si se ceñía al plan trazado, a salvo entre los brazos de su esposa, que era mucho más fascinante que esa mujer que tenía delante de los ojos. Aunque no había duda de que poseía un cuerpo como él jamás había visto antes.

Sin previo aviso, como si le estuviese leyendo el pensamiento, la cabeza de la mujer se volvió hacia la izquierda, en dirección a la ventana. Michael se quedó inmóvil, cogido con fuerza a la cuerda, sin emitir un sonido, sin siquiera atreverse a respirar. ¿Lo había visto? Imposible. Llevaba ropas especiales para pasar inadvertido, y el área que lo rodeaba no podía estar más oscura.

Y entonces sintió que la sangre se le helaba en las venas.

La mujer no lo estaba mirando. No podía hacerlo. Tenía los ojos cubiertos con una tela oscura, y una mordaza en la boca. Los movimientos de su cuerpo no respondían a la pasión sino al terror. Miró con más detenimiento. La mujer yacía sujeta a una mesa, con los brazos y las piernas extendidos. Lo invadió una furia súbita al ver una figura inclinada junto a ella; el rostro del hombre era apenas visible, pero no así el arma que empuñaba. Aquello no era un juego: habían reducido a la mujer para violarla. Y todo eso estaba ocurriendo a menos de seis metros de él.

Miró hacia abajo. Sólo le quedaban quince metros para alcanzar la libertad. El pequeño saco que llevaba a la espalda se movió. Seis meses de planificación por ese pequeño saco. Era su futuro, y no iba a permitir que se le escapara entre los dedos. No era momento de hacerse el héroe.

Pero la mujer seguía allí, con la piel teñida de verde por el visor nocturno, el cuerpo debatiéndose para liberarse de las ligaduras. Michael no necesitaba oírla para saber que estaba gritando debajo de la mordaza.

Verano en la zona este de Manhattan. La mayoría de sus habitantes había cambiado la ciudad por los Hamptons, por Greenwich, por su pequeña porción de lo que ellos llamaban el campo; sus apartamentos permanecían oscuros y polvorientos hasta septiembre. Los reyes y las reinas abandonaban sus castillos por pastos más verdes y aire más fresco, dejando atrás imperios de Wall Street y feudos de Silicon Alley.¹ Era una concentración de dinero sin equiparación en el mundo, todo encerrado en treinta manzanas de fachadas de piedra y corpulentos conserjes irlandeses.

1. Juego de palabras que alude a Silicon Valley, o Valle del Silicio, la rica zona de California donde se encuentran las principales empresas informáticas del mundo. En este caso, la traducción sería «callejón del Silicio». (*N. del t.*)

El imponente edificio de la embajada había albergado originalmente la casa familiar y las oficinas de J. S. Vandervelde, un magnate del petróleo cuyo imperio rivalizaba con los de Getty, Rockefeller y Carnegie. El gobierno de Akbquestán había comprado el edificio a comienzos de los setenta, no por su belleza ornamental, sino por su impenetrable estructura exterior: paredes de un metro de espesor, puertas macizas, cristales a prueba de balas. Los Vandervelde sabían muy bien qué lugar ocupaban en el mundo: conocían a sus enemigos mejor que a su propia familia y, por lo tanto, habían diseñado su hogar teniendo en cuenta ese detalle. Johan Sebastian Vandervelde había hecho construir esta fortaleza —ocho pisos de mansión, siete pisos de oficinas— en 1915, y se había trasladado con su familia al distrito residencial del norte de la ciudad desde su casa en la calle Catorce de Greenwich Village. Los conflictos con sus obreros habían acabado por ser habituales, y eso tenía un precio. Y no sólo se pagaría con sangre sobre los escalones de su puerta.

Los tíos de Akbquestán también sabían cuál era su lugar en el mundo y que necesitaban un bunker más que un edificio de oficinas. Los nuevos propietarios habían mejorado sustancialmente las cañerías, la instalación eléctrica, la calefacción y la seguridad del antiguo hogar de los Vandervelde. La única forma de entrar en el edificio era a través de la puerta principal, si uno estaba dispuesto a tolerar guardias, escáneres, armas y otras medidas similares.

Pero la gente tendía a pensar en dos dimensiones, no en tres. Nunca se había considerado la posibilidad de un asalto desde arriba del edificio, ni siquiera cuando el embajador de Akbquestán se encontraba en la residencia. La terraza sólo contaba con alarmas comunes en puertas, ventanas y claraboyas.

La planificación del golpe le había llevado seis meses. Michael conocía cada rincón del edificio mejor que el más antiguo de sus residentes. La Comisión de Preservación de Edificios Históricos se había mostrado extremadamente servicial al proporcionarle planos completos y detalles de la propiedad. Cuando supieron que estaba escribiendo un libro acerca de la avenida más famosa del mundo, dejaron sus tareas para ayudar a ese joven tan agradable que vestía un traje de Ralph Lauren. No sólo le suministraron información sobre el edificio en cuestión, sino también sobre cada una de las estructuras adyacentes. Forbes Garitón Smyth —alias que Michael había elegido por el distinguido linaje que llevaba implícito— le aseguró a cada comisionado que recibiría un reconocimiento por su colaboración. Descubrió fácilmente el sistema de seguridad norteamericano instalado en el edificio, y consiguió los códigos de acceso mediante un pago nominal al fabricante, ya que el sentimiento estadounidense por los tíos de Akbquestán no era muy profundo.

Como todo buen hombre de negocios, Michael era minucioso en su trabajo, y cuidaba todos y cada uno de los detalles. Era un profesional como la copa de un pino. No había descuidado ningún aspecto del plan, ni pasado por alto absolutamente nada en su investigación. Había analizado cada posibilidad y previsto

una respuesta. Pero, a diferencia de otros negocios, la suya era una empresa unipersonal. No había personal de Investigación y Desarrollo, ni secretarías, ni vicepresidente de Recursos Humanos. Michael trabajaba solo: en un terreno incierto no se puede ser confiado. Siempre daba sus golpes sin que sus víctimas —gobiernos, criminales, asegurados contra todo riesgo— lo detectaran, y nada podía señalar nunca en su dirección. Entraba y salía en cuestión de minutos, jamás cometía un error, nunca dejaba una huella, nunca una pista, y, lo que era más importante, jamás lo habían atrapado.

Ahora que las Naciones Unidas estaban en período de receso, la embajada había reducido su personal: dos guardias de servicio por turno y un puñado de secretarías en horas de oficina, y eso era todo. El resto del personal había regresado a su hogar para disfrutar de la tierra desértica y montañosa a la que representaban.

El embajador, Anwar Sri Ruskot, era un respetado general que se distinguía en su faceta diplomática, pero ese talento ocupaba un puesto muy inferior respecto a sus habilidades más notables. El general Ruskot era muy conocido en los mercados negros como perista de primer nivel especializado en el movimiento de antigüedades, joyas y pinturas, para lo cual hacía uso de sus credenciales diplomáticas. En lo que concernía al general, la valija diplomática era un invento más grande que la electricidad, la bombilla y las mujeres, todo junto. Los rumores acerca de sus actividades corrían como la pólvora en los círculos de los organismos encargados de hacer cumplir la ley, pero tanto el FBI como la Interpol se veían impotentes para actuar. Si se les ocurría sacudir el árbol, el Departamento de Estado se encontraría con una importante crisis entre las manos que podría agravarse rápidamente hasta provocar un baño de sangre entre los dos países, que no eran precisamente amigos.

Cuando el general Ruskot estaba en la ciudad, dirigía sus negocios desde la planta decimoquinta de la embajada, lejos del alcance de sus guardias, consejeros, secretarías y de cualquier entrometido. Ruskot afirmaba que era allí donde se encargaba de llevar los asuntos más delicados de su país y que, si esos asuntos se hacían públicos de manera prematura, el impacto sería catastrófico para la diplomacia mundial. Pasara lo que pasase, nadie entraba jamás en la planta decimoquinta de la embajada.

El primero en ver las verdaderas operaciones que llevaba a cabo el embajador fue Michael. Estaba suspendido de un cable de Kevlar en medio de la habitación, a un metro y medio del suelo, alumbrando la estancia con una pequeña linterna. El estudio era grande, un cruce entre la biblioteca de un caballero y un fumadero de opio. Contra la pared del fondo se apoyaba un sólido escritorio masculino rodeado de sillas de cuero rojo y respaldo alto, mientras que en el extremo opuesto había grandes y mullidos cojines dispuestos en torno a un narguile, cuyo rancio olor a opio aún impregnaba el aire. Entre la gran variedad de antigüedades orientales y pinturas

de grandes maestros, alfombras y tapices turcos, había libros mayores, archivadores y ordenadores que detallaban cada transacción turbia, cada pago ilegal, cada trato cerrado bajo cuerda. Mientras que la mayoría de los delincuentes mostraba una gran discreción en cuanto a la conservación de archivos, ésta era una preocupación que nunca afectaría a Ruskot: el general no estaba en suelo estadounidense, sino en territorio de Akbiquistán protegido por la Convención de Viena.

Michael había entrado en el callejón poco antes de medianoche para iniciar su ascenso. La tienda de cuatro plantas se encontraba a pocos metros de Madison Avenue, y su fachada de bloques de granito era el sueño de cualquier escalador. Llevaba a la espalda varios tramos de fina cuerda de escalada; en la cintura, mosquetones, crampones y un equipo de herramientas, todo sujeto con cinta adhesiva para evitar cualquier ruido. Inició el ascenso desde el callejón en sombras, aferrándose a los estrechísimos rebordes entre los bloques de granito de la pared. Como si hubiese salido a dar un paseo, escaló la tienda en cuestión de segundos, y luego atravesó la terraza en dirección al edificio de apartamentos de ocho plantas contiguo. Con el estilo y la fuerza de un experto, pasó de un edificio a otro avanzando hacia la Quinta Avenida, elevándose cada vez más por encima de la ciudad a medida que lo hacía. A Michael le gustaba mucho más escalar edificios que rocas. Los edificios representaban un desafío mayor, le daban la sensación de haber conseguido un logro mayor. Se había colgado de fachadas hechas por el hombre desde que estaba en la universidad: los dormitorios del Towers habían sido su primer Everest. Había trepado hasta el piso veintidós del edificio y se había deslizado en la habitación de un profesor sin hacer el más mínimo ruido; todo para conseguir las preguntas de un examen. Pero su arriesgada aventura no había tenido la recompensa esperada: la chica para quien había robado las preguntas no logró aprobar.

Michael descendió hasta la terraza de la embajada de Akbiquistán desde el edificio residencial de dieciocho pisos contiguo. La claraboya, instalada en 1968, disponía de alarma, pero quedó fácilmente desactivada mediante unos cuantos empalmes. Luego quitó el cristal, examinó la habitación a oscuras a través de su visor monocular e inició el descenso. Un apartamento increíble, una colección de arte impresionante. Michael había estudiado los planos como si se tratase del guión de una obra de teatro, y podía describirlo con los ojos cerrados; conocía cada centímetro de ese lugar mucho antes de poner un pie en él.

A través de sus distintas fuentes había conseguido averiguar que allí guardaban una cantidad considerable de diamantes sin tallar, y sus contactos demostraron tener una información fidedigna cuando la caja fuerte Wells Fargo 1908 de casi dos metros de alto se abrió bajo sus hábiles dedos. En su interior descansaban los diamantes. Extendió la tela de terciopelo negro y allí estaban, como diminutas estrellas contra un cielo nocturno, titilando y centelleando delante de sus ojos. Una cantidad suficiente

para llenar un bote de galletas. Treinta millones en el mercado negro, dólares imposibles de rastrear. Lo que hacía aún más atractivo este trabajo era el hecho de que nadie podría denunciar jamás la desaparición de esos diamantes. Eran piedras seguramente robadas, ilegalmente aseguradas, cuya existencia sólo conocía una minoría selecta. El embajador jamás daría la voz de alarma. El origen de esos diamantes provocaría demasiadas preguntas. Nadie, en ninguna circunstancia, podría entrar en la suite del piso quince para inspeccionar la escena del delito. Ningún policía, ninguna investigación, ningún problema.

En el mismo momento en que se abría la puerta de la caja fuerte, el cabo Javier Samaha se sentía cada vez más inquieto en su puesto de guardia junto a la puerta del edificio de la embajada. Los guardias habían echado a suertes quién se marcharía a su casa, y Samaha había sacado la proverbial pajita más corta. La monotonía de los turnos de doce horas había hecho que se le hinchasen los pies y le doliese la cabeza. Era una noche tranquila, un jueves, y no pasaba nada, como de costumbre. Aparte de comer, leer y jugar a las cartas, no había mucho más que hacer. A pesar de todos los temores de ser un extranjero en una tierra hostil, nunca se había producido ningún incidente en la embajada ni contra ninguno de sus compatriotas. Samaha pensaba que la paranoia del embajador era completamente infundada y sus precauciones, exageradas. Estaban en el siglo XXI, en la era de la tolerancia, y la embajada se encontraba en la ciudad más liberal y diversa del mundo. Además, se hallaban en pleno verano, así que todos los extremistas y los universitarios se habían largado de vacaciones, y nadie iba a organizar una protesta al menos hasta septiembre. Samaha se volvió hacia el guardia que estaba en el mostrador y le dijo que iba a hacer su ronda un poco más temprano, pues necesitaba estirar las piernas y aclararse la cabeza. Habitualmente comenzaba la ronda por el segundo piso y continuaba hacia las plantas superiores; pero, haciendo uso de la escasa autoridad que tenía, esa noche decidió empezar la ronda por el último piso.

Michael cerró la caja fuerte, guardó los diamantes en el pequeño saco y se lo colgó a la espalda. Dedicó un momento a admirar las obras de arte que había en la habitación, seguro de que nadie entraría en esa área restringida, y vio una cruz enjorada en un rincón. Medía unos veinte centímetros y estaba incrustada de zafiros, rubíes y esmeraldas. Él sólo había ido allí por los diamantes, pero aquella cruz lo llamaba a gritos, no sabía por qué. No formaba parte de su plan y detestaba desviarse del guión; siempre era extremadamente exigente en su trabajo. Sabía que la clave del éxito —que se traducía en no ser atrapado— consistía en ceñirse al plan previsto. Pero, después de todo, ése sería su último trabajo.

Guardó la cruz con los diamantes y abandonó la habitación exactamente noventa y tres segundos después de haber entrado.

La puerta del ascensor se abrió en el piso decimoquinto. El cabo Samaha conocía perfectamente las restricciones, pero esa noche la curiosidad lo había vencido. No

había nadie que pudiese verlo, de modo que ¿qué mal podía hacer? Comprobó la única puerta del apartamento que había en ese piso —la única puerta de la que los guardias no tenían la llave— y, confirmando que estaba bien cerrada, se dirigió un tanto decepcionado hacia la escalera de incendios. Luego se volvió y echó un vistazo a la puerta de caoba tallada que daba acceso al refugio de Ruskot. El cabo no sentía demasiado respeto por el paranoico diplomático, pero era su obligación proteger al general y defender la dignidad de su país. Samaha se resignó a no poder conocer la verdad que se ocultaba detrás de aquella puerta y concentró sus pensamientos en el café. Había salido ya a la escalera de incendios, cuando oyó un leve sonido en medio del silencio que reinaba en la planta quince. Se detuvo y aguzó el oído. Volvió a oírlo. El sonido provenía del interior del apartamento y en esta ocasión no había sido tan nítido, pero no cabía duda de que no era natural. Volvió sobre sus pasos y comprobó nuevamente la puerta: cerrada con llave. Apoyó la oreja contra la superficie de caoba pulida y escuchó con todos los sentidos. Estaba seguro de que oía algo dentro del apartamento. Pensó en las implicaciones, en su obligación para con su país; consideró la violenta personalidad del general y volvió a considerar la violenta personalidad del general.

Olvidándose de cualquier precaución, abrió la puerta de una patada. El apartamento se encontraba a oscuras, excepto por la luz que se filtraba desde el vestíbulo y el escaso resplandor procedente de la claraboya. El cabo advirtió que el espacioso estudio estaba finamente amueblado, mucho mejor que cualquier otra habitación de la embajada. Un palacio en el cielo. Dedicó unos momentos a examinarlo. No parecía haber nada fuera de lugar. Se fijó especialmente en la enorme caja fuerte y, mientras se preguntaba qué uso le darían, comprobó la cerradura. Todo en orden. Se volvió para marcharse, diciéndose que probablemente el sonido que había oído era del conducto del aire acondicionado. Pero entonces vio algo en la pared.

Parecía una mancha de humedad, un contorno de polvo. Samaha se acercó para examinarla mejor, pisando los mullidos cojines y echando un vistazo despectivo al narguile. Aunque el apartamento estaba sumido en la oscuridad, la escasa luz era suficiente para distinguir la mancha en la pared. El cabo pasó los dedos sobre ella, siguiendo su contorno. Con el tiempo, la luz del sol había desteñido la pintura, pero una pequeña zona conservaba aún el color verde brillante de su aplicación original, una pequeña zona con la forma de una cruz.

Así pues, Michael estaba suspendido en el aire a quince metros del suelo con su futuro asegurado en el pequeño saco que llevaba a la espalda. A cinco pisos de la libertad, y con una mujer torturada delante de sus ojos y a punto de morir. Su mal presentimiento, el que le contraía el estómago y le decía que echara a correr en la dirección contraria, le resultaba casi insoportable. Pero eso no era nada comparado con el miedo que sentía por la víctima inocente que había visto fugazmente.

Subió por la cuerda a pulso, palmo a palmo, completó en pocos segundos la ascensión de casi treinta metros y salvó el antepecho. Seis metros más allá y nueve pisos más abajo estaba el edificio residencial de seis plantas. Escaló el edificio de apartamentos contiguo, se desplazó de costado clavando las puntas de los dedos en la superficie de ladrillos y, tras asegurar la cuerda, se deslizó hacia abajo.

Le gustaba contar con un plan minuciosamente trazado, así como con un plan B, y siempre tenía un plan B para el plan B pues evitaba la improvisación. La adrenalina corría por sus venas, y ahora sólo podía confiar en su instinto. Repasó lo que sabía: el edificio residencial estaba a nombre de una corporación europea de empresas textiles, lo ocupaba habitualmente un matrimonio y un pequeño schnauzer, y disponía de un sistema de alarma barato e ineficaz. Conocía a fondo el edificio porque lo había estudiado como posición de retirada.

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. ¿Dónde estaba el marido? ¿Quién era el violador? ¿Era acaso el propio marido? ¿Era así como se excitaba esta pareja? No había tiempo para las preguntas, sólo para los hechos: el lenguaje corporal de la mujer manifestaba claramente que imploraba ayuda ante su inminente muerte.

No había sido una decisión difícil. Samaha le explicó a su compañero de guardia en el mostrador de la entrada que había oído algo en el apartamento del piso quince y, a pesar de que tenía órdenes de no entrar allí, había pensado que era su deber proteger a su país. Añadió que había comprobado el resto del edificio con la sensación de que podía haber alguien merodeando en la terraza. «Tonterías», había sido la única respuesta del oficial de guardia. Entonces Samaha había sugerido que llamasen a la policía para que se diesen una vuelta por la embajada y mantuvieran los ojos abiertos ante cualquier cosa sospechosa. Era una buena historia de portada: que la policía peinase la zona; si el ladrón aún estaba en los alrededores, los policías lo atraparían y Samaha se llevaría todo el mérito por su rápida iniciativa. Incluso era probable que recibiera una condecoración. ¿Y si la policía no cogía a nadie? El general Ruskot estaría de regreso dentro de dos semanas, con su terrible carácter, así que ausentarse sin permiso por Nueva York sería una buena alternativa.

Michael entró silenciosamente en el edificio por la ventana del último piso. No llevaba pistola; odiaba las armas de fuego, nunca había tenido que utilizarlas, y no habría sabido qué hacer con una si la hubiese tenido. Pero tenía su cuchillo, y lo sostuvo en la mano. El mango era suave, agradable al tacto, y la luz arrancaba destellos al filo mortal de la hoja de acero. Lo hizo girar en la palma de la mano mientras elevaba una silenciosa plegaria para no tener que utilizarlo; su afilado metal nunca había estado en contacto con la piel de un ser vivo.

Orientó su visor nocturno hasta bañar con su espectral resplandor verde la habitación de invitados situada en la parte trasera del piso, y luego salió al corredor. Unos ruidos sordos, sumados al roce de una piel desnuda contra una mesa y un débil

gemido, le estremecieron el alma y fortalecieron su determinación. En el extremo del pasillo, justo delante de la puerta, yacía el pequeño schnauzer en medio de un charco de sangre. Michael avanzó lentamente y se asomó a la habitación, que resultó ser un taller de cerámica. Había numerosos botes de pintura, disolventes y barnices sobre un banco de trabajo, así como un gran horno en el rincón, con el ventilador en funcionamiento para disipar el intenso calor interno. El aire estaba impregnado de un olor terroso y húmedo, entremezclado con un leve aroma a jazmines. En el suelo había trozos de cerámica hecha añicos y herramientas esparcidas por todas partes, como si un súbito remolino hubiese barrido el lugar. Vio la mesa donde se trabajaba y moldeaba la arcilla, donde se le daba forma para convertirla en arte. Pero esa noche no era precisamente arcilla lo que se trabajaba.

La mujer era rubia y estaba al cabo de la treintena. Una fina capa de sudor le cubría el cuerpo, y su pecho subía y bajaba con la agitación del terror. Incluso desnuda era fácil advertir su riqueza, pues su cuerpo tenía el tono muscular de una atleta y en el rostro se advertía el excelente trabajo de un cirujano plástico de Park Avenue. Sus pies, perfectamente cuidados, colgaban a los costados de la mesa, atados a las patas; tenía además los brazos sujetos por encima de la cabeza, y un pañuelo negro cubriéndole los ojos. Sus desgarradores gemidos, ahogados por la mordaza, helaban el corazón de Michael, pero al menos servían para confirmarle una cosa: la mujer seguía con vida.

Sobre el alféizar de la ventana había algo que sólo podía ser descrito como un equipo médico del siglo XIX, una colección de toscos instrumentos quirúrgicos antiguos —bisturís, escalpelos y sierras para huesos— propia de un matasanos.

Michael miró en derredor, pero no vio rastros del asaltante de la mujer. Se quitó el aparato de visión nocturna y corrió hacia la mesa. La mujer no tenía herida alguna; quienquiera que la hubiera reducido a ese estado aún no había comenzado su trabajo. Empezó a cortar rápidamente las ligaduras; pero, sin darse cuenta de que Michael intentaba salvarla, la mujer se revolvió y dejó escapar un chillido que sonó amortiguado por la mordaza.

Y fue entonces cuando recibió un mazazo en un costado de la cabeza. Michael se tambaleó hacia atrás, mareado, y perdió toda noción de tiempo y realidad. Entrevió una figura oscura con el rostro tapado por un pañuelo, un mazo de escultor en la mano derecha y una pistola en la izquierda. Sintiendo que la cabeza le estallaba, Michael luchó por no perder el conocimiento. Cuando había emprendido su aventura de esa noche no había imaginado que la muerte pudiera ser una opción, pero en esos momentos... Sin mediar palabra, el frío cañón de la pistola se apoyó contra su frente. El loco levantó nuevamente el mazo y luego se detuvo, como si disfrutara de la situación. Michael apretó el mango del cuchillo, aliviado por el hecho de que estuviese oculto. Luego, sin dudar un instante, impulsó la hoja hacia arriba y la clavó en la muñeca de su atacante, hundiéndola hasta el mango. La punta ensangrentada

salió por el otro lado del brazo, y su atacante cayó hacia atrás y fue a chocar contra el horno. Se golpeó con el hombro contra el metal calentado a mil doscientos grados, mientras la pistola resbalaba de entre sus dedos. Un segundo después, el hedor a carne quemada llenó el aire.

Michael se incorporó, tambaleante, tratando de sobreponerse al terrible mareo provocado por el brutal golpe. Se aferró a la mesa para sostenerse en pie, y al fin pudo ver bien al hombre que lo había atacado. Los ojos eran fríos e inexpresivos; del hombro quemado salía un hilillo de humo, y la sangre que brotaba de su antebrazo chorreaba por la hoja del cuchillo. Haciendo caso omiso del dolor, el hombre se arrancó el cuchillo de la muñeca herida y se abalanzó sobre Michael, le clavó el cuchillo en el hombro y lo lanzó al suelo. El chiflado aferró el mango del cuchillo y, como si fuese un cerdo en el matadero, arrastró a Michael a través de la habitación hasta dejarlo junto al horno. Con un rugido de furia, el hombre pateó la hoja del cuchillo; un dolor insoportable acometió a Michael.

Cuando ya se hundía en la inconsciencia, el agudo chirrido de una radio lo sobresaltó. Era un monitor de frecuencia de la policía, propiedad de su atacante. Michael apenas si pudo distinguir las palabras: «Posible robo en la embajada de Akbiquestán, coche en camino»

Se quedó tendido allí, conmocionado por el terrible dolor. La mujer profirió un grito ahogado a través de la mordaza; ahora seguramente la mataría. Los pensamientos de Michael se centraron en su esposa. ¿Cómo podría entender nunca lo que había pasado? Imaginó a la policía comunicándole su muerte: cómo lo habían encontrado, cómo lo habían asesinado. ¿Podría ella ser tan amable de ayudarlos en la investigación de los hechos? Ayudarlos a explicar la presencia de los diamantes robados en el saco que su marido llevaba a la espalda. ¿Conocía ella a esa mujer de la alta sociedad, muerta y desnuda? ¿Su esposo y esa mujer tenían una aventura?

Llevado por la desesperación, Michael levantó un brazo y se extrajo el cuchillo del hombro con un fuerte tirón; el dolor fue tan intenso que sintió que se hundía en la oscuridad. Pero el ruido de un líquido al ser vertido lo devolvió súbitamente a la realidad. El disolvente que se extendía por todo el suelo le llenó las fosas nasales, y le abrasó la piel al alcanzar la herida abierta. Por primera vez en su vida tuvo conciencia de su mortalidad. Si no se movía —y enseguida—, no sólo moriría él, sino también la mujer.

De pie ante la puerta, el loco balanceó el brazo hacia atrás, y la mecha de un cóctel molotov casero brilló en la oscuridad. Michael luchó para levantarse mientras el hombre lanzaba la botella en llamas directamente hacia él. La bomba de disolvente flotó en el aire durante lo que pareció una eternidad antes de describir un arco descendente y estallar finalmente contra el horno calentado al rojo vivo. El fuego se elevó al instante y se extendió por el suelo. El loco desapareció cuando la puerta comenzó a arder.

Luchando contra el lacerante dolor del hombro y contra lo que seguramente era una conmoción cerebral, Michael atravesó la habitación entre las llamas y el humo cada vez más densos. Cogió una lona de un estante y la arrojó sobre la aturdida mujer. Luego le quitó la venda de los ojos y la mordaza. Ella vio las llamas y lanzó un chillido histérico. Michael sujetó su cuerda a una de las patas de la mesa, cogió una silla y la arrojó contra la ventana, y a continuación hizo lo propio con la cuerda de escalada. Se ciñó el arnés y agarró a la mujer. Ella no necesitaba que le dijese adonde iban: se aferró a Michael.

Michael saltó con su carga a través de la ventana justo cuando la habitación estallaba en llamas, y juntos cayeron pesadamente a través del aire veraniego mientras la mesa se deslizaba por el suelo de la habitación hasta chocar contra la ventana. La caída se interrumpió bruscamente a varios pisos sobre el callejón; las llamas brotaban por la ventana a sólo unos metros por encima de sus cabezas.

Puso los pies en la acera en el mismo momento en que explotaban las ventanas y las llamas y el humo ascendían hacia el cielo de la ciudad. El interior del apartamento brillaba con un resplandor anaranjado mientras todo el sexto piso quedaba envuelto por el fuego. Michael depositó en el suelo a la mujer, que sollozaba y decía incoherencias al tiempo que se envolvía el cuerpo desnudo con la lona, temblando y gimiendo.

El se desabrochó el cinturón, tiró las herramientas entre los arbustos, y comprobó el pequeño saco lleno de diamantes que llevaba a la espalda. Seguía allí. El hombro continuaba sangrando, y la camisa negra se había vuelto color carmesí. Esperaba que la pérdida de sangre no fuese mortal: en ese momento no tenía tiempo para lidiar con la muerte. Se inclinó sobre la mujer y vio que la vida regresaba lentamente a sus ojos. Ella sonrió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Las sirenas rompieron el silencio, y al cabo de pocos segundos tres coches de la policía frenaban bruscamente al otro lado de la calle con un chirrido de neumáticos. Michael miró al otro lado de la Quinta Avenida, a la pared de Central Park. Tocó el saco que llevaba a la espalda; era su futuro. La libertad se encontraba a sólo veinte metros.

Aún estaba a tiempo de conseguirlo.



Capítulo 1

Ya no fabricaban vidrios de color como aquéllos: morado brillante, rosa oscuro, dorado intenso, todos combinados para representar las Puertas del Cielo, el motivo central de una iglesia antigua y encalada. El sol de la mañana se filtraba a través de los vitrales, bañando con sombras multicolores a los feligreses; algunos estaban allí porque querían, la mayoría porque tenían la obligación de estar allí. Y, como sucede en cualquier casa de oración, sea cual sea la creencia, había gente que ocupaba los primeros bancos como si su proximidad con el altar los acercase a la salvación. Las mujeres lucían elegantes vestidos, los hombres olían a colonia y llevaban impecables chaquetas de lana y sus mejores corbatas de seda, todos ellos con la creencia de que el hábito hace al monje.

Detrás del pulpito se encontraba el padre Patrick Shaunessy. El pelo muy corto era completamente blanco y ofrecía un agudo contraste con sus cejas negras. Sus gruesos brazos, ocultos dentro de las amplias mangas de su holgada sotana verde, se movían al compás de la cadencia irlandesa de su voz. Durante años había predicado ante su rebaño, pero nunca dejaba de preguntarse si alguna vez había conseguido llegar a un solo individuo de todos los que asistían a la iglesia. Al igual que en su juventud, vivían en una época con un índice constante de crímenes y adulterio, y un progresivo alejamiento de la religión. En apariencia, la gente ponía su fe en la tecnología, la ciencia y el sexo, y no creían más que en aquello que les resultaba tangible. Si no se puede tocar, no existe. Sin saber exactamente por qué, el padre Shaunessy predicaba con la esperanza de poder salvar aunque sólo fuese a un alma de este mundo sumido en la confusión.

El sacerdote era un hombre menudo, y algunos lo habrían tildado de enclenque — había albergado sueños fugaces de convertirse en una leyenda ecuestre corriendo el Derby de Kentucky en Churchill Downs— si no fuera por su voz, que constituía su don máspreciado, porque su voz era tan poderosa como débil era su cuerpo. Y era esta voz la que ahora resonaba ante su congregación.

—No podéis robar la salvación, como un ladrón en la noche. Porque no es por la perfección en la vida en esta tierra por lo que nos esforzamos, sino por la perfección de la fe. La fe en Dios nos proporcionará la vida eterna. Sólo la fe es la clave que nos garantizará la salvación eterna.

Juntó sus papeles y, como si quisiera enfatizar sus palabras, añadió:

—Abrid vuestros misales en La mañana ha llegado, página ciento tres.

La congregación comenzó a cantar y, aunque no sonaba precisamente como Cat Stevens, era un canto entonado y lleno de esperanza que se elevó hacia lo alto.

Casi oculta en los últimos bancos se encontraba la mayor admiradora del padre Shaunessy. Si la intención de la mujer era esconderse, no lo tenía fácil: era imposible que pasara inadvertida con los rizos castaño-rojizos que le caían sobre la espalda como fuego líquido. Con una expresión de seguridad en el rostro y el misal en la mano, la mujer cantaba para sí; una acción que contrastaba vivamente con el resto de su vida. Durante largos años había sido una persona muy difícil de controlar. Desde que tenía trece había encarnado una flagrante contradicción: durante el día aprendía los siete pecados capitales en la escuela católica a la que asistía, y luego salía por la noche e intentaba cometerlos todos. Y, aunque los años habían traído cierta moderación y un sentido de responsabilidad a su vida, nunca había abandonado por completo sus raíces salvajes. El sábado por la noche solía encontrarla bailando en alguna parte, pero casi todos los domingos, sin importar el tiempo que hiciera, sin importar su salud, sin importar nada, se la podía encontrar sentada en el mismo banco a las once de la mañana, con la cabeza inclinada, dando gracias en silencio por todo lo que tenía en el mundo. No siempre estaba de acuerdo con la Iglesia, ni su conducta la haría jamás candidata a la santidad, pero la fe en Dios de Mary Saint Pierre era profunda y auténtica.

Sentado en silencio junto a ella, en el mismo banco, su esposo contemplaba a la congregación cantora, con los labios apretados en señal de protesta. Una mata de pelo castaño sin peinar enmarcaba un rostro fuerte y atractivo, aunque sus treinta y ocho años se adivinaban en su aire cansado. El hombre se agitó en su asiento. En sus ojos oscuros se podía ver que su mente ya estaba en la salida. Hasta la fecha, Michael Saint Pierre nunca le había hablado a su esposa acerca de su declinante fe, y ése no era el momento más oportuno de hacerlo. Ya tenían demasiados problemas que resolver.

Mary y Michael salieron de la iglesia en medio de la multitud de feligreses que se afanaban en estrechar la mano de su pastor, esperando contra todo pronóstico que algo de la santidad del sacerdote se transmitiese quizá a sus almas.

El padre Shaunessy cumplía con ese ritual con un cordial saludo a cada feligrés, agradeciéndoles su presencia mientras ellos lo felicitaban por el sermón, mientras su leve sonrisa ocultaba la pregunta que anidaba en su mente: “¿Sería capaz alguno de ellos de repetir una sola frase del sermón, no ya la enseñanza diaria?”. Pero entonces su rostro se iluminó porque había visto a Mary Saint Pierre.

—Ha sido un hermoso sermón, padre —dijo Mary, bajando la vista para mirar al pequeño sacerdote.

Era casi como si hablara con un niño, tan notable era la diferencia de altura entre ambos. Consciente de que el sacerdote se sentiría incómodo con su estatura, Mary siempre tenía el cuidado de no ponerse zapatos de tacón cuando acudía a la iglesia, pero aun así medía un metro setenta y cinco.

—Gracias, Mary. —El sacerdote le cogió las manos entre las suyas—. Sé que siempre puedo contar con tu sonrisa cuando estoy en el altar.

El padre Shaunessy no saludó a Michael, como si él no estuviese allí. Al percibir la incomodidad de su marido, Mary sonrió y lo acercó hacia ella.

Finalmente, como si lo hubiera pensado mejor, y sin querer ofender a Mary, el sacerdote saludó a Michael.

—Mike.

—Patrick— musitó Michael de mala gana.

La cola de personas que querían estrechar la mano del sacerdote era cada vez más larga y se mostraba cada vez más impaciente. El sacerdote soltó la mano de Mary. — La paz sea contigo, criatura.

—Gracias, padre. Y con usted.

Los Saint Pierre se alejaron por el camino flanqueado de árboles en dirección a la zona de aparcamiento, mientras el padre Shaunessy continuaba saludando a su rebaño de fieles.

El Ford Taurus del 89 salió del aparcamiento de la iglesia y se dirigió al este. El viejo coche tenía la carrocería abollada y oxidada, pero limpia. Michael conducía en silencio, con la vista fija en el horizonte, perdido en sus pensamientos. Mary sabía que Michael estaba sufriendo otra vez. Su esposo se había retirado a ese mundo al que nadie podía entrar, para enfrentarse a sus problemas solo. Era un muro que ella siempre luchaba por derribar, y cada vez requería una nueva estrategia. Con una sonrisa, Mary estiró la mano para tocarlo.

El la miró.

—¿Qué ocurre?

—Sólo te estaba quitando algo que tenías en el hombro.

—¿Caspa?

—No. El rencor.

—¿Qué? —Completamente desconcertado, Michael se agitó como si tuviese una araña en el hombro—. ¿Qué rencor?

—El rencor que llevas en el hombro.²

Michael hizo una mueca, tratando de conservar su malhumor.

—Pat no es un mal hombre —dijo Mary.

—Me mira como si fuese a infectar a su congregación o algo por el estilo. Pensaba que los sacerdotes debían ser indulgentes.

Su tono era de profunda amargura.

—Es muy difícil que alguien tan bajo pueda menospreciarte, Michael.

—Echa un vistazo al mundo a través de mis ojos, Mary.

Los ojos de Michael no se apartaron de la carretera en ningún momento.

Mary odiaba cuando Michael le hablaba de ese modo, con irritación. No sucedía a menudo, sólo los domingos y, generalmente, una hora antes o después de asistir a misa. Sabía lo que eso le costaba a Michael pero, después de todo, sólo se trataba de una hora por semana. Y ella sí que veía el mundo a través de sus ojos; era capaz de hacerlo en cualquier momento y, en lo que a ella concernía, él debería poner un poco de paz en su vida.

—¿Por qué tenemos que pasar por esto cada semana? —Mary apoyó la mano sobre el muslo de Michael en un gesto de reconciliación.

Un silencio incómodo se instaló en el coche.

Al costado de la carretera había docenas de coches. La música —al parecer, algo de Springsteen— se difundía a todo volumen desde alguna parte. A lo lejos se oía el rugido del océano, y la brisa que llegaba del mar impregnaba el aire de un inconfundible olor a verano. Mary subió por el sendero de lajas hacía una casa gris de Cape Cod descolorida por la intemperie, seguida por Michael, que caminaba a unos cinco pasos por detrás de ella, aún silencioso y tenso. Llamó al timbre, pero nadie contestó. Volvió a llamar mientras Michael llegaba finalmente a su lado. Mary apoyó la mano en el tirador y abrió la puerta.

—No sé si realmente estoy de humor para esto —advirtió Michael.

—¿Y para qué estás de humor? —preguntó ella, con la paciencia casi agotada.

Michael no le contestó.

—Nos despediremos de todos dentro de media hora y estaremos en casa antes de dos horas.

2. La expresión literal en inglés para indicar que alguien está resentido o guarda rencor por algo es «tener una brizna en el hombro». (*N.delt.*)

—Nos despediremos de todos dentro de media hora y estaremos en casa antes de dos horas.

Ella le cogió la mano y lo hizo entrar en la casa. Las habitaciones estaban oscuras, sospechosamente vacías. Mary se dirigió hacia la parte trasera de la casa, atravesando una sencilla sala de estar y el comedor, acompañada por un ruido apagado que aumentaba a cada paso. Llegó a una puerta corredera de cristal cubierta con una cortina.

—Recuerda que debes sonreír —susurró Mary.

Descorrió la cortina y la fiesta apareció ante sus ojos. No cualquier fiesta, sino el no va más en fiestas. Un mar de gente llenaba la terraza trasera y se esparcía por la playa. Había tres barbacoas encendidas y las llamas lamían el cielo. Si en las parrillas quedaba algún trozo de carne, ya hacía tiempo que había sido incinerada y de vuelta a los dioses. Unos grandes altavoces vomitaban Candy's Room, y la quejumbrosa voz de Springsteen se las veía y deseaba para competir con el tumulto festivo.

Mary tiró de la mano de Michael y ambos se sumergieron en el pandemonio. Abriéndose paso a través de la multitud borracha, avanzaron hacia la parte posterior de la terraza en busca de un espacio para respirar, cuando vieron que un hombre enorme se acercaba a ellos. La gente se apartaba a su paso, como si fuese por respeto a la realeza, asintiendo y palmeándole la anchísima espalda. Era un hombre pesado, no gordo, pero tampoco musculoso, sólo grande y fornido. Con sus dos metros se destacaba sobre el resto de los presentes. El color rubio desteñido del pelo recordaba a un surfista, aunque difícilmente se fabricaran tablas lo bastante grandes para tipos como él. Mary quedó engullida al instante dentro de su circunferencia cuando él la abrazó: un gigante bondadoso acariciando a una paloma.

—Ahora la fiesta puede dar comienzo oficialmente —gruñó el hombretón. Liberó a Mary de sus garras, se volvió y abrazó a Michael, quien no pudo mostrarse más incómodo mientras el aire escapaba de sus pulmones—. Como siempre, habéis llegado tarde —volvió a rugir.

—La iglesia —se defendió Mary.

El gigante miró a Michael directamente a los ojos y preguntó:

—¿Bubby?

—Yo he rezado por tu alma enorme y conservada en whisky.

La mirada del gigante se endureció.

—Excusas, excusas. —Cogió la cabeza de Michael entre sus manazas y lo acercó hacia sí—. Todos son gilipollas.—Depositó un sonoro beso en la frente de Michael antes de soltarlo—. Me alegro de que lo hayas hecho.

Michael se relajó por fin.

Paul Busch no se excedía en la bebida salvo cuando realmente tenía una buena razón para hacerlo —algo que era extremadamente raro—, no fumaba y siempre había sido enemigo de las drogas. De hecho, aparte de su debilidad por la comida basura, Paul era probablemente uno de los hombres de vida más higiénica que se podían encontrar. Excepto una vez al año. Una vez al año, aproximadamente por esas fechas, Paul Busch organizaba su festín de fin de semana como una especie de Memorial Day.³ Todas aquellas personas a las que había conocido, hablado, golpeado, besado, entrenado, abrazado o con las que se había casado alguna vez eran invitadas a su casa en la playa para dar el pistoletazo de salida al verano. Ésa era su fiesta de celebración de la vida tal como Paul la concebía y, puesto que era él quien corría con los gastos, se sentía autorizado a probarlo todo, incluido el alcohol. De ahí su actual estado alegre y desmañado.

Por encima de la estridente música llegó el ruido de niños riendo y gritando, cada vez más cerca. Y súbitamente, como si se hubiesen materializado en el aire, allí estaban, un niño y una niña irlandeses de no más de seis años. Robbie —once meses mayor— y Chrissie Busch, dos crios rubísimos con unas sonrisas que podían calentar las profundidades del océano. Atropellando a los invitados, los dos se arrojaron a los brazos de Michael, quien los estaba esperando.

—Ven al trampolín... —gritó Robbie, tirando de Michael hacia la izquierda.

—¡No! ¡Castillos de arena! —exclamó Chrissie, tirando de él hacia la derecha.

—Eh, chicos, ¿qué os parece si saludáis? —reprendió Busch a sus hijos.

—Está bien —dijo Michael, encantado con la atención de los niños.

—Dadle un respiro, dejad que al menos beba un trago.

Busch trató de apartar a los niños.

—Pero, papá..., es el único aquí que juega con nosotros —rogó Robbie.

Busch miró a su hijo a los ojos.

—Eso es porque es el único con vuestro avanzado nivel de madurez.

—Está bien —repitió Michael, agachándose junto a los niños.

—Papá, por favor...

3. Día en el que se recuerda a los soldados estadounidenses muertos en campaña. (*N. del t.*)

Busch tal vez fuese un hombre fuerte, probablemente el hombre más fuerte que uno conociera, pero cuando se trataba de sus hijos era más que débil: era un trozo de pan. Levantando las manos en un gesto de impotencia, se volvió hacia Michael.

—Como tú quieras, pero si te matan, luego no vengas lloriqueando. —Busch sonrió y pasó el brazo sobre los hombros de Mary—. ¿Le gustaría divertirse un poco, bella dama?

Y ambos se perdieron entre la multitud.

Michael y los dos niños se sentaron en medio de la gente que llenaba la terraza como si estuviesen en su cuarto de juegos privado y, como si fuera un mago, Michael extendió ambos brazos y agitó las manos para que viesen que no tenía nada en ellas. Los dos niños parecieron desconcertados y se miraron entre sí. Luego Michael extendió las manos detrás de las orejas de ambos, y de cada una de ellas sacó un pequeño elefante. Las sonrisas no podrían haber sido más grandes.

Sentada en medio de un corrillo de mujeres, Mary escuchaba la conversación, que se desarrollaba a toda velocidad. Las mujeres se habían reunido allí y bebían tragos de las copas con pequeñas sombrillas y devoraban patatas fritas con salsa. Las conversaciones iban del chismorreó a sus decepcionantes matrimonios y vuelta al chismorreó, nada de lo cual interesaba a Mary. Junto a ella había una mujer que no tenía ninguna paciencia con la vana ostentación de aquellas señoras. Jeannie Busch se apoyó en su sillón y se quedó observando con mal disimulado desprecio cómo la variopinta muestra de los amigos de Paul y sus esposas se mezclaban, hablaban y bebían. Todas las sonrisas y los gestos falsos parecían disolverse para dar paso a la verdad cuando el alcohol arrasaba las fachadas cuidadosamente compuestas. No era que ella no disfrutase de la compañía de sus amigas, pero ésa era la fiesta de su marido y ella prefería mantener a sus amigos lejos de allí, sin exponerlos a aquella locura... Es decir, a todos sus amigos excepto a Mary. Mary era el ancla de Jeannie, su roca. Ella se encargaría de impedir que Jeannie adoptara su despiadada actitud con alguno de los borrachos compañeros de Paul o con el jefe también borracho... o, peor aún, con la esposa de su jefe. El verdadero carácter de una persona suele quedar expuesto por el exceso de alcohol, y por lo general a Jeannie no le gustaba nada lo que veía; pero, cada Memorial Day organizado por su esposo, ella lucía su sonrisa y se comportaba como una perfecta anfitriona porque odiaba las fiestas pero amaba a Busch.

—¿Qué tal la nueva escuela, te tratan bien?

Su voz ronca se abrió paso entre el bullicio.

Mary asintió y su pelo brilló como las brasas bajo el sol del mediodía.

—Tengo veintiséis crios, los más encantadores que te puedas imaginar.

—Yo no podría soportar a tantos —dijo Jeannie, recogiendo el pelo castaño claro en una coleta—. Ya tengo suficiente con mis dos endemoniados enanos.

Mary sonrió.

—Yo me sentiría muy feliz de robártelos.

—Espera y verás cuando tengas un par de crios tuyos. —Jeannie hizo una pausa al ver fugazmente las coronillas rubias de sus hijos antes de que volviesen a desaparecer entre la multitud—. Piensas que son una delicia, una bendición del cielo, pero cuando se pone el sol... Son criaturas nocturnas, ¿sabes?, están levantados toda la noche. Ellos reviven cuando uno está al borde del colapso. Oh, sí, pueden abrazarte y besarte, pero no es más que una tapadera, una gran conspiración infantil. Se vuelven contra uno como animales.

Mary se echó a reír, pero su atención comenzaba a dispersarse. Sus ojos verde esmeralda seguían las incidencias de un partido de fútbol americano en la playa. Jeannie siguió la mirada de Mary hasta Michael. Con una sonrisa, se inclinó hacia adelante y movió la mano frente a los ojos de su amiga.

—¿Hola? Tierra llamando a Mary...

Mary sonrió, turbada, y volvió a la realidad.

—Lo siento —dijo, echando otra mirada a su marido*

—Querida, nunca te disculpes por la lujuria.

El partido de fútbol americano se encontraba en pleno desarrollo. Los achispados atletas corrían descalzos por la arena, blanca y caliente, reviviendo triunfos y jaranas de su juventud. Pero a Michael le parecía que todos estaban a punto de explotar, tratando de recuperar el aliento, el rostro encendido. Por supuesto, todos eran hombres de verdad, de modo que el dolor no era un factor que hubiera que tener en cuenta, al menos no delante de sus amigos.

Michael cogió el balón, retrocedió unos pasos y lanzó un pase largo; el pequeño óvalo de cuero planeó a través del cielo azul. Paul Busch podía ser un hombre grande, pero su tamaño no era un impedimento mientras volaba sobre la arena hacia la línea de meta dejando atrás a sus perseguidores. El balón describió un arco hacia adentro y aterrizó en sus manos. Touchdown. Busch lanzó el balón contra la arena y se echó a bailar dándose golpes en el pecho. Luego regresó corriendo hacia sus compañeros y chocó las manos con ellos como si ese logro los hubiese puesto por delante en la Superbowl.

—¡Así se hace, Peaches! —gritó Michael, encantado con el trabajo de equipo que estaban haciendo.

Al oír el apodo de Busch, uno de los tíos del otro equipo lo miró con curiosidad,

—No preguntes —dijo Paul, fulminándolo con la mirada mientras se apartaba de los ojos un mechón rubio pajizo.

Los equipos se alinearon en una formación de seis contra seis; Michael pateó el balón y lo envió nuevamente a la zona de meta. Touchback. Los jugadores se agruparon, charlaron acerca del último y excelente anuncio de cerveza y, con una palmada, se separaron para formar la línea. Busch se agazapó con los nudillos hundidos en la arena, miró a derecha e izquierda y, finalmente, al jugador contrario que tenía delante. Jason tenía la mitad de su tamaño y la calva coronilla de su cabeza empezaba a ampollarse por el sol, pero el dolor estaba piadosamente atenuado por la generosa cantidad de cerveza que había ingerido. Miró a Busch y, con tono burlón, canturreó:

—¿Peaches? ¿De dónde ha salido eso?

El rostro de Busch enrojeció súbitamente. El tiempo pareció ralentizarse mientras el gigante resoplaba como un toro. El balón se puso en movimiento. Busch, una bestia furiosa que había sido provocada, se lanzó sobre el pequeño adversario que tenía delante, y dejó a Jason medio enterrado en la arena. Luego se irguió con expresión triunfante sobre su aturrido y desconcertado oponente.

—Lo siento —dijo alegremente.

Hacía ya varias horas que el sol se había puesto tras el horizonte, llevándose el calor de aquel día de finales de primavera. La fiesta estaba tocando a su fin. Por todas partes había botellas de cerveza vacías, y los últimos vestigios de humo ascendían desde las barbacoas. La mayor parte de los invitados hacía rato que habían perdido el conocimiento o se habían marchado a su casa. Los niños eran los únicos que aún tenían energía para correr de una habitación a otra.

Michael extendió su chaqueta deportiva azul sobre los hombros de Mary. Ella se la ciñó al cuerpo para protegerse del aire frío de la noche. Buscaron sus cosas y se dirigieron hacia Jeannie, que estaba despidiendo a los últimos invitados junto a la puerta.

—Tengo que comprar algunas cosas —le dijo Michael a Mary.

—¿A esta hora?

Mary sólo quería volver a su casa y meterse en la cama.

Antes de que Michael pudiera responderle, Jeannie se inclinó hacia Mary y la besó en la mejilla.

—Gracias por haber venido, chicos.

—Gracias por invitarnos —dijo Mary afectuosamente.

Jeannie le entregó dos bolsas.

—Son sobras, podéis llevároslas. A vosotros os durarán al menos hasta el jueves y a mí me ayudará a conservar la línea durante el verano.

—¡Mike! —La voz aguardentosa de Paul llegó desde alguna de las habitaciones. Michael se dirigió a la cocina, dejando a las dos mujeres junto a la puerta.

—¿Almorzamos el martes? —preguntó Jeannie.

—Oh, tengo cita con el médico —dijo Mary—. ¿Qué te parece si lo dejamos para el miércoles?

—¿En Mulligan's?

—A las doce —convinieron al unísono.

Busch, bastante borracho, se apoyó en la encimera de la cocina y sacó unos papeles.

—Necesito tu firma en este documento.

Michael cogió la pluma.

—Gracias por todo. Significa mucho para mí.

—Tú harías lo mismo por mí.

Busch bebió un trago de whisky.

—Los niños no saben nada de esto, ¿verdad?

De todas las personas que había en el mundo, Michael quedaría destrozado si los hijos de Busch descubriesen la verdad.

—No. Y nunca lo sabrán.

Michael continuó pasando las páginas del documento legal, firmando en cada una de ellas sin mirar su contenido; ya sabía cuál era su propósito. Al llegar a la última página, las juntó, las acomodó con cuidado y empujó la pequeña pila hacia Busch.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Lo que quieras —dijo Busch, sirviéndose otro trago.

Michael lo pensó un momento.

—¿Alguno de los que han estado aquí lo sabe?

—Tío, ya te lo he dicho, no te invité por esto. —Busch señaló los documentos que había encima de la mesa—. Nuestra amistad no es un pasatiempo. Habitualmente es el beso de la muerte, pero ¿qué es la vida sin un poco de riesgo? Pat Garrett era amigo de Billy el Niño. Además, ¿quién más querría ser tu amigo? —Bebió el whisky de un trago—. Pero tengo que ser sincero contigo. Eres guapo, pero creo que Mary tiene un trasero mucho más hermoso que el tuyo.

Busch sonrió y soltó un eructo. Levantándose de la silla, rodeó los hombros de Michael con un brazo grueso como un tronco y ambos salieron de la cocina.

Al día siguiente, como había estado haciendo durante los últimos veinticuatro meses, Busch rellenaría los formularios que Michael acababa de firmar: una copia para los juzgados, una copia para su comandante y una copia para sus archivos. Eran documentos oficiales, con el emblema estatal en la parte superior. En grandes letras mayúsculas, el encabezamiento decía:

JUNTA DE LIBERTAD CONDICIONAL. ESTADO DE NUEVA YORK.



Capítulo 2

Michael se inclinó sobre el escritorio que había en el área dedicada a las reparaciones, en su tienda de seguridad y alarmas. Safe & Sound⁴ era un lugar escrupulosamente ordenado. En la pared cubierta con el tablero agujereado se alineaban una extensa variedad de componentes electrónicos; monitores de seguridad, interruptores y paneles de control llenaban las estanterías. Contra la pared posterior había varios escritorios vacíos, en previsión de futuros éxitos; pero por el momento Michael trabajaba solo. En la parte delantera del local había una sala de exposiciones con modernos artilugios que podían satisfacer cualquier necesidad imaginable relacionada con la seguridad: cámaras en miniatura, chalecos antibalas, chismes para escuchas clandestinas, relojes especiales, detectores de mentiras, cajas de seguridad ocultas. La mayoría de estos artículos permanecían sin vender; la instalación de sistemas de seguridad era lo que realmente mantenía el negocio en funcionamiento, y era en ese campo donde destacaba el talento de Michael. Allí, en su tienda, Michael se sentía en su elemento. No era mucho, pero lo había levantado prácticamente de la nada; aunque aún dependían del cheque semanal de Mary, él estaba convencido de que, algún día, ganaría suficiente dinero para que ella dejara de trabajar y pudieran formar una familia.

Un tipo cruzó la puerta de la tienda sin que Michael lo advirtiese. El recién llegado era un hombre bien parecido que ya había superado los sesenta años. Llevaba la melena blanca recogida en una coleta, y unas cejas oscuras enmarcaban sus ojos castaños. Vestido con un largo impermeable negro sobre un elegante traje de corte europeo, el desconocido olía a rico.

Cuando Michael se irguió y vio al hombre a unos pasos de él, se sobresaltó.

—¡Dios santo!

El hombre dejó escapar una risita.

—No. —Su voz tenía un ligero acento alemán—. Difícilmente. Pero le agradezco la comparación. No pretendía asustarlo.

La cálida sonrisa del desconocido transmitía confianza y encanto. Sin duda era un maestro en el arte de la seducción.

4. Sano y salvo. (*N. del t.*)

—Está cerrado —dijo Michael.

Se produjo una pausa incómoda entre ambos.

—Lamento mucho importunarlo.

Michael buscó en el estante superior y cogió un juego de fotocopias.

—Disculpe, pero tengo un poco de prisa —dijo.

—Seré breve. —El desconocido le entregó a Michael su tarjeta—. Creo que podríamos ayudarnos mutuamente. —Recorrió el local, mirando, evaluando—. Yo podría ayudarlo a resolver sus problemas y usted podría ayudarme a resolver los míos.

—¿Problemas? Lo siento, señor... -Michael echó un vistazo al nombre que figuraba en la tarjeta— Finster. —Guardó la tarjeta en un bolsillo. De un cajón sacó un sobre en el que se leía «Oferta» y lo guardó, junto con las fotocopias, dentro de un maletín. Después de enganchar el llavero al cinturón, miró directamente al hombre— Yo no tengo ningún problema —dijo sucintamente, y salió de la tienda seguido por su extraño visitante.

Tras conectar la alarma, Michael bajó la persiana de seguridad, la cerró con llave y echó a andar en dirección al aparcamiento del pequeño centro comercial. Finster caminaba un paso por detrás de él.

Ambos caminaron en silencio durante unos metros.

—Podría compensarlo muy...

Michael alzó las manos y se detuvo. Sabía exactamente adonde los llevaría esa conversación.

—¿Qué, lo leyó en los periódicos? ¿Es usted una especie de admirador o algo por el estilo? —Meneó la cabeza—. Ahora me dedico a otra cosa.

—Las circunstancias cambian —dijo Finster.

—No las mías.

Michael no podría haber sido más tajante mientras se alejaba por el aparcamiento.

—Llámeme si cambian. Eso es todo lo que le pido. —Finster se quedó mirando mientras Michael se acercaba a su coche. Al ver a Mary, que estaba sentada en el asiento delantero y había observado su breve intercambio de palabras, le sonrió—. Por favor, no pierda esa tarjeta —dijo con tono alegre.

—No espere mi llamada —contestó Michael, sin molestarse en volver la cabeza.

Mary miró a Michael y a Finster con una expresión de curiosidad. Luego sonrió e hizo un breve gesto con la cabeza en dirección al elegante desconocido.

Finster le devolvió el saludo mientras los Saint Pierre abandonaban el aparcamiento.

La puerta se abrió a un apartamento modesto pero agradable. No había nada lujoso en los dos ambientes, pero Mary lo había convertido en un lugar cálido y acogedor. El tercer piso de un edificio de apartamentos de clase media se ajustaba muy bien a sus necesidades. Cuando Michael y Mary entraron en la sala de estar, un enorme y baboso perro bernés se abalanzó sobre él.

—¡Eh, Hawk! ¿Has impedido que entraran los tipos malos?

Michael cayó al suelo y rodó junto con el perro negro, marrón y blanco como si fuesen dos crios, sin que pudiera saberse cuál de los dos era el amo y sin que realmente les importara.

—Tengo que sacarlo —le dijo Michael a Mary.

—¿Vienes a la cama? —preguntó ella con una nota de optimismo.

—Dentro de un rato. Aún tengo que acabar unas cosas.

Michael ni siquiera miró a su esposa mientras cogía la correa de Hawk de la mesa del vestíbulo.

—No tardes mucho, ¿de acuerdo?

Pero Mary sabía que sus palabras caían en oídos sordos.

Michael estuvo de regreso en el apartamento quince minutos más tarde. El paseo les había hecho bien a ambos.

—Michael... —llamó Mary desde el dormitorio.

No hubo respuesta.

—¿Mary?

Michael entró en la habitación, que se hallaba completamente a oscuras; ni siquiera podía ver su mano delante de los ojos. Todo estaba tranquilo y en silencio.

—¿Mary? —Intentó encender la luz, pero no pasó nada; la bombilla debía de haberse fundido—. Vamos, Mary, déjate ya de tonterías.

Entró en el cuarto de baño: nada. Probó el interruptor de la luz otra vez. Sin éxito.

—Muy bien, esto no es divertido.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe.

Michael se agachó respondiendo a un reflejo; si antes no había estado en guardia, ahora lo estaba. El instinto se hizo cargo de la situación. Ya habían pasado más de cinco años, pero la memoria muscular permanecía, sus aguzados sentidos seguían intactos. Retrocedió un paso y alguien saltó sobre él. Su corazón dio un vuelco y

estuvo a punto de lanzar un puñetazo, pero se contuvo instintivamente. La figura lo hizo girar, lo arrojó sobre la cama y se lanzó encima de él... Y le abrió con fuerza la camisa, haciendo que los botones saltasen por todas partes.

El susto de Michael desapareció cuando Mary susurró en su oído:

—Olvidaste besarme.

Tendida entre un montón de almohadas y una confusión de sábanas, Mary acariciaba a su gato, mientras Michael se ponía los calzoncillos. Era el momento después y eso se podía ver en sus ojos: a pesar de la tensión anterior, estas dos personas seguían enamoradas... como lo estaban seis años y medio antes, cuando se habían conocido.

Ella tenía entonces veinticuatro años y estaba acabando sus estudios de Magisterio. Le habían ofrecido un puesto de profesora en el importante Instituto Wilby de Greenwich, en Connecticut, uno de los mejores institutos del país. Aunque Michael era ocho años mayor que ella, desde el instante en que sus miradas se cruzaron saltaron chispas entre ellos.

El encuentro fue completamente azaroso. Mary había retrocedido con su coche y había chocado contra el de Michael, y así comenzaron los fuegos artificiales. Fue un momento apasionado, aunque nada romántico. Estuvieron discutiendo durante veinte minutos sobre quién había sido el culpable de la colisión, intercambiando agresiones verbales, mientras ambos se negaban a dar su brazo a torcer, y también a admitir voluntariamente la derrota. Ninguno de los coches había sufrido daños, pero ésa no era la cuestión. Lo más divertido de aquella situación era que ninguno de los dos recordaba haberse peleado con nadie de aquella manera en veinte años. Ambos eran reconocidos pacifistas, de los que apaciguaban las discusiones de los demás. Pero no ese día. Aquello era la guerra. Incluso el policía que se detuvo un momento para terciar en la discusión acabó por marcharse después de haberlos amenazado con arrestarlos. De hecho, ese policía fue el primero en saberlo: aquellos dos estaban hechos el uno para el otro. La pelea se encontraba en su punto álgido cuando, movido por la exasperación, Michael dijo que aceptaría olvidarse del asunto con una condición. Eso, naturalmente, suscitó otra acalorada discusión, pero cinco minutos después Mary se rindió. Una cena. Michael era incapaz de imaginarse por qué diablos se lo había pedido; había sido uno de esos impulsos espontáneos. Y, hasta el presente, Mary no podía imaginar por qué razón había aceptado la invitación. Nadie había provocado nunca su temperamento irlandés como ese hombre.

Después de un cortejo de un par de meses se escaparon a las islas Vírgenes, donde, descalzos en la arena y con el sol ocultándose en el horizonte a sus espaldas, los casó un sacerdote local. No hubo necesidad de flores, amigos ni marcha nupcial. Para ellos fue la ceremonia perfecta, porque cada uno había encontrado a su pareja perfecta. Los testigos que participaron en calidad de dama de honor y padrino fueron

una pareja de octogenarios que habían conocido durante el vuelo. Ni el novio ni la novia tenían familia que quisieran incluir en la celebración, y la única persona que expresó su enfado ante la buena nueva fue Jeannie Busch; Mary no le presentó a Michael hasta que regresaron de las islas Vírgenes con la alianza, en el dedo. Pero, después de subirse por las paredes, mostrarle el dedo corazón levantado a Mary y largarse furiosa de la casa, Jeannie regresó con un montón de regalos de boda, una sonrisa y un gran abrazo para Michael, dándole la bienvenida a su mundo.

Se instalaron en la casa de verano de Michael en Bedford, que Mary no tardó en convertir en un hogar. Acostumbrado a comer fuera durante la mayor parte de su vida, al principio Michael se sintió incómodo al no tener una reserva para cenar, pero eso pronto cambió. A Mary le encantaba cocinar. Las artes culinarias de su flamante esposa no tardaron en dejar huella en Michael, quien tuvo que añadir un par de kilómetros más a sus sesiones diarias para poder quemar el exceso de calorías. Y Mary descubrió el talento manual de Michael y de inmediato lo incluyó en sus interminables planes de remodelación. Él tenía una manera especial de enfocar los problemas —física, mecánica, incluso emocional— y conseguir que desaparecieran. Ambos tenían una visión del mundo en general que era ligeramente diferente de la del resto de la gente y, debido a ello, su aprecio mutuo era, si cabe, aún mayor. Mientras que la mayoría de las parejas pasaban los años de noviazgo enamorándose y luego, una vez casados, contemplaban cómo se esfumaba lentamente su amor, Michael y Mary se fijaron una premisa: todos los días descubrirían algo nuevo acerca del otro. Ellos no sólo se enamoraron más profundamente, sino que se hicieron amigos aún más íntimos.



Capítulo 3

Todo está en silencio. El aire está viciado y huele a humedad. De pronto, una rejilla en el techo se abre hacia abajo y se balancea sostenida por los goznes. Una figura completamente vestida de negro se deja caer ágilmente desde la abertura al suelo de un museo enorme, con varios kilómetros de salas. Techos altos, suelos de mármol y columnas hasta donde alcanza la vista. Sala tras sala llenas de pinturas y esculturas, junto a artefactos de miles de años de antigüedad. Está representado cada período, desde las primeras manifestaciones del hombre hasta el arte informatizado de nuestros días, como un viaje a través del tiempo. A la luz del día, ese lugar debía de ser un magnífico palacio de los logros conseguidos por el hombre, pero la luz del día hace ya rato que se ha ido. La escasa luz que se filtra por las ventanas de estilo medieval crea un efecto irreal y lo sume todo en las sombras.

La figura de negro se mueve con elegancia por los corredores. En la mano lleva un cuchillo, más como descarga nerviosa que con propósitos mortales. El mango de marfil tallado está envuelto en cuero, y la hoja lanza destellos en la oscuridad. La figura aferra el cuchillo como si se tratase de un talismán que mantuviera alejados a los espíritus malignos o, al menos, a los guardias de seguridad curiosos.

La figura atraviesa la exposición de las armaduras, pasando junto a las antiguas vestiduras de guerra de cada país y de cada época. Cada pieza está montada en una pose guerrera o bien a lomos de un caballo, como si las almas de sus dueños nunca hubieran tenido la disposición de ánimo suficiente para abandonarlas y aún se encontrasen esperando que les diesen la orden de hacerlo. Luego pasa junto a la exposición de los indios anasazi, frágiles huesos desenterrados de viviendas colgadas de los riscos, con pequeñas tarjetas de identificación que informan de la correcta localización de una tibia o una mandíbula antiguas. Contra una pared se alinean sarcófagos egipcios; las momias yacen en tumbas de cristal cerradas herméticamente, esperando un más allá que los ha eludido durante tres milenios, mientras que sus joyas de oro, los presentes para aplacar la ira de los dioses, nunca llegaron a destino. Cada uno de esos objetos —armadura, carne, hueso—, las posesiones de alguien muerto hace mucho tiempo, irradia un aura que parece impregnar las enormes salas y los largos y fríos corredores. Es una exhibición de muertos, de vidas invadidas, del descanso eterno violado. Ninguno de esos objetos estaba destinado a ser perturbado,

a menos que lo saquearan o robaran por dinero, gloria o vanidad. Uno no puede evitar preguntarse qué más habrán desenterrado con ellos y llevado a ese museo, porque, aunque no hay un alma a la vista, la sensación de una presencia airada se percibe en todas partes.

La figura no presta ninguna atención a las riquezas que lo rodean mientras sube velozmente una imponente escalera, cruza una galería y llega al fin a una habitación circular con una gran vitrina en el centro, iluminada por un único rayo de luz. La figura se acerca cautelosamente a la vitrina y camina a su alrededor como si le rindiese un reverente homenaje. Hace girar el cuchillo en la palma, y agita las manos encima del expositor como si estuviese golpeando el aire, comprobando su voluntad. Cuando retrocede, el interior se hace visible. Los diamantes descansan sobre un lecho de terciopelo azul noche. Antiguos, magníficos, de un valor incalculable. Joyas por las cuales se juró amor, se libraron batallas y cayeron imperios. Esos diamantes representaban, sin duda, la riqueza de un reino desaparecido muchísimo tiempo atrás, ya que ningún hombre podría haber tenido en su poder unas piedras preciosas de tal tamaño.

La figura se acerca nuevamente a la vitrina, oscureciéndola por un momento. Permanece de pie junto a ella, inmóvil, con las manos a un costado del cuerpo, la respiración apenas perceptible. Esperando. Transcurren los segundos, luego los minutos. La figura sigue sin moverse. El aire está quieto, muerto, y el silencio se extiende por los corredores. Finalmente, la figura retrocede y...

La vitrina está vacía.

La figura asciende sin esfuerzo por una fina cuerda de nailon hasta alcanzar la abertura del conducto del aire acondicionado. Avanza por el estrecho conducto, y la trémula luz que se filtra a través de las rejillas lo baña con un resplandor espectral. Si abajo los corredores parecían no acabar nunca, estos conductos son simplemente interminables. Pero lo conforta el hecho de que la parte más difícil del plan ha quedado atrás; ahora puede respirar con tranquilidad porque su premio está a buen recaudo dentro de su pequeña bolsa.

De pronto, oye algo a su espalda. Es un sonido lejano pero se está acercando. El conducto es muy estrecho y no puede volverse para ver qué hay allí atrás, de modo que continúa avanzando... un poco más deprisa. Probablemente no se trate más que de la expansión y contracción del metal al enfriarse después de un día de arduo trabajo, razona. Nada que deba preocuparle; pronto estará de regreso en casa.

Nuevamente oye el sonido. Esta vez más fuerte, claramente más cerca, y no se trata de la contracción del metal del conducto. No es lo que uno esperaría oír en un conducto de ventilación de aire acondicionado; tampoco es lo que uno esperaría oír en un museo desierto. El sonido continúa aproximándose. No, sin duda no se trata de nada provocado por el hombre; es un sonido animal, gutural, amenazador. El

corazón comienza a golpearle en los oídos, un sudor frío le resbala por la columna vertebral mientras acelera su avance. El sonido sigue acercándose, retumbando cada vez más fuerte, como si fuesen los truenos de una tormenta distante. Ahora puede sentir el cuerpo de su perseguidor golpeando en el conducto de ventilación, combando el metal con su peso. Ya no puede engañarse: sea lo que sea lo que se está acercando, es enorme.

Había planeado hasta el último detalle todas las contingencias: los guardias, las alarmas, las luces; todo estaba previsto. Había calculado el tiempo al segundo; aun cuando se produjesen pequeños fallos, era un trabajo de libro... y él había escrito el libro.

El profundo gruñido se vuelve más claro: ahora no está muy lejos. Sea lo que sea, se mueve a mayor velocidad, respira agitadamente y deforma el metal del conducto con su peso; el ruido es ensordecedor. Parece que todo el edificio estuviese temblando.

Es una carrera contra toda esperanza en medio de un estruendo que destroza los oídos. Al pasar por otra rejilla, la luz ilumina el rostro de Michael. Los ojos enfocados y la mirada decidida, la frente perlada de sudor. Ahora vuela por el interior del conducto del aire acondicionado como si fuese un hámster en su rueda. Para un observador externo su carrera resultaría casi cómica, pero no hay nada divertido en una muerte inminente. Aquello no tiene nada que ver con los diamantes, y no es el último artilugio contra robos. Lo que quiera que haya en ese conducto con Michael no debería estar ahí, no debería estar en ninguna parte.

Michael desearía poder erguirse y echar a correr, y se siente cada vez más asustado y frustrado; tiene los músculos doloridos, mientras sus palmas húmedas por el sudor resbalan en la superficie metálica de ese túnel de sesenta centímetros de diámetro. El miedo le atenaza los músculos y las articulaciones; los tímpanos están a punto de estallarle a causa del rugido estridente de esa bestia que se acerca. Es como estar atrapado dentro de un tambor, con un músico que no cesa de golpearlo al son de una marcha fúnebre.

Y de pronto no hay nada. Silencio absoluto. Se detiene. Escucha. Nada. Su mente funciona a toda velocidad, preguntándose si su perseguidor está preparándose para atacar. ¿O acaso la criatura se cayó milagrosamente por una de las rejillas del conducto? Hace un esfuerzo por oír algo, cualquier cosa; pensaba que el ruido era malo, pero el silencio resulta angustiante pues coloca un signo de interrogación en los próximos momentos de su vida. Lo invade una sensación de claustrofobia. El miedo se apodera de todo su cuerpo. Tal vez la bestia ha perdido el rastro de su olor, su dirección. Apenas una simple respiración podría delatarlo. ¿Qué es, dónde está, cómo podría defenderse en esa caja estrecha? Sus pensamientos regresan a la clase de Biología del señor Buffington: luchar o huir, la supervivencia del más fuerte.

Vuelve a avanzar por el conducto. Nunca pensó que su cuerpo pudiese moverse a tal velocidad. Desesperado, concentra todos sus esfuerzos en la huida, en la supervivencia. Mejor morir de un ataque al corazón que en las fauces de su perseguidor. Sin prestar atención a sus manos ensangrentadas, a sus piernas magulladas, se dice que aceptaría de buen grado todo un año de dolor si pudiese salir de ese conducto, de ese edificio.

Y el ruido vuelve a oírse, más ensordecedor que antes; los rugidos que resuenan en el conducto de ventilación, los gruñidos, los golpes, el cuerpo enorme que se aproxima empujando hacia Michael un aire húmedo y viscoso parecido a la muerte. Y lo peor de todo es que ahora puede olerlo: fétido, hediondo, como si fuese carne putrefacta. La pestilencia es tal que le saltan las lágrimas a los ojos.

Entonces ve la salvación delante de él, a menos de cincuenta metros. La proverbial luz al final del túnel: la salida del conducto de ventilación. Con todas las fuerzas que es capaz de reunir, se arrastra hacia la luz. Treinta metros. El alivio está ya casi al alcance de su mano y, como si la bestia lo percibiera, su horrible sonido cesa por completo, como si nunca hubiera estado allí. El sonido, el olor; todo se desvanece en el aire.

A menos de veinte metros para alcanzar la libertad, Michael se detiene: la bestia ha desaparecido, se ha retirado hacia su mundo de sombras, lejos de la luz; ésa tiene que ser la explicación. Pero, sin darle tiempo siquiera a exhalar un suspiro de alivio, la luz que brillaba delante de él se oscurece. El corazón de Michael deja de latir cuando entiende lo que está pasando: hay más de uno. Ahora, justo delante de él, brillan dos ojos depredadores. Ojos salvajes, los ojos de algo terriblemente maligno, que se entrecierran como si la criatura se dispusiera a atacar.

Y, nuevamente, desde atrás, llega el gruñido de su perseguidor, su aliento fétido cada vez más próximo. Paralizado, Michael no puede volverse, no puede ver nada delante y tampoco detrás. Está atrapado. Ha llegado el momento decisivo; su corazón seguramente se ha parado, su mente está obnubilada. Sus atacantes esperan, invisibles pero presentes, resollando ante la inminencia del ataque. El hedor resulta insoportable, le revuelve el estómago. Está al borde del desmayo o quizá lo que siente es la muerte, la respuesta de su cuerpo ante el inevitable final.

Ya no se oye la respiración de sus perseguidores; ¿es posible que hayan cambiado de idea y se hayan largado? Pero el hedor de la muerte aún está allí, en la oscuridad, en todas partes. La espera es una tortura para su alma.

Entonces, como un relámpago, lo que sea que hay a su espalda le coge el pie y comienza a tirar de su cuerpo hacia atrás. Paralizado por el terror, Michael lanza un grito que le queda atravesado en la garganta, sin llegar a salir. Y luego, más rápido que cualquier cosa humanamente posible, es arrastrado silenciosamente hacia atrás, a través del conducto de ventilación, hacia la oscuridad total.

Mary se incorporó en la cama hasta quedar sentada, luchando por respirar. Buscó a Michael. No estaba allí. En realidad, se había ido después de hacer el amor. El corazón le golpeaba en el pecho mientras sus peores temores parecían acechar en las sombras. C. J. la bufó con todo el cuerpo arqueado, como si ella fuese una desconocida. Mary saltó de la cama sin preocuparse por cubrir su desnudez. Salió del dormitorio y fue a la sala de estar: vacía. En la cocina encontró un bocadillo a medio comer sobre la encimera. Luego atravesó el pasillo sin ver señales de Michael. Vio la puerta cerrada, la luz que se filtraba por debajo. Apoyó la mano en el tirador, implorando en silencio «Por favor, otra vez no», y entró en el cuarto.

Michael estaba trabajando en su escritorio, con Hawk dormido a sus pies. Se volvió, sobresaltado.

Mary permaneció un momento en la puerta, mirándolo e interrogándolo con los ojos. Luego se derrumbó entre sus brazos, jadeando pero aliviada. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Había sido sólo un sueño.

— Cariño...

— Quiero que me prometas una cosa, Michael.

Él la estrechó con fuerza entre sus brazos.

— Cualquier cosa.

— Que nunca volverás a hacerlo, que todo pertenece al pasado...

Michael la miró fijamente y le habló a su corazón.

— Te lo prometí hace dos años, cariño, nunca más... Te lo juro, Mary, nunca más.



Capítulo 4

Ruido, mucho ruido. Cientos de personas de toda clase y condición entraban y salían de la comisaría principal del Departamento de Policía de Byram Hills. Construida en la década de 1920, la comisaría había visto cómo la ciudad se multiplicaba por veinte; la plantilla, compuesta en otra época por cinco personas, había superado el año anterior los cien agentes. El arresto de la semana solía ser entonces por exceso de alcohol y desorden público, y se producía siempre el día de cobro. Ahora habían entrado en un nuevo milenio, y cada poli habría dado gustoso su testículo izquierdo por evitar otro homicidio.

Esa mañana el desfile de policías era incesante; se fichaban delincuentes para luego conducirlos a los calabozos del sótano. Los jóvenes patrulleros, con su uniforme azul, se reunían en la gastada escalera de mármol para beber café y acabar sus rosquillas recubiertas de azúcar antes de empezar su turno.

En el segundo piso, el área de los detectives estaba apenas un escalón por encima de una pequeña sala abarrotada con quince escritorios. Paul Busch, vestido con téjanos y una cazadora arrugada, archivaba en esos momentos unos papeles en su escritorio. Este era una especie de caos organizado, con archivos apilados precariamente sobre más archivos. Su primer refresco del día estaba por la mitad. Busch se enorgullecía de su falta de adicción al café y las rosquillas, aunque su desayuno diario de Coca-Cola y galletas de chocolate distaba de hacerlo candidato a ninguno de los premios concedidos por el Instituto Nacional de Salud. Llevaba quince años en ese lugar, cinco de ellos como detective. Antes detestaba su trabajo, pero ya se había acostumbrado a la rutina y esperaba la llegada del 18 de marzo cinco años más adelante, el momento del retiro y la pensión. Había llegado como todos los demás, joven y ansioso, dispuesto a limpiar las calles de malhechores, a llevar la justicia a los habitantes de aquella hermosa ciudad. Pero los crímenes van desgastando. Por mucho que se haga en el trabajo, siempre habrá otro chiflado esperando entre bastidores para cargarse a alguien. No obstante, lo que realmente ponía enfermo a Busch era la escasez de condenas. Cuando era joven e idealista creía que un arresto llevaría a una condena y barrería la escoria del mundo, pero lo cierto era que la mitad de ellos salían libres y muy pronto estaban dedicándose otra vez a su oficio. Pese a todo, aunque su actitud cambió junto con su perspectiva acerca de la

vida, su código moral jamás lo hizo. Siempre se consideró un firme representante de la ley, una herramienta del sistema de justicia. Su trabajo consistía en reunir pruebas y atrapar al criminal: lo que sucedía después era el trabajo de otro. Jamás había transgido, sus valores y su concepción de la ley no podían comprarse, eran inmutables.

En una ocasión, su mujer llevaba a su hijo en el coche al hospital porque el niño se había roto el brazo mientras patinaba, y un policía la obligó a detener el coche. El oficial era un arrogante hijo de puta decidido a cumplir con su cupo mensual, y no tuvo ninguna consideración, ni siquiera después de haber visto el dolor del niño. La multa era de quinientos dólares por conducir a noventa kilómetros en una zona donde el límite de velocidad era de cincuenta. Todas las súplicas del mundo no habrían sido suficientes para que aquel agente de policía cambiase de idea; ni siquiera se ofreció a ayudarla a llegar al hospital. Jeannie le pidió a Paul que se encargase del asunto, que se deshiciere de la multa, que hiciera algún truco de magia con sus hermanos policías, y acabó por exigirselo. Pero Busch no quiso saber nada de eso; aunque aquella multa duplicaría el precio de su seguro, se negó de plano. “La ley es la ley”, no dejaba de repetir. Jeannie no lo perdonó durante dos semanas y se negó a mantener relaciones sexuales durante un mes.

—¿Tú tienes leyes? —le dijo ella—. Pues yo también.

Junto al escritorio de Busch estaba sentado Johnny Prefi, con un cigarrillo apagado colgando de los labios. Tenía el pelo de punta, no por obra de la gomina sino por cuatro semanas sin haber conocido el agua y el jabón. En su camiseta sin mangas se podía leer: «Que te jodan. Sigue mirando y te mataré. Que pases un buen día».

Resultaba fácil entender por qué estaba esposado.

—Johnny, dado que eres un pirómano en libertad condicional, cualquier cosa que no sea una barbacoa es una violación de la condicional —dijo Busch.

Johnny se limitó a mirar a Busch como si no entendiera su idioma.

—Y quemar un almacén por encargo de alguien es algo más que un picnic en la playa.

—Eh, nadie resultó herido —protestó Johnny.

—Me parece que no te das cuenta de cuál es el problema. El fuego...

—Le tiene miedo al fuego, ¿eh? —contestó Johnny, buscándole las cosquillas.

Pero Busch estaba más allá del cabreo.

—Si me gustase el fuego, me habría hecho bombero —repuso.

Volvió a rebuscar entre los papeles que cubrían su escritorio.

Una sonrisa malévolamente arrugó la cara de Johnny mientras inclinaba el cigarrillo que sostenía entre los labios.

—¿Tiene una cerilla?

Busch lo miró con expresión incrédula.

El capitán Robert Delia, jefe de Busch —y, a juicio de éste, estricto seguidor de las reglas—, los interrumpió antes de que el fornido policía pudiera estallar.

—Paul, te presento a Dennis Thal. Thal trabajará contigo.

Busch se levantó para saludar a un hombre más o menos guapo de unos treinta años. El pelo castaño claro comenzaba a retroceder un poco. Bonito traje, apretón de manos firme. El lenguaje corporal de Thal —los hombros hacia atrás, la mano izquierda en el bolsillo, la cabeza levemente inclinada a un lado— manifestaba un arrogante entusiasmo.

—Me alegro de conocerte.

—Me alegro de estar aquí.

La voz de Thal era suave, apenas un poco más que un susurro.

—No pretendo ofenderte—le dijo Busch a Thal, al tiempo que se volvía hacia el capitán Delia—. Pero no tengo tiempo para hacer de niñera, capitán.

Por más que Delia era quince centímetros más bajo que Busch, éste sabía que el capitán era muy capaz de aplastarlo bajo su bota y restablecer sin problemas la cadena de mando.

—Escúchame bien, Paul, el detective Thal lleva ya nueve años en esto. Nos lo ha cedido nada menos que la policía del Estado para ayudarnos a cubrir los problemas de la falta de personal. Me dijeron que querían que hiciera las rondas con nuestros mejores hombres, pero están todos de vacaciones, de modo que te ha tocado a ti. Capisci?

Busch sabía cuándo pelear y cuándo retirarse. Asintió.

—Aparte de sus responsabilidades como detective, Paul se encarga de nuestro programa de libertad condicional en nombre de los tribunales —continuó el capitán Delia.

Busch miró a Thal, decidió que pospondría para otro momento la discusión sobre ser su canguro, y adoptó un aire serio a lo Walter Cronkite.⁵

5. Famoso periodista y presentador de televisión estadounidense. (*N. del t.*)

—Estoy seguro de que el capitán te habrá hablado de nuestro maravilloso ambiente de trabajo. Algunos lo llaman Oz, pero yo lo llamo Edén, y todos los convictos en libertad condicional que tratamos se reforman por completo.

Delia dejó escapar un gruñido y se volvió hacia Thal para alejarlo del escritorio de Busch.

—Permítame que le enseñe su escritorio antes de que Paul envenene toda la profesión de los representantes de la ley.

—Nos veremos —dijo Busch. Ese día su jefe no le gustaba especialmente.

Thal se volvió, lo señaló y le guiñó un ojo.

—Ya lo creo —asintió.

Busch se volvió y masculló por lo bajo:

—Capullo.

Mary era la maestra que cualquiera desearía tener en su clase. Tocada con una gorra azul de ingeniero del ferrocarril, encabezaba una fila de crios de cinco años que bailaban la conga alrededor del aula, cantando a pleno pulmón al estilo militar: «Cuando viajas en nuestro tren veloz, uno más uno es siempre dos. Nuestra locomotora hace ruido todo el rato, dos más dos es siempre cuatro. En la estación comeremos bizcochos, cuatro más cuatro es siempre ocho».

Su clase era un sueño infantil maravillosamente organizado, con montones de juguetes y etapas de aprendizaje. Desde que la habían contratado dos meses atrás para sustituir a una maestra de baja por maternidad que nunca regresó a la escuela, Mary se había ganado no sólo el respeto de los demás maestros, sino también el amor y la admiración de los niños. La adoraban.

Le habían ofrecido la clase de párvulos, su curso favorito, mentes infantiles como arcilla sin modelar, corazones jóvenes todavía rebosantes de pureza. En el Greenwich Country Day pagaban un poco mejor que en Wilby, pero era el encanto de estos niños de cinco años lo que le había robado el corazón. Anteriormente había dado clases de quinto grado, con chicos que estaban a punto de acceder al instituto; Mary los apreciaba, pero sentía que su contribución podía ser mayor si tenía la posibilidad de proporcionar los cimientos a una edad más temprana, y sin duda la inocencia de esos niños estaba mucho más próxima a su concepción optimista de la vida.

La directora de la escuela, Liz Harvey, una mujer de pelo gris sujeto en un moño, entró discretamente en la clase y sonrió a los alborotados niños. Todos hicieron silencio al instante. Liz le entregó un papel a Mary. Ella le echó un vistazo y su expresión permaneció inmutable.

—¿Va todo bien? —preguntó Liz, apoyando una mano en el hombro de Mary.

—Sí, perfectamente.

Mary le sonrió sin dejar de mirar la nota enviada por su médico.

—Buenas noticias, espero —dijo la directora—. Esta clase tiene un don para estimular la fertilidad de las maestras.

Liz ya estaba pensando dónde podría conseguir otra sustitua. Con Mary serían cinco las maestras de párvulos que se habían marchado con la baja por maternidad en los últimos tres años, para descubrir luego que las alegrías de la maternidad eran demasiado fascinantes para pensar en volver al trabajo en la escuela.

—Si su esposo no puede venir a recogerla, no tengo problemas en llevarla en mi coche —añadió.

—¿Está segura de que no le importa reemplazarme?

—Completamente.

Michael estaba detrás del mostrador de Safe & Sound, sonriendo mientras contemplaba la breve nota que tenía en las manos. Decía simplemente: «Hola, guapo». Mary la había metido en el bolsillo de la cazadora azul que le había prestado la otra noche, la misma que él llevaba esa mañana. Ella practicaba continuamente esa clase de juegos con él, dejándole notas y pequeños regalos en los bolsillos para que él los encontrase cuando volviese a ponerse esas prendas. Era una tontería, pero él la amaba aún más por ello.

—¿Ha oído lo que le he dicho? —Un hombre mayor y desagradable de nombre Rosenfield lo estaba incordiando, mientras su bella y joven esposa permanecía servilmente a varios pasos detrás de él—. Sólo quiero que lo repare.

El videocasete de seguridad descansaba sobre el mostrador por segunda vez en dos semanas.

—Lo repararé.

La mujer, sin que su marido se percatase de ello, miraba a Michael con ojos seductores. Michael intentó con todas sus fuerzas no reparar en ella, pero era una tarea imposible. Era una mujer demasiado hermosa y su sonrisa demasiado brillante. Se rascó sutilmente la nariz con el dedo en el que llevaba la alianza, con la esperanza de que ella captara el mensaje. Pero la mujer se limitó a sonreír y exhibió su diamante de dos quilates a modo de respuesta.

—La seguridad de mi hogar es fundamental para mí. La instalación funciona bien, pero este equipo... Su elección de los proveedores deja mucho que desear... —Rosenfield vio adonde se dirigía la atención de Michael—. Ni siquiera está escuchando lo que le digo.

—Lo siento, señor Rosenfield. —Michael volvió a concentrarse en su trabajo—. Le he dicho que pienso repararlo y eso es precisamente lo que haré.

—Quiero hechos, no palabras. —Rosenfield hizo una pausa y luego suavizó el tono de voz—. Usted me cae bien, Michael. Pero quizá debería dedicarse a otra cosa.

—No, me gusta este trabajo. Soy bueno en lo que hago.

Rosenfield no parecía muy convencido de ello.

—¿Tiene alguna otra habilidad?

—Nada legal —dijo Michael con una sonrisa.

—¿Nada legal? —Rosenfield se dirigió hacia la puerta sin dejar de reír—. Me gusta eso. Espero que tenga ese aparato reparado para el fin de semana. —Cogió a su joven esposa del brazo y ambos cruzaron la puerta—. Nada legal —repitió Rosenfield.

Su bella esposa miró a Michael por encima del hombro y le sonrió. Michael no pudo evitar devolverle la sonrisa; era la reacción de cualquier hombre ante el coqueteo de una mujer.

Mary, con la gorra de ingeniero de ferrocarril aún en la cabeza, entró en la tienda, cruzándose con los Rosenfield.

—¿Una clienta fiel? —bromeó ella.

—¿Eh? No, no. Descontenta, quizá un poco cachonda.

Mary le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Y si yo te dijera que soy una clienta descontenta y un poco cachonda?

—Entonces tendría que revisar todo tu sistema —repuso Michael, eligiendo las palabras con cuidado—, desmontarlo, examinar cada pieza, utilizar sólo las herramientas más delicadas. Y, lo más importante de todo, asegurarme de que quedaras completamente satisfecha cuando te marcharas. De ese modo te convertirías en una clienta fiel.

—¿Puedo dejarme la gorra puesta?

—Ya veremos. —Michael besó a su esposa, completamente seducido por ella. Era evidente que los celos no incidían en su relación. Cuando el beso concluyó, una idea le vino a la mente, y miró su reloj—. ¿No deberías estar en la escuela a esta hora?

Michael conducía velozmente por el centro de la ciudad, aferrando con fuerza el volante. Su mente corría a la misma velocidad que su coche. Mary iba sentada a su lado, las manos tranquilamente cruzadas sobre el regazo.

—¿Cómo pudiste ocultarme algo así?

—No te oculté nada, Michael. Sólo quería que no te preocupases.

—¿Qué te han dicho?

—Que quieren verme por algo relacionado con mis pruebas.

—¿Y eso es “nada” para ti? ¿Qué clase de pruebas?

Mary percibió el miedo en la voz de Michael, y volvió el rostro hacia la ventanilla.

—Mary, ¿qué clase de pruebas?

Ella respiró profundamente.

—En los ovarios.

Michael aumentó la presión sobre el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos e hizo un esfuerzo para poder respirar. No podía volver la cabeza para mirar a Mary, temiendo que, si lo hacía, esa pesadilla se convertiría en realidad.

—Estoy segura de que no es nada, cariño. Eh, no me estoy muriendo...

—¿Dijo eso el médico? No puedo creer que te hayas hecho todas esas pruebas sin decirme una palabra.

Mary conservó la calma, siempre optimista; todo saldría bien, estaba segura de ello, era su mantra.

—Eh, mírame. —Tocó ligeramente la mejilla de Michael—. No va a pasarme nada, Michael. Sólo estamos encauzando nuevamente nuestras vidas. Si yo no estoy preocupada...

—Creo que podemos tratarlo —dijo el médico. Michael seguía acariciando la espalda de Mary, un gesto dedicado tanto a calmarse a sí mismo como a calmar a su esposa. El doctor Rhineheart adoptó un tono paternal.

—Vamos a tratarlo. Tenemos un índice de éxito muy elevado, y no parece haberse extendido más allá de los ovarios.

Estaban sentados en la típica y aséptica consulta de un médico: escritorio de roble, dos sillas, un marco doble con fotografías en las que se veía a su esposa de mediana edad y dos chicos. El doctor Phillip Rhineheart —cuarenta y cinco años, calvo y canoso en las sienes— estaba sentado en la parte delantera del escritorio. Siempre le había parecido demasiado formal sentarse detrás y hablar de la vida de las personas como si fuesen sólo un negocio. Michael y Mary Saint Fierre trataban de mostrarse imperturbables ante el otro, pero Rhineheart podía ver en su interior. El médico había presenciado esa escena demasiadas veces: la horrible enfermedad que devora no sólo al ser humano sino también su alma, provocando estragos, llenando a todos los seres queridos de una absoluta sensación de pavor.

—Sé que esto es duro...

—¿Qué hay de la posibilidad de tener hijos?

La voz de Mary sonaba distante.

Rhineheart negó con la cabeza.

—Los dos ovarios están afectados. —Respiró profundamente—. Tendremos que extirparlos. —Ésta era la peor parte de su trabajo y le había causado muchas noches de insomnio—. Lo siento.

Mary apoyó la mano sobre la de su marido mientras Michael seguía acariciándole el hombro. Ambos luchaban por no mirarse a los ojos, porque una mirada sería suficiente para hacer añicos la escasa compostura que aún eran capaces de mantener.

—Este tratamiento... ¿cuánto...? ¿Qué es lo que...? —Michael no pudo acabar la pregunta.

—Puede estar tranquilo con respecto a eso. El tratamiento está cubierto por el seguro.

—¿Cuánto? —insistió Michael, temeroso de la respuesta.

—El cáncer que padece Mary se encuentra en un estado avanzado. El tratamiento podría costar alrededor de doscientos cincuenta mil dólares, dependiendo del régimen que le prescribamos. Tranquilo. No se trata de nada experimental. El seguro cubre todas las fases. —Rhineheart hizo una pausa para recalcar su confianza—. Y puedo asegurarle que nuestras instalaciones oncológicas son las mejores.

Las paredes de la pequeña habitación parecieron cerrarse sobre él. En toda su vida Michael no se había sentido tan impotente, tan inferior como en ese momento. Se sentía como el verdugo reacio ante el interruptor de la silla eléctrica, impotente para salvar la vida de la persona que estaba delante de él. >

—No tenemos seguro —dijo, como si estuviese pronunciando una sentencia de muerte.

Aquello sucedía con demasiada frecuencia, gente que vivía sin estar debidamente protegida. Rhineheart era uno de los pocos médicos que presionaban para que hubiese una cobertura sanitaria gubernamental obligatoria para todos los ciudadanos norteamericanos, pero eso no era más que un sueño. No había suficientes beneficios seguros para que fuese “rentable”. Se volvió hacia Mary.

—¿Qué me dice de la escuela? Allí deberían contar con un excelente programa de seguros de salud.

—Llevo en la escuela sólo dos meses. Deben pasar tres meses antes de que se pueda optar al seguro —contestó Mary. La esperanza había desaparecido de sus ojos.

—Entiendo.

Rhineheart dejó escapar el aire lentamente. Él podía no cobrar por sus servicios, pero los costes de la cirugía, la hospitalización, las sesiones de radioterapia y quimioterapia... El hospital no era una institución de beneficencia. La medicina era un negocio para obtener beneficios, el hospital tenía presupuestos a los que hacer

frente, accionistas a los que satisfacer. La medicina ya no trataba del paciente; el objetivo de la práctica médica era la rentabilidad. De pronto, odió su trabajo.

Finalmente, se levantó y dijo con tono tranquilizador:

—Bien, Mary, tengo que comenzar a hacerle algunas pruebas sanguíneas, para poder diseñar un programa de tratamiento. Michael, ¿por qué no habla con su banco? Me gustaría ayudarlo con el papeleo; estoy seguro de que ya se le ocurrirá alguna solución.

Michael permaneció inmóvil en la silla, aturdido.



Capítulo 5

Michael salió de la puerta giratoria de bronce a la enorme sala circular del First Bank de Byram Hills, y se sintió súbitamente empequeñecido por sus imponentes columnas de mármol y su desmesurado espacio. Hombres de negocios pasaban deprisa a su lado mientras él permanecía allí, vestido con su único traje y sintiéndose completamente fuera de su elemento. Llegaba cinco minutos tarde a la cita que había concertado y tuvo que esperar el doble antes de que el alto empleado del banco le indicara con un gesto serio que se sentara.

Kerry Seitz, un ejecutivo del banco de aire adusto, impecablemente vestido con un traje de tres piezas gris perla, examinó detenidamente el contenido de la carpeta de Michael. La expresión de Seitz resultaba imposible de descifrar mientras estudiaba el material que tenía ante los ojos. No despegó los labios durante unos largos quince minutos, mientras recogía datos de la vida de Michael procedentes de diversas fuentes: instituciones de crédito, Hacienda, sistemas judiciales federales y estatales. Michael se sentía como un niño en el gran sillón, tratando de encajar en ese ambiente, tratando de no dejar traslucir su desesperación.

Finalmente, Seitz alzó la vista. Se pasó la mano por el pelo, impecablemente peinado, y habló en el tono más frío que Michael había oído jamás:

—No. Lo siento.

-¿Qué?

—No podemos ayudarlo.

Seitz dejó la solicitud en su bandeja de salida.

—No me ha hecho ninguna pregunta —objetó Michael.

—He leído su solicitud de crédito. Es necesario que el banco asegure el préstamo con alguna propiedad.

Seitz ya había olvidado la solicitud de Michael y estaba examinando otro documento.

—Mi negocio es lo que puedo ofrecer como garantía —protestó Michael, viendo a través del alma temerosa y estereotipada de ese hombre.

—Sus antecedentes, señor Saint Pierre —las palabras salieron como el hielo de su boca—, lo hacen imposible.

—Sé que he cometido algunos errores...

—Así es.

—Pero no tuvieron ningún problema cuando abrí mi cuenta de negocios en este banco.

—Guardar su dinero y prestarle dinero son dos cosas completamente diferentes.

Michael se levantó como impulsado por un resorte, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse al cuello del hombre.

—Iré a otro banco...

—No pierda el tiempo —dijo Seitz, poniéndose de pie.

Los guardias de seguridad del banco se habían percatado de la situación y se acercaban a ellos.

—Nadie va a prestarle un centavo. Usted es un delincuente convicto con un negocio que no tiene ningún valor y ningún historial financiero. Usted representa un riesgo que nadie querrá asumir.

—¡Maldito cabrón hijo de puta, mi esposa se está muriendo!

—Lo siento, pero ésa es una carga que le corresponde a usted llevar. Que tenga un buen día.

Los guardias de seguridad llegaron y se colocaron a ambos lados de Michael. Sin decir nada más se marchó del banco como una furia.

Una habitación repugnantemente blanca. Es curioso que en estos tiempos, cuando todo el mundo habla del buen trato que los médicos deben dispensar a los enfermos, los hospitales sigan empeñados en pintar las paredes de un blanco árido y aséptico. Sin duda en el mundo de la medicina se desconocen por completo los estudios que hablan de cómo relajan la mente los azules y los amarillos. «Impersonal» era la palabra apropiada allí, un frío enfoque de tratamientos, actitudes y diseño arquitectónico, y también del dolor y el terror de los pacientes.

Mary y Michael estaban comiendo uno de esos menús típicos que sirven en los hospitales: un trozo de carne con una salsa marrón y acuosa, judías pasadas mezcladas con un puré de patatas más denso que la argamasa, y una rodaja de pera que flotaba en un líquido de un color imposible de identificar. Eso explicaba la amplia variedad de galletitas esparcidas sobre la cama. Mary estaba sentada, con un montón de tubos que salían de su cuerpo por los lugares más incómodos. Michael había acercado una silla y utilizaba la cama a modo de mesa.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, estoy bien. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien.

Hacía una semana que no aparecía por la tienda.

Estiró la mano, cogió con la cuchara un poco de puré de patatas y lo olió.

—No parece tan malo.

Un silencio incómodo se extendió por la habitación. Michael miró a Mary, tendida en la cama con ese camisón corto y blanco de hospital y esa embarazosa abertura en la espalda, y se dio cuenta de que habría dado su alma por cambiar de lugar con ella.

—Lo siento —dijo ella.

—No seas ridícula. No hay nada de lo que debas lamentarte, tú no provocaste esto.

La mente de Michael no podía sacudirse la idea de que aquella terrible prueba era un castigo por sus actos del pasado.

—¿Cómo vamos a pagar esto? —preguntó ella débilmente, sabiendo el daño que le hacía a Michael el simple hecho de mencionarlo.

—No te preocupes.

—Nuestros ahorros están prácticamente agotados.

Mary se esforzó por ocultar la desesperación que teñía su voz mientras jugaba nerviosamente con la cruz de oro que colgaba de su cuello. Era un hábito que había adquirido en la adolescencia: siempre que estaba nerviosa, sus dedos aferraban la pequeña cruz en busca de consuelo y protección, como si se tratase de un amuleto todopoderoso. Con el correr de los años, ese gesto se había convertido en una reacción inconsciente, y Michael estaba seguro de que Mary no tenía conciencia de ello ni siquiera ahora. Llevaba esa cruz alrededor del cuello desde la primera comunión, un regalo de un tío querido, y raramente se la quitaba. A Michael siempre le molestaba cuando hacían el amor y ella se colocaba encima de él. La luz de la luna arrancaba reflejos de la cruz, y él la sentía como una intrusa, como si alguien los estuviese espionando en esos momentos de absoluta intimidad. Aunque Mary insistía en que siempre la había protegido, las dudas que en todo momento Michael había albergado parecían confirmarse por su diagnóstico actual.

—Sólo tienes que concentrarte en ponerte bien, cariño. Puedo financiar todo esto, no hay problema.

Tenía un nudo en el estómago. Durante todos los años que habían estado juntos, en los buenos y malos momentos y, especialmente, durante su arresto y la temporada que había pasado en prisión, él nunca le había mentado, jamás. Tal vez alguna mentira piadosa de vez en cuando —“Me encanta tu corte de pelo”, “Me encantaría

ver esa película”, “Ella no es más guapa que tú” —, pero nunca mentiras directas, deliberadas, importantes. Ahora, en sólo dos minutos, le había mentido tres veces.

—Michael...

Mary se las ingenió para sonreír de aquella manera que a él le calentaba el alma.

—¿Hum?

—Los dos estaremos bien.

Ella hablaba en serio, pero Michael no podía dejar de pensar que lo peor aún estaba por llegar.

Michael se esforzaba por encontrar alguna posición cómoda en el sillón más incómodo en el que había estado jamás. Mary, cubierta de tubos y cables de la cabeza a los pies, estaba sumida en un sueño inquieto. Varrisa Schrier era la enfermera del turno de noche y la jefa del personal de enfermería, y dirigía a su gente con una estricta disciplina alemana. Decir que Varrisa era una mujer grande era ser amable; su voluminoso cuerpo tensaba las costuras de su uniforme blanco. Y su rostro... Bueno, su semblante era tan severo como fuertes eran sus manos. Pero su naturaleza distaba mucho de ser estricta, ya que la compasión era uno de sus rasgos principales. A ella siempre le asignaban los casos más duros.

—Señor Saint Pierre... —Michael detectó la preocupación en la voz de la enfermera cuando asomó la cabeza en la habitación—. Váyase a casa, duerma un poco, necesita descansar tanto como su esposa.

—No creo que pueda dormir por algún tiempo.

Varrisa asintió y entró en la habitación. Comenzó a ordenarla en silencio, recogiendo los periódicos y las revistas, retirando las bolsas de comida vacías y, en general, devolviendo al lugar cierta sensación de orden y normalidad. Michael miró a Mary y deseó que aquella diligente enfermera pudiese restituirle la salud con la misma facilidad.

Varrisa se acercó al fin a Michael y le puso su enorme mano sobre el brazo.

—No le servirá de ninguna ayuda a su esposa si no está al cien por cien.

—Sí, bueno, creo que nunca he estado al cien por cien para ella.

—Éste sería un buen momento para empezar —dijo la enfermera Schrier con sentido práctico. Cogió la tabla que pendía de la cama de Mary e hizo algunas anotaciones—. No puede culparse por su enfermedad. He visto este mismo cuadro demasiadas veces. Los seres queridos siempre buscan una razón para estas situaciones trágicas, y cuando no pueden encontrar nada que resulte lógico, se refugian en el absurdo y empiezan a culparse a sí mismos.

Aquella corpulenta enfermera sabía muy bien que la familia inmediata necesitaba tanto apoyo como el paciente. Había hablado extensamente con Mary acerca de Michael, y ambas compartían la misma preocupación: él necesitaba un amigo, un confidente, alguien aparte de su esposa con quien poder compartir sus pensamientos y, lo que era aún más importante, compartir su pena. Con el permiso de Mary, la enfermera había hecho la llamada hacía una hora.

La puerta se abrió en silencio. Y allí, ocupando toda la entrada, estaba Busch.

Busch estaba jugando una partida de billar a solas en su mesa favorita. El gastado tapete verde apestaba a whisky, y el bar el Oíd Stand, era uno de los más mugrientos de todo Estados Unidos, pero el propio padre de Busch acostumbraba matar el tiempo jugando en esa misma mesa. Eran las once y media de la noche de un miércoles, y el lugar estaba animado. Unos cuantos obreros —clientes habituales— discutían las ventajas y los inconvenientes de los sindicatos y el efecto que habían tenido en sus vidas, mientras que la panda de tíos con americana y corbata escudriñaba la puerta esperando que entrase la mujer de sus sueños. —¿Otro trago? —preguntó Busch. . Michael no contestó y siguió lanzando los dardos sin inmutarse; no hablaba mucho últimamente. Busch le hizo señas al camarero para que sirviese otra ronda. Durante todo el viaje en coche hasta el Oíd Stand y la media hora siguiente había tratado de romper el silencio de Michael, de obligarlo a hablar. Sabía bien lo que la presión les hacía a los policías, a los criminales, a las personas afectadas por un gran dolor. O bien explotaban, y hacían daño a otros, o bien se encerraban en sí mismos, y acababan por matarse. Pero también sabía que, hasta que una persona aceptaba voluntariamente que lo ayudaran, no había mucho que hacer.

—A veces la vida es una mierda —dijo Michael al cabo.

Busch apuntó y metió la bola dos en la tronera, despejando la mesa.

—Mary saldrá de ésta. Es fuerte.

Atravesó el pringoso suelo del local, que le recordó el alquitrán caliente del asfalto en verano, cogió el triángulo y volvió a colocar las bolas de billar.

Michael lanzó otro dardo.

—Doscientos cincuenta mil pavos. Es más dinero del que jamás he tenido. Joder, ni siquiera conseguí robar esa cantidad y que no me cogiesen.

Busch pasó por alto el comentario.

—¿Cómo es que Mary y tú no tenéis un seguro? —preguntó en cambio.

—Pensamos que sólo sería por tres meses. Cuando Mary dejó su último trabajo, el seguro caducó, y teníamos que esperar noventa días antes de que se hiciera efectivo en su nueva escuela. El Estado hizo que su antiguo trabajo ofreciera una cobertura

Cobra, pero teníamos que pagarla y era demasiado cara. La verdad es que no pensábamos mucho en ello.

Busch lo entendía; nunca se pensaba en ello hasta que ocurrían las desgracias.

—Sólo iban a ser tres meses —repitió Michael.

El camarero dejó la Coca-Cola de Busch y el Jack Daniel's de Michael y se alejó.

—Tengo ahorrados unos treinta y cinco mil pavos —ofreció el policía.

—Gracias, pero no podría aceptar tu dinero —dijo Michael.

—No es para ti, es para Mary, y lo aceptarás. —Busch levantó el taco y se apoyó en la mesa de billar—. Maldita sea, treinta y cinco mil pavos están todavía muy lejos. Tendrías que conseguir algo de pasta con la garantía de tu negocio.

Michael meneó la cabeza.

—La comunidad bancada no se mostró muy servicial.

—¿Algún familiar? Tiene que haber alguien.

—La madre de Mary estuvo en bancarrota hasta el día de su muerte. Y mis padres no me dejaron nada.

—¿Has pensado alguna vez en buscar a tus verdaderos padres?

Aunque el apellido de Michael era de origen francés, no era el nombre que le habían puesto al nacer. Todo lo que sabía de sus verdaderos padres era que tenían tres cuartas partes de sangre irlandesa y que, por alguna razón desconocida, lo habían dejado en un orfanato cuando él apenas tenía un mes. Michael nunca había recorrido el camino autocompasivo de buscar a sus padres biológicos. Tal como él lo veía, se consideraba afortunado: los Saint Pierre habían elegido adoptarlo a él en lugar de escoger a cualquier otro de los niños del orfanato.

—Ya es un poco tarde para eso —contestó Michael—. No sabría siquiera por dónde empezar.

Una pareja de jugadores de softball que habían disputado un partido después del trabajo celebraban jubilosamente su victoria, y sus gritos y risas competían con la música de rock que salía de la gramola. Busch metía las bolas en las troneras, mientras la bola jugadora permanecía siempre en el sitio adecuado para seguir el juego. Alineó la bola siete con la tronera del rincón, llevó el taco hacia atrás y, de pronto, se volvió hacia Michael.

—¡Mierda! ¿No estarás pensando lo que creo que estás pensando, verdad?

—Le di mi palabra a Mary —contestó Michael. Regresar a la vida delictiva era una idea que sin duda le había cruzado por la cabeza, pero nunca rompería la promesa hecha a su mujer—. Si no puedo conseguir ese dinero... —Su mirada se ensombreció.

—Eh, deja de decir tonterías. Siempre hay una manera de solucionar las cosas.

—No es justo —dijo Michael.

—Nada lo es. Dios no creó este mundo para que fuera justo.

—Ya no me trago más ese rollo de Dios.

—No permitiré que Mary te oiga hablar de esa manera.

—Mira, Paul, hice algunas cosas que no estaban bien, pagué mi deuda, nunca me quejé por ello. —Ahora estaba lanzando los dardos con más fuerza—. Pero Mary... Ella jamás le ha hecho daño a nadie. Es la personificación del bien. Después de todo lo que le hice pasar... ¿Sabes que jamás se pierde una misa? No puedo creer que exista un dios que pueda permitir que a Mary le pase esto.

—Sólo estás buscando a alguien a quien culpar. —Busch pasó por alto el hecho de que cada dardo lanzado por Michael se clavaba en el centro de la diana—. Aunque reconozco que probablemente yo actuaría igual si estuviese en tu lugar.

—Hablo en serio, Paul. No veo ninguna prueba de la existencia de Dios. Explícame la enfermedad de Mary. Y no me vengas con esa mierda de la prueba de la fe. Mi fe ya ha sido puesta a prueba demasiadas veces y siempre acaba vacía. Mary sólo tiene su fe, y mira dónde está ahora.

Busch se sentó en la mesa de billar.

—Todos necesitamos algo en que creer. No importa en qué. Dios, Buda, Elvis... Todos necesitamos fe. Eso es lo que nos da esperanza, esperanza de que allí fuera haya algo mejor para nosotros, algo por lo que merece la pena luchar. La esperanza es lo que nos mueve. La esperanza te saca de la cama todas las mañanas, esperando hacer esa gran venta en el trabajo, esperando poder hacer el amor con tu mujer por la noche.

—No se puede depender de la esperanza, Paul. La esperanza no paga las facturas ni salva vidas.

—Necesitas esperanza y un código simple. Un credo que sirva para guiarte, que te impulse a seguir adelante. El mío es la ley.

Busch bebió el resto de su Coca-Cola.

Michael sonrió, se volvió y alzó su vaso.

—Esperanza, verdad, justicia y el estilo norteamericano de hacer las cosas. ¡Adelante, Superman!

—Gracias, Lois. —Busch esbozó una sonrisa forzada. No lo estaba consiguiendo—. ¿Qué me dices de ti? ¿Cuál es la fuerza que te guía?

—Mary.

Antes del amanecer, el Memorial Hospital de Byram Hills era un mundo completamente diferente; no había extraños con los que tratar, ni sonrisas falsas o compasión para ayudar a los confusos y los afligidos. Las horas de visita no comenzaban hasta las nueve. La maquinaria médica de enfermeras y médicos se preparaba para las tareas del día, moviéndose deprisa por los corredores, rellenando formularios, disponiendo los quirófanos.

Michael atravesó el vestíbulo como un espectro, vestido con la misma ropa que llevaba cuando había abandonado el hospital, hacía apenas cuatro horas. Sabía que no debería estar allí, pero le resultaba muy difícil permanecer lejos de Mary. Además, moverse a hurtadillas por los pasillos siempre hacía que la sangre fluyera por sus venas. Con una carpeta bajo el brazo y una gran bolsa de compras en la mano, avanzó por el corredor, agachándose rápidamente en el vano de una puerta para no ser visto por una enfermera.

Esa mañana someterían a Mary a otra batería de pruebas, y Michael quería verla antes de que se la llevaran de la habitación. Las facturas de las pruebas habían bastado para agotar los escasos fondos que tenían. Si no conseguía pronto el dinero necesario para la operación y el tratamiento, el hospital daría el alta a Mary para dejar la habitación libre para otro paciente, y seguramente se evaporaría cualquier posibilidad de curación que ella pudiese tener, por pequeña que fuera.

Michael cruzó en silencio la puerta de la habitación de su mujer, cuidando de no hacer ningún ruido. La encontró sentada a la pequeña mesa que había junto a la cama, con aire extenuado. Mary siempre había sido una persona madrugadora; «hay que estar en pie antes de que salga el sol —decía—, cuando el mundo es fresco y nuevo». Su pelo castaño rojizo estaba impecable, como si se dispusiese a asistir a un baile real, pero ella siempre lo llevaba así sin importar la hora. Mary siempre se había cuidado, no por vanidad, sino para su marido. Ya fuese estar en forma, peinarse o combatir el deseo de llevar camisetas grunge, Mary se afanaba por mantenerse deseable a los ojos de su esposo en todo momento.

Michael se inclinó para besarla en la mejilla.

—Buenos días.

—Hola —dijo ella con voz cálida, besándolo a su vez.

—¿Qué tal el desayuno?

—Creo que era un trozo de carne recalentado con la forma de un bocadillo.

Michael no pudo evitar una sonrisa.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella.

—La cama es demasiado grande sin ti.

Michael comenzó a vaciar el contenido de la bolsa: maquillaje, ropa limpia, toallas de baño de tejido suave, en lugar de las ásperas toallas blancas del hospital. Luego sacó el libro favorito de Mary: Los lugares que visitarás, del doctor Seuss.

—¡Eres tan bueno conmigo! Les estaba leyendo este libro a mis alumnos antes de marcharme.

—Lo sé. —Michael sacó una grabadora y la colocó encima de la mesa—. A ellos les gustaría que acabases la lectura. Puedes grabarla cuando te apetezca. Liz ha dicho que la recogería y se la haría escuchar a los niños.

—Fue idea tuya ¿verdad? —preguntó ella, y las lágrimas le asomaron a los ojos.

Michael no dijo nada, pero sonrió mientras continuaba sacando cosas de la bolsa, que no parecía tener fondo. En último lugar, pero no por ello menos importante, extrajo las golosinas: refrescos, galletitas, pastelillos de chocolate.

—¿Estás tratando de cebarme? No voy a comerme todo eso.

—En realidad es para mí.

Con una mirada traviesa, Michael sacó una carpeta que decía «Tareas escolares» y se la tendió.

Mary cogió la carpeta y la miró, deseando estar en clase con sus niños. Se emocionó al ver las docenas de dibujos que le habían enviado sus alumnos; tenía mucho miedo de no volver a verlos nunca más.

—Estaba pensando... No quiero que te enfades, se trata solamente de una precaución... Tal vez debería poner mis asuntos en orden.

Michael acercó una silla a la mesa y se sentó.

-¿Qué?

—Lo siento, es sólo que...

—¡No! No quiero oír nada de eso. Saldremos de ésta.

—Lo sé, lo sé. —Mary le cogió las manos—. Lo siento. Es que se trata de tanto dinero...

—No vuelvas a decir eso. Los Saint Pierre nunca se rinden. —Michael hacía un enorme esfuerzo por no perder el control—. Nunca.

Se oyó un suave golpe en la puerta, y el padre Shaunessy asomó la cabeza.

—Mike, Mary... ¿he venido en un mal momento?

Michael fulminó al sacerdote con la mirada. No podría haber elegido un momento peor para visitar a Mary.

—¿Podría volver dentro de media hora, padre? —dijo ella.

—Por supuesto

El sacerdote asintió mientras cerraba la puerta tras él.

—¿Por qué está aquí? —La furia de Michael comenzaba a aflorar a la superficie.

—Pensé...

Pero Mary no tuvo oportunidad de acabar la frase, pues Michael se levantó de golpe y la interrumpió.

—No pensaste nada. Ni se te ocurra decirme que estuviste preparando ese asunto de los últimos ritos.

—Michael, estás sacando conclusiones precipitadas. Le pedí al padre Shaunessy que viniese a verme para rezar juntos.

La voz de Mary era tensa. Ella también estaba enfadada pero, a diferencia de su marido, podía contener su ira.

Michael se paseó por la pequeña habitación.

—¿Rezar? ¿Realmente crees que si Dios fuese misericordioso permitiría que te pasara esto?

Mary se tomó un momento antes de contestar. Nunca pensó que tendría que defender sus creencias, y mucho menos que tendría que defenderlas ante la persona a la que amaba más que a la vida misma. Su ira se esfumó mientras le contestaba con voz tranquila:

—Michael, tienes que entender algo. Hay dos cosas con las que siempre he contado para superar los malos momentos: tú y mi fe en Dios. Y ahora, amor mío, necesito ambas.

Cuando Michael abandonó la habitación de Mary, el hospital bullía de actividad. Vio al padre Shaunessy sentado en el corredor, entre un grupo de mujeres mayores. Las mujeres estaban hablando acerca del perdón, mientras el sacerdote pasaba las gastadas cuentas de su rosario. Michael hizo caso omiso de él y continuó andando por el corredor.

—Mike... —llamó el sacerdote.

Michael se detuvo y se volvió, pero no pronunció palabra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el padre Shaunessy.

—Mi mujer se está muriendo.

—Deberías tener más fe, Mike. Esa es una conclusión que dista mucho de ser verdadera. Entra en la habitación, podemos hablar. Reza con nosotros.

El sacerdote hizo una seña hacia la habitación de Mary como si le estuviese enseñando el camino de la redención.

Michael estalló.

—¡Debe de estar de broma! Desde que era un crío jamás he tenido respuesta a mis plegarias. Me he pasado más domingos de los que puedo recordar buscando respuestas, y no obtuve sino traición. Y ahora, mí pobre mujer... Ella depositó su fe en Dios, y mire dónde está ahora.

—Bueno, no hay duda de que tú no eres la respuesta. Mientras estabas encerrado en prisión, ella te esperó. Tú le destrozaste la vida y, sin embargo, ella permaneció a tu lado, nunca perdió la fe en ti. —El pequeño sacerdote temblaba de ira—. Tal vez deberías dejar de ser tan tremendamente egoísta por una vez en tu vida y apoyar a Mary. Ayudarla, en lugar de sentir tanta lástima por ti mismo.

El sacerdote se acercó más a Michael. Sí no hubiese llevado el alzacuello, habría vuelto a sus días en la calle y le habría atizado un buen puñetazo a Michael en la mandíbula.

—¿Lástima por mí mismo? —gritó Michael—. La única persona por la que siento lástima es por usted y sus equivocadas creencias. Está llevando a mi esposa por un camino donde la esperanza ni siquiera existe.

Michael dio media vuelta y se marchó.

La furia que sentía en ese momento el padre Patrick Shaunessy no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Y, sin embargo, no podía evitar sentir que estaba contemplando cómo se le escabullía el alma de Michael mientras éste se alejaba por el blanco corredor del hospital.

Michael salió en tromba por la puerta del edificio con la cabeza hecha un lío y la esperanza hecha añicos. Siempre había sido experto en resolver problemas, en reparar las cosas, y no sólo objetos mecánicos. Sabía analizar las cosas desde una perspectiva diferente y encontrar la solución correspondiente. Ese talento lo había salvado en más de una ocasión, y también lo había ayudado en su antigua carrera.

Su carrera de ladrón no fue algo que él hubiera buscado, no era fruto de la desesperación, ni tampoco el resultado de una carencia de habilidades en terrenos más legales. Era algo que había descubierto merced a un gesto altruista para salvar a un amigo.

A la edad de diecisiete años, cuando Michael aún buscaba su objetivo en la vida, su mejor amigo, Joe McQuarry, ya había encontrado el suyo. Joe era quien tenía una habilidad atlética natural; el que consiguió una beca y que lo aceptaran tempranamente en la universidad para jugar al baloncesto. Joe había descubierto muy pronto cuáles eran sus cualidades y sabía cómo explotarlas. Humor y deporte. El deporte hizo que consiguiera popularidad y un montón de chicas, mientras que su humor le proporcionaba encanto y problemas. Joe era ese chico de buen corazón que siempre parecía salirse con la suya. Su idea de la diversión consistía habitualmente

en travesuras y risas a costa de la profesora. Debido a ello tenía un asiento propio en el Instituto Holly Father, reservado especialmente para él en el despacho del director.

Y ocurrió que un viernes Joe se encontró otra vez en su asiento especial mientras el director, el padre Daniels, le soltaba un sermón acerca del declive de la sociedad como consecuencia de la falta de respeto. El padre Daniels le explicaba cómo, aunque su vida era muy prometedor debido a la beca deportiva, podía convertirse fácilmente en nada de la noche a la mañana. El director había llegado a su límite. Las dos expulsiones de Joe no le habían dejado al padre Daniels más alternativa que exponerlo definitivamente del instituto si se producía otro incidente. Daniels trató de exponerlo en unos términos que Joe pudiese entender: otro strike, 6 y el adolescente quedaba fuera del instituto. Y si Joe pensaba que era tan brillante, más listo e inteligente que todos los demás, no tenía más que ponerlo a prueba. Daniels le impuso una semana de expulsión y le dijo a Joe que no se moviese de allí hasta que él regresara.

Joe permaneció inquieto en el despacho del director, preguntándose quién se creía ese tío que era. Al cabo de tres semanas, él se largaría del instituto en busca de metas más altas, mientras que Daniels seguramente se quedaría varado allí durante años. Joe se quedó sentado mirando un trofeo que había encima del escritorio de Daniels. La pequeña escultura llevaba fecha de hacía quince años y reconocía los méritos del sacerdote por su notable influencia en la vida de sus estudiantes. Mientras Joe esperaba a que el director regresara a su despacho, sus emociones empezaron a traicionarlo. Cuanto más pensaba en ello, más indignación sentía.

Joe estuvo contemplando la pequeña escultura durante casi una hora antes de que entrase la secretaria de Daniels y le dijera que el director había tenido que marcharse y no regresaría hasta el lunes. Cuando la secretaria abandonó la habitación, Joe estaba que echaba humo por las orejas. Pero, en lugar de provocar un escándalo, recogió sus cosas e hizo algo que tendría consecuencias para toda la vida, consecuencias que Joe nunca podría haber previsto.

Cogió el premio de latón y plexiglás que había encima del escritorio del padre Daniels.

Aquella noche, mientras bebía cerveza junto al lago con Michael y sus amigos, Joe les mostró la pequeña escultura que había robado del despacho del director. Los chicos se echaron a reír a carcajadas y saludaron jubilosamente su proeza. El fuego de la hoguera que habían encendido para protegerse del frío de la noche les iluminaba el rostro, y todos se apiñaron junto a Joe mientras Michael tomaba una fotografía del ladrón y su botín. Joe abrió otra lata de cerveza y todos brindaron por él, tras lo cual Joe arrojó ceremoniosamente la escultura a las llamas.

6. En el béisbol, pelota que el bateador no consigue golpear. Al tercer strike queda eliminado. (TV. del t.)

Pero a medianoche la bravata de Joe empezó a evaporarse. La realidad se presentó ante sus ojos al darse cuenta de que, el lunes por la mañana, cuando el padre Daniels descubriese la desaparición de la escultura, sólo tendría a un sospechoso a quien señalar con el dedo.

Tercer strike.

Michael vio el pánico reflejado en los ojos de su amigo. Diez años atrás se habían conocido un helado domingo de febrero, de monaguillos, y en todo ese tiempo Michael jamás había visto a su amigo tan desesperado. Joe mantenía su pose de tío duro, pero Michael sabía que esta vez no podría salirse con la suya. Ni el instituto ni los padres de Joe podrían perdonarle lo que había hecho. Y la expulsión del instituto anularía su beca y su ingreso en la universidad. La noche, que había comenzado como una celebración, acabó como un funeral. Los seis chicos regresaron a sus casas sintiendo lástima por su amigo. Y ninguno de ellos estaba más apenado que Michael, quien podía ver el profundo arrepentimiento de su amigo.

Al llegar a su casa, Michael fue al garaje que su padre había convertido en taller, donde trabajaba con maderas y metales. Era el pasatiempo de su padre; él había construido muchos de los objetos que tenían en la casa y, cuando Michael era pequeño, le había enseñado muchas cosas de su oficio. Pero, como suele suceder con la mayoría de los chicos, al llegar a la adolescencia Michael se había rebelado, y se había apartado de la afición artesanal de su padre.

Michael miró las herramientas que tenía ante los ojos; luego sacó la fotografía del bolsillo. Durante las treinta y seis horas siguientes, con la foto apoyada en el banco de trabajo para que le sirviese de guía, trabajó sin descanso. Le llevó dieciséis intentos conseguir la forma de la escultura en plexiglás; otros ocho crear la base de madera tallada. A las 23.50 de la noche del domingo se dirigió al edificio del instituto a través del bosque. Trepando por un árbol y deslizándose por la terraza consiguió llegar a la puerta del despacho, que no se había cerrado con llave en treinta años. Mientras el corazón de Michael latía con fuerza en sus oídos y la adrenalina corría por sus venas, experimentó una sensación de seguridad en sí mismo que nunca había tenido. A pesar de que estaba actuando mal, de alguna manera hacía que se sintiese bien... Le parecía correcto.

El lunes por la mañana, Joe esperaba sentado en el despacho del director. Éste lo había mandado llamar en cuanto llegó al instituto, y Joe sabía que se enfrentaría a la ruina de toda su vida. El padre Daniels permaneció sentado y en silencio durante lo que a Joe le pareció una eternidad. Pero entonces el sacerdote hizo algo que lo dejó boquiabierto: se disculpó. Era un aspecto del director que Joe no había visto antes. El padre Daniels se disculpó con él por haber perdido los nervios y por haberse marchado el viernes dejándolo allí solo. Le dijo a Joe que ya había sido suficiente castigo, y le deseó suerte en la universidad antes de darle permiso para que se retirase.

Cuando Joe abandonaba el despacho miró el trofeo que había encima del escritorio del padre Daniels y se dijo que debía estar soñando. Estaba seguro de que había visto cómo se quemaba en la hoguera.



Capítulo 6

Michael estaba sentado en uno de los reservados del restaurante frente a dos tazas de café, las dos llenas. Tenía los ojos rojos e hinchados por la falta de sueño, y hacía verdaderos esfuerzos por mantenerlos abiertos. El sol se había ocultado hacía varias horas, y él se preparaba para pasar otra noche interminable. El agotamiento pesaba en su mente como un peso muerto. Jugaba nerviosamente con una tarjeta comercial mientras su mirada vagaba por el local. Había traicionado la confianza de Mary; le había mentado tres veces. Y ahora...

Se le habían acabado las opciones. El hospital exigía saber cómo pensaba pagar la operación de Mary, cómo pagaría el tratamiento posterior. En tres días había acumulado facturas por valor de más de veinte mil dólares. Pruebas, pruebas y más pruebas. Cada una de ellas más dolorosa y cara que la anterior. El doctor Rhineheart había tratado de hacer uso de su influencia, pero ya no quedaba a quién recurrir. El gerente del hospital lo había dejado bien claro: lamentablemente, si Michael no podía hacer frente a los gastos del tratamiento, su esposa tendría que abandonar la habitación. Mary y Michael estaban atrapados justo en el medio: ingresos insuficientes para pagar el tratamiento, pero suficientes para no tener derecho a percibir ayudas oficiales. Michael se había visto obligado a implorar ayuda a todas las personas que conocía. Busch le conseguiría los treinta y cinco mil dólares tan pronto como liquidase su fondo de pensiones. Eso destrozaba a Michael, maldito fuera su orgullo, pero había aceptado el préstamo: Mary no tenía otra alternativa. Ese dinero, sin embargo, no estaría disponible hasta tres semanas más tarde y, aun así, ni siquiera se acercaría a la cantidad que necesitaban.

El golpe de humillación final lo había recibido el día anterior. Había sido el último lugar adonde acudir, agotadas ya todas las posibilidades. Se había sentado en su despacho y aceptado la taza de té, procurando no mostrarse desagradable como en el pasado. Les había explicado brevemente el problema: si no conseguía el dinero, su mujer moriría. El padre Shaunessy y el consejo parroquial lo habían escuchado con leves asentimientos de cabeza y expresión compasiva, sin decir palabra hasta que hubo terminado.

Y entonces la Iglesia en la que Mary tanto creía había dicho simplemente que no.

—No tenemos recursos para proveer de fondos a nuestros feligreses.

Pero serían felices recordando a Mary durante la misa del domingo.

Michael siguió sentado en el reservado haciendo girar la taza de café frío entre las manos y observando a los demás clientes. Sólo había tres personas más en el restaurante. Estaban sentados en el otro extremo del local y se reían de vaya uno a saber qué. No pudo evitar mirarlos, deseando haber prestado más atención a aquella época en que vivía con despreocupación, cuando no era consciente de que todo podía esfumarse con el diagnóstico de un médico. ¿Por qué no había prestado atención a aquellos momentos, centrándose en ellos, apreciándolos? Deseaba sobre todo ser capaz de volver de alguna manera a aquel tiempo. Tenía la sensación de que habían pasado muchos años desde la época en que no llevaba ningún peso sobre los hombros y, sin embargo, había sido hacía menos de una semana. Hacía sólo cinco días que Mary y él habían estado en la fiesta de Paul en la playa, ignorantes de lo que les esperaba. Michael sabía que no había forma de volver atrás, pero lo que lo frustraba era que no tenía ningún medio de seguir adelante.

Finster apareció de pronto, impecablemente vestido con un abrigo deportivo de Armani, el pelo blanco recogido en una coleta. Cuando se sentó frente a él, Michael se dio cuenta de que Finster era mucho más viejo de lo que le había parecido la primera vez que apareció por su tienda. Se podía advertir en sus ojos, viejos y endurecidos como si hubiese estado al cabo de la vida en más de una ocasión.

—Tiene aspecto de necesitar a un amigo —señaló Finster.

—Las circunstancias cambian.

—Lamento lo de su mujer —dijo Finster con auténtico interés.

—Sí, bueno. —Michael estaba indeciso y sus palabras sonaron muy duras—. ¿Quería hablar conmigo?

—¿Cómo se siente?

—El tiempo es corto.

—Sé que está retirado del negocio, y lo respeto. —Luego Finster pareció cambiar de actitud. Se reclinó en su asiento, meneando la cabeza—. No hay necesidad de hablar de este asunto ahora. Tal vez más tarde, cuando se encuentre más animado.

—No, es ahora o nunca.

Si no escuchaba en ese momento lo que aquel hombre tenía que decirle, su ánimo se vendría abajo.

—De acuerdo. Pero si no está interesado, lo entenderé, podemos despedirnos como amigos.

Michael miró al hombre mayor. Sabía muy bien que cualquier persona que actuase en el terreno de su antiguo oficio era, en el mejor de los casos, sospechosa.

—Estoy dispuesto a hacerme cargo de todos los gastos médicos de su esposa, sea cual sea la cantidad...

—¿Por qué?

Michael lo interrumpió para ir directamente al grano, consciente de que no se trataba de un trabajo cualquiera. Doscientos cincuenta mil dólares —el costo estimado del tratamiento que necesitaba Mary— era un pago arriesgado.

—Hay dos objetos que necesito conseguir desesperadamente. Ambos se encuentran en un edificio de mínima seguridad. No hay guardias armados, el acceso es sencillo...

—Estoy en libertad condicional.

—El trabajo es en Europa. No estaría violando su libertad condicional aquí.

—En realidad, sí la estaría violando. Pero, lo que es más importante, la estaría violando aquí. —Michael se tocó el pecho a la altura del corazón—. Le hice una promesa a mi mujer.

Finster se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Las situaciones cambian, Michael. La vida de su mujer pende de un hilo. ¿Acaso le habría hecho esa promesa si hubiese sabido que eso significaría la diferencia entre la vida y la muerte? Por supuesto que no.

Finster tenía razón. Michael lo sabía. Jamás habría hecho esa promesa si hubiese sabido que con ella ponía en peligro la vida de Mary.

—Necesito más detalles —dijo, mientras bebía un trago de café frío.

—Bien. Al menos está pensando en ello. Lamentablemente, eso es todo lo que puedo decir por ahora. Si decide aceptar el trabajo le daré todos los detalles. Pero una vez que haya aceptado... —Finster dejó la frase en el aire.

Michael sabía que no había vuelta atrás.

—Siempre termino lo que empiezo.

—Una cosa más; tal vez sea importante, tal vez no. Este trabajo puede entrar en conflicto con sus creencias religiosas.

Era una advertencia hecha a la ligera, pero advertencia al fin y al cabo.

—Continúe.

—El trabajo es en una iglesia.

Michael sonrió.

—Ah, una de esas pequeñas bromas que nos gasta la vida. —Se apoyó contra el respaldo de su asiento y alzó nuevamente la taza de café—. No creo en Dios. ¿Y usted?

Finster pareció desconcertado por el comentario de Michael, por su falta de fe.

—Con todo mi corazón. Después de todo lo que he visto... —Reflexionó por un momento sobre su propia fe—. No tengo ninguna duda en mi mente.

Una camarera se acercó a la mesa y volvió a llenar las tazas de café. La mujer sonrió a Finster.

El hombre mayor asintió.

—Gracias.

La camarera, una mujer madurarse apartó tímidamente un mechón de pelo de los ojos y se marchó.

—Piense en mi oferta, Michael. —Finster se levantó y dejó algo de dinero encima de la mesa para pagar los cafés—. Debo irme. Tengo que atender otros asuntos.

—¿A esta hora?

—¿No ha oído nunca la expresión “No hay descanso para los fatigados”?

—¿No querrá decir “los malvados”?

Finster exhibió su encantadora sonrisa y luego le estrechó la mano.

—Espero que tome la decisión correcta, Michael.

Hawk corrió hacia la puerta en el instante en que el tirador comenzó a girar. C. J no parecía demasiado interesado en el asunto. El pequeño felino pareció mofarse del enorme perro y volvió a acomodarse en el sofá. Michael entró en el apartamento y Hawk se abalanzó sobre él; saltando y gimiendo, lo lamió y lo llenó de babas. La mayoría de los días, Michael se echaba en el suelo para empaparse de ese amor

incondicional, pero no aquel día. Acarició brevemente a Hawk y luego le ordenó que se fuese a un rincón.

Después se dirigió a su estudio y del cajón central de su escritorio extrajo un gran sobre de papel Manila, lo abrió y sacó unas hojas. Las extendió sobre el escritorio y leyó por milésima vez:

Habiendo cumplido 3 años, 5 meses y 22 días de una condena de 10 años por los delitos de robo de mayor cuantía, posesión de objetos robados y robo con allanamiento, por la presente se concede a Michael Edward Saint Pierre la libertad condicional. Esta conclusión ha sido formulada por la Junta de Libertad Condicional del Estado de Nueva York basándose en el hecho de que el señor Saint Pierre se ha rehabilitado por completo y, por la presente, ha cumplido su período de la condena impuesta por el Estado de Nueva York.

Las palabras LIBERTAD CONDICIONAL CONCEDIDA atravesaban el documento, estampadas con tinta roja.

Hacía cinco años y medio, la llamada había llegado en plena noche. Mary rebulló en la cama cuando el teléfono sonó por tercera vez, y contestó con voz adormilada. Michael estaba detenido, sospechoso de cosas que ella no podía imaginar que fuese capaz de hacer. Era una traición demoledora. Su marido le había estado ocultando su verdadera vida.

A Michael le habían pillado cuando intentaba saltar el muro de Central Park. Estaba casi encima del muro y probablemente lo habría conseguido de no haber sido por la pérdida de sangre de la herida que tenía en el hombro. Los dos agentes de policía lo habían reducido violentamente, aplastándolo contra la pared de granito. Estuvo esposado e inmovilizado antes de que pudiese abrir la boca. Los dos polis lo habían sacudido con ganas, pero era comprensible, La mujer yacía desnuda en la calle, cubierta de sangre, balbuceando incoherencias, medio loca después de la terrible experiencia sufrida. Los policías no sabían que la sangre era de Michael; simplemente supusieron que había sido una violación brutal y no se lo tomaron muy bien. Pasaron dos días antes de que la mujer recuperase la lucidez. Hizo una breve declaración confirmando la inocencia y el valor de Michael. Era un héroe. Pero en esta época los héroes sólo duran una semana. En esa ocasión, Michael no duró ni una hora. El hecho de que él la hubiese rescatado ni siquiera llegó a los periódicos.

El embajador Ruskot regresó inmediatamente a Nueva York y declaró que jamás había visto los diamantes valorados en diez millones de dólares que habían encontrado en la mochila de Michael aquella noche. El general no podía permitirse las preguntas ni el escándalo. Sediento de venganza, Ruskot había presionado a la oficina del fiscal del distrito para que procesara hasta las últimas consecuencias al ladrón que había violado el suelo soberano de su país para robar la cruz engastada

en diamantes. El embajador afirmó que se trataba de una joya de incalculable valor cultural para su nación, y que consideraba personalmente ese delito como una afrenta a sus profundas creencias religiosas. Lo cierto era que Ruskot había adquirido esa cruz tras el Telón de Acero hacía muchos años por cuatro cuartos y aún no había conseguido venderla.

El Departamento de Estado conocía muy bien los negocios paralelos del embajador, pero no podía hacer nada contra él. En cambio, presionaron a la oficina del fiscal del distrito para que consiguiera una condena. Las relaciones con Akbiquestán no estaban pasando por un buen momento, y Estados Unidos quería mostrar un signo de buena fe al proteger los intereses de su «amigo» extranjero.

El primer día del juicio, Mary permaneció sentada estoicamente en la parte trasera de la sala, pero en ningún momento cruzó su mirada con la de Michael. El escribió una nota y le pidió a su abogado de oficio que se la entregase. Mary la cogió, la estrujó y la metió en su bolso sin siquiera echarle un vistazo. Ella haría el papel de esposa abnegada durante el juicio, le dijo al abogado, pero cuando el juicio terminara, ellos también habrían terminado. Durante tres días, Michael entró y salió de la sala del tribunal, con las manos esposadas, mirando desesperadamente a Mary con una expresión de tristeza. Pero ella no lo miró en ningún momento.

Michael no tenía ninguna defensa que ofrecer; su abogado hacía poco que se había licenciado y el suyo era apenas el tercer caso que llevaba. Para atenuar su situación, trataron de que se tuviera en cuenta la heroica acción de Michael al salvar a la hermosa Helen Staten —el jurado se enteró de que se trataba de la joven esposa de James Staten, un poderoso industrial de setenta y cinco años—, pero no tenían testigos. La señora Staten había sufrido un colapso nervioso; sus palabras balbucientes eran, en el mejor de los casos, incoherencias, y se creía que la violación se había borrado piadosamente de su memoria. Para empeorar aún más el cuadro, James Staten murió dos días después del allanamiento de su casa. No quedaba nadie que pudiese testificar a favor de Michael.

Culpable. El jurado llegó a ese veredicto después de sólo una hora de deliberaciones.

El Estado confiscó su casa de verano en Bedford, las cuentas bancarias de Michael, las cuentas bancarias de Mary, todos y cada uno de sus bienes para pagar las costas del juicio y su multa de trescientos mil dólares. Como no existía ningún documento que probase que Michael hubiese ganado nunca un salario, ni tenido un empleo legítimo ni pagado impuestos, el fiscal intentó relacionar los bienes de Michael con otros robos. No pudo hacerlo. Afortunadamente, Michael jamás había dejado ninguna pista tras él antes de aquella fatídica noche.

La prisión de Sing Sing en Ossining, estado de Nueva York, sería el hogar de Michael durante los tres años y medio siguientes.

Mary recibió la solicitud de divorcio una semana después de la conclusión del juicio. Leyó dos veces los documentos y, a pesar de sus convicciones religiosas, decidió seguir adelante con el proceso. Llamó a su abogado, y éste le dijo que firmase los papeles y que él se encargaría de hacérselos llegar a Michael en la prisión. Mary estaba buscando un bolígrafo en su bolso cuando encontró la nota que Michael le había escrito al comenzar el juicio:

Mary:

Por favor, no te tortures asistiendo al juicio. La vergüenza que te he causado ya es suficiente carga para ti. El matrimonio es confianza, el matrimonio es fe recíproca. Y, después de lo que he hecho, sé que nunca más volverás a tener fe en mí. Debes continuar con tu vida. Sé que encontrarás a otro hombre que te ame y cuide de ti.

M.

Mary llegó a la prisión a las nueve de la mañana siguiente con los papeles del divorcio en el bolso. Michael se lo contó todo: que nunca había tenido realmente un negocio de consultoría, y que sus ingresos procedían de robos anteriores. Que cuando se habían conocido, él había decidido que lo dejaría. Sólo daría un último y provechoso golpe y nunca más. Después de eso, estaría en condiciones de mantenerla durante el resto de sus días, de modo que ella pudiese dejar de trabajar y se concentrase en criar una familia. Pero todo se había ido a hacer puñetas por una cruz robada y un insensato acto de valentía. Michael acabó su explicación diciéndole que no se opondría al divorcio.

Pero fue la sencilla respuesta de Mary lo que hizo que todo estuviese claro para él.

—Nunca me importó el dinero, ni la ropa elegante, ni los coches, Michael. Esas cosas acaban por envejecer y al final las desechamos. El mayor tesoro para mí es vivir y envejecer contigo, juntos. Te amo, Michael, y tú me amas. Eso es todo lo que necesito.

Mary lo visitaba todos los sábados, y Michael la llamaba todos los lunes y los miércoles. Con el tiempo volvieron a forjar su relación. Para bien o para mal, ella estaba consagrada a él. Y él juró que jamás volvería a traicionarla.

Cuando consiguió la libertad condicional tres años y medio más tarde, Michael se había convertido en la personificación del hombre reformado. Abrió su propio negocio, pagaba sus impuestos y consolidó su matrimonio. Y, quizá lo más sorprendente de todo, entabló una estrecha amistad con un agente de la ley. La esposa de Paul Busch y Mary eran viejas amigas, y Busch había pedido que le

asignaran ese caso. Paul nunca fue para Michael un simple oficial de la condicional; se había convertido en un amigo y siempre lo sería. Cuando Michael salió en libertad, se había establecido un vínculo indefinible entre ambos, y la fuerza de éste se había multiplicado por diez desde aquel día.

La traición era una pesada carga sobre los hombros de Michael ahora que estaba sentado en su estudio y los recuerdos acudían a su mente. Las palabras de la junta de libertad condicional resonaban en sus oídos: «Ni siquiera considere la posibilidad de cometer un delito, especialmente el robo con allanamiento, porque si lo hace, nunca más volverá a ver el exterior de los muros de esta prisión». Su traición a Mary era apenas el principio; mientras que la culpa jamás lo abandonaría, sólo podía esperar que, algún día, ella pudiera entender las acciones que ahora estaba considerando. Pero Busch... Michael sabía que el hecho de aceptar la propuesta de Finster no sólo destruiría su amistad, sino que los enfrentaría por el resto de sus días. El compromiso que Busch tenía con la ley le impediría ver el dilema al que se enfrentaban Michael y Mary.

Ahora estaba claro —según la concepción del karma— que las actuales circunstancias de Michael eran su verdadera condena por sus pasadas acciones. Se había devanado los sesos buscando desesperadamente otra opción, alguna clase de solución milagrosa, alguna alternativa sencilla que se le hubiese pasado por alto.

Michael volvió a meter los papeles de la libertad condicional en el sobre, lo guardó en el cajón del escritorio y, dejando el cajón abierto, se dirigió a las estanterías. En los estantes superiores había novelas de todos los géneros: de Dickens a Dickey, de Conrad a Cussler. En los estantes inferiores se alineaban sus viejos libros de investigación: textos sobre sistemas de alarma y colecciones de joyas, historia del arte y magia, museos europeos y fotografía. Los estantes intermedios estaban reservados para los objetos que había reunido con Mary: conchas marinas, animales disecados, tarjetas postales. Objetos que despertaban los recuerdos, objetos que evocaban el amor. Testimonios de su vida en común reunidos en sus viajes. Algunas de las baratijas se remontaban a los días de su noviazgo: fotografías divertidas hechas en un fotomatón, gatos de escayola confeccionados a mano, una caricatura de ambos bailando entre la espuma de las olas. Y aunque algunos de aquellos objetos se habían vuelto ligeramente embarazosos con el tiempo, Mary y él habían acordado que no se desharían de ellos. Porque eran testimonios de momentos especiales, las cosas que habían conservado con cariño y muy cerca de ellos durante todos los años que llevaban juntos. Deshacerse de ellos sería como rechazar su pasado, como si Mary y él se negaran a sí mismos.

Entre sus posesiones más preciadas había un crucifijo en la pared que les habían regalado para su boda. Una cruz sencilla, nada lujosa; de hecho, Michael ni siquiera recordaba quién se la había regalado. Hecha de madera con la figura de Jesús en

plástico fijada a ella, era uno de esos objetos que se encuentran por docenas en los mercadillos. Mary había bromeado diciendo que quienquiera que se la hubiese regalado debía de haberla robado del espejo retrovisor de un taxi de la ciudad de Nueva York. Ahora, con los acontecimientos de los últimos días, la visión de esa cruz se había vuelto insoportable. Aunque Michael sabía que estaba traicionando a Mary y a Paul, sentía a la vez que él también había sido traicionado. Todos sus años de devoción, todos sus años de plegarias lo habían conducido a ese momento, solo, sin alternativas.

Y, con ese pensamiento final, Michael quitó el crucifijo de la pared, el símbolo de su perdida fe. Regresó al escritorio, colocó el crucifijo junto con los papeles de la libertad condicional, y cerró el cajón.



Capítulo 7

Michael permaneció toda la noche sentado junto a la cama de Mary y dejó la habitación antes de que ella se despertase. La medicación que le estaban administrando para mitigar el dolor le permitía apenas unas horas de lucidez durante el día, y aunque a él le partía el alma no poder escuchar su voz, sabía que era lo mejor, porque los potentes medicamentos que corrían por sus venas ayudaban a suavizar el creciente dolor provocado por su enfermedad. Estudió su rostro, de una palidez espectral bajo las luces azuladas del monitor, y eso no hizo más que reforzar su decisión. Si no operaban inmediatamente a Mary, la perdería para siempre. Y quedarse atrapado en un mundo en el que ella no estuviese sería una prisión infinitamente peor que cualquiera a la que hubiese tenido que enfrentarse en su vida.

Todo esto pasó a la velocidad del relámpago por la mente de Michael mientras Finster le servía una copa de un hermoso mueble bar. de arce pulido. Los dos hombres estaban solos en una de las mejores suites de un hotel de la ciudad. En la pared espejada se alineaban frascos de cristal y licores añejos. Sofás de cuero fino rodeaban la sala de estar, donde destacaba la presencia de un enorme hogar. Un piano de cola Bosendorfer ocupaba un rincón, mientras que en el otro había un bello escritorio Luis XIV.

Finster le alcanzó a Michael una copa de cristal de roca.

—Chivas; siempre ha sido mi preferido. —Alzó su ropa y declaró— Que nuestro próximo brindis sea por el éxito obtenido.

Michael hizo caso omiso del brindis. No era un hombre dado a las formalidades o al whisky fino. Él siempre había actuado solo. Nunca había aceptado llevar a cabo ningún trabajo para nadie y sabía que, por primera vez en su vida, en éste no sería él quien establecería las reglas.

—Pero ya está bien de cortesías. Por favor, siéntese le pidió Finster con su voz teñida de un leve acento extranjero—. Naturalmente, le proporcionaré todo lo que necesite: dinero, personal, equipo...

Michael se sentó en uno de los sofás, dejó la copa sobre la mesilla baja y se inclinó hacia adelante.

—¿Para conseguir qué?

—Dos llaves.

—Llaves —repitió Michael, desconcertado—. ¿Qué abren esas dos llaves?

—Son muy antiguas, una de oro y la otra de plata, datadas hace dos mil años.

La voz de Finster dejó traslucir su entusiasmo mientras se sentaba en el otro sofá.

Michael permaneció inmutable, sin manifestar ninguna emoción. Pero por dentro el proceso ya había comenzado: el corazón golpeaba en el pecho, el pulso se había acelerado. Sin poder evitarlo, la conocida sensación de excitación había vuelto, el inicio de una descarga de adrenalina. Sabía, sin embargo, que debía mantener controladas sus emociones; ese trabajo no era para él, sino para Mary.

—¿Dónde? —preguntó.

—Italia. Roma. No debería ser un trabajo difícil para un hombre de su talento.

—¿Cómo conoce usted mi talento? Siempre me preocupé por pasar inadvertido.

—Fuentes de toda confianza.

—¿Quién?

Michael sabía que el diablo había metido la cola. Finster sonrió.

—Tendrá que confiar en mí respecto a eso, Michael.

—No pretendo ofenderlo, pero la confianza es algo que no existe en este negocio.

—Como muestra de buena fe realizaré una transferencia electrónica por valor de cien mil dólares a su cuenta en la próxima hora para que su esposa pueda comenzar de inmediato el tratamiento.

—Podría hacer que me matasen al acabar el trabajo, no cumplir con el pago pactado.

Finster se levantó del sofá como un noble caballero ante su rey.

—Michael Saint Fierre, le doy mi palabra, no sufrirá ningún daño y el pago final por su trabajo se hará cuando entregue la mercancía. Soy un hombre de honor.

Michael no se sintió impresionado,

—El honor entre ladrones es una contradicción.

—Jamás he faltado a mi palabra o dejado de cumplir un trato. Nunca. Si lo hiciera, no podría hacer negocios.

—Aún no me ha contado cuáles son sus negocios.

La forma en que Finster contestase a la pregunta sería tan reveladora como la propia respuesta. Michael ya conocía ésta gracias a la investigación preliminar que había realizado acerca de su nuevo socio. Con sus antecedentes, Michael no podía permitirse el lujo de caer en la trampa de un policía celoso de su trabajo. Antes de

acudir a la cita en el hotel había comprobado la identidad de Finster y a qué se dedicaba.

—Estoy en varias industrias. Ventas al por menor, esa clase de cosas, todo a escala mundial. —Finster miró a Michael directamente a los ojos—. Tiene mi palabra.

Michael no estaba seguro de cuan buena era su palabra. Decidió que lo comprobaría más tarde, pero ahora sentía curiosidad.

—Bien, ¿de qué iglesia en Roma estamos hablando?

—La iglesia per se. —Finster hizo una pausa—. Las llaves están en el Vaticano.

Michael respiró profundamente, asimilando la información.

—El Vaticano. ¿Quiere que entre a robar en el Vaticano? Creo que ésa es una información que tendría que haberme proporcionado al principio.

—Estoy seguro de que ahora puede comprender mi necesidad de absoluto secreto. ¿Se está echando atrás?

—No. Es sólo que se trata de un trabajo muy arriesgado. Si es que realmente puede hacerse, exigirá una considerable planificación. Un trabajo de esas características podría resultar extremadamente peligroso. No deja ningún margen para el error. No se trata de un edificio de baja seguridad; es uno de los Estados que cuentan con mayor seguridad en todo el mundo. ¿Y los guardias? No se deje engañar por esos ridículos uniformes. La Guardia Suiza es uno de los cuerpos militares más eficaces y mejor entrenados de Europa. Pero, lo que es aún más importante, esos tíos poseen algo que no se puede incluir en el entrenamiento de un soldado: son una de las fuerzas más leales del planeta.

En todos los años en que había desempeñado su oficio, hubo una emoción que nunca había entrado en la mente de Michael: el miedo. Pero eso había cambiado. Estaba estrujándole el corazón, haciendo que se alterasen sus latidos. Se había colocado en una posición muy peligrosa, había tomado un camino sin retorno. Aquello acababa de convertirse en un trabajo que podría dejarlos a Mary y a él muertos al cabo del camino si él fallaba.

El arte de ese trato residía en aquello que no le había dicho y, según sus cálculos, era mucho. Y había algo más. Pero, ya se tratara de la obsesión de algún coleccionista chiflado o de un medio para conseguir un fin, era algo que a Michael lo traía sin cuidado. El jamás se implicaba en las políticas de los demás y sabía que, si ocupaba su cabeza en tratar de juzgar los motivos de aquel hombre, no podría concentrarse en el trabajo que tenía que hacer. Para él no era más que un robo, el único trabajo que podría salvar la vida de su mujer. El interés que tenía Finster en esas llaves no era el suyo. Todo lo que sabía —todo lo que le importaba— era que, robando esas dos llaves, estaría robando vida para Mary. En eso se concentraría, eso era lo que lo llevaría al éxito, a pesar de los crecientes obstáculos que se alzaban contra él.

Finster le entregó a Michael un abultado maletín de cuero negro.

—Esto contiene información sobre las llaves, su localización exacta y los detalles y disposición del lugar donde están guardadas. —Caminó hasta la ventana y observó la ciudad que se extendía debajo de él—. Quiero que entienda que estoy depositando mi confianza en usted del mismo modo en que usted la está depositando en mí. —Un momento después se volvió hacia Michael—. Acabamos de conocernos, pero creo que hemos llegado a un acuerdo, ¿verdad?

Michael hizo un leve gesto de asentimiento.

—Pero hay una cosa que necesito que entienda especialmente. —Finster se acercó a Michael, hablando despacio para enfatizar sus palabras—. No me traicione. No intente llevar esas llaves a otra parte para ofrecérselas a un mejor postor. No trate de cambiarlas. Yo sabré si son o no las llaves auténticas, Michael. —El hombre de pelo blanco estaba de pie a escasa distancia de Michael, mirándolo desde el costado del sofá—. Lo sabré —repitió.

Michael se levantó lentamente del sofá con el maletín en la mano sin apartar la mirada de Finster.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Qué abren esas llaves? ¿Un cofre? ¿Alguna especie de caja fuerte?

—No. Nada de eso, probablemente sólo algunas puertas muy antiguas desaparecidas hace mucho tiempo.

A la mañana siguiente, una semana después de la cita con su médico, Mary estaba en el quirófano. El tumor era más grande de lo que el doctor Rhineheart esperaba — cubría el ovario izquierdo y la trompa de Falopio y había comenzado a invadir el ovario derecho— pero, después de ocho horas de operación, consideró que lo había extirpado por completo. Rhineheart era el oncólogo más importante de Connecticut. Se había graduado con el número uno de su promoción y era uno de los pocos médicos que no se habían convertido en un autómatas. Aún le preocupaban los pacientes, y cada vez que a uno lo consumía la enfermedad, para él significaba una pérdida personal. Había perdido a su madre a causa de un cáncer de mama cuando tenía quince años, y luchaba por cada paciente con todos los recursos a su alcance. Cada lucha era un nuevo combate en una guerra que él estaba decidido a ganar. Cada persona que trataba era la hermana o la esposa, el padre o el hermano de alguien. Cada paciente era su madre una y otra vez.

El tratamiento combinado de quimioterapia y radioterapia que le había prescrito a Mary tenía por fin destruir cualquier célula cancerosa que le hubiera quedado en el cuerpo. Era un régimen muy duro y que exigiría toda su fuerza. Rhineheart les explicó que siempre le había parecido una paradoja: necesitaba envenenar a su paciente para eliminar de su organismo un veneno aún más mortal. Era un delicado

acto de equilibrio, dijo, pero había resultado eficaz tantas veces que tenía plena confianza.

Michael se sentó al lado de Mary en la sala de recuperación y le aferró la mano entre las suyas. El color había desaparecido de su rostro, y, por más que fuera algo previsto, su extrema palidez no dejaba de impresionarlo. No podía quitarse de encima la sensación de que Mary estaba muerta. En esos momentos ella lo necesitaba más que nunca, se recordó. Ella dependería de su fuerza para superar ese terrible trance, de la misma forma en que había sido la fuerza de ella la que lo había ayudado a soportar sus años en prisión. Mary le había salvado la vida, y por Dios que él salvaría la suya.

Paul y Jeannie Busch abandonaron el hospital; durante todo el viaje de regreso a su casa ninguno de los tíos dijo nada. Habían esperado junto a Michael todo el tiempo que Mary estuvo en el quirófano, ocho horas que parecieron veinte. Habían tenido que apelar a todos sus recursos para mantener un tono animado y optimista. A Busch le resultó muy difícil mostrarse optimista cuando en el fondo se sentía aterrado. Jeannie y él estaban más cerca de los Saint Pierre que de ninguna otra persona en el mundo, y aquella cruel jugarreta del destino lo estaba destrozando. No obstante, lo que más preocupaba a Busch era una pregunta terrible que seguía aflorando en su mente.

Michael y él se habían convertido en más que amigos. Entre ambos se había desarrollado una confianza que Busch no compartía con nadie, excepto con su mujer. Michael había estado a su lado cuando él tuvo problemas en su matrimonio. Se había alejado de Jeannie, principalmente a causa de su trabajo; no era algo que estuviese abocado al divorcio, sino más bien una de esas crisis pasajeras que sobrevienen en una relación, los altibajos del amor. Pero Michael había estado junto a él para escucharlo, y eso era lo que Busch necesitaba. Siempre le había resultado muy difícil abrir su corazón, pues desde niño le habían enseñado que la expresión de las emociones era un rasgo femenino ¡y pobre del hombre que exhibiese sentimientos tiernos! Cuando Busch desnudaba su corazón, Michael jamás hizo que se sintiera incómodo, y sólo hablaba cuando Busch lo necesitaba. La situación había acabado por solucionarse, pero había sido la amistad de Michael lo que lo había ayudado a superar aquel difícil momento.

Michael había confiado en él. Siempre era directo en las charlas que mantenían acerca de su pasado delictivo; cómo había descubierto que el robo con allanamiento era un arte, algo practicado por auténticos artesanos; cómo descubrió que la prisión era un castigo! peor que el mismísimo infierno. Michael siempre había incluido a Paul Busch en sus planes para reformar su vida, buscar un trabajo respetable, iniciar su trabajo en el campo de la seguridad. Busch fue la primera persona ¡a la que Michael acudió cuando supieron que Mary estaba gravemente enferma. Aunque con una actitud estoica, Busch pudo ver claramente la indefensión en los ojos de su

amigo, su incapacidad para conseguir el dinero necesario para el tratamiento de Mary. Doscientos cincuenta mil dólares.

Y la pregunta volvió a surgir en su mente, una pregunta sobre la que Busch había estado rumiando todo el día: ¿de dónde había sacado Michael el dinero?

Sentado a la mesa del comedor, con el contenido del maletín de cuero negro que le había dado Finster extendido delante de él, Michael estaba haciendo los deberes.

Mapas y libros, tablas y documentos. El Vaticano era un lugar enorme, un país en sí mismo. Un Estado soberano dentro de cuarenta y cuatro hectáreas. Su protección principal estaba en manos de la Guardia Suiza, un pequeño ejército encargado de proteger al papa y el palacio apostólico. No era un ejército en el sentido tradicional del término: no vestían uniformes de faena, no llevaban fusiles M16 colgados del hombro. Más bien parecía una fuerza de seguridad antigua. Sus coloridos uniformes estaban de moda... si uno vivía en 1589.

Una casaca acolchada con brillantes rayas azules y doradas, a juego con los pantalones, polainas cortas y zapatos negros: un atuendo más propio de un actor en una obra de Shakespeare que de un oficial militar. Su sombrero de tres picos le recordaba a Michael a un pimentero con un penacho de plumas rojas. Con sus alabardas —unas lanzas de dos metros—, esos soldados estaban más equipados para matar dragones que para defender un país. En el aspecto turístico, su función era la de una antigua guardia de honor, y los profanos se preguntaban a quién se le podría ocurrir sitiar a la Santa Sede. Pero la Iglesia sabía lo que se hacía; durante siglos el Vaticano había sufrido ataques desde muchos lugares, conocidos y desconocidos. Algunos fueron ataques físicos directos; otros fueron ataques intelectuales de la ciencia, que trataba de explicar la inexistencia de un ser superior; otros procedían de fuerzas espirituales muy poderosas. Y ésa era la razón de que, bajo sus llamativos uniformes, aquellos hombres poseyeran las habilidades necesarias de una unidad militar perfectamente entrenada. Su función tal vez fuera tradicional, pero su capacidad era ultramoderna. Cada uno de sus miembros era un experto en el uso de armamento, el combate cuerpo a cuerpo y la lucha antiterrorista. Todos sabían que un ataque a la Iglesia podía producirse en cualquier momento y desde cualquier parte, y cada uno de los hombres estaba preparado. Y, si bien la alabarda parecía un arma tradicional, era, de hecho, una guadaña afilada como una navaja utilizada con extrema pericia por los guardias suizos desde que el papa guerrero Julio II los había llevado al Vaticano el 22 de enero de 1506.

II Corpo di Vigilanza era un edificio de piedra cuadrado situado en la esquina nordeste de la plaza de San Pedro. No se trataba de una estructura especialmente notable. Debajo de ella, sin embargo, la historia era completamente distinta. La sala de control de II Corpo de Vigilanza era algo similar a lo que se podría encontrar en las entrañas del Pentágono. Allí chocaban dos mundos: la alta tecnología y el arte supremo. Ordenadores Cray de alta velocidad junto a esculturas de Bernini, mapas

electrónicos encima de pinturas de Rafael. Era como una máquina del tiempo que funcionase mal. Esa habitación era la sede de los gendarmes papales, la policía del Vaticano, que estaban a cargo de la seguridad del palacio y los jardines pontificios. Mientras que la Guardia Suiza se nutría exclusivamente de hombres procedentes del ejército suizo, la policía del Vaticano lo hacía del ejército italiano. La fuerza combinada de la Guardia Suiza y los gendarmes papales estaba preparada las veinticuatro horas del día para hacer frente a cualquier ataque y, a diferencia de las fuerzas de seguridad de otros gobiernos, la de ellos era una lealtad no sólo a su país, sino también a Dios. Cualquier fanático que estuviese dispuesto a morir por sus creencias perpetrando un asalto a la Ciudad del Vaticano se encontraría con un ejército igualmente dispuesto a entregar colectivamente sus vidas por una creencia más poderosa. En todo el mundo no se podía encontrar una fuerza más fiel. No había poder en la tierra que fuese capaz de desviarla de su propósito.

El Vaticano, por supuesto, era el hogar del sumo pontífice, el papa, el líder espiritual de la Iglesia católica. Y, desde que se había producido el atentado contra la vida de Juan Pablo II en 1981, la seguridad alrededor del santo padre y del Vaticano se había triplicado.

El objetivo de Michael se hallaba en uno de los museos más grandes del mundo. Y, aunque los museos vaticanos contenían muchos tesoros religiosos, la seguridad que los protegía parecía casi descuidadamente mínima: cámaras, alarmas y algún que otro guardia. La auténtica seguridad, sin embargo, era diez veces mayor. Todas las vías de acceso y salida disponían de detectores de metales ocultos por manos expertas; escáneres de isótopos radiactivos; filtros olfatorios capaces de detectar el rastro químico de acelerantes, combustibles y toxinas; instrumentos capaces de descubrir cualquier cosa, desde artilugios nucleares y explosivos plásticos hasta la pólvora común de un petardo. Las cámaras estaban ocultas en todas partes, y ojos expertos vigilaban permanentemente los monitores de la sala de control. Los miembros de la seguridad secreta recorrían los terrenos adyacentes para efectuar una observación humana directa de todas las actividades.

Finster le había dado a Michael la localización exacta de las dos llaves, y había dejado en sus manos la planificación de cómo hacerse con ellas. Pero Michael llevaba en ese negocio el tiempo suficiente para saber que no hay que confiar en nadie más que en uno mismo. Aunque ya se había puesto manos a la obra, eso no significaba que confiase en Finster ni mucho menos.

Antes de aceptar cometer el robo, una de las primeras cosas que hizo Michael fue investigar los antecedentes del alemán. Y lo que descubrió lo dejó profundamente impresionado. Finster era un multimillonario que había llegado de la Alemania del Este hacía una década, un industrial con el toque del rey Midas que actuaba con éxito en numerosos campos. Michael utilizó sus fuentes para confirmar que Finster no hubiese tenido complicaciones legales en el pasado. Finster resultó ser el típico

europeo de éxito que deseaba aquello que no podía obtener. Los tíos excesivamente ricos siempre parecían anhelar todo lo que estaba fuera de su alcance, y no reparaban en medios para conseguir lo que pensaban que merecían, convencidos de que estaban por encima no sólo del común de los mortales, sino también de la ley.

No obstante, aunque Finster hubiese hecho sus comprobaciones, Michael no se confiaba. Se encargaría de verificar una y otra vez toda la información que Finster había recogido sobre el Vaticano, sin fiarse de ninguno de los datos. La investigación era una de las claves del éxito, y él confirmaría minuciosamente todos y cada uno de los detalles suministrados por su empleador. Pero ningún libro y ningún mapa del mundo le permitirían conocer la rutina del museo, el flujo y reflujo de los turistas, de los sacerdotes, de los guardias. Si quería tener éxito, no sólo tenía que anular las medidas de seguridad de la policía vaticana y la Guardia Suiza, sino que además debería familiarizarse con su rutina.

Michael cogió un gran sobre. Había llegado aquella misma mañana, entregado en mano desde el hotel donde se alojaba Finster. De su interior extrajo una pequeña caja y, al abrirla, encontró un teléfono vía satélite de iridio. El aparato era más grande que un teléfono móvil corriente: veinte centímetros de largo por seis de ancho y dos de grosor. Michael abrió el compartimiento trasero y sacó la pila. Era más pesada de lo que imaginaba; su tamaño era la razón obvia de las dimensiones del teléfono. Tal vez el aparato fuese demasiado grande, pero poseía ventajas únicas: con él se podía llamar a cualquier parte del mundo desde cualquier parte del planeta. La nota adjunta decía: «Es seguro; puede contactar conmigo cuando lo desee para mantenerme informado de sus progresos. Pero, lo que es más importante, puede utilizarlo para hablar con su esposa porque, en definitiva, de eso trata todo esto».

Dentro del sobre, Finster había incluido diez mil dólares, veinticinco mil euros y tres tarjetas de crédito de platino, cada una con un alias diferente. Si algo salía mal, Michael dispondría de dinero y recursos más que suficientes para volver a casa.

También había tres pasaportes con tres alias diferentes. El pasaporte auténtico de Michael lo habían anulado, de acuerdo con las condiciones de su libertad condicional. Había posado para las fotos del nuevo pasaporte antes de abandonar el hotel de Finster hacía una semana, dejando que fuese el alemán quien se encargase del resto de los trámites. Michael no quería que lo cogiesen por el simple delito de falsificar un pasaporte. Eso significaría el final de su viaje antes de que comenzara.

Volcó el resto del contenido del sobre: un billete de avión a Roma, otro desde Roma a la casa de Finster en Alemania, y un tercero para el vuelo de regreso a Nueva York. Se incluía también un itinerario. Su alojamiento sería el hotel Bella Coccinni, sobre el río Tíber.

Tenía siete días.

Mary, vestida con unos pantalones caquis y una blusa de flores, yacía en la cama del hospital. Después de casi una semana allí, se había cansado de la vestimenta hospitalaria, y era una buena señal volver a algo que se pareciera a la vida normal y saludable. Aunque aún sufría bastantes dolores, Mary se sentía aliviada por haber dejado atrás la operación. No se lo había confiado a Michael, pero estaba aterrorizada de que la anestesiasen: había temido no volver a despertar. Entre el cáncer y sus pesadillas, hacía semanas que no se sentía bien descansada.

Hacia poco más de un mes, al despertarse, había notado que tenía el vientre ligeramente distendido con respecto a su apariencia tensa habitual, y llevaba un atraso de seis semanas en el período. Mientras conducía hacia la farmacia para comprar uno de esos tests de embarazo se sentía embargada por una enorme sensación de felicidad. Michael y ella habían querido tener! hijos durante años, y lo habían intentado una y otra vez. Después de que Michael saliera de prisión, ambos se habían sometido a innumerables pruebas que confirmaron que ambos eran fértiles como conejos. Pero nada. Todo el mundo les aconsejaba que fuesen pacientes, que ya sucedería. Y habían pasado dos meses, luego dos años. De nada habían servido los especialistas, ni los herbolarios, ni las plegarias.

Pero ahora estaba segura de que las cosas serían diferentes. Todo el mundo tenía razón: había ocurrido. Mary sentía que la vida crecía dentro de su útero. Durante todo el trayecto de regreso a su casa planeó la forma de darle la sorpresa a Michael. Durante una cena tranquila, tal vez entregándole un sonajero envuelto con papel de regalo, o quizá representando la rutina de tejer unos peúcos mientras se relajaba en una mecedora. Se decidió por un regalo, algo que fuese importante para los dos.

Finalmente compró un libro de la colección del doctor Seuss. Eligió Green Eggs and Ham y lo hizo envolver con un papel brillante y decorado con elefantitos. Le regalaría el libro aquella noche cuando estuviesen en la cama. No podía contener las ganas de darle la noticia, de sorprenderlo en el trabajo, pero quería que fuese una ocasión memorable. Michael adoraba a los niños, y juntos criarían una saludable progenie. Había sido un largo camino, pero por fin estaban en la dirección correcta. Ese hijo sería el primero de muchos.

Mary llegó a su casa, abrió el test de embarazo y fue ni cuarto de baño. Era un proceso engorroso y por el que ya había pasado muchas veces, pero en esa ocasión sería diferente.

Espero los cinco minutos reglamentarios. Nada. Pensando que quizá había cometido un error, leyó nuevamente las instrucciones del prospecto. En la caja había un segundo test; esperaría una hora y repetiría la prueba, poniendo buen cuidado de seguir las instrucciones al pie de la letra.

Pero la segunda prueba también resultó negativa. Sintió ganas de llorar. ¿Por qué se había permitido ser tan optimista? Michael lo entendería, pero ella sabía que en el

fondo, se sentiría decepcionado. Tiró el libro del doctor Seuss al cubo de la basura y decidió que no le diría nada. ¿Para qué cargarlo con eso? Un corazón destrozado por día era suficiente.

Sentada en la cama del hospital, contemplaba ahora las cosas que Michael le había llevado en sus visitas antes de la operación. Allí, entre las flores y los pastelitos, había un regalo que Michael le había comprado pensando que la animaría. Las lágrimas rodaron por sus mejillas: era Green Eggs and Ham.

El sonido del televisor estaba apagado; el gesticulante Jerry Springer no producía el impacto habitual sin el apoyo de su voz airada. Michael se inclinó y besó a Mary en los labios.

—Tengo que salir de viaje por unos días.

—¿Adonde? —preguntó ella con una sonrisa, enmascarando muy bien su decepción.

—Al sur. Tengo que firmar unos documentos y hacer un par de trabajos para Rosenfield, el tío que me ayudó a cubrir los gastos,

Las mentiras afloraban con facilidad a sus labios, y eso era algo que preocupaba a Michael. El podía caerle bien a Rosenfield, pero la gente no invierte su dinero movida por la simpatía. Aunque el viejo se compadecía de Michael y Mary, eso no había sido suficiente. Rosenfield le había dicho que lo lamentaba, pero que no podía arriesgarse a prestarle una cantidad tan grande.

—¿Simplemente te dio el dinero? —preguntó Mary.

—Ya te lo expliqué. Es un préstamo, con la garantía del negocio y futuros trabajos.

—Aún no puedo creerlo. No creí que quedase nadie con un poco de caridad en el corazón. —Mary se rascó con aire ausente la venda que cubría la vía introducida en el brazo—. No sé cómo podré agradecerérselo nunca.

—Yo ya lo he hecho.

Michael le cogió la mano. Ella ignoraba que la tienda de materiales de seguridad subsistía a duras penas. Todo lo que sabía era que Michael llevaba a casa un cheque todas las semanas, y eso la llenaba de orgullo. Michael había construido algo de la nada por ella.

—Debo marcharme esta noche.

—¿Tienes que hacerlo?

El inicio de las sesiones de quimioterapia estaba programado para esa misma tarde y, por lo que ella había oído, le esperaban algunos efectos secundarios bastante serios; le aterraba tener que hacerles frente sola.

—No hay ningún lugar en el mundo en el que preferiría estar que no sea éste, y contigo.

—¿Puedo ir yo también?

Era más una broma que un ruego.

—Eso me gustaría —dijo Michael.

—A mí también.

—Tienes que empezar tu tratamiento.

—Lo sé. —Mary asintió, y una sombra de decepción cruzó por sus ojos—. Sólo busco una salida, supongo. Soy muy cobarde. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Alrededor de una semana. Y eres la mujer más valiente que conozco.

—Vuelve pronto —susurró Mary mientras él la abrazaba.

Los dos afrontaban el mayor reto de sus vidas, pero ninguno manifestaba el miedo que sentía. Cada uno estaba más preocupado por el otro que por sí mismo.

Dennis Thal entró en el vestuario. El joven policía había empapado la sudadera como si hubiese saltado dentro de una piscina, y ansiaba meterse bajo una ducha fría. Su partido de baloncesto de uno contra uno con John Ferguson, un detective novato, había acabado en victoria a pesar del meñique y el anular machucados de su mano izquierda; nunca perdía. Thal odiaba perder.

Busch lo esperaba con impaciencia junto a su taquilla.

Thal estaba en buena forma, el cuerpo delgado y musculoso. Busch sintió envidia, pero sabía que era la bendición de la juventud. Con el tiempo, el joven acabaría por sucumbir a los efectos de las patatas fritas y la gravedad como todos los demás. Thal parecía un chico limpio y honrado, nacido con un pan bajo el brazo. En la comisaría se comentaba que era rico, que tenía un jugoso fondo fiduciario, y que había ingresado en la policía sólo para divertirse. Busch estaba haciendo una comprobación por su cuenta y, si eso era cierto, pediría que al chico lo trasladasen. La ley no era algo que se aplicaba por diversión o para sentir un subidón de adrenalina. Si Thal quería sentir cómo le corría la sangre por las venas, que lo hiciera con el dinero de otro. El cumplimiento extremo de la ley no era un deporte: era el trabajo de Busch. No tenía ninguna intención de acabar con un tiro en la cabeza sólo porque un tipo estuviese buscando emociones fuertes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Thal mientras abría la taquilla.

—Se suponía que debías reunirte conmigo arriba hace quince minutos.

—Oh, bueno, lo siento; no era mi intención joderte. —Thal se apartó de los ojos un mechón húmedo de pelo castaño—. Me ducharé en treinta segundos y estaré contigo.

Busch salió del vestuario y dijo sin volverse:

—Tienes tres minutos.

Thal echó un vistazo a su alrededor; en el vestuario no había nadie más. Se quitó la ropa mojada y la dejó en el suelo; luego se echó la toalla sobre el hombro derecho. Se metió bajo la ducha, se enjabonó y se enjuagó y, fiel a su palabra, estuvo fuera del agua fría al cabo de treinta segundos. Eficacia era su lema. No había necesidad de perder el tiempo cuando había cosas más importantes esperando.

Se pasó el peine por el pelo y se puso los pantalones con pinzas. Limpió los zapatos con la toalla húmeda, sacó de la taquilla la camisa blanca recién planchada y se la puso rápidamente. Dennis Thal no era un hombre pudoroso, simplemente no quería que Busch —ni nadie, en realidad— viese su hombro derecho. Sabía que, a pesar de la camisa Ralph Lauren y los mocasines Colé Haan, no era lo que aparentaba.

Era consciente de que el tatuaje le pondría a Busch los pelos de punta. La calavera negra con rosas que sobresalían del hueso fracturado no haría más que confirmar la opinión del fornido policía. Había sido la decisión estúpida de un chico de dieciséis años, una forma de estar en la onda y sentir que formaba parte de un grupo. Pero la cosa no había funcionado. El tatuaje, que le había costado trescientos cincuenta pavos, había quedado guapo el día en que se lo hicieron, pero ya no tenía el brillo ni las finas líneas artísticas por los que había pagado. La cicatriz de una quemadura había distorsionado el dibujo hasta convertirlo en un horror grotesco que no podía borrar.

Si Busch veía su tatuaje, le haría muchas preguntas, preguntas que Thal nunca podría responder. Se había esforzado por pulir su imagen inocente, y una cosa tan incongruente despertaría algo más que simple curiosidad en un policía veterano como Busch. Y el doctor Dennis Thal no había pasado por tantos problemas para ser asignado a Busch y que lo descubriesen: tenía un trabajo que hacer, y no pensaba defraudar al hombre que lo había contratado.

Las carpetas apiladas a la izquierda del escritorio alcanzaban una altura de treinta centímetros, unos diez centímetros menos que la pila de la derecha. Durante los últimos cinco minutos, la altura de las pilas había ido alternando mientras Busch cogía una carpeta al azar y fingía examinarla, para luego colocarla en el otro lado del escritorio. Su convicto en libertad condicional llevaba quince minutos de retraso, algo que no era propio de ese hombre, y Busch estaba empezando a preocuparse.

—¿No es una violación de la libertad condicional no asistir a una reunión con su agente? —preguntó Thal al tiempo que se sentaba muy erguido junto al escritorio de Busch.

Busch no se molestó en contestar; era él quien tenía el mando, no Thal. Se disponía a ponerlo en su sitio, cuando se oyó un pitido amortiguado que procedía de alguna parte debajo de la pila de papeles.

Busch apartó las carpetas y contestó al teléfono.

—Hola, soy yo. —Michael parecía agitado y sin aliento.

—¿Estás bien?

Thal miró a Busch, la frente fruncida en un gesto de interrogación.

—Llevas quince minutos de retraso —dijo Busch, cambiando el tono. No tenía intención de permitir que Thal supiese de su amistad con Michael Saint Pierre. Intuía que, de alguna manera, Thal utilizaría ese dato contra él.

—Lo siento, tuve que encargarme de unos asuntos relacionados con Mary.

—¿Cómo está? —preguntó Busch con cierta brusquedad.

—Lo está llevando bien, esta tarde comienza con la quimioterapia. —Finalmente, Michael se dio cuenta—. ¿Hay alguien contigo?

—Así es. —Ahora los dos estaban en la misma longitud de onda—. Oye, tienes que venir. Teníamos prevista una cita para revisar tu rehabilitación; no puedes escaquearte.

—No pretendía ponerte en un aprieto. —Michael hizo una pausa antes de añadir—: Tengo que marcharme durante unos días.

A Busch se le heló la sangre en las venas.

—¿Cuántos días?

—Una semana.

Busch tenía miedo de hacer la pregunta, pero era su trabajo.

—¿Porqué?

Michael se encontraba en su apartamento, con el auricular sujeto entre el hombro y la oreja, mirando los planos del Vaticano extendidos sobre la mesa del comedor.

—Es algo relacionado con la financiación del tratamiento que le están haciendo a Mary. Tengo que hacer un trabajo de seguridad.

Busch no se tragaba esa historia. Amigo o no, él sabía que Michael lo estaba engañando. Averiguaría la verdad, pero eso tendría que esperar hasta que se deshiciera de Thal.

—¿Cuándo?

—Tengo que marcharme esta noche.

—No hasta que nos hayamos visto.

Ambos sabían que Michael no podía salir del estado sin contar con la autorización de Busch.

—No sé si tendré tiempo.

—Pues encuéntralo.

Busch fue terminante en eso. Nunca antes le había hablado a Michael en ese tono. Michael sabía que su amigo quería respuestas, y le debía una explicación. Se encontraría con él, pero aún no podía decirle la verdad: no le cabía duda de que eso sería el fin de su libertad.

Paul Busch y Michael estaban apoyados en la valla metálica que rodeaba un campo de béisbol de la liga infantil, donde los bates eran más grandes que los crios. Busch era el entrenador; le gustaban todos los deportes y le enseñaría a su hijo todo lo que sabía. Robbie Busch jugaba en segunda base; agachado y atento, el chico estaba decidido a que ninguna pelota superase su posición. Ninguno de los dos hombres miraba al otro. En cambio, mantenían la vista fija en los chicos que disputaban el partido.

—Y bien, ¿adonde te marchas?

—A Virginia. Fredericksburg.

—¿Siete días?

—Así es

El bateador estaba en su base, encorvado y preparado para golpear la bola. El lanzador lo tenía bastante complicado para lanzar dentro de la diminuta zona de strike, pero esos chicos le pegaban a cualquier cosa. Tres lanzamientos buenos, y el primer bateador quedó eliminado.

—Deja que te acompañe, aún me quedan algunos días libres. Cuatro manos hacen el doble de trabajo en la mitad de tiempo.

—No, no es necesario. Se trata sobre todo de material técnico, trabajo de instalación.

—No es el mejor momento para que te largues.

—Es el trato que hice.

—¿Y qué clase de trato es ése?

Michael miró a Paul; el subterfugio los estaba matando a ambos.

—Un contrato estándar.

Uno de los crios envió la bola a la tercera base. El chico que la ocupaba trató de devolver la pelota, pero su lanzamiento se quedó corto. El corredor pasó por la primera base y se dirigió hacia la segunda. El pequeño lanzador cogió la pelota y se

la arrojó con fuerza a Robbie, quien la atrapó en el aire y corrió hacia la almohadilla, codo a codo con el rival; se lanzó hacia adelante con el brazo extendido y tocó la base antes que el corredor rival.

—¡Buen trabajo, Robbie!

Robbie exhibió ante su padre una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando el siguiente bateador llegó a la almohadilla, Busch se volvió hacia Michael con gesto serio.

—¿De dónde sacaste el dinero para el tratamiento de Mary?

Michael no apartó la vista del juego.

—Uno de mis clientes. —Hizo una pausa; no le gustaba que lo acorralasen—. El tío de Virginia.

—¿Quién? Michael no contestó a la pregunta.

—Me dio trabajo y me ayudó a conseguir un préstamo.

—Pensé que habías dicho que no tenías crédito.

La conversación se estaba convirtiendo en un interrogatorio.

—No tengo.

—¿Y cómo alguien que no tiene crédito consigue un préstamo?

—Gracias a un benefactor. —Michael miró a Busch a los ojos—. Alguien que confía en él. ¿Adonde nos lleva esto?

—Dímelo tú, Michael. ¿Adonde nos lleva?

Michael se limitó a mirarlo; era todo lo que podía hacer. Sabía que sí aquello se prolongaba un poco más lo echaría todo a perder, si es que no lo había hecho ya. Tenía que permanecer concentrado. El noventa y nueve por ciento del trabajo consistía en no dejarse atrapar, y Michael temía que eso estaba a punto de ocurrir.

—¿Cuidarás de Mary mientras yo esté fuera?

—Sabes que lo haré —replicó Busch, que empezaba a cabrearse. Su amigo se estaba escondiendo detrás de su mujer.

Michael se volvió para marcharse.

—Michael, no me obligues a hacer mi trabajo.

Sin decir nada, Michael se metió en su coche, lo puso en marcha y se alejó.

Michael condujo por Maple Avenue. Llevaba un equipaje ligero, una bolsa de mano con ruedas con ropa de verano, y el maletín que le había dado Finster. Reacogería las herramientas y los suministros una vez que hubiese aterrizado en

Italia. No tenía ningún sentido verse sometido a un interrogatorio innecesario en el mostrador de Aduanas.

Michael había tratado de hablar con Mary antes de iniciar el viaje, pero ella dormía. La medicación que le administraban no mitigaba su dolor, sino que la ayudaba a conciliar el sueño. Aunque ya se había despedido antes, anhelaba escuchar su voz antes de subir al avión. Sería la primera noche completa que pasarían separados desde que lo habían dejado en libertad. Tenía el corazón destrozado. Había dejado a Mary sola durante tres años y medio mientras estuvo encerrado en prisión, y había jurado que eso jamás volvería a ocurrir. Y, sin embargo, allí estaba, abandonándola en su hora más desesperada. «Pero este trabajo es diferente —se obligó a recordar—. Este trabajo no es por un beneficio personal y tampoco un desafío para el ego.»

Le había pedido a su vecina, la señora McGinty, que le diese de comer a Hawk y lo sacara a pasear. La anciana se sentía muy feliz de poder ayudarlo. Incluso había rechazado el dinero que Michael le ofreció por sus servicios. Estaba contenta de poder tener a C. J. en su apartamento durante una semana y de disfrutar de su compañía, pues en los últimos seis meses había perdido a su esposo, Charles, y a su propio gato. Era bueno tener un propósito otra vez, le había dicho ella.

Michael aparcó el coche en la zona reservada al aparcamiento prolongado, y pagó siete días por adelantado. Cuando cerraba el maletero divisó un Torino verde que se detenía al otro lado de la valla. Ya lo había visto en la autopista; siempre había sentido debilidad por los coches robustos, de modo que enseguida había reparado en ése. Esos grandes motores eran cosa del pasado, y raramente se veían en esos días, salvo en los coches de policía. No le había prestado demasiada atención cuando abandonó la interestatal en la misma salida que él, pero ahora lo observó mientras se desplazaba lentamente junto al aparcamiento.

Michael cerró el coche con llave y se dirigió hacia la terminal. No volvió a ver el Torino, y respiró aliviado cuando las grandes puertas correderas del aeropuerto aparecieron ante su vista. Paranoia, se dijo. Había estado inactivo durante casi seis años y probablemente se estuviese mostrando excesivamente cauteloso. Se detuvo ante el mostrador de facturación de la compañía. No había cola. Una bonita muchacha con acento sureño cogió su billete.

—¿Tiene algún equipaje para facturar, señor McMahon?

—Sólo llevo la bolsa de mano, gracias —contestó Michael, registrándose bajo un alias. Acababa de violar la libertad condicional, su primer delito.

La empleada de la compañía le entregó la tarjeta de embarque, le agradeció que viajase con ellos, y lo dirigió hacia el control de seguridad.

Paul Busch estaba empezando a sentirse fatal. Había seguido a Michael sin saber cuál era su propósito, sin saber qué le diría cuando se topase con él. Era su responsabilidad permitirle o no abandonar el estado. Cuando atravesaba las puertas de la terminal del aeropuerto, decidió que simplemente se despediría de Michael, concediéndole su autorización para que pudiese marcharse. Depositaría su fe en él.

Busch había enviado a su hijo a casa con Jeannie, diciéndole que no lo esperase levantada; luego le pidió prestado el Torino al ayudante del entrenador de béisbol. Desde el nacimiento de sus hijos, Jeannie tenía una regla: nada de armas cerca de los chicos. Era una norma razonable y, en esos días, también era prudente. Había muchas historias terribles, y Jeannie se negaba a que su familia pasase a formar parte de esas estadísticas. Así que Busch había dejado su arma en la caja fuerte de su casa, junto con la billetera y la placa, antes de asistir al partido de béisbol de los crios. No se había molestado en pasar a recogerlas antes de ir al aeropuerto; no le pareció que fuese necesario.

Michael caminó por el aeropuerto con la bolsa de mano colgada del hombro, golpeándole el muslo con cada zancada. El maletín negro que llevaba en la mano derecha era pesado. Mostró su billete en la puerta de seguridad, vació los bolsillos y colocó la bolsa y el maletín sobre la cinta transportadora. Cuando pasó bajo el arco detector de metales, la alarma comenzó a sonar. Michael se quedó paralizado. Las imágenes de su arresto cruzaron por su mente. Debían de haberlo seguido, pensó; estaba perdido. No podía haber otra explicación, ya que antes de abandonar el apartamento se había asegurado de que en su equipaje o en su persona no hubiera absolutamente nada que pudiese incriminarlo. Los guardias se acercaron para cachearlo. Volvió a comprobar sus bolsillos y suspiró aliviado cuando encontró una moneda que se le había pasado por alto. Cruzó de nuevo por el detector de metales. Esta vez no sonó ninguna alarma y pudo continuar.

Cuando Busch llegó al control de seguridad, vio a Michael que avanzaba deprisa por el corredor en dirección a las puertas. Antes de que tuviese tiempo de decidir su siguiente movimiento, el guardia le pidió el billete. Por supuesto, no tenía billete. Busch le pidió al guardia que lo dejara pasar: era policía y estaba en acto de servicio. El guardia le pidió su identificación, pero no la llevaba consigo. Busch vio que Michael se mezclaba con la multitud de pasajeros que partían. Miró a su alrededor en busca de una solución y decidió que seguiría dándole a su amigo el beneficio de la duda; hablaría con él cuando regresara al cabo de siete días. Pero entonces vio el rótulo: SALIDAS INTERNACIONALES. Michael acababa de convertirse en un fugitivo.

Desde un rincón sombrío de la pista, una figura observó cómo el 747 se elevaba hacia el cielo nocturno. El hombre estaba solo y no era un empleado de una compañía aérea. Regresó hacia la puerta del hangar, pasando junto a los equipos de

mantenimiento y los carritos de los equipajes, sin que nadie se fijara en él; era como si perteneciera al personal del aeropuerto o dispusiera de un pase especial.

La figura atravesó la puerta y echó a andar por el túnel de seguridad. En la salida había un guardia. El hombre frunció el ceño y miró con extrañeza al desconocido que se acercaba a él, pero cuando la figura exhibió su placa de policía todo se aclaró. Dennis Thal sonrió cuando el guardia le dio las buenas noches, y se alejó.



Capítulo 8

La camarera de brillante pelo negro dejó el capuchino sobre la mesa junto a los papeles de trabajo de Michael. Era el segundo capuchino que bebía, y su nueva bebida favorita. El que servían en el Starbucks de Nueva York no le llegaba a la suela de los zapatos al que preparaban en su tierra de origen.

El café Bourgino estaba justo fuera de la Ciudad del Vaticano, en Via del Campiso, una antigua calle romana adoquinada. Durante los dos últimos días había sido su centro de trabajo: pequeño, alejado de calles concurridas y completamente ausente de la guía turística Fodor. La clientela estaba formada por autóctonos e inmigrantes, y su presencia no llamaba la atención. Afortunadamente, él pertenecía a la versión irlandesa oscura. Con su pelo castaño y la piel bronceada podía pasar fácilmente por italiano.

Los primeros días en la capital italiana los había dedicado a aprender el recorrido de las calles y los callejones estrechos, y su memoria fotográfica había sido su mejor arma. Contando ya con toda la información necesaria sobre edificios, sistemas de seguridad y rutas, disponía de tiempo para resolver los intrincados problemas y detalles de su oficio.

Michael había estudiado cuidadosamente cada obra famosa del Vaticano y todo lo que allí se albergaba, pero ninguna de sus lecturas lo había preparado para la majestuosidad que lo rodeó mientras avanzaba por Via della Conciliazione. La impresionante mole de la basílica de San Pedro empequeñecía las imágenes que tenía en la cabeza. La anchura de la plaza de San Pedro era apenas un poco menor que tres campos de fútbol: podía contener a trescientas cincuenta mil personas cuando el papa oficiaba misa. La plaza estaba enmarcada por dos vastas columnatas semicirculares que partían desde la basílica como si fuesen brazos que dieran la bienvenida al visitante. Las 284 columnas dóricas diseñadas por Bernini alcanzaban los doce metros de altura y discurrían en grupos de cuatro en torno al espacio abierto de cuatro hectáreas. Cuando Michael alzó la vista, no pudo evitar sentirse juzgado por los innumerables santos de mármol posados en lo alto de las columnas, todos ellos con la mirada fija en la plaza.

En el centro se elevaba el obelisco llevado a Roma por el emperador Calígula en el año 37 a. C. Coronando la estructura de veinticinco metros de altura había una cruz y

una bola dorada que, según los rumores, contenía los restos de Julio César. Mientras que, en cualquier otra ciudad, un obelisco de esa antigüedad habría sido un indiscutible centro de atención, allí era simplemente un detalle más. El Vaticano era otro mundo, un vestigio de una historia casi olvidada, un cuento de hadas salido del pasado. Esa Ciudad Santa estaba más allá de la imaginación de cualquier hombre. Era más bien el magnífico logro de algunas de las mayores mentes artísticas que jamás hayan existido. Aunque Michael había investigado a fondo su historia, por dentro y por fuera, hasta aquel instante no había sido capaz de captar realmente sus asombrosas dimensiones. En Estados Unidos había estado completamente concentrado en salvar la vida de Mary, y había considerado esa misión simplemente como otro edificio al que debía vencer, otro sistema de seguridad que derrotar, otra fuerza policial que burlar. Pero nada lo había preparado para el esplendor que en esos momentos se desplegaba ante sus ojos.

La cúpula de la basílica de San Pedro llegaba hasta el cielo como si fuese una enorme corona cubierta de joyas. Al pie de la amplia entrada se alzaba la enorme estatua de san Pablo. El santo sostenía una espada para defender a la Iglesia contra aquellos que querían causarle daño. A la izquierda se encontraba una estatua de mármol igualmente impresionante de san Pedro, el primer papa, con un manojito de llaves en las manos.

Cualquiera que fuera la dirección en que mirara, Michael no veía más que el genio arquitectónico, no sólo desde un punto de vista estético, sino también funcional. El inmenso e imponente muro de la Ciudad del Vaticano oscilaba entre los doce y los treinta metros de altura, y su diseño medieval le permitía repeler incluso el ataque de una fuerza militar de nuestros días. La Ciudad del Vaticano contenía todo lo que se podía encontrar en un país, por más que su superficie apenas superara las cuarenta hectáreas: bancos, oficina de correos, emisoras de radio, un periódico, e incluso un helipuerto. Tenía divisa y sistema judicial propios, y estaba presidida por el único monarca verdaderamente absoluto que había en Europa, el papa. Aunque el Vaticano permitía el acceso del público a determinadas zonas de su territorio, la mayor parte de éste estaba aislado dentro del enclave amurallado. El acceso a esta zona del Vaticano sólo se permitía a unos pocos privilegiados.

Michael pasó los dos días siguientes en las áreas más públicas de la plaza de San Pedro, la Capilla Sixtina y los numerosos museos, haciendo fotografías y observando, aprendiendo y planificando. Hasta que comenzó su investigación no había llegado a concebir la vastedad del dominio cultural del papa. El Vaticano incluía un complejo de doce museos, uno de ellos considerado el más grande del mundo, un título que le disputaban el Louvre y el Smithsonian. Los museos del Vaticano comprendían mil cuatrocientas salas que se extendían a lo largo de corredores que superaban los seis kilómetros. Un visitante podía pasarse todo un año allí y no alcanzar a ver su vastísima colección, acumulada durante dos mil años. En esas salas era posible

satisfacer cualquier interés: arte etrusco, estatuaria clásica, arqueología, objetos procedentes de Oriente Medio, pinturas del Renacimiento, libros, mapas, manuscritos, tapices, muebles... Tesoros que ningún hombre podría imaginar y objetos preciosos codiciados por coleccionistas de todo el mundo. Desde la Galería de Mapas, de más de cien metros de largo, hasta la Galería de los Candelabros, que rebosaba de esculturas romanas clásicas, y el Museo Egipcio, lleno de momias y sarcófagos, cada centímetro cuadrado del complejo museístico contenía algunos de los objetos más irremplazables del mundo.

Si bien la mayoría de la gente había oído hablar de la obra maestra de Miguel Ángel, el techo de la Capilla Sixtina, las paredes laterales de la propia capilla eran en sí mismas obras maestras. Allí, los grandes artistas de la época —el Perugino, Botticelli, Ghirlandaio y Rosselli— habían creado magníficos frescos que ocupaban toda la extensión de la capilla. En otras salas podían encontrarse habitaciones enteras pintadas por genios como Rafael, Pinturicchio y Signorelli. Y aunque el techo de la Capilla Sixtina empequeñecía las demás obras, la perfección de éstas nunca se había puesto en tela de juicio.

Al principio, esa impresionante colección había abrumado a Michael, pero se había obligado a concentrarse en su trabajo. Ahora prestaba especial atención al Museo Storico-Artístico e Tesoro. Conocido como el Museo del Tesoro y la Sacristía, el complejo de diez salas era una construcción adyacente a la basílica de San Pedro y albergaba muchas de las mayores reliquias del imperio cristiano y el Estado pontificio: la cruz vaticana, que contenía fragmentos de la cruz de Cristo, e innumerables relicarios; el cáliz de los Estuardo, incrustado de diamantes, donado por el rey inglés Enrique IV; manuscritos y decretos que habían pasado de pontífice a pontífice, báculos, crucifijos y armas. Y, de especial interés para Michael, una sección dedicada al primer papa, donde se exhibían objetos de la época en que el propio san Pedro caminaba por las calles de Roma: una copia de la silla de san Pedro, las cadenas oxidadas con las que lo habían sujetado antes de la crucifixión por orden del emperador romano Nerón. Allí, dentro de una vitrina, se hallaba una de las posesiones más sagradas de la Iglesia. Colocada sobre un pedestal de ónix, que contrastaba vivamente con aquello que sostenía, la vitrina tenía unos cuarenta centímetros de lado y un cristal de cinco centímetros de grosor. Un fino haz luminoso proyectado desde un reflector ubicado en el techo atravesaba la oscuridad para iluminar el cojín de terciopelo morado sobre el que descansaba el motivo que había llevado a Michael hasta allí. Su sencillo diseño reflejaba sus dos mil años de antigüedad. Las había recibido san Pedro de manos de Jesús, y eran el origen del símbolo del papa. Su imagen estaba presente en todo el Vaticano, así como en su bandera y su escudo. Para millones de personas representaban el auténtico símbolo de san Pedro y sus herederos papales, los líderes de la Iglesia fundada por Jesús. Para Michael, sin embargo, tenían un significado completamente diferente: eran la única oportunidad de salvar a su esposa gravemente enferma.

Algo más grandes y gruesas de lo que cabría esperar de esos, objetos en nuestros días, sin duda en otra época habían cumplido su función, pero ahora se las exhibía para inspirar veneración. Eran las llaves de oro y plata, las llaves de la supervivencia de Mary.

Se calculaba que dentro de esos muros había más de cuarenta mil millones de dólares en obras de arte, antigüedades, oro y joyas, junto con los títulos de las vastas propiedades que tenía la Iglesia católica por todo el mundo. Ningún otro país concentraba sus bienes en una superficie tan exigua. Y ésa era la causa de que existieran unas medidas de seguridad como en ninguna otra parte del mundo.

Cada puerta estaba controlada personal y electrónicamente. Los arquitectos contemporáneos del Vaticano rivalizaban con los legendarios maestros en cuanto a su capacidad creativa. La mayor parte de los dispositivos de seguridad —si bien de última generación— se encontraban fuera de la vista, a fin de no disminuir de ninguna manera el esplendor de las estructuras que debían proteger. Los detectores de metales estaban ocultos, del mismo modo que los sensores radiactivos y los detectores electrónicos de explosivos. Ocultos o no, todos estos artilugios rastreaban permanentemente cualquier posible amenaza: cuchillos, pistolas, explosivos, incluso material nuclear. Y se tomaban toda clase de precauciones preventivas.

Había guardias suizos apostados en cada entrada y puesto de control, pero no eran ellos los que preocupaban a Michael, sino los gendarmes de la policía vaticana que se paseaban entremezclados con la multitud: los guardias sin uniforme. Sólo un observador avezado los identificaba por su corte de pelo y su forma de caminar o de moverse. Estos hombres parecían deambular entre la multitud casi al azar, pero un examen más cuidadoso revelaba un patrón. En cada museo había en todo momento al menos dos policías vaticanos. Cuando uno se marchaba, llegaba su relevo. Su sincronización estaba calculada al segundo. Y todos vigilaban. Todos permanecían alertas a cualquier amenaza posible a la seguridad de ese reino único.

En el interior del Museo del Tesoro y la Sacristía había nueve cámaras fijas que cubrían cada ángulo en torno a las llaves de oro y plata y todo el campo de acción donde Michael pensaba operar. Las cámaras estaban perfectamente escondidas dentro de las paredes para no interferir con las obras de arte y el ambiente, pero mientras Michael registraba la sala no sólo en su memoria sino también en película —sin hacer más fotografías que el turista corriente— sabía que las videocámaras ocultas controlaban todos sus movimientos. Y comprendió que ese trabajo exigiría algo más que experiencia y creatividad: requeriría un ingenio y una capacidad diferentes de los que alguna vez hubiera poseído si quería superar lo imposible y salvar la vida de su mujer.

—Hola.

La voz de Mary sonaba tan clara como si estuviese en la habitación contigua, y dulce en los oídos de Michael. El teléfono vía satélite que Finster le había dado era asombroso; más voluminoso que un teléfono móvil y bastante notorio cuando lo llevaba en el bolsillo, pero la recepción era perfecta mientras caminaba por las calles de Roma.

—¿Cómo estás?

—Tú primero. ¿Te sientes bien?

—Estoy bien.

—¿Cómo va el tratamiento?

A Mary habían comenzado a aplicarle quimioterapia el día que él se había marchado, y durante los últimos cuatro días había estado demasiado débil para hacer algo más que susurrar en el auricular. Ese día, por primera vez, la voz de Mary sonaba como siempre.

—Bueno, al final no era tan malo. —Su tono era vivo y rebosaba de energía—. Ahora dime... ¿estás bien?

—Sí, las cosas están saliendo muy bien. De hecho, voy adelantado en el trabajo. Podría estar de regreso en casa uno o dos días antes de lo previsto.

Michael se sintió aliviado al no tener que mentir.

—Esperaba que, cuando regresaras, pudiésemos salir unos días de la ciudad, estar solos.

—Me encantaría. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Jeannie viene a visitarme todos los días. Me ha traído toda tu comida basura preferida y una colección de literatura erótica. Y Paul vino hoy. Me trajo unas fotografías que habían hecho los niños y se encargó de parte de mi trabajo escolar.

—¿Cómo estaba Busch?

—Bien. ¿Por qué? —Creo que lo hice enfadar.

—Michael...

Mary sonaba como una madre decepcionada.

—Se ofreció a acompañarme y le dije que no era necesario.

—¿Por qué? —En su voz había un deje de tristeza— Sólo quería ser amable.

—Creo que sospechaba algo raro en relación con lo que estoy haciendo y quería vigilarme.

—Estás paranoico. Paul se encontraba bien. Me contó que no pudo esperar a que regresaras, que tú equipo recibió una verdadera paliza, veintiuno a seis, por la

ausencia de su quarterback estrella, y que iba a descargar sobre ti toda su ira y su frustración.

—Apuesto a que lo hará —dijo Michael.

—Michael, Paul es tu mejor amigo, confía en ti.

Mientras Mary, la eterna optimista, luchaba por su vida, en realidad había empezado a pensar en la muerte como una vía de escape de la devastadora enfermedad que minaba su cuerpo. Jamás reconocería ante Michael la terrible experiencia que estaba sufriendo. El dolor que le provocaba la quimioterapia era peor de lo que jamás podría haber imaginado. Pero, cada vez que pensaba en la muerte, rezaba rápidamente una oración y le pedía perdón a Dios. No había nada en el mundo que deseara más que vivir. Vivir y disfrutar de la vida, experimentar todo lo que el mundo pudiese ofrecerle, apreciar todas aquellas cosas que siempre había dado por sentadas cuando pensaba que era inmortal. Michael estaba luchando por su vida tanto como ella misma, y sus terribles pensamientos acerca de la muerte eran una traición hacia él. Superaría ese trance terrible; no defraudaría a Michael.

El garaje olía a grasa y aceite. El olor no sólo había impregnado el aire sino también el suelo de cemento. En una esquina había dos Fiat desmantelados, con el motor colgando de una cadena del techo. Michael se encontraba en la parte de atrás, cerca de una ventana abierta, para que las emanaciones saliesen al exterior mientras cocinaba sobre un hornillo Bunsen. Los gases no eran tóxicos, pero su olor dulce contrastaba notablemente con los olores que salían del taller mecánico, y no podía permitirse llamar la atención. Había comprado todo lo que necesitaba en un supermercado, una tienda de artículos de dibujo y una ferretería cercana. Bolas de naftalina, sales de Epsom, pintura, azúcar, artículos domésticos y corrientes para tareas domésticas y corrientes. Michael preparó y calentó la mezcla a 60 ° C. Convirtió la densa pasta en pequeñas bolas maleables que pintó de color marrón, y luego las vertió en una caja de dulces Milk Duds vacía y colocó ésta junto a una caja de caramelos Good & Plenty.

Había localizado el garaje antes incluso de abandonar Estados Unidos. El taller se especializaba en Fiat y Alfa Romeo, y su propietario, un hombre de sesenta y cinco años, tenía una impecable reputación, sobre todo cuando se trataba de hacer desaparecer la historia de un vehículo. Michael se había dirigido directamente allí en cuanto hubo aterrizado en Roma. Encontró al dueño del garaje, vestido con el clásico mono azul manchado de grasa, trabajando en la transmisión de un coche. Atilio Vitelli lo escuchó en silencio mientras Michael le explicaba su desesperada necesidad de conseguir un torno de metales y algunas herramientas. Tenía un valioso equipo de vídeo que había resultado dañado por la negligencia de los encargados del equipaje en el aeropuerto de Roma. Las piezas que necesitaba tardarían un mes en llegar desde Japón y, si no conseguía cumplir con la fecha de entrega, perdería su trabajo. Michael llevaba puestas una sudadera verde y una gorra de los Yankees de

Nueva York. Sus pequeñas gafas con montura dorada le daban un aire inteligente e inofensivo.

Vitelli lo estudió durante casi un minuto mientras se limpiaba las manos engrasadas con un trapo viejo y sucio. Michael temía que tal vez el inglés del viejo italiano no fuese tan bueno como había alardeado.

—¿Sabe cómo se utiliza un torno?

—Sí. Y bien, ¿cree que podría usar algunas de sus herramientas?

Vitelli guardó otra vez silencio mientras miraba a Michael; luego volvió a meter la cabeza bajo el capó levantado del coche y reanudó su trabajo en la transmisión.

—Le pagaré quinientos euros. El trabajo no me llevará más de cinco horas — añadió Michael. No tenía intención de ofrecerle una suma excesiva, ya que ello despertaría aún más sospechas en el viejo mecánico italiano.

Sin levantar la vista del motor, Vitelli contestó:

—Mi tarifa como mecánico es de veinte euros hora.

—De acuerdo.

—Sólo trabajaré mientras yo esté aquí. Y si necesito usar alguna de mis herramientas, usted me la dejará. —Sacó la cabeza de debajo del capó—. ¿Equipo de vídeo?

Michael frunció los labios al tiempo que asentía.

—Lo prometo, no interferiré en su trabajo.

El ordenador portátil de Michael estaba encima de la mesa de trabajo del garaje de Vitelli. En la pantalla se veía una cuadrícula digitalizada sobre varias imágenes de las dos llaves, así como de la vitrina y la sala en que se exhibían. Junto al ordenador se alineaban las creaciones que Michael había hecho ese día. Había trabajado el metal y el plástico en el torno de Vitelli hasta conseguir un resultado perfecto. Había torneado y pulido cada pieza, y construido cada artilugio sin un solo defecto. Su talento se había desarrollado considerablemente desde su juventud. Utilizando metal y plásticos era capaz de fabricar prácticamente cualquier cosa, desde joyas falsas hasta intrincados artilugios mecánicos. Mary siempre se vanagloriaba ante sus amigas: “Michael es tan bueno con las manos...”.

Vitelli sólo había aparecido un par de veces por el garaje, en ambas ocasiones para recoger sus herramientas sin abrir la boca. El viejo italiano había hecho caso omiso de la presencia de Michael, como si el norteamericano fuese un empleado y lo dejase continuar con su trabajo sin molestarlo. En total, Michael fabricó cinco objetos, todos de apariencia absolutamente corriente. Pero su función excedía con creces su apariencia.

—¿Profesor Higgins? —Michael se levantó del sillón y extendió la mano.

El hombre al que había saludado se detuvo y lo miró, desdeñando tanto su mano tendida como el saludo. Luego continuó su camino, alejándose de él sin pronunciar palabra.

—Mi nombre es Michael McMahon. Le he dejado un mensaje hace un rato —dijo Michael, apretando el paso hasta ponerse a su lado.

—Si tiene la bondad de perdonarme —repuso Higgins bruscamente, sin molestarse siquiera en mirar a Michael. Siguió caminando a través del elegante vestíbulo de mármol hasta la zona de los ascensores y pulsó el botón.

—Me dieron su nombre en la Oficina de Estudios Avanzados del Vaticano.

—Lo siento, señor McMa...

—Profesor McMahon. De hecho, doctor—dijo Michael con falsa modestia—. Pero en realidad no hago alarde de...

—Acaba de hacerlo. Y ahora, por favor, si me disculpa...

Higgins trató de volverse, golpeando nerviosamente el suelo con el pie derecho mientras esperaba a que llegase el ascensor.

—Pensé que, como colega norteamericano, y teniendo en cuenta que mañana estaremos juntos durante la visita al Vaticano...

—¿Quién lo ha enviado?

En la mirada de Higgins se advertía una gran desconfianza.

Michael lo miró desconcertado. —Si está tratando de disuadirme... —El zapateo de Higgins era cada vez más sonoro, y resonaba en las paredes de mármol—. Si está aquí para rebatir mis teorías, ya puede ir a escribir su propio libro.

—Señor, estoy seguro de que me ha confundido con otra persona. Yo no estoy en desacuerdo con sus teorías. De hecho, si tiene tiempo de tomar una copa, me gustaría explicarle cómo coincido con muchas de sus ideas.

Michael permaneció allí, con una sonrisa en los labios, esperando a que se tragase el anzuelo.

Higgins echó un vistazo al vestíbulo del hotel antes de volverse finalmente hacia Michael. Y entonces dejó de mover el pie.

Michael jamás daba por terminados los detalles de ningún trabajo hasta que llegaba al lugar indicado. Necesitaba redondear su plan para que encajara perfectamente en el ambiente. Con Higgins como parte de ese ambiente, la última pieza ocupó su lugar. Dos días antes, cuando Michael había repasado su investigación, desde las rutas de escape hasta los misterios del Vaticano, había

localizado a los miembros de los diferentes grupos de eruditos que visitarían el Vaticano gracias a la Oficina de Estudios Avanzados del Vaticano. Bastó con una simple llamada telefónica expresando su deseo de incorporarse al grupo de otros académicos visitantes que recorrerían el Vaticano y sus museos. Tras utilizar sus numerosos recursos para repasar los antecedentes de cada uno de los académicos, se concentró en el profesor Albert Higgins. El profesor Higgins tenía casi la misma altura y complexión que él y el color del pelo era muy parecido, pero no fueron esas características las que lo animaron. Para Michael, el desprecio manifiesto de Higgins por la Iglesia católica era como un regalo caído del cielo.

El profesor había viajado desde Nueva Inglaterra a fin de llevar a cabo una investigación para un libro que estaba escribiendo acerca de la historia del Vaticano y la influencia que había ejercido en la conformación de la sociedad. Michael lo había escogido y lo había seguido durante sus visitas al museo. Había sentido una aversión inmediata por ese hombre, especialmente por la manera desdeñosa en que se dirigía a la gente y por sus aires de superioridad. Higgins era un WASP⁷ en el más amplio sentido de la palabra, que miraba despectivamente a todos los demás credos, razas y religiones mientras se pasaba la mano por el pelo castaño y grasiento. Era un hombre con ojeras permanentes que encontraba fallos en todas las teorías salvo en la suya. Durante años se había aferrado a su hipótesis —que estaba seguro de poder demostrar muy pronto— de que la Iglesia católica había significado la ruina de todas las sociedades y era la responsable del Holocausto, el comunismo, el Sida y, lo peor de todo, el estado de deterioro del imperio británico, la cuna de sus antepasados.

Cuanto más aprendía Michael acerca de Higgins, menos culpable se sentía de lo que la visita del día siguiente al Vaticano supondría para el incauto profesor.

Busch estaba sentado frente a su escritorio preguntándose dónde diablos estaría Michael. En algún lugar del extranjero, que podía ser cualquier parte, y cualquier parte constituía una violación directa de su libertad condicional. Busch lo había mantenido en silencio durante los últimos cuatro días, sin atreverse siquiera a mencionárselo a su esposa. Jeannie le habría dicho algo a Mary, y eso era lo último que cualquiera de ellos necesitaba.

Busch había visitado a Mary nuevamente esa misma mañana y se había alarmado sobremanera por su aspecto. Ella se las ingeniaba para mostrar buena cara, pero resultaba evidente que sus dolores eran terribles. Busch le había preguntado por Michael, cuándo regresaría, una conversación trivial, en realidad. Mary le había explicado que el trabajo de Michael iba de maravilla y que le había dicho que regresaría a casa dentro de unos días. Luego ella había expresado su gratitud por la generosidad demostrada por el señor Rosenfield —un hombre al que ni siquiera conocía— al costear su tratamiento.

7. Blanco, anglosajón y protestante. (N. del t.)

Michael les había mentido a Mary y a él. Busch ya había pasado por eso antes. Las mentiras siempre enmascaraban algo más inquietante, más profundo, algún acto deshonesto más grave. Michael había caído, había vuelto a las andadas. Era la única explicación posible. Y, sin embargo, por primera vez en sus treinta y nueve años, Busch no sabía cómo proceder.

Michael se había reformado, se había curado de sus deseos ilegales, pero se encontraba en un dilema terrible. Fuera lo que fuese lo que estuviese haciendo, lo hacía por Mary. Busch no podía menos que considerar una víctima a Michael; él no había hecho nada para merecer eso. Se había visto obligado a cruzar la línea por el amor que sentía hacia su mujer, y Busch reconocía que, si él tuviese que enfrentarse a la misma situación, probablemente haría lo mismo que Michael. El amor había impulsado a muchos hombres a cometer actos estúpidos y desesperados.

No obstante, Busch era un representante de la ley. Cuando Michael regresara de su viaje, él no tendría más alternativa que arrestarlo.



Capítulo 9

La cúpula de la basílica de San Pedro, diseñada por Miguel Ángel, se alzaba hasta ciento veinte metros de altura. Había llevado cuarenta y cuatro años completar la impresionante visión del maestro italiano. La cúpula era literalmente la corona de oro de la Iglesia. Cuando el grupo turístico compuesto por seis académicos rodeaba el altar de la catedral, Michael alzó la vista, maravillado ante aquella obra de arte construida hacía 415 años. Michael iba vestido con ropa holgada y una chaqueta de ante encima de una camisa blanca. Llevaba un protector de plástico para plumas y bolígrafos en el bolsillo superior, y un pequeño bolso de cuero que contenía, entre otras cosas, dos cuadernos de notas, una cámara, otra colección de plumas, varios libros sobre el Vaticano y dos cajas de dulces, que sacó y metió en el bolsillo. Las pequeñas gafas redondas con montura dorada le conferían un característico aire académico.

Después de una hora de disertación acerca de la detallada historia de lo que se disponían a ver, su visita guiada comenzó exactamente a las 9.15. La visita estaba programada como una visión general, a fin de prepararlos para las explicaciones más detalladas que recibirían por la tarde. Según lo previsto, la visita duraría tres horas y acabaría en el Museo del Tesoro y la Sacristía a las 12.15. Michael no tenía intención de asistir a las disertaciones de la tarde. En el momento en que su grupo tomara asiento en la sala de conferencias, él estaría instalado en un avión, alejándose de Roma. Echó un vistazo al reloj y accionó el cronómetro. Lo tenía todo calculado. Si no se producía ningún acontecimiento imprevisto, su misión habría acabado antes del mediodía. Tenía tres horas.

El grupo al que se había integrado Michael era más erudito que los turistas a los que se había acostumbrado a ver en los últimos cuatro días. Las hermanas Katherine y Teresa habían reunido sus magros ahorros y escapado del convento del Cenáculo en Irlanda, donde ayudaban a instruir a las futuras monjas en la historia del catolicismo. Las dos religiosas viajaban con el pretexto de la educación pero, en realidad, esperaban con ansia la misa que celebraría el papa al día siguiente en la plaza de San Pedro. Las dos mujeres eran como fans siguiendo a su estrella de rock preferida. Ya habían asistido a tres de las misas oficiadas por el pontífice, y se sentían tan conmovidas por su presencia que estaban dispuestas a apiñarse en una

furgoneta, vestirse con sacos de patatas y vender camisetas sólo para escuchar uno de sus sermones. En el grupo había dos rabinos: Abramowitz y Lohiem, ambos de Brooklyn. Los dos ancianos eran sumamente agradables; encontraban alegría en todo, y su espíritu joven desmentía que estuvieran en el crepúsculo de sus vidas. Muchos de los turistas se extrañaban de ver a dos rabinos. No se daban cuenta de que, si bien el pueblo judío no creía que Jesucristo fuese el Mesías y el salvador, lo consideraban un maestro hebreo, un rabino que había vivido su vida como un judío modelo. Y Pedro, en cuyo nombre se había construido aquella gran ciudad, era el apóstol de los judíos.

Y, por último, estaba el profesor Albert Híggins, con quien había compartido una botella de vino la noche anterior. Michael lo había escuchado exponer sus teorías de nuevo rico sobre la divinidad, mientras se decía que ese hombre habría sido capaz de hablar de sí mismo sin parar durante semanas. Una hora más tarde se había excusado y retirado, con el pretexto de que necesitaría toda su energía para la visita del día siguiente. Aquella mañana, cuando los miembros del grupo se saludaron fuera de las oficinas del Vaticano, era como si Higgins jamás hubiese visto antes a Michael. El profesor apenas si le prestó atención. El hombre sólo era consciente de aquello que le interesaba y nada más.

La visita estaba guiada por el hermano Joseph, miembro del personal del Vaticano y estudioso de su historia. El escaso pelo que aún le quedaba había encanecido de forma prematura, pero todavía conservaba un aire infantil en su rostro de querubín. Llevaba los pantalones marrones y la camisa de cuello blanco tradicionales de su orden, tras haber dejado en el pasado su guardarropa de diseño. Joseph Mariano, profesor de historia del Vaticano en la Universidad de Roma, había perdido a su mujer hacía tres años en un accidente de circulación. Habiendo perdido también el sentido de su vida y el deseo de vivir, se había sumergido en su trabajo y había recibido la llamada. Al no estar seguro de la forma de comprometerse con el sacerdocio, optó por la hermandad; se daría un plazo de tres años y, si aún sentía el impulso, entregaría su vida a Dios para siempre. Lo asignaron a las visitas de los grandes personajes en virtud de sus amplios conocimientos y su sonrisa fácil, dos elementos que combinaban a la perfección para hacer de él un embajador ideal. El hermano Joseph se tomaba su trabajo muy seriamente y, aunque poseía esa dulce sonrisa, no tenía necesidad de soportar a aquellos que no siguieran las reglas del Vaticano.

El rostro de Michael mostraba curiosidad y atención ante la disertación del hermano Joseph. Pero no era más que una máscara: su mente llevaba dos horas inmersa en su plan. Al amanecer, cuando había despertado, había repasado nuevamente cada detalle del robo, había analizado cada obstáculo imprevisto y sus consecuencias. Y había descubierto en él una concentración muy superior a la experimentada en todos esos años. En el pasado, el hecho de robar era siempre un

acto egoísta, era siempre para sí mismo. Pero ya no era así. Aquello lo estaba haciendo para Mary. Y todo iba según el programa previsto.

A las diez de la mañana, Attilio Vitelli se asomó de debajo del capó del Alfa Romeo y decidió no salir corriendo. Los cuatro coches de policía que acababan de detenerse frente a la entrada del garaje no eran nada nuevo para él. Los automóviles italianos que había en el taller eran —en su mayor parte— legales. Y los que no lo eran ya habían sido desguazados y vueltos a montar, además de contar con títulos de propiedad y no tener nada que pudiese relacionarlos con sus antiguos propietarios. Nueve policías rodearon rápidamente a Vitelli, esperando a que fuese él quien hablara primero. Pero el anciano ni siquiera se dignó mirarlos hasta que el hombre corpulento y calvo que dirigía la operación metió la cabeza debajo del capó rojo del coche.

—Esta vez no he venido por los coches, Attilio —dijo el oficial.

Eso hizo que Vitelli le prestase atención.

—¿Una visita de cortesía, Gianni? —preguntó.

El investigador Gianni Francone carecía de pruebas sólidas contra Vitelli; siempre se trataba de suposiciones y conjeturas. Conocía perfectamente el negocio ilegal que llevaba Vitelli, sólo que no conseguía unir las piezas. De modo que cuando recibió la llamada anónima acerca de alguien que estaba planeando cometer un robo en un lugar importante de Roma antes del mediodía, alguien que operaba desde el garaje de Vitelli, Francone no pudo dejar pasar la oportunidad de registrar el lugar.

Tres policías se desplegaron por el patio mientras que otros seis entraron en el garaje, separado por columnas en tres partes.

Francone se sentó en un Fiat Spider, y su peso puso a prueba la suspensión del pequeño coche deportivo.

—Y bien, amigo mío, ¿has tenido alguna visita últimamente?

—En 1546, Michelangelo Buonarroti asumió su puesto como arquitecto principal de la basílica de San Pedro, y comenzó a diseñar nuevamente muchos de los elementos que la componían, incluyendo la impresionante cúpula que tenemos encima de nosotros. Pero, por desgracia, no vivió para ver completada su obra.

Michael y el grupo permanecían estrechamente apiñados alrededor del hermano Joseph para no perder ni media palabra.

—Las obras de arte que pueden verse aquí provienen de numerosas fuentes. Algunas fueron donadas o adquiridas, otras se crearon específicamente para el Vaticano, y otras se descubrieron debajo de donde nos encontramos en este momento —explicó el hermano Joseph con su marcado acento italiano. Se detuvo ante una monumental estatua de mármol que representaba a un hombre con una lanza en la

mano—. Observarán que las cuatro magníficas estatuas de santos que están bajo la cúpula sostienen las columnas que rodean el altar pontificio. A este conjunto se lo conoce como el Baldaquino. Esta figura —señaló la estatua del hombre con la lanza— representa a Longinos, y fue creada por Bernini, mientras que las otras tres son obra de sus estudiantes. Cada una de estas estatuas fue esculpida para que contuviese reliquias. Longinos era el centurión que clavó su lanza en el costado de Jesús en la cruz para demostrar que estaba muerto. La estatua fue diseñada para contener la punta de lo que algunos han dado en llamar la Lanza del Destino. —El hermano Joseph se volvió y condujo al grupo hasta la estatua de una mujer que sostenía una enorme cruz—. La estatua de santa Helena, la madre del emperador Constantino, quien descubrió la auténtica cruz de Cristo, contiene clavos y partes de la cruz de nuestro Señor. —Señaló una estatua que representaba a una mujer que sostenía en la mano un velo agitado por el viento—. Santa Verónica, que ofreció su velo a Cristo para que se enjugara la frente mientras cargaba su cruz hacia el Calvario, conmemora el velo que nuestro Señor le devolvió con sus rasgos impresos en la tela. Observen su postura; en las corridas de toros, el movimiento más clásico que realiza el torero se llama verónica. Es cuando el torero agita lentamente su capa roja delante de la cara del toro, como Verónica secando el rostro de Cristo. Ese lance del toreo recibe ese nombre por esta estatua.

El hermano Joseph los llevó luego hasta la cuarta y última estatua.

—San Andrés era hermano de san Pedro y, al igual que él, murió crucificado. Lo ataron a una cruz en forma de equis y murió en Grecia. Su cabeza estuvo en poder del Vaticano hasta 1966, año en el que fue devuelta a la ciudad griega de Pairas, donde había muerto hacía más de dos mil años, como un gesto destinado a mejorar las relaciones con la Iglesia ortodoxa griega. Pero, excepto por la cabeza de san Andrés, cada una de las reliquias que he mencionado están aquí. Todas ellas se guardan en la capilla que hay encima de santa Verónica.

El grupo comenzó a bajar una ornamentada escalera de mármol que estaba junto a la estatua de Longinos. Michael había logrado hacerse pasar con éxito por el profesor Michael McMahon, de la Universidad de St. Albans. Su tarjeta falsa con el membrete de la universidad le había servido a modo de presentación y llevaba una carta, igualmente falsa, en la que solicitaba ayuda en cuestiones relacionadas con el origen del Vaticano. Cuando la Oficina de Estudios Avanzados llamó para verificar los datos, la Universidad de St. Albans contestó diciendo que el profesor McMahon había pedido una excedencia a fin de llevar a cabo una investigación por todo el mundo para un libro que estaba escribiendo. Si querían ponerse en contacto con él podía dejarle un mensaje, ya que el profesor comprobaba su buzón de voz al menos dos veces al mes. El administrador de la universidad explicó que, debido a los limitados fondos de los que disponían, el año sabático del profesor McMahon se

había visto reducido a un semestre; cualquier ayuda que se pudiese proporcionar al profesor sería agradecida y retribuida del mismo modo por St. Albans.

En la Universidad de St. Albans existía realmente un profesor llamado Michael McMahon. La sencilla búsqueda realizada por Michael en Google le permitió encontrar a aquellos vanidosos que no sólo anunciaban a bombo y platillo sus licencias con sueldo de la universidad, sino que revelaban estúpidamente sus itinerarios. McMahon estaba escribiendo un libro y viajando por todo el mundo; sólo que en aquel momento no se hallaba en Roma, sino en una remota región del Tíbet, conviviendo con unos monjes budistas.

El grupo de Michael se detuvo en una zona situada directamente debajo de la basílica, un área a la que pocos tenían acceso, reservada mediante cita previa sólo para estudiosos y arqueólogos: las grutas secretas. Era un lugar oscuro y siniestro que hacía honor a su nombre. El pálido resplandor que emitían cientos de velas se reflejaba en los dorados candelabros de pared y en las paredes de mármol. El grupo pasó junto a un sinfín de sarcófagos ornamentados, el lugar de reposo final, dijo el hermano Joseph, no sólo de la mayoría de los papas desde 1549, sino también de emperadores y reinas, grandes personajes y dignatarios.

—Aquí hay enterrados ciento cincuenta y tres papas —explicó el hermano Joseph, y su voz retumbó en las tumbas de mármol—. Y hay espacio para otros cientos de ellos, con la esperanza, naturalmente, de que su servicio en Cristo sólo llegue a su fin después de un largo y productivo período a su servicio.

—Hablando de períodos —lo interrumpió el profesor Higgins—, ¿podría comentarnos algo acerca de aquellos pontífices cuyo mandato se vio abreviado por el asesinato?

El hermano Joseph detestaba que lo interrumpiesen, como se advertía perfectamente en su rostro. Pero accedió cautelosamente a la petición del profesor Higgins.

—El papa Juan VIII fue asesinado en el año 882 mientras dormía. Luego está el caso de Juan XII, que tenía dieciocho años cuando fue elegido papa. Fue asesinado en diciembre de 963...

—Yo me refería a hechos más recientes.

La altiva sonrisa de Higgins era tan afilada como una acusación.

El hermano Joseph miró a Higgins durante lo que pareció una eternidad, haciendo un evidente esfuerzo por contener su ira. Un silencio incómodo envolvió al grupo.

—Sí, bueno, hemos tenido nuestra cuota de intriga. En 1981, cuando le dispararon al papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, el coronel Alois Estermann fue la primera persona en llegar al Santo Padre. El coronel protegió al papa con su cuerpo para que no recibiera más daño. A lo largo de los años, el pontífice mantuvo una

relación muy estrecha con Estermann y, en 1998, lo nombró comandante de la Guardia Suiza. Trágicamente, menos de dos horas después del nombramiento de Estermann, su esposa y él fueron asesinados en su apartamento...

Higgins volvió a intervenir.

—Y se descubrió que había sido un espía que trabajaba para la policía secreta de Alemania Oriental, la Stasi...

—Se equivoca —replicó bruscamente el hermano Joseph—. Mientras sea invitado del Vaticano, profesor Higgins, debo pedirle que se abstenga de repetir esas habladurías. El matrimonio Estermann fue atacado a tiros por un miembro desequilibrado de la Guardia Suiza, que luego se suicidó. De modo que, sí, hubo un asesinato en el Vaticano en 1998...

—En realidad —interrumpió nuevamente el profesor Higgins— yo me estaba refiriendo al asesinato de 1978. —Higgins tenía la mirada fija en la tumba del papa Juan Pablo I.

—Está equivocado, señor.

—No estoy diciendo nada que no haya sido publicado. —El grupo observaba con creciente interés el enfrentamiento que tenía lugar ante ellos—. Tengo entendido que fue envenenado. El ama de llaves del pontífice lo encontró muerto sentado en la cama. ¿Cuánto tiempo había sido papa? ¿Dos semanas?

—Fue un infarto de miocardio —dijo el hermano Joseph con los dientes apretados—. Nuestro Santo Padre sufrió un ataque al corazón.

—Pero no hubo ninguna autopsia...

—Profesor Higgins, si desea que lo acompañen de regreso a su hotel, con mucho gusto me encargaré de ello. De lo contrario, esta discusión acaba aquí. No estamos acostumbrados a que nuestros invitados nos insulten.

Higgins abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. No obstante, sus ojos oscuros brillaron ante la victoria que suponía para él haber conseguido exasperar al hermano Joseph.

El equipo de la policía estaba hablando animadamente en el garaje de Vitelli. Ante ellos, en un banco de trabajo, había una pila de virutas de metal y plástico; tres hojas en blanco previamente arrugadas y ahora alisadas, y un cartucho de aire comprimido vacío. Un detective delgado, que no parecía tener más de doce años, manipulaba las hojas con las manos enguantadas. Congio un trozo de grafito y lo pasó ligeramente sobre la superficie del papel.

—Aquí está lo que había escrito en la hoja anterior del bloc.

—¿Y...? —lo urgió el inspector Francone.

— Esquemas de alguna clase.

— ¿Tuyos?

Francone se volvió hacia Vitelli, que fumaba un cigarrillo sin mostrar ningún nerviosismo.

— No. No necesito hacer dibujos. Todo lo que necesito está aquí. — Vitelli se señaló la cabeza con el dedo.

— ¿Entonces de quién son estos dibujos?

Vitelli sabía que tendría que haberle cobrado más a ese norteamericano por el uso de sus herramientas.

— Era un tío norteamericano. Me dijo que necesitaba mis herramientas por unos días.

— ¿Dejas que cualquiera use tu garaje? ¿Un tipo respetuoso de la ley como tú? Me sorprendes, Attilio.

— Yo también me sorprendo a veces a mí mismo. El tío parecía inofensivo. Y me pagó en metálico.

El inspector Francone había dudado al principio de la llamada anónima recibida en la comisaría, pero en esos momentos, mientras miraba los calcos, se alegraba de no haberla descartado. No estaba seguro de para qué eran esos esquemas, pero el instinto le decía que la gente no fabrica cosas inocentes en los garajes de coches robados.

— Bueno, parece que tu amigo norteamericano está metido en alguna cosa. Y si está metido en algo, y no lo detenemos antes de que consiga lo que quiere... Después de todos estos años de ser un comerciante tan «honesto», Attilio, es posible que acabes entre rejas como cómplice.

— ¿Cómplice de qué?

— Eso es precisamente lo que nos ayudarás a descubrir. — Francone miró su reloj: eran las 10.32—. Y será mejor que empieces a pensar deprisa, o es posible que hayas “arreglado” tu último coche.

La visita continuó a través de las catacumbas del Vaticano. El combate verbal entre el hermano Joseph y el profesor Higgins había dejado al grupo sumido en un silencio que aún nadie había roto. Finalmente llegaron a una puerta de hierro forjado en una pared de granito, flanqueada por dos guardias suizos. El hermano Joseph mostró sus credenciales junto con una carta de autorización. Los guardias estudiaron los documentos y también los rostros de los acompañantes del hermano Joseph antes de permitirles el paso.

Después de insertar varias llaves, el hermano Joseph abrió la puerta y dejó al descubierto unos amplios escalones de piedra. Los integrantes del grupo bajaron de dos en dos, hablando en susurros, conscientes de que retrocedían en el tiempo con cada paso que daban. La escalera acababa en una cámara con un techo bajo de tierra. Después de recorrer unos cincuenta metros a través de las cuevas de piedra — algunas naturales, otras hechas por la mano del hombre— llegaron ante una gran lona azul. El hermano Joseph la apartó, y todos entraron en una zona que olía a humedad. Parecía tratarse de la clásica excavación arqueológica: suelo de tierra, una iluminación tenue proporcionada por una ristra de luces de construcción, el terreno trabajado en terrazas escalonadas. Cada escalón, de unos ocho centímetros de altura, tenía su correspondiente etiqueta. La excavación se había prolongado durante setenta y cinco años bajo la dirección y la atenta mirada de la Iglesia. Aunque su fe era la más pura de la tierra, la jerarquía eclesiástica era profundamente consciente de que la controversia podía desatarse en cualquier momento: nunca se sabía qué objeto descubierto podía provocar un debate no deseado.

—Bienvenidos a la necrópolis.

El hermano Joseph hizo una pausa para que todo el mundo asimilara la inusitada vista que tenían ante los ojos: la calle de una ciudad antigua. Pero, allí donde debería haber estado el cielo encima de ellos, sólo se veían los cimientos de la basílica.

—Lo que están viendo es la unión de dos mundos, de dos creencias. Este es un lugar de enterramientos, tanto cristianos como paganos.

El limitado espacio en el que se encontraban era una calle de no más de metro ochenta de ancho; a cada lado había estructuras de ladrillo y piedra, vanos de puertas cubiertos de tallas antiguas, La calle, pobremente iluminada, discurría a derecha e izquierda a través de las sombras antes de sumirse en la oscuridad total.

—Esta sección, excavada durante un período de treinta años, contiene docenas de mausoleos, todos ellos son paganos... excepto uno. Toda esta zona es anterior a Constantino; de hecho, se remonta a dos mil años atrás. «Necrópolis» es una palabra pagana que significa “ciudad de los muertos”, mientras que los cristianos preferían llamarlo coemeterium (de donde deriva el término moderno “cementerio”), cuya traducción es “lugar de gente dormida”.

El hermano Joseph ascendió la calle ligeramente empinada. El grupo lo siguió, anonadado ante ese secreto pagano oculto en las profundidades de la sede de la cristiandad.

—Esta necrópolis fue descubierta y excavada en 1939 por un grupo de arqueólogos del Vaticano, bajo la dirección del papa Pío XII. —El hermano Joseph llegó a una sección abierta. Había desechos esparcidos entre las huellas de pisadas en la tierra—. Esto es todo lo que queda de la primera iglesia de San Pedro, nuestro primer papa. La iglesia original, que data del año 150 después de Cristo, quedó

sepultada para dejar lugar a la primera basílica, construida por Constantino en el siglo cuarto. Fue durante las excavaciones más recientes cuando se encontraron pruebas más precisas de la vida de san Pedro.

El hermano Joseph sacó una pequeña linterna del bolsillo y enfocó con ella una zona justo a la izquierda de donde se encontraban reunidos. El haz de luz iluminó una gran hoja de vidrio insertada en la pared de granito. Detrás había una habitación. Al principio resultó difícil distinguir los huesos, pues su color no era de un blanco lechoso como muestran los forenses en la tele, sino mucho más oscuros. La luz iluminó una tibia, un peroné y un fémur; aunque la mandíbula no estaba unida al cráneo y los dientes aparecían diseminados, se podía distinguir claramente la forma de la cabeza. Sólo entonces uno se daba cuenta de que esa pila de huesos había sido alguna vez un ser humano, el santo guerrero que fue el primer líder de la poderosa Iglesia.

Fueran cuales fuesen los antecedentes o las creencias religiosas del grupo, era difícil no sentirse maravillado contemplando la historia, contemplando los restos de un hombre que dos mil años atrás había sido perseguido y brutalmente asesinado por sus creencias y enseñanzas, un hombre a quien habían ridiculizado y despreciado en su muerte como antes habían hecho a su maestro por su ineludible fe.

El hermano Joseph continuó hablando en susurros.

—Si se pudiese subir directamente desde este punto, nos encontraríamos en el centro de la basílica. Ciento veinte metros más arriba está el centro exacto de la cúpula. La Iglesia del Señor, construida literalmente encima de Su discípulo más devoto, Pedro, un nombre derivado del latín *petra*, que significa «piedra».

—¿Se han encontrado más cuerpos? —preguntó la hermana Katherine.

—Lo encontraron solo. La tumba de su esposa jamás se halló.

Todo el mundo pareció sorprendido excepto los rabinos.

El hermano Joseph sonrió.

—San Pedro era un pescador casado antes de que su hermano Andrés le presentase a Jesús; el decreto de la castidad no se dictó hasta mil años más tarde. En otros mausoleos también hay restos, pero dentro de este sepulcro en particular no había ningún otro cuerpo. La tumba de san Pedro se pudrió, junto con la mayor parte de la iglesia original en la que se lo enterró. Pero, como verán, otros muchos objetos resistieron la prueba del tiempo aquí abajo. La mayoría de ellos se exhiben arriba. La silla de Pedro, las cadenas que lo sujetaban, pergaminos escritos de su puño y letra, algunas prendas, tejidos, cuencos de arcilla, y las llaves...

Los museos estaban llenos de gente. Mientras continuaba con su disertación, el hermano Joseph los condujo hábilmente a través de la multitud hasta el Museo

Gregoriano de Arte Etrusco, haciendo que la muchedumbre se apartara ante su porte autoritario. Su visita a los diferentes museos fue breve, ya que su interés no residía en el arte sino en la entrelazada historia de la Iglesia y el Vaticano. No obstante, el hermano Joseph permitió breves paradas para que apreciaran el esplendor que los rodeaba. Las dos monjas se sintieron atraídas por las pinturas que decoraban los techos, y los rabinos por las esculturas, mientras que Higgins y Michael se detuvieron para contemplar las vitrinas que contenían libros y objetos.

En el interior del Museo Gregoriano, Michael se dirigió a la Sala de las Joyas. Las grandes vitrinas exhibían joyas y artefactos de incalculable valor. Mostró especial interés por un gran medallón de oro con la imagen de un hombre y una mujer abrazados. Lo habían encontrado en la excavación de la necrópolis de Vulci, y la imagen de la pareja se conservaba tan pura y detallada como el día en que la habían forjado, hacía dos mil quinientos años. Era como si el amor de la pareja hubiese sobrevivido inmutable a lo largo de los milenios. Mientras Michael los miraba, pensó por un momento fugaz en las posibilidades de la vida que se extendía ante Mary y él. Si sólo podía superar la hora siguiente... Y entonces Michael metió la mano en el bolsillo. Fue un movimiento natural, no diferente del que hace alguien que busca un pañuelo o dinero. Pero él no estaba buscando ninguna de las dos cosas. Mientras se inclinaba hacia adelante, admirando aparentemente el magnífico medallón de oro por última vez, asió la pequeña bola maleable de color marrón que llevaba en el bolsillo, y la fijó debajo de la vitrina. Fue un movimiento natural, simple y espontáneo que pasó inadvertido por completo. Y fue el mismo movimiento que repitió en otras cuatro vitrinas mientras el grupo atravesaba el Museo Gregoriano.

A las once de la mañana alguien llamó al número principal del Vaticano. Una mujer que se negó a dar su nombre y no dejó que hablara la persona que atendió la llamada, afirmó que sabía de buena fuente que pronto se haría una manifestación en la basílica de San Pedro a favor del aborto. Jóvenes estudiantes universitarios buscando protestar contra cualquier cosa hasta la hora del almuerzo, cuando sus firmes convicciones serían reemplazadas por las punzadas de hambre. El Vaticano, como cualquier otro país, recibía diariamente toda clase de amenazas. La mayoría resultaban ser falsas alarmas, pero bastaría con pasar por alto la advertencia de un solo comunicante anónimo para que estallase una crisis. El jefe de la Guardia Suiza, el coronel Enjordin, tenía a su cargo tanto la dirección de la Guardia como de los gendarmes papales y, por lo tanto, la seguridad y la protección de ese minúsculo Estado. El coronel Enjordin trataba cada amenaza como si fuese real, y reaccionó ante ésta de la misma manera. Jamás había cerrado las puertas de la iglesia o los museos basándose en una amenaza, y tampoco lo haría ese día. Pero sí decidió aumentar el número de guardias, tanto uniformados como de paisano. Tenía un nuevo contingente en instrucción, y un ejercicio preventivo como ése sería una buena prueba de su diligencia. Así pues, envió de inmediato otros treinta y cinco gendarmes a vigilar el Vaticano.

Cuando el grupo del hermano Joseph entró en la Capilla Sixtina, Michael llegó a su punto sin retorno. Eran las 11.16 y aún quedaba una hora para que acabase la visita guiada y, al menos, media hora más para llegar al Museo del Tesoro. Michael aprovecharía ese tiempo para concentrar la mente y apartar de ella cualquier otro pensamiento: el fracaso, Mary, Busch... Necesitaba absolutamente toda su concentración para asegurar el éxito de la empresa. Había repasado el plan en su cabeza una y otra vez hasta que su cuerpo y su mente funcionasen automáticamente, actuando y reaccionando como un bailarín sobre el escenario. A lo largo de la visita guiada por los museos, había prestado atención a los movimientos de los guardias, tanto los que llevaban uniforme como los que vestían de paisano. Su rutina y su sincronización eran tan precisas como había advertido en los días anteriores. Conocía sus pautas, conocía sus rostros, e incluso sus nombres. En ese momento se percató de que su número había aumentado; había caras nuevas complementando las dotaciones habituales de guardias y gendarmes. Y estos hombres parecían estar preocupados. ¿Qué estaba ocurriendo?

La gran obra maestra de la Capilla Sixtina describía escenas de la Biblia, comenzando con la historia de la creación y continuando hasta el Diluvio Universal. En 1508, el papa Julio II le había encargado al artista Miguel Ángel que crease esta obra maestra para Dios, un encargo de trabajo que en nuestros días se consideraría esclavitud. El joven genio, que entonces tenía treinta y tres años, se mostró más que reacio a aceptar el trabajo, pues consideraba la pintura una ocupación menos noble que la escultura. Pero la mano de Miguel Ángel se vio forzada tanto por la política de la época como por el inflexible mandato del papa, y finalmente la obra acabó cubriendo cerca de trescientos metros cuadrados en una sala construida según las dimensiones del Templo de Salomón. Miguel Ángel había trabajado sin parar en condiciones sumamente precarias, subido a un andamio que colgaba a veinticinco metros del suelo. A pesar del calor y el frío extremos, su inspiración no decayó en ningún momento.

En el frente de la capilla, detrás del altar de mármol y oro, había un fresco más grande que el techo que lo cubría. La pintura, que ocupaba toda la superficie de la pared, era más oscura, más sombría y tétrica en su visión que la ilustración del techo. El fresco, llamado El juicio final, presentaba a Dios como un ser intransigente e inmisericorde que aplicaba su terrible venganza sobre la degenerada humanidad que se apiñaba a sus pies. En 1534, el papa Clemente VII le había encargado esta obra a Miguel Ángel. Aunque Clemente moriría poco después, tanto su defensa de Miguel Ángel como su voluntad podían sentirse aún en nuestros días. El pontífice le había pedido asimismo a Miguel Ángel que volviese a diseñar los uniformes de la Guardia Suiza para incorporar los colores azul, dorado y marrón de su escudo familiar. Clemente procedía de los Médicis, una renombrada familia italiana cuyos miembros ocuparon los principales cargos políticos y comerciales del Renacimiento en Italia.

Miguel Ángel había pasado cuatro años pintando el techo de la capilla, una obra que representaba la fe y la esperanza; el Ser Supremo retratado como un Dios misericordioso. Pero El juicio final, una obra a la que dedicó siete años de su vida, sólo podía ser vista como aterradora.

En ella se presentaba a Dios como un ser inmisericorde y vengativo. La figura central de Cristo estaba rodeada por la humanidad. A la izquierda, los justos llamados al Paraíso, que se elevaban desde sus tumbas terrestres. En la parte inferior derecha, los condenados al Infierno, conducidos irremediamente hacia las profundidades por bestias demoníacas. Debajo de la tierra, los ojos negros y malignos de Lucifer mirando con avidez hacia arriba, a los condenados.

No era una obra de arte, sino un trabajo de advertencia: aquellos que intentasen traicionar a Dios habrían de enfrentarse a su indiscutible cólera.

En la parte inferior derecha de la pintura destacaba una figura que era arrastrada hacia el Infierno por una criatura atroz. El horror final deformaba el rostro de esa alma condenada a medida que se acercaba a su destino. Era la única figura de las cerca de trescientas que componían el fresco que miraba hacia el exterior de la escena. Esa alma perdida sabía que ya no habría redención posible, y sus ojos parecían implorar la comprensión de Michael.

Toda la imagen parecía gritarle que sus acciones sólo le reportarían graves consecuencias, unas consecuencias irreversibles. Su mente se obnubiló por un instante en cuanto a su objetivo, pero consiguió deshacerse rápidamente de la confusión. Su bienestar no tenía ninguna importancia, sólo el de Mary. Y los próximos minutos determinarían su futuro. Ya había llegado demasiado lejos y, al igual que las almas perdidas que tenía delante de los ojos, estaba más allá de cualquier posibilidad de redención.



Capítulo 10

El hermano Joseph llevó al grupo a través de la multitud que llenaba la basílica de San Pedro en dirección al Museo del Tesoro y la Sacristía, el último de su visita guiada. Quince minutos, y luego todos se retirarían a una sala de conferencias para hacer las preguntas que desearan.

El Tesoro contenía pinturas dedicadas principalmente a san Pedro, los apóstoles y la influencia que habían ejercido a lo largo de los siglos. Vitrinas que contenían biblias, libros y manuscritos ocupaban el centro de la sala, apenas un fragmento de la enorme biblioteca de la Iglesia. La mayoría de los volúmenes se encontraban en los Archivos, del Vaticano, una zona vedada al público excepto cuando el papa concedía una autorización especial para acceder a ellos. Varias de las vitrinas contenían objetos de la época de Constantino, mientras que otros databan de los tiempos de Cristo: cálices, cerámicas, monedas, retazos de ropa y herramientas de una época que se había desvanecido en la noche de los tiempos. Los objetos más importantes y valiosos tenían su propia vitrina, que en muchos casos se alzaba en un área separada. La mayoría de ellas carecían de importancia para Michael.

Metió la mano en su bolsa y sacó dos cuadernos de notas. Sosteniéndolos en la mano derecha, introdujo la izquierda en el bolsillo y extrajo la cartera.

—Albert —dijo Michael, dirigiéndose al profesor Higgins—, ¿podrías echarme una mano? ¿Podrías sostenerme esto?

El suspiro de exasperación de Higgins resultó perfectamente audible. "Lanzó a Michael una mirada de desprecio mientras cogía los cuadernos de notas de su mano extendida. Tras buscar en el interior de su bolsa una pluma roja, que guardó en el bolsillo de la camisa, Michael recuperó sus cosas de manos de Higgins, quien salió disparado en dirección al grupo.

—Gracias —dijo Michael mientras el profesor se alejaba.

Comprobó la hora: las 11.59. Inclinandose sobre la última vitrina, sacó algo del bolsillo y lo colocó debajo de aquélla. Era un objeto pequeño y marrón con algo de color rosa en el medio, que fijó fuera de la vista de los curiosos.

Se reunió con el grupo nuevamente mientras continuaban el recorrido hasta donde se exhibía un juego de antiguas cadenas completamente oxidadas. El pequeño cartel de latón decía: AGRADECEMOS PROFUNDAMENTE

LA GENEROSIDAD DE SAN PIETRO IN VINCOLI POR EL HONOR DE PODER EXHIBIR LAS CADENAS DE SAN PEDRO.

—Antes de su muerte, Pedro realizó una peregrinación de regreso a Tierra Santa al monte Kephaz. Una vez allí rezó durante quince días pidiéndole al Santo Padre que lo guiase. Algunos estudiosos especulan con la posibilidad de que Pedro regresara a Tierra Santa a rendir homenaje, pero un pequeño y selecto grupo cree que Pedro tenía una premonición de lo que sucedería,

Incluida su muerte, y que regresó a la tierra de su Dios por temor a caer en manos del malvado emperador de Kotna, Nerón. Durante su viaje, un pavoroso incendio destruyó más de dos terceras partes de Roma; en él perecieron miles de personas, y muchos sectores de la enorme ciudad quedaron en ruinas.

Cuando Pedro regresó a Roma encontró a sus compañeros cristianos a merced de Nerón, quien los culpaba de haber provocado la devastación de la ciudad. Pedro fue encadenado —el hermano Joseph señaló las cadenas sujetas a la pared— y torturado por defender sus creencias. Después de haberlo hecho encerrar durante nueve meses en las mazmorras de Mamertina, sumido en la oscuridad y en compañía de san Pablo, Nerón ordenó que Pedro fuese ejecutado. Creyendo que el apóstol no era más que un usurpador de su poder, el emperador ordenó que lo crucificasen, burlándose deliberadamente de la crucifixión de Jesús. Pedro, que no quería que se estableciera ninguna comparación con el sufrimiento de su Salvador, pidió que lo crucificaran cabeza abajo y así se hizo.

Mientras todos los miembros del grupo escuchaban atentamente las palabras del hermano Joseph, Michael se alejó hacia la vitrina que había en una esquina de la sala. Iluminada por un único haz de luz, el expositor estaba montado sobre un pedestal de ónix que se alzaba a un metro y medio del suelo. Una cuerda de terciopelo a modo de barrera, sostenida por tres puntales de bronce, impedía que los espectadores se acercasen. Michael no se molestó en mirar lo que había en el interior de la vitrina: la había inspeccionado ya tres veces en los últimos dos días. Dentro de ella, dos llaves antiguas descansaban sobre un cojín de terciopelo morado.

El hermano Joseph continuaba su relato acerca de la cruz invertida donde el santo había muerto crucificado a manos del emperador.

—Nerón fue el emperador más malvado de Roma, famoso por su tristemente conocido circo, donde lanzaba leones sobre criminales y campesinos por el simple placer de ver cómo los despedazaban las bestias salvajes. Sus bacanales eran conocidas en todo el mundo de la época, y nadie igualó su decadencia en los dos mil años transcurridos desde su desaparición. Nerón fue tan depravado como Hitler, Pol

Pot y Gengis Khan, y rivaliza con ellos por el dudoso honor de ser el peor de la historia.

Durante todos sus años de enseñanza, el hermano Joseph había desarrollado un enorme talento para mantener la atención de sus estudiantes. Ninguno de ellos se había distraído jamás en sus clases en la universidad. El grupo que lo acompañaba en este momento se congregó a su alrededor para no perderse ni una palabra.

Concentrados como estaban, todos se sobresaltaron al oír el ruido amortiguado de una explosión en algún lugar de las salas.

Había un total de doscientas dieciséis cámaras, controladas por treinta y seis monitores; las seis imágenes por monitor se sucedían a intervalos de cuatro segundos, y se podían congelar al instante accionando un interruptor. Cada grupo de monitores, encajados entre columnas de mármol rosado, estaba manejado individualmente por tres turnos de guardias. Cada hora se hacía una pausa de quince minutos para que los guardias pudiesen dar descanso a la vista. Hacía más de tres años que en el Vaticano no se producía ningún incidente. El último había estado protagonizado por un chiflado que blandía una pistola y exigía ver a Dios inmediatamente o empezaría a pegar tiros dentro de la Capilla Sixtina. El incidente apenas si había merecido la atención de los medios de comunicación. La detención de Juan Méndez había sido mérito de un hombre, que fue ascendido al rango de coronel gracias a su rápida acción; el propio papa Juan Pablo II lo nombró para que dirigiera el Cuerpo de Vigilancia. Con treinta y un años, Stephan Enjordin se había convertido en el jefe de seguridad más joven en la historia del Vaticano. Respetado a la vez que temido por sus subordinados, Enjordin no dudaba en aplicar el debido castigo con su tranquila voz de barítono por indiscreciones, incompetencia o insubordinación. A su llegada al Vaticano, se había convertido en uno de los miembros más queridos de la Guardia Suiza gracias a su amplia sonrisa y su sentido del humor; pero, al aumentar sus responsabilidades, tuvo que reprimir su encanto, ya que sentía que era un impedimento para la cadena de mando.

Enjordin recorrió la sala de control ubicada debajo de II Corpo di Vigilanza, inspeccionando a los cuarenta y tres hombres apiñados en esa habitación decorada con pinturas del Renacimiento y llena de aparatos de alta tecnología. Al igual que todos los miembros de la Guardia Suiza, Enjordin no estaba casado —ya habría tiempo para eso más adelante—, y su misión no se veía afectada por intereses externos. Era un soldado con un propósito bien claro, que siempre estaba del lado del bien, inalterable por los cambios políticos y administrativos. Su misión era absolutamente inequívoca: proteger a Dios, al papa y a ese país de cuarenta y cuatro hectáreas.

Enjordin se enorgullecía de ser un experto en tecnología, siempre al tanto de los últimos avances en este campo, y tenía un auténtico don para integrarlos en la seguridad del Vaticano. Los «rastreadores» químicos y de explosivos estaban adaptados a los artilugios de alta tecnología utilizados por las fuerzas armadas, los terroristas, los fanáticos y los bromistas. Los escáneres corporales de los arcos de las entradas eran muy superiores a cualesquiera que pudiesen encontrarse en aeropuertos, embajadas o incluso en la Casa Blanca. Se habían confiscado innumerables armas a turistas que, aunque inocentes y más que deseosos de colaborar con los guardias, se mostraron atónitos ante el discreto sistema de detección del equipo organizado por Enjordin.

El coronel Enjordin había despojado a su enemigo del factor sorpresa, ya que, sin éste, siempre se veía venir al adversario. Esa era la razón de que tuviese los ojos clavados en los monitores seis y siete, con cada músculo de su delgado cuerpo en tensión. No podía creer lo que veía.

¡Buuuummm! Un ruido sordo surgió de la vitrina situada en el centro del Tesoro. De la parte inferior de la caja de cristal comenzó a salir humo; un humo denso que podía desorientar a la gente en cuestión de segundos. Una enorme nube se elevó y se extendió por el Museo del Tesoro.

Y luego siguieron las otras vitrinas en rápida sucesión, una serie similar de pequeños estallidos producidos debajo de cada una de ellas. Lo que al principio pareció ser un incidente menor se estaba convirtiendo rápidamente en una situación peligrosa. Las explosiones habían comenzado en un extremo del largo corredor y habían ido avanzando progresivamente, como si se tratase de la caída encadenada de una fila de fichas de dominó. Cuando la sala se llenó de humo, la confusión fue total. Todo el mundo fue presa del pánico. Los turistas gritaban, las madres aferraban a sus hijos, una alarma contra incendios empezó a sonar con estridencia. Su atronador sonido impedía oír los avisos de calma que instruían sobre cómo proceder. El aterrado público, cuyo número superaba las doscientas personas sólo en el Museo del Tesoro, echó a correr en dirección a las salidas. El humo era ya más denso que la melaza. La gente chocaba entre sí y se empujaba ciegamente en medio del creciente caos.

De manera casi simultánea, en el Museo Gregoriano se estaban produciendo unas explosiones similares. Una nueva nube de humo negro y espeso se extendió por salas y corredores al tiempo que más visitantes huían hacia las salidas. Otras cuatro vitrinas comenzaron a despedir humo, lo que provocó una absoluta confusión en la multitud.

Sin previo aviso, por todo el complejo de museos cayeron unas placas de acero delante de las obras de arte montadas en las paredes, sellándolas y protegiéndolas de la destrucción. Los libros, manuscritos y objetos quedaron cerrados al vacío en sus vitrinas bajo un cristal de tres centímetros de grosor provisto de alarma, protegidos

ante cualquier intrusión desde el exterior. Estos frescos y pinturas al óleo, libros y objetos eran obras creadas en nombre de Dios. Todas ellas eran irremplazables, de modo que el mundo moderno se movió de prisa para proteger su precioso pasado.

El hermano Joseph era la calma personificada mientras decía a los miembros de su grupo que se cogiese de las manos, que él los llevaría fuera de allí. Sentía un terrible picor en los ojos y las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero nada podía borrar la determinación de su mirada. Las monjas y los rabinos encontraban muy emocionante la situación, como si fuera una atracción extra de su visita. Les ardían los ojos y estaban a punto de vomitar debido al escozor que sentían en la garganta, pero en ningún momento la excitación que los embargaba dio paso al miedo.

Pero ése no era el caso del profesor Higgins. No había ido allí para morir, y maldito fuera Dios si debía perecer en esa casa de adoración. ¿Qué dirían los periódicos, qué dirían sus colegas y sus detractores? No sería recordado por su gran obra, sino por la ironía implícita en su muerte: "Otra muerte a manos de la malvada Iglesia católica; finalmente lo cogieron también a él". Y entonces alguien lo agarró por el cuello. Sintió un pinchazo detrás de la oreja y lo invadió un mareo instantáneo. El pánico hizo presa en él mientras imaginaba su propia muerte, y se apartó de su asaltante. Luego echó a correr hacia lo que estaba seguro que era la salida de aquel lugar. No tuvo tiempo de darse cuenta de su equivocación, pues perdió el conocimiento antes de tocar el suelo, después de chocar contra una estatua de santo Tomás de Aquino, patrón de los académicos.

La multitud salía por todas las puertas, y fue llenando rápidamente la plaza de San Pedro. La gente gritaba, alguien inició el rumor de que aquella gran institución se estaba incendiando. El hermano Joseph condujo a su grupo a un rincón remoto antes de derrumbarse con un gemido de alivio. Conmocionados por lo sucedido, nadie advirtió que habían perdido a Michael y al profesor Higgins.

En el interior del museo, la nube de humo se había espesado y ascendía hasta el techo, para luego curvarse hacia abajo. No era que uno no pudiese ver su mano delante de la cara: era afortunado si conseguía ver su propia nariz. Las manifestaciones de pánico se fueron apagando, ya que la mayor parte de la multitud había conseguido abandonar el museo. Las únicas personas que quedaban en la sala eran Michael Saint Pierre y la figura inconsciente del profesor Higgins.

Michael disponía de menos de treinta segundos, pues la policía del Vaticano y los bomberos no tardarían en llegar. Lo había planeado todo minuciosamente; su sincronización era precisa. Las bombas de humo que había fabricado en el taller de coches de Vitelli con azúcar, bolas de naftalina y sal de Epsom habían actuado como un hechizo. Las mechas blancas y rosadas eran la clave: una vez añadidas a la mezcla marrón, la capa exterior se había disuelto y, cuando el contenido de ambas sustancias se había mezclado, la reacción química había sido instantánea. El preparado blanco, dos centímetros más grueso que el rosado, había actuado como una mecha que

duraba cuarenta y cinco minutos. El preparado rosado era una mecha de acción rápida que sólo tardaba cinco minutos en hacer efecto. No había habido el más mínimo riesgo de incendio: Michael no mataba personas.

Cogió a Higgins por los pies y lo arrastró a través del suelo hacia la vitrina donde se exhibían las llaves de Pedro. A veces la fortuna le sonreía. El humo había alcanzado su máxima densidad. Michael miró a su alrededor, aguzó los oídos, y con una sonrisa de satisfacción comprobó que estaba solo.

Sacó de su bolsa los objetos que había fabricado en el garaje de Vitelli, y montó rápidamente un martillo. Alzándolo por encima de la cabeza, lo descargó con todas sus fuerzas contra la vitrina. El cristal no se rompió ni se agrietó siquiera, pero la punta de diamante del martillo, más fina que una aguja, hizo un pequeño orificio en el cristal de tres centímetros de grosor. Cuando la vitrina fue perforada, el aire comprimido contenido en el mango del martillo salió expulsado por la punta e hizo estallar las juntas del expositor desde dentro. Entonces se disparó otra alarma, que se unió a la de incendios e incrementó aún más la confusión.

El coronel Stephan Enjordin y dos guardias suizos corrieron a través de la basílica, mientras los turistas rezagados se apresuraban a buscar la seguridad del exterior. Enjordin había avisado al departamento de bomberos, y éstos se encontraban a menos de un minuto detrás de él. El nivel de seguridad alcanzó la alerta máxima; treinta y seis guardias convergieron sobre las salidas para unirse a los cuarenta que ya estaban en sus puestos.

Enjordin y los dos guardias se abrieron paso hacía el Museo del Tesoro a través de la cegadora cortina de humo, dando voces a medida que avanzaban, previendo que pudiese estar sucediendo algo que no tuviese nada que ver con el fuego.

Michael metió la mano en la vitrina destrozada y cogió las llaves. Le quedaban catorce segundos. Como apenas si podía verse el extremo del brazo, estaba seguro de que nadie sería capaz de descubrirlo. Desmontó deprisa el martillo —cuyo mango contenía ocho litros de aire comprimido— para convertirlo nuevamente en tres piezas separadas, y metió éstas en la bolsa de Higgins. La aguja con punta de diamante encajó perfectamente en su pluma, la cabeza del martillo de dos kilos quedó disimulada como el cuerpo de una cámara fotográfica, mientras que el mango parecía el lomo de un libro, todo lo cual encajó perfectamente dentro de la bolsa de Higgins. Michael se observó las puntas de los dedos; la piel de látex pintado era indistinguible de su verdadera piel, salvo por la ausencia de huellas dactilares. Desprendió el látex de los dedos, hizo una pequeña pelota con él y, sin vacilar un momento, se la metió en la boca y se la tragó.

Con las puertas abiertas y los extractores de aire funcionando a pleno rendimiento, el humo comenzó a disiparse lentamente. Enjordin llevó a sus hombres a la carrera a través del Museo del Tesoro, tosiendo, tratando en vano de apartar el humo para ver

algo delante de los ojos. Todos estaban bien entrenados y conocían muy bien la diferencia entre los sonidos de ambas alarmas: se estaba cometiendo un robo. Nunca se había producido un robo en el Vaticano, y no podían permitir que ocurriera tal cosa durante su guardia.

Un momento después llegaron a la vitrina donde se exhibían las llaves, pero no pudieron ver su interior debido al humo que flotaba en la sala. Enjordin se volvió y se sorprendió al ver que allí había un hombre. En italiano, le preguntó qué estaba haciendo en ese lugar. Michael tenía escasos conocimientos del idioma pero sabía lo que e estaba preguntando.

—¿Qué está haciendo aquí? —volvió a preguntar Enjordin, esta vez en inglés.

—Yo. ..yo... —tartamudeó Michael.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo rompió el cristal? —intervino uno de los guardias.

Vernea era el más grande de los tres, embutido en su uniforme azul y dorado, y estaba dispuesto a conseguir respuestas, sin importarle el método que tuviese que emplear. No tenía intención de decepcionar a su superior.

La respiración de Michael se volvió más agitada mientras alzaba la vista para mirar al guardia.

Vernea cogió a Michael del hombro con una poderosa manaza y lo arrastró hasta la vitrina hecha añicos.

—¿Dónde están las llaves?

Aquél era un asalto contra Dios, un acto blasfemo para el que ningún castigo resultaba demasiado brutal. Pero entonces...

El humo que había alrededor de la vitrina comenzó a disiparse. Al principio, sólo un poco. Vernea miró más atentamente mientras Enjordin se inclinaba hacia adelante. Soltó a regañadientes el hombro dolorido de Michael. Allí, sobre el cojín de terciopelo morado, estaban las dos llaves.

—Perdón, lo siento, señor. Creí que... —comenzó a decir el corpulento guardia.

Michael hizo un gesto con la mano como restando importancia a lo ocurrido.

—No, no, soy yo quien lo siente. No podía ver nada a través del humo. Este hombre... —Señaló al profesor Higgins, que yacía tendido de bruces delante de él—. Ni lo vi y choqué con él, pero la vitrina... La vitrina ya estaba rota.

Sin prestar atención a la explicación del norteamericano, Enjordin evaluó la situación. Examinó la vitrina rota como si pudiese decirle lo que realmente había ocurrido y luego, retrocediendo unos pasos, estudió el resto de los expositores y los objetos mientras asimilaba todo: los daños, el humo, los dos sospechosos. Un momento después se agachó junto a Higgins y le dio la vuelta. Registró al

inconsciente profesor, sin encontrar más que la cartera y las llaves del hotel. Luego cogió la bolsa marrón que había junto a él, en el suelo, y sacó dos libros, que le pasó a su subordinado. Rebuscando en el interior de la bolsa encontró tres plumas y una colección de panfletos contrarios a la Iglesia. Con gesto adusto continuó la búsqueda, y su mano tocó algo que le costó cierto esfuerzo sacar de la bolsa de cuero. La cámara era más pesada que cualquier otra que hubiese tenido en las manos. Sorprendido, comprobó que debía de pesar al menos dos kilos. Luego echó un vistazo a los panfletos anticatólicos y enrojeció intensamente. Miró a Vernea y a continuación se volvió hacia el inconsciente Higgins con una sonrisa de desprecio en los labios. Ya había advertido antes la presencia de ese hombre en su monitor; no había sido difícil reparar en su aire arrogante, en el obvio desdén reflejado en su rostro cuando discutía con el hermano Joseph. Ese turista no sentía ningún respeto por la Iglesia. Enjordin necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para contenerse y no golpear a aquel tipo tan violentamente que ya no se recuperase de su desmayo.

—¿Está herido? —le preguntó entonces a Michael sin volverse hacia él. Pero se trataba de una pregunta mecánica, porque mantenía la mirada fija en el hombre que yacía a sus pies.

—Sólo un poco aturdido. El fuego...

—Lo acompañaremos afuera —lo interrumpió Enjordin, que se dirigió a un guardia—. Reiner.

El cabo Reiner cogió a Michael de un brazo y lo llevó a través de la nube de humo, cada vez menos densa. Sus pasos resonaban con fuerza en el museo espectralmente vacío. Como si fuesen fantasmas materializados desde las paredes, la Guardia Suiza y la policía del Vaticano habían ocupado silenciosamente sus posiciones junto a cada vitrina, cada objeto y cada salida; sus alabardas habían sido sustituidas por fusiles y pistolas. Cuando Michael volvió la vista hacia la escena del delito, le asombró la manera rápida y eficaz en que esos hombres habían respondido a la amenaza. Enjordin controlaba la sala y a sus hombres como si fuesen extensiones de su propio cuerpo. Higgins se reponía lentamente de su desmayo y meneaba la cabeza, con la mirada perdida, mientras Vernea lo levantaba con fuerza hasta ponerlo de pie. Michael habría contemplado con gusto el interrogatorio al que sería sometido Higgins; sería digno de verse cómo haría ese cabrón arrogante para explicar los objetos que llevaba en la bolsa. El odio que profesaba Higgins por la Iglesia católica era ampliamente conocido y había sido profusamente publicado; no había nada extraño en que le adjudicaran la culpa de ese incidente. Era una sutileza del destino. Había dedicado su vida a tratar de denigrar a la Iglesia, y ahora, por estar donde no debía, sería la Iglesia la que lo destruiría a él.

—¡Un momento! ¡Esperad!

El grito rebotó en las paredes del museo.

Michael se volvió y vio que el coronel Enjordin corría velozmente por el pasillo en dirección a ellos; su corazón se paralizó. Miró a Reiner, cuyo comportamiento jovial desapareció al instante mientras el guardia asumía su porte militar ante la proximidad de su comandante. Por encima del hombro de Reiner vio que, en la lejana puerta de salida, tres guardias suizos se cuadraban, cerrando el paso. No importaba cuán velozmente fuese capaz de correr: estaba atrapado.

Enjordin se detuvo junto a ellos y habló rápidamente en italiano; Reiner asintió mecánicamente ante la furiosa andanada de palabras. Luego los dos hombres volvieron su atención hacia Michael.

Tres coches negros, con las sirenas atronando el aire y las luces girando en lo alto, se detuvieron delante del hotel con un chirrido de neumáticos. El conserje salió corriendo a la acera, y a punto estuvo de ser arrollado por un enjambre de policías romanos y del Vaticano. Los hombres subieron velozmente la escalera dejando atrás un contingente para que bloqueasen todas las salidas. El conserje corrió tras ellos gritándoles que esperasen un momento y agitando inútilmente su llave maestra.

Las fuerzas de seguridad, con las armas en las manos, llegaron al rellano del tercer piso y, sin dudarle un instante, echaron abajo la puerta de la habitación 306. El conserje cruzó a trompicones la entrada del cuarto sosteniendo aún en la mano la llave maestra.

Las armas de los policías no eran necesarias, pues en la estancia no había nadie. Pero, lo que era más importante, no tuvieron que destruir la habitación. Estaba todo allí, encima de la mesa: mapas y planos del Vaticano, fotografías del museo, una receta para fabricar bombas de humo.

Un momento después llegó el inspector Francone, seguido de dos de sus hombres y de Attilio Vitelli. Francone había oído el mensaje y se había apresurado en llegar al hotel. Mientras iban de camino, le explicó al coronel Enjordin lo que habían encontrado en el garaje de Vitelli.

—¿Hay algo que te resulte familiar? —preguntó Francone a Vitelli.

Vitelli echó un vistazo a los objetos que había encima de la mesa, a la pantalla muda del televisor con imágenes del humo que salía del Vaticano, a las maletas preparadas. Sus ojos se posaron finalmente en la gorra de los Yankees que colgaba del picaporte del cuarto de baño. Y pensó: «Sólo un norteamericano aficionado sería capaz de usar algo tan... norteamericano».

El conserje recuperó finalmente el aliento y, con los ojos muy abiertos y los brazos extendidos, se volvió hacia uno de los policías.

—¿Qué ha hecho el profesor? —preguntó en tono de súplica.

Michael presionó uno a uno los dedos en las casillas del papel que le indicaban, haciéndolos girar a derecha e izquierda. Reiner le dio un trozo de papel para que se

quitase de las manos el exceso de tinta, mientras otro de los guardias lo fotografiaba desde todos los ángulos. Estuvo vestido sólo con ropa interior en una pequeña antecámara fuera de la plaza de San Pedro en la que no había más que una mesa y dos lámparas. La puerta estaba cerrada y le habían echado llave desde el exterior. El contenido de la bolsa de Michael —sus cuadernos de notas, las gafas de sol, sus libros sobre el Vaticano— se encontraban esparcido encima de la mesa, junto con su ropa y el contenido de sus bolsillos: cartera, dinero, pasaporte, llavero, el ordenador de mano y el teléfono móvil de iridio.

—¿Y está alojado en el hotel Bella Coccinni? —preguntó Reiner en un inglés entrecortado, mientras acababa de rellenar el formulario.

—Así es.

Michael hizo un bollo con el papel sucio de tinta y lo lanzó a la papelera, cuidando de no dejar de sonreír en ningún momento.

Un investigador con uniforme de la policía del Vaticano se encargó de examinar sus efectos personales con una varilla electrónica de seguridad, pasándola adelante y atrás. El artilugio emitió un pitido al pasar encima de las llaves, el ordenador de mano y el teléfono. El hombre cogió cada artículo y lo sometió a un detallado examen. Luego sacó todo lo que había dentro de la cartera de Michael —desde las tarjetas de crédito hasta recortes de papel— y lo leyó con ojo crítico. Encendió el ordenador de mano para revisar los programas y verificar su funcionalidad, y volvió a dejarlo encima de la mesa. Cogió el teléfono móvil, sorprendido ante su tamaño y su peso, e interrogó a Michael con la mirada. Hizo girar el artilugio en sus manos, abrió el compartimiento trasero y quitó la gran batería negra.

—Un teléfono de iridio —dijo con su fuerte acento extranjero.

Michael sonrió. —Una recepción notable.

El investigador examinó el teléfono en detalle como si se tratase de una fina pieza de joyería, aunque Michael sabía que no lo hacía por admiración sino por suspicacia. El técnico volvió a colocar la batería en su sitio y encendió el móvil. Hizo un gesto en dirección a Michael.

—¿Le importa?

—Por favor, adelante.

El investigador marcó un número y, un instante después, el móvil que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar. Satisfecho, lo dejó nuevamente encima de la mesa. Se volvió hacia Michael y le pasó el aparato electrónico por todo el cuerpo. No hubo ningún indicio de anomalía y el hombre apartó la varilla. Se volvió entonces hacia Reiner y lo miró sin decir nada.

Reiner le alcanzó la ropa a Michael y empujó sus pertenencias a través de la mesa. Michael permaneció en silencio mientras comenzaba a vestirse.

—Comprenderá usted, profesor McMahon —dijo Reiner mientras estudiaba el pasaporte de Michael—, que en una situación como ésta debemos prestar atención incluso al detalle más insignificante. —Reiner dejó su pluma encima de la mesa e hizo girar el papel, señalando la línea de puntos donde Michael debía firmar—. No hay ningún otro investigador más celoso que el coronel Enjordin. Es posible que el coronel necesite verlo si surgen otras irregularidades.

—Por supuesto.

Michael acabó de vestirse y firmó rápidamente su puesta en libertad.

En ese momento la puerta se abrió de golpe, y Enjordin entró en la habitación. La puerta se cerró con fuerza detrás de él y el cerrojo volvió a quedar en su sitio. Sin prestar atención a Michael, se dirigió a Reiner y al policía del Vaticano.

—Hemos estado en su hotel.

El rostro de Michael era una máscara, aunque tenía la sensación de que el corazón le estallaría dentro del pecho.

—Estaba todo allí: mapas, fotografías... El professore no es muy listo.

Enjordin miró a Michael de arriba abajo, evaluándolo. Sin apartar la vista de él, cogió el pasaporte de manos de Reiner y observó el documento como si lo estuviese memorizando. Luego le dijo unas frases en italiano a Reiner, quien permaneció en silencio, sin dejar por ello de mirar a Michael.

Se produjo un momento de silencio en la habitación y entonces...

Enjordin le devolvió el pasaporte a Michael y golpeó la puerta tres veces. Alguien quitó el cerrojo.

Cuando salían a la luz exterior, llegó una ambulancia y se detuvo junto a varios camiones de bomberos. Un grupo de guardias suizos inspeccionaba a la multitud que abandonaba el museo, registrándolos e interrogándolos. Los guardias miraron a Michael, pero volvieron su atención hacia el siguiente grupo al ver que lo acompañaba el cabo Reiner.

—Ha sido terrible —comentó Michael.

—Lamento las molestias —replicó Reiner—. ¿Está seguro de que no está herido?

—Sólo un poco aturdido, eso es todo.

—¿Quiere que lo vea un médico?

—No, de verdad, estoy bien. Sólo necesito un trago.

—Espero que lo ocurrido no lo desanime para volver a visitarnos.

Reiner lo saludó y regresó rápidamente al museo.

La multitud aún no había empezado a dispersarse; la confusión duraría un poco más. Michael echó a andar en dirección a su hotel, agradeciendo que nadie hubiera resultado herido; lo único que la gente se llevaría ese día de su visita al Vaticano sería una buena historia. Cuando cruzaba la plaza de San Pedro, al llegar junto al obelisco y la enorme columnata, volvió la vista hacia la basílica. Aunque su esplendor no había disminuido un ápice, ya no se sentía intimidado como la primera vez que había puesto los ojos sobre la antigua ciudad.

Michael metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y lo encendió. Necesitaba oír la voz de Mary, necesitaba decirle que la amaba y que regresaba a casa. A la una en punto salió de la Ciudad del Vaticano, lleno de alegría porque las posibilidades de supervivencia de Mary acababan de incrementarse.

Tenía las llaves en su poder.



Capítulo 11

Michael estaba preparando el equipaje. En la habitación del Traveler's Inn de Roma que había pagado por adelantado apenas si había espacio para una cama, pero la comodidad carecía de importancia. Había alquilado esa habitación por sus vistas, pues desde allí alcanzaba a ver perfectamente el Vaticano. Y, aún más importante, podía ver el laberinto de calles que se cruzaban varios pisos más abajo y sabía cuál debía coger si tenía que escapar. Aunque se había registrado en el hotel Bella Coccini, lo había hecho sólo a modo de tapadera; ese pequeño hotel era su verdadera base de operaciones.

En la pantalla del televisor estaban pasando imágenes de unas horas antes, y se veía el humo saliendo de los museos del Vaticano y los turistas corriendo y tosiendo. El locutor de la CNN italiana decía: "...evacuados con sólo algunas lesiones sin importancia".

Michael se sentó ante el pequeño escritorio que había en un rincón y activó un icono de memoria en su ordenador portátil. De pronto, la pantalla se llenó de números. En treinta segundos, la memoria del ordenador quedó completamente borrada.

El ordenador había actuado como el compañero perfecto, trabajando de manera sincronizada y sin cometer errores. A las diez de la mañana había llamado a la comisaría a través del teléfono móvil indetectable que Michael le había añadido. Al reconocer una voz humana, el ordenador activó el mensaje de veintidós segundos previamente programado para dejar la pista que llevaba al garaje de Attilio Vitelli. El ordenador había modificado la voz grabada de Michael, y su rápido discurso no dejó lugar para una respuesta antes de que la línea quedase desconectada.

A las once de la mañana en punto el ordenador había marcado el número de la policía del Vaticano. La voz de Michael, ahora modificada hasta adquirir un timbre femenino, advertía de la inminente protesta. Todo era una maniobra de distracción: conducir a los investigadores tras un rastro que incluía algunas verdades pero no toda la verdad, al tiempo que creaba el caos.

Michael hizo girar el ordenador, quitó el disco duro, y pasó un imán repetidas veces sobre él. Aunque un virus autoinducido había infectado el ordenador a las

11.17, destruyendo cualquier prueba, y él acababa de borrar por completo la memoria, nunca se era demasiado prudente.

Se alegraba de que nadie hubiese resultado herido, excepto, quizá, el ego y la cabeza del profesor Higgins, en parte por haber chocado contra la estatua de santo Tomás de Aquino y, en parte, debido al amital sódico que había prolongado su desmayo. Los panfletos anticatólicos que Michael había metido en su bolsa habían cegado de ira a los guardias y obnubilado sus mentes mientras se dirigían a toda prisa hacia el hotel de Higgins, que se encontraba a sólo tres manzanas del Bella Coccinni. Como sólo tenía un conserje de servicio, a Michael le había resultado absurdamente sencillo entrar en la habitación de Higgins aquella mañana de camino al Vaticano, dejar las pruebas necesarias para apoyar aún más las teorías y suposiciones de la Guardia Suiza y la policía del Vaticano, y marcharse sin ser visto.

No era una única prueba la que determinaría las conclusiones de la policía del Vaticano, sino el conjunto de ellas: los objetos encontrados en su bolsa, su irracional odio hacia la Iglesia, las cosas halladas en la habitación del hotel. El hecho de que aparentemente no se hubiese robado nada mantenía la atención sobre un vándalo anarquista, no sobre un ladrón oportunista. La verdad sólo saldría a la luz cuando desaparecieran los efectos del amital sódico. Pero nadie querría la verdad: ellos ya habían tomado una decisión con respecto al profesor Higgins.

Michael sacó el teléfono móvil de iridio, quitó la batería y la reemplazó por una nueva.

“La causa sigue siendo un misterio —continuó el periodista de la CNN— y, por primera vez en cuarenta y cinco años, los museos permanecen cerrados”.

Michael quitó la etiqueta que había en la parte superior de la batería reemplazada, dejando al descubierto la juntura. Deslizó la punta de su cortaplumas a lo largo de la ranura y abrió la batería. El interior era como alquitrán; Michael hurgó en el material negro y arcilloso, y aparecieron las dos llaves, enterradas en la brea. En un extremo, junto a los contactos, había una minúscula batería. La fuente de energía se mantenía completamente operativa, y el teléfono funcionaba a la perfección; simplemente, tenía una expectativa de vida de la décima parte de una pila normal. Era el teléfono de Troya de Michael.

Era la primera oportunidad que tenía de examinar su botín de cerca. Sacó las dos llaves y las depositó encima de la cama. Ambas estaban cubiertas con la grasa negra de la pila; pero, cuando las limpió, el material precioso comenzó a asomar entre la suciedad. Cogió la llave de plata y, con una toalla, le quitó la brea que aún la cubría y la frotó hasta conseguir un intenso brillo. Luego hizo lo propio con la llave de oro. De pronto su ojo captó algo. Y se le paralizó el corazón.

Michael corrió al cuarto de baño y sostuvo las llaves delante de sus ojos.

“Persiste el rumor de que varias bombas de humo detonaron en el Museo del Tesoro y la Sacristía y en el Museo Gregoriano de Arte Etrusco, pero nadie resultó herido”. El sonido del televisor llegaba nítidamente desde la habitación.

Examinó atentamente la llave; luego abrió el grifo y la colocó debajo del chorro de agua caliente para disolver el resto de sustancia alquitranada de su superficie.

“Afortunadamente, según se ha confirmado, no han robado nada”.

La voz del locutor rebotaba en las paredes de azulejos.

El lavamanos se volvió negro... y la llave se convirtió en oro.

Michael la estudió detenidamente. En caracteres diminutos, casi imperceptibles a la vista, había algo grabado en el metal. En un costado se leían los números 585.

Michael dejó la llave en un costado del lavamanos, se miró en el espejo y se pasó la mano por la cara.

—Mierda —dijo.

En ese momento sonó su teléfono. Michael no se movió; el corazón le retumbaba en los oídos.

Cerró los ojos.

El teléfono volvió a sonar. Con un estallido de furia, Michael barrió con el brazo todo lo que había en el estante, y los artículos de tocador se estrellaron contra la pared.

Luego salió del cuarto de baño y cogió el teléfono a la tercera llamada.

—Hola.

—Estoy viendo las noticias —dijo la voz—. Esta televisión mundial es maravillosa. Me pregunto si la CNN está en venta.

Michael observó en silencio la cobertura televisiva de lo sucedido en el Vaticano. La advertencia que le había hecho Finster la semana anterior resonó en su cerebro: «Yo sabré si no son las llaves auténticas, Michael. Lo sabré».

—¿Y bien? —preguntó Finster.

—Bueno, en el Vaticano no son precisamente estúpidos.

Michael hizo un esfuerzo para reprimir la furia que lo invadía. La inscripción grabada en la llave, 585 —14K en Estados Unidos—, era la designación europea para 58,5 por ciento de oro puro, una designación que no aparecía en las piezas de oro de dos mil años de antigüedad.

—Y...

Michael no sabía qué decir, la cabeza le daba vueltas. No podía permitirse un fracaso, tenía que alcanzar el éxito en ese trabajo. La vida de Mary dependía de ello.

—¿Qué quiere decir, Michael? ¿Tiene las llaves?

Perdido en sus pensamientos, con la vista clavada en algo que había encima de la cama, Michael no contestó.

—Michael, ¿qué ocurre?

La voz de Finster se había endurecido.

En la cama estaba la pila de libros de investigación de Michael. Uno en particular concitó su atención: El Vaticano: su política y territorios. En la portada había una simple fotografía de una antigua iglesia de piedra. La simplicidad y la lógica le resultaron súbitamente obvias, pero el pasado siempre es más claro que el futuro. Instrucciones erróneas. La especialidad de Michael. Como si fuese un mago: hacer que el público mire tu mano derecha mientras la izquierda los engaña. Ustedes miran aquí mientras yo consigo lo imposible allá. Y la gente tiende a no cuestionar los hechos, especialmente cuando lo confirman con sus propios ojos. Ahora quiero que todos miren mi mano vacía mientras saco una moneda del bolsillo; miren a Higgins, el enemigo de la Iglesia, mientras yo me llevo estas llaves; miren estas llaves auténticas en su vitrina mientras nosotros escondemos las verdaderas llaves en alguna otra parte.

—Michael, ¿qué es lo que pasa?

—Las cosas no son siempre lo que parecen —dijo Michael, más para sí mismo que dirigiéndose a Finster—. Simple vista. Es muy sencillo. ¿Cómo no lo vi antes?

—¿De qué está hablando?

La voz de Finster era frágil.

—Debería haber empezado por el principio. —Michael estaba ahora intensamente concentrado—. Lo veré dentro de un par de días.

La protesta de Finster quedó interrumpida cuando Michael cortó la comunicación con gesto distraído,

Las paredes estaban cubiertas con obras maestras hechas con ceras de colores. Brillantes dibujos de nubes y perros, figuras de palotes y flores. Jeannie Busch los había recogido en la escuela. Los niños habían trabajado duro cuando se enteraron de que Mary tenía un «constipado» y no regresaría antes de las vacaciones de verano. Muchos de los niños se echaron a llorar. La clase parecía haber perdido el sentido del equilibrio. Mary había sido su centro, su segunda madre, y se había marchado. Mary había cubierto las pálidas paredes para disimular no sólo la atmósfera estéril de la habitación, sino también el sentimiento estéril en su corazón.

Sentada en un sillón, aparentaba leer. La habían sometido a un montón de pruebas antes, pero nunca como en esa ocasión. El tratamiento no sólo la estaba dejando sin fuerzas, sino también sin voluntad. Ansiaba el regreso de Michael, sabiendo que él obraría el milagro de acelerar su recuperación.

—Eh, Mary —llegó el susurro. Al principio, Mary no reaccionó, perdida en sus pensamientos. Él se acercó al sillón—. Hola.

Mary dio un brinco, sobresaltada por la voz, pero se tranquilizó al ver quién era.

—Paul. —Su sonrisa era auténtica.

—Tienes un aspecto magnífico. —Había esperado encontrarla mucho peor—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Están haciendo un mundo de nada.

Busch se inclinó para besarla. Había ido al hospital directamente desde el trabajo y tenía el traje arrugado y el nudo de la corbata flojo, pero al menos había tenido tiempo de peinarse su mata de pelo rubio.

—Tienes que volver pronto a casa, Jeannie me está volviendo loco. Te necesito para que la mantengas a raya, para que la hagas reír de vez en cuando.

—Tú ya te encargas de hacer un buen trabajo en ese sentido.

—Sí, pero ella se ríe de mí, no conmigo. Te he traído unas galletas y revistas.

Paul dejó un paquete encima de la mesa auxiliar. Las pilas aumentaban, las mesas auxiliares rebosaban de cosas; le llevaría un año revisar todo aquello.

—Gracias. ¿Cómo está Jeannie?

—Chiflada —dijo Paul con escaso humor. Miró los dibujos que cubrían las paredes—. Veo que tienes muchos admiradores.

—Sí, mis niños.

Luego siguió un largo e incómodo silencio. Busch se entretuvo fingiendo que miraba los dibujos uno a uno.

Mary cerró el libro, ordenó sus pensamientos y sonrió.

—Gracias otra vez por haber ayudado a Michael a salir del estado, a que pudiese hacer ese viaje al sur y todo lo demás.

Busch se volvió hacia ella.

—Ya sabes que a veces hay que flexibilizar un poco las reglas.

A Busch le partía el alma que Michael hubiera mentido a Mary. No tenía valor para decirle que su marido había abandonado el país.

—No sé cómo podremos compensarte algún día.

—Poniéndote bien.

—Prométeme que cuando Michael regrese saldremos todos a cenar. ¿De acuerdo?

Busch le tocó suavemente la mano e hizo un enorme esfuerzo para sonreír. Esperaba contra todo pronóstico que Mary tomase su sonrisa y su caricia como un sí, y dejó que la pregunta se desvaneciera en el aire. No podía contestarle; no quería mentirle también él.

Mary regresó a la cama. Apenas si había podido mantener los ojos abiertos durante la visita de Busch. El siempre la había cuidado, especialmente durante los años en que Michael había estado en prisión. Cuando se presentó voluntario para ser el oficial de la libertad condicional de Michael, fue una sorpresa tanto para Mary como para Jeannie. Paul había ayudado a Michael a volver a la buena senda, y el hecho de que se hubieran hecho tan amigos era más de lo que Mary podría haber pedido. Se sentía profundamente agradecida de que Paul fuese una parte tan importante de la vida de Michael.



Capítulo 12

Un campo abierto en medio de la nada. Matorrales hasta donde alcanzaba la vista. A distancia se divisaba una pequeña cadena de montañas. Michael coronó la colina y dejó caer su bolsa de lona mientras echaba un vistazo a los alrededores. Había estado caminando durante horas. En esa zona no habían construido ninguna carretera, y sólo unos cuantos caminos para carros interrumpían la vegetación. El avance resultaba difícil, pero se recordó a sí mismo que era apenas una fracción del sufrimiento por el que estaba pasando Mary. Continuó su camino.

Las estribaciones del monte Kephaz eran una zona yerma que no tenía ninguna importancia religiosa o política. En cambio, cinco kilómetros más al sur se alzaba Jebel et-Tur, conocido también como el Monte de los Olivos, de enorme importancia. Las historias del Monte de los Olivos se habían registrado y transmitido a través de los siglos y el lugar era considerado sagrado: había sido allí donde Jesús se elevó al Cielo. Pero el Monte de los Olivos es, en realidad, una cadena de dos mil quinientas colinas.

Entre los libros de investigación que Michael había comprado había uno que hablaba de las vastas posesiones de la Iglesia católica. Había leído que dentro de los confines del Vaticano, en medio de sus grandes tesoros, había un archivo de escrituras de propiedad, una habitación repleta de archivos que contenían todos los documentos de las propiedades inmuebles de todas las iglesias católicas repartidas por el mundo. El libro recogía una lista con decenas de miles de iglesias bajo la égida del papa, y él había prestado especial atención a una en particular. En todo el mundo existían santuarios llamados iglesia de la Ascensión —en realidad, la más famosa de todas ellas se encontraba a sólo cinco kilómetros, en el Monte de los Olivos—, del mismo modo en que había muchas iglesias de San Patricio, San Agustín y San Miguel. Pero en el monte Kephaz, en Israel, había una única iglesia de la Ascensión. Era una jugada arriesgada, pero demasiados hechos apuntaban en esa dirección. El hermano Joseph había dicho: «Antes de su muerte, Pedro realizó una peregrinación...

Algunos estudiosos especulan con la posibilidad de que Pedro regresara a Tierra Santa a rendir homenaje, pero un pequeño y selecto grupo cree que Pedro tenía una premonición de lo que sucedería, incluida su muerte, y que regresó a la tierra de su Dios...». Pedro no tenía nada de valor, pues había abandonado todas sus posesiones. Lo único que él valoraba era la Palabra de su Salvador y aquello que había jurado proteger con su vida. La única conexión física que Pedro tenía eran las llaves, y él las protegería a toda costa del emperador Nerón, quien pretendía destruir todo aquello que tuviese alguna relación con los odiados cristianos. Y así, razonó Michael, el papa que tomó su nombre del griego petros, o piedra, realizó una peregrinación a la verdadera montaña desde la que Cristo ascendió al Cielo, una montaña llamada Kephas, o «piedra» en arameo. El Vaticano, al exhibir las llaves de san Pedro en sus museos bajo fuertes medidas de seguridad, estaba confirmando ante el mundo su validez. Como consecuencia de ello, las verdaderas llaves podían ser conservadas allí donde Pedro pretendía, con escaso temor de que pudiesen robarlas. Porque ¿quién iría a buscar las llaves de Cristo en una zona no cristiana del mundo, cuando las llaves ya estaban expuestas para que todo el mundo pudiese admirarlas?

Sin perder tiempo, Michael había cogido un vuelo de Roma a Tel Aviv. Compró en la ciudad todo lo que necesitaba, cogió un autobús hasta las colinas próximas a Jerusalén y comenzó su caminata. Mientras ascendía el monte Kephas, sus pensamientos estaban centrados en Mary. Pronto volverían a estar juntos, su viaje habría terminado y, por una vez, él habría empleado su innato talento para hacer el bien.

En la cima de la última elevación pudo verla: una antigua iglesia de piedra. Un sencillo letrero de madera indicaba los servicios religiosos del domingo. A través del campo, extendiéndose hacia el horizonte, había un enorme cementerio. No se veía un alma, ni tampoco un pueblo o signo alguno de civilización. La iglesia de la Ascensión era una reliquia de una época desaparecida. Era obvio que, en esa parte del mundo, básicamente judía, la gente raramente asistía a misa, si es que lo hacía alguna vez.

El resplandor dorado del crepúsculo bañó la iglesia cuando Michael abrió la puerta. El interior era espartano, construido en madera y piedra. No había ventanas, sólo algunas ranuras en los gruesos muros de piedra. Los débiles rayos del sol iluminaban un crucifijo situado encima del altar. Dentro del santuario parecía haberse detenido el tiempo, y aquello habría podido estar ocurriendo hacía miles de años. El altar central, una plancha de madera envejecida apoyada sobre una base de

piedra, estaba cubierto con una tela blanca decorada con el símbolo papal representado por dos llaves cruzadas. Dos garrafas, una llena de vino, la otra de agua, descansaban junto a un cuenco metálico. A cada lado del altar había sendas velas, y su luz titilante iluminaba un antiguo cáliz. A Michael no se le escapó que alguien debía mantener las velas encendidas.

Caminó en torno al altar, tocando las paredes, la silla del sacerdote, el pequeño tabernáculo que se alzaba a un costado. Había llevado sus herramientas consigo, pero dudaba de que fuese a necesitarlas esa noche. No se encontraba en el interior de un museo de alta seguridad, sino en una iglesia sencilla y antigua cuya función no era mantener a la gente alejada sino atraerla hacia ella. Era un lugar donde no cabía preocuparse por los delitos, excepto en los sermones.

Michael se deslizó debajo de la madera del altar y se quedó tendido de espaldas. La parte inferior de la madera era fina y sólida; no había espacio suficiente para lo que él buscaba. Se giró. El suelo del altar se elevaba unos quince centímetros en relación con el resto de la iglesia, y estaba hecho de madera de haya. Michael fue recorriendo el suelo mientras golpeaba ligeramente las tablas, hasta que, al llegar debajo del altar, oyó el eco de un sonido hueco. Como un artista, sacó su cuchillo, insertó la punta y levantó la tabla.

Quince centímetros más abajo no había nada más que un suelo de tierra. Quitó las dos tablas adyacentes con el mismo resultado. Michael guardó el cuchillo y se sentó en el primer banco para reflexionar. La Iglesia católica había convertido en una práctica habitual colocar las reliquias sagradas dentro del altar de sus iglesias, imbuyéndolas así en cierto sentido de la presencia de Dios. De hecho, en el Vaticano había una sección llamada la Biblioteca de las Reliquias, una cámara realmente macabra que no contenía nada más que los huesos de santos y antiguos objetos. El trabajo de su bibliotecario consistía en llenar diminutos sobres y cajas con esas reliquias y enviarlos luego a iglesias de todo el mundo para que quedasen protegidos en sus altares. Michael observó detenidamente el altar que tenía delante. Esa iglesia no podía ser una excepción a la regla.

Regresó al altar, sacó nuevamente el cuchillo y se arrastró debajo de la tabla. Estudió la tierra apisonada, le dio unos golpes y excavó con los dedos, pero no parecía haber nada fuera de lo normal. Luego, cogiendo el cuchillo, levantó la mano por encima de la cabeza y, con un único movimiento, lo clavó en la tierra.

El brazo de Michael tembló con una sensación de dolor agudo cuando la hoja fue frenada bruscamente. La hoja de quince centímetros había penetrado en la tierra... pero sólo diez centímetros. Levantó el cuchillo y volvió a clavarlo, esta vez a unos treinta centímetros hacia la izquierda. Nuevamente, la hoja sólo penetró diez centímetros en el suelo. Un tercer intento, sesenta centímetros a la derecha: de nuevo el mango del cuchillo se detuvo a cinco centímetros de la tierra.

Michael comenzó a cavar frenéticamente con la hoja. La tierra estaba apisonada como si nadie la hubiese removido en siglos. Se le cansaron los brazos mientras proseguía su tarea, escarbando la tierra y luego quitándola con las manos. Cada pocos minutos dejaba de cavar y miraba hacia afuera. Rodeado por el silencio sentía que la soledad se estaba apoderando de él. Incluso su excavación era silenciosa. Hasta que chocó con algo metálico. Fue un tintineo característico, y la hoja del cuchillo resbaló sobre la invisible superficie. Comenzó a retirar la tierra más deprisa, amontonándola en una pila junto a él.

Lentamente, lo que impedía el paso de la hoja del cuchillo comenzó a hacerse visible. Quitó los últimos restos de tierra hasta dejarlo expuesto. Era un objeto metálico, muy antiguo, con la superficie, trabajada a golpes de martillo, opaca y abollada. Y era hueco. El corazón de Michael comenzó a latir deprisa. Estaba en lo cierto: en su interior guardaba algo de valor.

Palpó el borde de lo que era claramente una caja de metal de unos ciento veinte centímetros de lado. Y no tenía cerradura, ni asa, ni forma alguna de acceder a su interior.

Michael sacó de su bolsa una antorcha de acetileno y la encendió; la pequeña llama azul hizo que las sombras bailasen en la pared. Ajustó la llama hasta volverla casi invisible y la aplicó en el borde de la caja; la llama de mil doscientos grados fue debilitando rápidamente los puntos de soldadura. Se detuvo antes de haber completado el perímetro de la caja y, buscando en la bolsa una pequeña palanca, la insertó en la juntura abierta. La tapa de la caja cedió bajo la presión. Michael echó un vistazo al interior y alcanzó a distinguir la forma de otra caja en el fondo, a más de un metro de profundidad. Saltó dentro, se agachó y descubrió que se trataba de un pequeño cofre, también de metal. Lo levantó con ambas manos y salió del hoyo. El cofre tampoco tenía cerradura, sólo un simple cerrojo, que levantó con cuidado.

Metió la mano y sacó una pequeña caja de madera. Era del tamaño de una caja de puros, muy antigua, con unas puertas talladas en su superficie. Michael apoyó la caja encima del altar y la abrió. En su interior había un antiguo lienzo blanco, gastado y deshilachado. Michael lo alzó y lo colocó a un lado con sumo respeto, como había hecho tantas veces en el pasado. Siempre era una experiencia espiritual cuando se trataba de diamantes o de obras de arte, pero aquello era diferente. No era una experiencia sagrada, ni un acontecimiento divino o feliz, sino un logro que no tenía comparación posible con ningún otro hecho de su vida. El contenido de ese lienzo, lo sabía en lo más profundo de su corazón, sería la resurrección para su esposa.

Desplegó el lienzo, y de él cayeron dos llaves simples y oxidadas, dos reproducciones casi exactas de las que se exhibían en el Vaticano. Estas, gruesas y de casi diez centímetros de largo, eran un poco más grandes que las llaves reales. Una aparentemente de plata, la otra de oro. Cuando las hizo girar en su mano, el peso de ambas le confirmó la verdad: no estaban hechas de metales preciosos; con toda probabilidad en su fabricación habían intervenido el hierro y el cobre. Eran los objetos que estaba buscando. Volvió a enrollar las llaves en el lienzo y J las devolvió a la caja de madera; luego envolvió la caja en su suéter y metió éste en la bolsa.

Cuando salió de la vieja iglesia de piedra, hacía rato que el sol se había puesto. Sólo quedaba un débil resplandor que teñía de púrpura el horizonte del cielo de principios del verano. En la distancia se advertía un manto de niebla baja. Echó a andar por el sendero, sintiéndose cómodo en la creciente penumbra. La oscuridad era su amiga. Siempre disfrutaba de la protección de la noche, sabiendo que, mientras él no pudiese ver, a él tampoco lo verían. Se sentía exultante: había acabado el trabajo y regresaba a casa.

—¡Oiga! —dijo una voz.

Michael aguzó la vista para ver algo en la oscuridad. Cautelosamente, aminoró el paso.

—¿Puedo ayudarlo?

La voz procedía de algún lugar delante de él, pero la oscuridad le impedía ver al desconocido. El acento no era hebreo, y tampoco de Oriente Medio. Era italiano.

Michael se detuvo.

—Quiero verlo —dijo.

—Lamentablemente, no llevo ninguna luz. Tal vez usted sí tenga una.

Michael sacó su linterna y dirigió el haz de luz hacia el sendero, iluminando a uno y otro costado. Y, aunque se trataba de una lámpara potente, no alcanzó a ver a nadie a través de la niebla cada vez más densa.

Un escalofrío le recorrió la espalda y todos sus instintos se pusieron en estado de alerta. Sostuvo la linterna con el brazo completamente extendido. Lo estaban vigilando; la luz era una diana y él era el blanco. Mientras hacía un esfuerzo por ver...

¡Pum! La linterna salió volando de su mano extendida y se hizo pedazos.

Michael echó a correr a campo traviesa. La oscuridad y la niebla se habían mezclado hasta hacerse una, y no tenía ni idea de adonde se dirigía; sólo sabía que se estaba alejando del estampido del arma de fuego Michael corría a toda velocidad, pero su perseguidor lo seguía de cerca.

Todos los preparativos para el robo en el Vaticano habían sido una pérdida de tiempo. Había sincronizado esa operación de prestidigitación y la había llevado al cabo sin errores, lo que sólo había servido para animar su ego. Se había vanagloriado de su pericia, y eso lo había cegado: el trabajo de esa tarde había sido la obra de un aficionado, y había cometido un error de aficionado.

Sentía el corazón que le latía en los oídos mientras continuaba huyendo de la amenaza invisible, Aunque había perdido su fe en Dios, se le pasó por la cabeza que aquél podía ser un buen momento para recuperar esa fe, para hincarse de rodillas y rezar. Pero había algo de lo que estaba completamente seguro: él no figuraba en la lista de los diez favoritos de Dios. Entonces lo vio. Delante de él, a través de la niebla: lápidas, el cementerio.

Michael aceleró la carrera, esforzándose, jadeando. Sólo diez metros más. Si podía llegar al cementerio tendría una oportunidad. Estaba tan cerca del éxito, tan cerca de llevar a casa el fruto de su trabajo, tan cerca de salvar a Mary... Tan cerca de fracasar...

Entró en el cementerio a la carrera, esquivando antiguas lápidas, saltando por encima de las tumbas. Aunque su visión se veía limitada por la oscuridad y la niebla, lo que podía ver —todo lo que alcanzaba a ver— eran tumbas, miles de ellas, extendiéndose en todas direcciones. Se adentró en el cementerio. Allí, la niebla se pegaba a la tierra como una manta tendida, creando una cubierta espesa como la

leche a la altura de las rodillas. Avanzó a toda velocidad, haciendo caso omiso de los obstáculos ocultos en su camino. Entonces tropezó con la lápida de una tumba y cayó cuan largo era al suelo. Aturdido, trató de olvidarse del dolor.

Su perseguidor estaba allí. Sus pasos eran cautelosos, las pisadas de un cazador que se acerca inexorablemente a su presa. Michael no podía precisar dónde se encontraba el desconocido; sonaba como si estuviese en todas partes al mismo tiempo. La niebla oscurecía aún más la visión, y las minúsculas gotas de humedad dispersaban el sonido en todas las direcciones, amplificando los sonidos distantes.

Iban a darle caza.

Sólo tenía dos opciones: correr o esconderse. Se arriesgaba a la posibilidad de delatar su presencia si echaba a correr; pero, del mismo modo, estaba en peligro si permanecía oculto e indefenso. Jamás llevaba armas, por principio. Siempre se había considerado un ladrón caballeroso. Nunca le había robado a nadie que no tuviese recursos o no estuviera asegurado. La mayoría de sus trabajos los había realizado en museos y galerías de arte, instituciones que contaban con buenos seguros. No estaba en el negocio de matar gente. En ese momento su misión era salvar vidas —la vida de Mary—; pero, si se trataba de ese desconocido o él, Michael estaba decidido: mataría.

—Lo encontraré.

La voz parecía surgir de todas partes.

Michael se aplastó contra la tierra, ocultándose al pie de la tumba de Ismael Hadacas. Nacido en 1896, muerto en 1967. La lápida decía que había muerto en la guerra por la libertad de Israel, un cristiano copto que había ofrecido su vida por la tierra de los judíos. «Debe de haber sido un hombre valiente», pensó Michael, y deseó que Ismael estuviese allí en esos momentos. Podría contar con un aliado. :

—No sabe lo que le espera si continúa.

Quienquiera que estuviese allí fuera estaba asustado, Michael podía percibirlo. Tal vez era un guardia que se había quedado dormido durante su ronda, o un policía que se había vuelto excesivamente confiado después de muchos años de aburrimiento.

Michael permaneció en silencio, tratando de ver algo a su alrededor. No se atrevía a mover un músculo.

—Se lo pido en nombre de la cristiandad, en nombre de todos los pueblos. —La voz de tono uniforme era casi un susurro y estaba llena de desesperación—. Si no se entrega, no tendré otra alternativa: debo matarlo.

Michael sabía que el hombre decía la verdad. Comenzó a arrastrarse lentamente, tratando de no hacer ruido. Aguzaba la vista en cada lápida, con la confianza de estar alejándose de la voz. Según sus cálculos, estaba arrastrándose hacia el sur, nuevamente en dirección al sendero que llevaba al pueblo. Miró su reloj; habían pasado diez minutos desde la última vez que había oído la voz del hombre. Tal vez su perseguidor se había rendido y había decidido marcharse, aceptando su fracaso. Pero eran falsas esperanzas. El hombre aún estaba en alguna parte del cementerio. Se había convertido en un juego de espera. La paciencia sería la ganadora.

Entonces se le ocurrió una idea y, quitándose el abrigo oscuro, cubrió con él una de las tumbas. Se arrastró otros diez metros y se apoyó contra otra lápida.

A continuación juntó varias piedras y las colocó delante de él. Apenas si podía divisar la lápida cubierta con su abrigo en la distancia, pero esperaba que resultara lo bastante convincente y que diera la apariencia de un hombre sentado en el suelo. Aguzó el oído tratando de oír algo. Nada. Miró a su alrededor: el hombre aún seguía allí, y él estaba a punto de descubrir dónde exactamente.

Lanzó una piedra hacia la lápida cubierta con su abrigo. Silencio total. Lanzó una segunda piedra. Tan pronto como dio en el blanco, se oyó un disparo, y su abrigo se desplomó junto con la lápida.

Michael sentía el corazón en la garganta; había visto el fogonazo del cañón de la pistola a sólo unos metros de él. Contuvo la respiración. Ahora podía distinguir a su perseguidor. La figura medía alrededor de metro ochenta y volvía la cabeza de un lado a otro mientras corría hacia su blanco. La forma en que el hombre se movía lo aterró. Aquél era un cazador que no abandonaría jamás la caza. Este nuevo terror intensificó la determinación de Michael. Se enfrentaba a un profesional. Ese hombre era un militar.

Michael cogió otra piedra y la lanzó con todas sus fuerzas como si fuese un balón de rugby. La piedra voló al menos setenta metros antes de golpear contra otra lápida. Y, una fracción de segundo más tarde, sonó otro disparo. El proyectil alcanzó a otra de las lápidas. El ruido del disparo reverberó a kilómetros a la redonda. Pero ¿Para

sorpresa de Michael, la llamarada del cañón fue visible más lejos que la primera. El hombre se había alejado de él.

Michael se levantó y echó a correr en medio de la densa niebla. Oyó que sonaban disparos a su espalda. Los disparos siguieron, espaciados regularmente, metódicos, pero procedentes de una distancia cada vez mayor. Michael no miró atrás y continuó su carrera.



Capítulo 13

La enorme mansión bávara se alzaba en el extremo de un camino particular de casi dos kilómetros de largo. Hecha totalmente de piedra, la casa tenía casi doscientos años y había sido construida para algún miembro de la familia real alemana enterrado hacía ya muchos años. Situada a ciento treinta kilómetros de Berlín, en un predio de cuatrocientas hectáreas, se decía que la imponente casa tenía más de un centenar de habitaciones, pero el personal doméstico nunca había sido capaz de encontrar más de ochenta y cuatro. Los numerosos y elegantes coches guardados en los garajes nunca veían demasiado uso. El mecánico era el único que los conducía, además de encargarse de mantenerlos a punto, con los niveles de aceite adecuados y preparados por si a su propietario se le ocurriese alguna vez obtener el permiso de conducir.

Corrían muchos rumores sobre las locuras que su habitante actual cometía dentro de los confines del gran muro que rodeaba por completo la propiedad. Desde el punto de vista de la seguridad, la mansión no tenía nada que envidiar a ninguna embajada de Estados Unidos. Sólo el personal de seguridad estaba integrado por veinte personas; su salario de dos mil euros semanales no sólo compensaba con creces sus habilidades especiales, sino que también contribuía a mantener a raya las malas lenguas. Cada uno de ellos tenía asignada una tarea específica: jardinería, cuidado del césped, albañilería... Pero todas ellas eran tareas aprendidas en un pasado reciente. Todos habían pertenecido antes a las fuerzas armadas. En conjunto, les encantaba su empleo, el trabajo era sencillo, la paga excelente y nunca tenían que demostrar su habilidad con las armas. No obstante, ninguno de ellos alcanzaba a entender por qué un hombre de negocios necesitaba contar con su propio ejército privado.

El vestíbulo de entrada, de tres pisos de altura, era espectacular, y las ventanas de cristales emplomados estaban situadas de tal modo que captaban la luz todo el día. El interior era majestuoso, con colores brillantes e intensos, paredes con marquetería de caoba oscura resaltada por la presencia de pesados cortinajes en tonos verdes y marrones. El mobiliario era una mezcla de distintas épocas, con tapices más antiguos aún que la piedra angular de la casa, y muebles que representaban todos los

períodos. La exhibición de riqueza resultaba increíble. Pero había algo que resaltaba por encima de todo: no había ninguna mujer en la casa; aquél era claramente el hogar de un hombre. Ningún dibujo de motivos etéreos y florales en el salón, nada de amarillos alegres en el recibidor. Todo era masculino, hasta el personal que trabajaba en la mansión.

El mayordomo era un hombre mayor y amable de ojos hundidos y rostro viejo y arrugado. Charles llevaba la casa; su palabra era ley. El mayordomo conocía al patrón mejor que nadie: sus necesidades y deseos, sus viajes y gustos. Y, si bien el patrón era un hombre tranquilo y reservado, Charles sabía también que, si uno se enfrentaba a él, estaba perdido. Nada ni nadie era capaz de impedir que Charles complaciera al hombre que dirigía esa enorme casa; así era como lo habían entrenado, como debía ser entrenado cualquier buen mayordomo, y se aseguraría muy bien de no fracasar.

Charles le dio la bienvenida a Michael, lo hizo pasar y lo condujo a la biblioteca. Cumpliendo con su deber de mayordomo, se ofreció a recoger la chaqueta y la bolsa de Michael, pero éste se negó educadamente, aferrando la bolsa de cuero que llevaba colgada del hombro. No se desharía de ella hasta haber concluido el trato. Charles le sirvió una bebida a Michael y luego se retiró, tras indicarle que se pusiera cómodo.

La enorme biblioteca estaba llena de libros, miles de títulos. Michael siempre había pensado que los libros de un hombre eran una representación de su mente y su alma. Este hombre lo tenía todo. Michael pasó junto al hogar, tan grande como un coche, y a los sillones de orejas de cuero, hasta llegar a una escalera de estantería. Se elevaba hasta el techo de la habitación, a unos seis metros del suelo, y tenía sus propios raíles para deslizarse de un extremo al otro. Michael habría podido pasarse el resto de su vida en ese lugar, y no llegar siquiera al segundo nivel de volúmenes. Sacó un libro encuadernado en cuero que trataba de geología y se acercó a las ventanas para tener más luz. Se disponía a examinar el texto, cuando se abrieron las puertas de la biblioteca.

Allí estaba Finster, vestido con un abrigo deportivo de tweed y una sonrisa en los labios.

—Uno de mis favoritos. —Los ojos de Finster brillaban cuando se acercó a Michael—. Escrito en el año 1912 por Alfred Wegener, uno de los primeros en exponer la teoría de la tectónica. Tiene en sus manos uno de los tres únicos volúmenes que existen en el mundo.

—Lo siento.

Michael cerró con cuidado el libro, sin saber muy bien qué hacer con él, como un niño al que han sorprendido con las manos en el bote de las galletas.

—Tonterías. Usted es un invitado en mi casa; me siento honrado con su presencia. Mientras esté aquí, puede servirse de todo lo que desee. Por favor, quédese, es una excelente lectura.

—No, no importa.

—Por favor, una vez que se ha leído, un libro no es más que un trofeo. Ya no lo necesito.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo.

—Si cambia de idea... —Finster hizo una pausa—. Permítame que le muestre la casa.

—No puedo quedarme...

—¿Otro trago?

En ese momento, Charles apareció con una bandeja de plata y dos copas de champaña balanceándose sobre ella. Finster le dio una de las copas a Michael y alzó la suya.

—Por la buena salud de su esposa —brindó.

—Gracias —dijo Michael mientras entrecrocaban ligeramente sus copas.

—¿Puedo convencerlo para que se quede a cenar?

—De verdad, no puedo.

—Muy bien, ¿quiere fumar? Y Finster sacó dos cigarros y le ofreció uno.

Michael alzó la mano rechazando la invitación. , Finster sonrió.

—Tengo demasiados vicios: alcohol, tabaco, mujeres. Lamentablemente, ¿cómo es ese dicho? El espíritu es fuerte...

—... pero la carne es débil. Lo siento, señor Finster...

—August —dijo éste.

—August. Estoy seguro de que puede entenderlo, Lo único que deseo es acabar nuestro negocio y regresar junto a mi mujer.

—Por supuesto. Pero, cuénteme, ¿qué ocurrió en Roma? No he tenido noticias de usted desde que se marchó de Italia, y la última vez que hablamos se mostró extremadamente críptico.

—Roma, el Vaticano... era un señuelo. —La voz de Michael sonaba cansada—. Las llaves se encontraban en las afueras de Jerusalén.

—¿Jerusalén? —El interés de Finster aumentó—. ¿En qué lugar de Jerusalén?

—En una pequeña iglesia apartada y solitaria.

—Interesante. ¿Había guardias?

—Uno.

Finster pensó un momento en ello.

— ¿Y? ¿Se libró de él?

—Fue él quien trató de «librarse» de mí.

—¿Qué hizo entonces?

—Eché a correr.

Finster sonrió y asintió.

—¿Podría describir a ese guardia?

—Estaba oscuro —contestó Michael con cierta inquietud—. ¿Por qué lo pregunta? Finster parecía abstraído en sus pensamientos. Se volvió y abrió las puertas que daban al corredor.

—Hablemos mientras damos un paseo —sugirió—. ¿Le parece bien?

Michael dejó el libro sobre la mesa y siguió a Finster.

Michael y Finster atravesaron la enorme casa, pasando junto a salas de billar y salas de juegos, salas de baile y grandes salones. Finster encendió el cigarro, dio una profunda calada y expulsó lentamente el humo, que formó una pequeña nube gris azulada encima de sus cabezas.

—Los sencillos placeres de la vida —comentó, disfrutando del momento—. En una ocasión leí un estudio que afirmaba que la complacencia en un vicio puede resultar saludable. Después de todo, ¿qué es un vicio sino algo que encontramos placentero, irresistible? ¿Tiene algún vicio, Michael?

—Ya no.

—Por supuesto. —Finster asintió, y su coleta gris se agitó sobre sus hombros al hacerlo—. Usted es un hombre reformado. Yo, por mi parte... digamos que aún debo conocer a la persona que me redima de mis vicios. No podría vivir sin mis... debilidades —concluyó, alzando el cigarro y la copa de champaña.

—Nunca se sabe hasta que no se intenta —dijo Michael.

—Ah, pero ¿por qué habría de intentarlo? Me he ganado el derecho. Tengo el poder de dejarlo o de continuar, y eso es lo importante. El poder.

—Obviamente, nunca se ha casado.

Finster se echó a reír con sonoras carcajadas, dando unas palmadas a Michael en el hombro.

—Venga. Me gustaría enseñarle una cosa.

Se detuvieron ante una pesada puerta de madera que parecía tener una antigüedad de siglos y no guardar correspondencia con la elegante construcción que la rodeaba. Cuando Finster la abrió, los goznes chirriaron. Delante de ellos se extendía un largo tramo de escalones de piedra. Los envolvió una vaharada de moho y humedad. Michael no podía precisar con exactitud el origen del olor, pero le traía desagradables recuerdos de su paso por la prisión. La escalera descendía describiendo una curva hacia la oscuridad, como si fuese una escena sacada de una película de Boris Karloff. Un tanto dramático —comentó Michael.

—Me encanta el drama —contestó Finster jovialmente mientras iniciaba el descenso.

De inmediato se sumieron en una oscuridad total. A Michael le encantaba la oscuridad, siempre había sido su amiga. Pero no esa oscuridad. El hedor volvió a golpearlo, mohoso y rancio, el olor amargo de las celdas, del confinamiento, del corredor de la muerte. Era el olor de la desesperanza. Sus pasos resonaban en las paredes. Michael se mantenía muy cerca detrás de Finster, quien estaba extrañamente silencioso, sin proporcionarle ningún detalle o indicio de adonde se dirigían.

Llevaban casi dos minutos bajando por la escalera de piedra, y en ningún momento se había vislumbrado el menor atisbo de luz. A medida que descendían se percibía con mayor intensidad la humedad del aire; el lugar era frío, viscoso, casi irreal. A Michael se le ocurrió que Finster podía intentar matarlo en ese mismo instante, y no habría nada que él pudiera hacer para impedirlo. Era una de las razones por las que jamás hacía trabajos para terceras personas: nunca se sabía realmente quién lo contrataba a uno o cuáles eran sus motivos. Y del robo de mayor cuantía al asesinato había apenas un paso.

Las luces se encendieron con un fregonazo, y la súbita claridad lo encegueció. Unos puntos blancos titilaron detrás de sus párpados mientras Michael se protegía los ojos con un gesto instintivo. Cuando recuperó la visión unos segundos más tarde, miró a su alrededor, y deseó estar nuevamente en medio de la oscuridad. Por mucho que ese pasadizo negro lo hubiera asustado, todo había sido producto de su imaginación desbocada. Aquello, en cambio, era real.

Ante él había una colección de objetos, algunos antiguos, otros de factura más reciente: alfarería de piedra, armaduras medievales, tallas africanas en madera, pictografías orientales. No había dos iguales, aunque tenían algo en común: todos eran de naturaleza religiosa. Se encontraba en una siniestra galería de religión, miedo y horror. Montones de pinturas se apilaban unas encima de las otras. Ya estuvieran pintados, tallados o tejidos, todos los rostros parecían implorar piedad como si estuviesen atrapados en el lienzo o la madera.

—¿Qué le parece? —preguntó Finster con orgullo.

—Único — fue todo lo que Michael pudo decir, haciendo un enorme esfuerzo por disimular el miedo que lo atenazaba.

—Charles, mi mayordomo, lo llama la mazmorra.

—No hay duda de que tiene esa atmósfera.

Michael confió en que el humor alcanzara a enmascarar su alarma, e inconscientemente aferró la caja con las llaves a través de la bolsa de cuero. No podía entenderlo, pero esa caja parecía ser lo único que le brindaba algo de alivio mientras contemplaba la siniestra caverna que se extendía ante él.

—Gracias. —Finster señaló hacia un pasillo que discurría entre las obras de arte—. Por aquí.

La sala parecía sacada de la Edad Media. Michael advirtió que era enorme, porque la luz se desvanecía en la oscuridad antes de alcanzar la pared más lejana. La casa tenía siglos de antigüedad, pero ese lugar... Ese lugar existía desde mucho tiempo antes, era otro mundo profundamente subterráneo. Finster lo había reclamado como propio y lo había llenado con una macabra colección que jamás formaría parte de ninguna subasta en Sotheby's.

¿Se trataba simplemente de la colección de un excéntrico, o era acaso algo mucho, mucho peor? Mientras Michael pasaba delante de cada pieza, pensó que quizá estaba sacando conclusiones apresuradas. Tal vez sólo se tratase de una especie de almacén para guardar obras de arte extrañas, un material que Finster no consideraba apropiado para exhibirlo en su casa. Tal vez fuese como el desván de cualquier abuela: atestado de cosas maravillosas e inquietantes, objetos coleccionados durante toda una vida de viajes, cosas que parecían amenazadoras en la superficie pero que, en el fondo, escondían un significado mucho más inocente. Como una vieja muñeca de porcelana a la que le falta un ojo, o un polvoriento baúl lleno de viejos vestidos comidos por las polillas.

Llegaron a otra puerta antigua de madera empotrada en la piedra. El color negro de su vieja cerradura era más intenso que la noche. Finster sacó un juego de llaves del bolsillo, metió una en la cerradura, y abrió la puerta.

Esa habitación era pequeña, de apenas unos diez metros cuadrados, y allí no había obras de arte. Las sólidas paredes de piedra mostraban estantes excavados en ellas, a un metro y medio del suelo. La habitación estaba casi vacía, excepto por un pedestal de caoba que se alzaba exactamente en el centro.

—Mis últimas adquisiciones las guardo aquí para mi disfrute privado. —Finster utilizó el cigarro para encender una vela que había en un estante y sonrió—. Crea ambiente, ¿verdad?

Michael observó a Finster mientras éste continuaba encendiendo pequeñas velas a lo largo de todo el perímetro de la cámara. La habitación le pareció más cómoda y

agradable, sin tallas ni esculturas extrañas escudriñándolo, ni ojos suplicantes que lo atisbaban desde las sombras. Con las paredes bañadas por la trémula luz de las velas, el ambiente era casi apacible después de la macabra colección que acababan de dejar atrás.

Michael metió la mano en su bolsa y sacó la caja de madera tallada.

—Hermosa —comentó Finster, contemplando su botín.

Michael le tendió la caja, pero Finster retrocedió, alzando la mano.

—Es usted quien debe tener el honor de colocarla encima del pedestal para exhibirla.

Un tanto desconcertado, Michael aceptó el ofrecimiento. Abrió la caja, dejando al descubierto las dos llaves, y se acercó a Finster para que las examinara. Finster las miró pero volvió a retroceder.

—¿Ocurre algo? —preguntó Michael.

—Es maravilloso. Su belleza me deja... sin aliento —dijo Finster, apoyándose en el quicio de la puerta.

Michael cogió la llave de plata y se la tendió a su anfitrión.

—No, no.

Finster estaba temblando, y a Michael le recordó a una madre de tres niños que acabara de ganar un coche en un concurso. Al igual que ella, la mente de Finster parecía luchar para convencerse de su buena suerte y de que ahora aquello le pertenecía.

Michael sonrió.

—No lo morderá.

—Nunca se sabe —bromeó Finster—. Pero prefiero examinar mis posesiones en privado, tomándome mi tiempo. Cuando finalmente tengo en mis manos algo que he deseado durante mucho tiempo, a veces me siento... —hizo una pausa— abrumado.

Michael se volvió hacia el pedestal, esperando que Finster no hubiese visto la expresión de su rostro. Porque de pronto se sentía más asustado que cuando había entrado en la cámara exterior. Finster lo había contratado para que robase esas llaves, y ahora el hombre parecía temerlas. Se mostraba claramente aterrado y se negaba a entrar en contacto con ellas, como si tuviesen la peste. La sospecha cruzó por la mente de Michael; ahora que había completado su misión, ¿se encontraba frente a un problema mayor del que había imaginado? ¿Había algo más en esas llaves que él ignoraba? Y si uno de los hombres más poderosos del mundo parecía temerlas, ¿por qué no habría de temerlas también él? Michael quería salir de aquel lugar, volver a la luz del día, regresar a su casa con Mary. A cualquier lugar menos allí.

Colocó las llaves sobre el cojín de terciopelo que había encima del pedestal. Luego retrocedió unos pasos y, al mirar las llaves allí expuestas, en esa habitación, tuvo la sensación de que todo aquello era un error, de que había violado algo que estaba más allá de la ley.

—El dinero ya ha sido transferido electrónicamente, junto con una bonificación de doscientos cincuenta mil dólares para que su esposa y usted los disfruten cuando ella se haya repuesto de su enfermedad —dijo Finster, haciendo que Michael volviese a la realidad.

Michael se volvió y miró al hombre que lo había contratado. A pesar de lo equivocado que aquello comenzaba a parecerle, se obligó a recordar que ese robo le permitía proporcionarle a Mary el tratamiento que tan desesperadamente necesitaba, el tratamiento que le salvaría la vida. Y, del mismo modo en que justificamos una copa más, un dulce más, convencidos de que no nos hará daño, Michael tranquilizó su mente y su conciencia y estrechó la mano de Finster.

—Gracias —dijo, mientras Finster le entregaba la confirmación de la transferencia.

—Gracias a usted. Le deseo sinceramente a su esposa una pronta recuperación para que ambos puedan continuar gozando de la vida.

Se dirigieron hacia la puerta, y Finster estaba a punto de cerrarla a sus espaldas, cuando se volvió un momento para mirar su nuevo tesoro. Una sonrisa se dibujó en sus finos labios. No era una sonrisa de alegría o felicidad: era una sonrisa de triunfo, la sonrisa de un general que acaba de tomar una colina tras desalojar a sus enemigos. La sonrisa de un emperador extenuado por las batallas, casi derrotado, que acaba de obtener un arma que no sólo podrá salvarlo, sino también alterar el curso de la guerra.



Capítulo 14

La luz de la mañana bañaba la habitación. Había sido una noche dura; todas las noches lo habían sido desde el inicio del tratamiento, pero ninguna como la última. Los vómitos y la diarrea la dejaban sin fuerzas, y el dolor parecía surgir literalmente desde la médula de sus huesos. Estaba completamente exhausta, vaciada de la escasa voluntad que aún le quedaba.

Cuando la luz del sol tocó sus párpados, Mary se agitó. El consuelo del sueño le haría ganar otro día. Se volvió en la cama y dio un brinco de alegría al verlo. Por primera vez desde que le habían dado el diagnóstico, hacía tres semanas, se sintió rejuvenecida. Ahora que Michael había regresado, ella sería capaz de derrotar a ese monstruo que la había desafiado; lo obligaría a volver al horrible lugar de donde hubiese venido.

—Buenos días —susurró ella.

Michael estaba arreglando unas flores, y había limpiado y ordenado la habitación. La desorganización y el desorden habían desaparecido de su vida. Las cortinas estaban recorridas por primera vez en varios días, y Mary contempló el cielo azul como si fuese la primera vez que lo veía.

—Buenos días —contestó Michael mientras se inclinaba para besarla apasionadamente.

Mary se reprendió a sí misma. Sus sueños de peligro y muerte no eran más que una preocupación absurda; Michael había vuelto junto a ella, tal como había prometido.

—Te he echado de menos —murmuró ella mientras se erguía en la cama hasta quedar recostada en las almohadas.

—Yo echaba de menos tu sonrisa. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor.

—Me alegro.

Michael sabía que ella estaba mintiendo, que intentaba mostrarse fuerte para él.

Mary se acurrucó en sus brazos. De todos los pensamientos y plegarias, de todos los medicamentos y buenos deseos, eso era lo que ella realmente necesitaba. Que la abrazaran. Y abrazar. No se trataba solamente de recibir amor: era el hecho de dar. Para ambos era una especie de elixir. La ansiedad que Michael había experimentado desde que abandonó el país había desaparecido; quedó en algún lugar de Alemania.

Se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Estaba pensando que quizá podríamos largarnos una semana a Cape Cod, alojarnos en el Ship's Bell Inn.

—Hacer el amor en las dunas.

—Mmm. Tomar sopa portuguesa...

—... langosta fresca.

Michael hizo una pausa. —¿Te han dicho cuánto tiempo durará el tratamiento?

No podía esperar un segundo más para sacarla de ese lugar.

—Otra semana. Mañana piensan hacerme más pruebas y exploraciones.

—A mí sí que me gustaría hacerte algunas pruebas y exploraciones.

—Eso siempre se puede arreglar —dijo Mary mientras frotaba la nariz contra su cuello.

Siempre le había gustado el olor de Michael; la confortaba, le daba seguridad. Aunque había tratado de apartar ese pensamiento de su cabeza, había pasado los últimos siete días pensando en que Michael no regresaría nunca. Eso era lo único que la asustaba: le aterraba la idea de morir sola.

—¿Cómo ha ido tu viaje?

—Un poco más largo y complicado de lo que esperaba.

Michael comenzó a frotarle la espalda desde los hombros hacia abajo, como a ella le gustaba.

—Paul te estaba buscando.

Mary cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Te dijo lo que quería?

—Quería que lo llamasen tan pronto como regresaras. Dijo que tienes un partido el próximo sábado.

Aquello era un disparate. Busch iba a matarlo. Pero Michael podría hacer frente a eso; después de lo que había pasado en las tres últimas y miserables semanas —la enfermedad de Mary, el Vaticano, Israel, Finster— podía hacer frente a cualquier cosa. No, no lo llamaría todavía. Paul podía esperar.

—¿Pudiste acabar tu trabajo? —preguntó Mary.

Sabía que Michael no le estaba contando todo; pero, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, lo había hecho por ella. No era el momento de preguntarle sobre ello.

—Sí. —La estrechó entre sus brazos—. No volveré a dejarte sola.

—Lo sé.

Por primera vez en mucho tiempo, ambos estaban convencidos de que, finalmente, todo saldría bien.

Michael entró en su apartamento a oscuras y dejó la correspondencia en una mesilla auxiliar. Asomó la cabeza en el dormitorio y llamó:

—¿Hawk?

Comprobó el contestador automático; la diminuta luz roja marcaba trece mensajes. Pulsó el botón.

—Mensaje número uno —dijo la voz electrónica femenina.

—Michael, soy yo. Llámame. —La voz de Busch surgió del aparato. Michael pulsó el botón buscando el siguiente mensaje—. Llámame, Michael. —Otra vez Busch. Michael volvió a pulsar el botón—. Michael, sé que ya has regresado. No hagas que vaya y... —Pulsó el botón e interrumpió el mensaje. Apagó el contestador.

—¿Hawk?

Miró en la cocina. Tal vez la señora McGinty lo había sacado a dar un paseo. Michael se dio cuenta de que C. J. tampoco estaba por ninguna parte. Él odiaba a ese gato; siempre había odiado a los gatos, un animal inconstante y veleidoso, y nunca había entendido cuál era su atractivo. Pero era el gato de Mary, y si ella amaba a esa pequeña bestia, entonces... al menos podía fingir que le caía bien. Probablemente la señora McGinty había decidido que C. J. se quedase en su apartamento desde que él se había marchado de viaje. Tendría que recordar comprarle un regalo por los problemas que le hubiese causado.

Recogió la correspondencia y, mientras abría las cartas, se dirigió a su estudio. Encendió la luz y casi le da un ataque.

Había un hombre sentado en su sillón favorito, corpulento, el pelo negro azabache, los ojos azul pizarra. Rostro y manos curtidas, alguien que indudablemente había visto mucho mundo. El desconocido vestía pantalones y camisa negros; las zapatillas negras estaban gastadas en las suelas, aunque la parte superior estaba sorprendentemente limpia. Era imposible determinar su edad: podría haber tenido entre unos treinta años duramente vividos y unos vitales cincuenta. Tenía a C. J. en el regazo y lo acariciaba como si fuese suyo. Hawk estaba echado a sus pies, dormido.

— ¿Señor Saint Pierre?

El acento era italiano.

Michael reconoció la voz al instante.

— Salga de mi casa — ordenó.

El hombre no se movió del sillón.

Michael cogió el teléfono.

— Tiene treinta segundos para largarse de aquí — dijo, y comenzó a marcar un número.

— ¿Y qué piensa decirle a su amigo el policía?

Michael se detuvo.

— ¿Que el hombre a quien le robó está sentado en su apartamento?

El desconocido ni siquiera parecía respirar.

Michael colgó el auricular.

— No pensaría que iba a dejarlo escapar, ¿no?

— ¿Quién es usted?

— Mi nombre es Simón — contestó el hombre.

La tensión crepitó en el aire como un relámpago. Michael podía sentir la sangre golpeando en sus oídos mientras trataba de decidir qué hacer, cómo reaccionar.

— Quiero recuperar mis llaves — dijo Simón.

Michael sabía que ningún trabajo estaba nunca realmente terminado. Siempre seguía acechando el fantasma de ser descubierto, de ser arrestado.

— No sé de qué me está hablando — dijo Michael evasivamente.

— ¿De verdad?

— De verdad. — Michael cruzó la habitación hacia donde estaba sentado el desconocido y llamó a su perro en voz baja, con voz teñida de ira y frustración— Hawk...

Hawk se despertó y, al ver a su amo, giró sobre el lomo buscando una caricia. Michael se agachó y le rascó el vientre.

— Eres todo un perro guardián — susurró tanto al aire como a Hawk, sin dejar de evaluar el temple del hombre que tenía delante.

— Veamos si puedo refrescarle la memoria — dijo Simón—. Un poco corto de dinero, esposa gravemente enferma, corriendo alrededor del Vaticano y colocando bombas de humo. — El hombre hizo un gesto con las manos—. Roba un par de llaves

que sólo son un señuelo, coge un avión a Jerusalén, sube al monte Kephaz, roba otras dos llaves en una vieja iglesia. —Hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras—. Mis balas no lo alcanzaron en la cabeza por centímetros —añadió.

—Váyase a la mierda.

Simón no apartó la mirada en ningún momento mientras sacaba una pistola del interior de su chaqueta y la apoyaba sobre la pierna. Luego la alzó lentamente hasta apuntar a la cabeza del gato que tenía en el regazo. Sus ojos no manifestaban ninguna emoción.

—Tengo entendido que es la mascota de su esposa.

Michael ardía de furia: ese tío lo estaba amenazando claramente, y él no podía hacer nada.

—Dígame dónde están las llaves. —Simón miró al gato, a Hawk, y luego fijó la vista nuevamente en Michael—. Los tres pueden conservar la vida si... —Dejó el ultimátum flotando siniestramente en el aire—. Tal vez podría hacerle una visita a Mary; sería una verdadera lástima que, después de todo ese esfuerzo, ella acabara muerta a causa de su ineptitud.

El trabajo de Michael nunca había puesto en peligro la vida de Mary; él jamás habría permitido que eso ocurriese en ningún trabajo.

—Ya no tengo las llaves —dijo lacónicamente—. Las vendí.

—¿A quién?

—A un hombre.

Simón suspiró.

—¿Su nombre? —preguntó suavemente.

Finster tenía veinte guardias, por lo que él había calculado. Y las llaves robadas se encontraban bajo tierra, en una cámara impenetrable. Nadie podría llegar hasta ellas; ni Simón ni ninguna otra persona.

—Un industrial alemán. August Finster —contestó Michael.

Las palabras salieron limpiamente de sus labios; no sentía ningún remordimiento al traicionar al hombre que lo había contratado. Finster sabía que, cuando uno jugaba con peces gordos, a veces los peces gordos devolvían el golpe... a veces a la mandíbula, a veces directamente al corazón.

Simón se levantó con la gracia de un animal, y C. J. saltó de su regazo. El hombre era muy alto: superaba a Michael en casi una cabeza.

—No tiene idea de lo que ha hecho— dijo.

—Salvé la vida de mi esposa...

—y condenó al mundo.

La afirmación quedó flotando en el aire, dejando a Michael sin palabras.

—¿Qué? ¿De qué demonios está hablando?

—¿Cree usted en Dios, señor Saint Pierre?

—En este momento no.

—¿O sea que alguna vez creyó en Él? Pues bien, será mejor que empiece a creer de nuevo.

—Diré una oración de agradecimiento cuando se haya marchado.

Simón prosiguió.

—En el año 32 de Nuestro Señor, Jesús le dijo a uno de sus discípulos: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia... Y aquello que tú unas en la tierra quedará unido en el Cielo». Y le entregó a Pedro dos llaves para simbolizar su poder para salvar o condenar. El poder para controlar las Puertas del Cielo.

En aquel hombre había una frialdad que Michael nunca había visto antes. No se detendría con la muerte de Michael o de Mary; lo movía una creencia más profunda, una creencia propia de fanáticos o terroristas.

—Creo que es hora de que se marche —insistió Michael.

—Aún no lo entiende, ¿verdad?

—¿Qué es lo que debo entender? —Ha robado las llaves del Cielo.

Ese tío estaba loco. Cualquier credibilidad que pudiera haber tenido acababa de esfumarse en lo que a Michael concernía. La fe de Michael había desaparecido, y aquello no hacía más que reforzar su determinación. Había supuesto que todo ese asunto estaba relacionado con una cuestión de dinero para el jefe de ese hombre, pero no; se trataba de una de esas misiones llevadas a cabo por fanáticos que actúan en nombre de Dios.

—Bien, voy a llamar a...

—El Cielo está cerrado, Michael.

—Lárguese de mi casa ahora mismo.

No le importaba que tuviese una pistola; iba a golpear a ese chiflado si no cerraba la boca.

—Ni siquiera comprende a quién le ha vendido las llaves, ¿verdad?

Michael cogió al hombre por el brazo, pero Simón se movió a la velocidad del relámpago y lo hizo girar tan rápidamente que por un instante Michael perdió la noción de dónde estaba, y luego lo lanzó brutalmente contra el sillón. C. J. salió

huyendo de la habitación. Simón se inclinó hacia adelante y con voz clara y firme declaró:

—Vamos a recuperar esas llaves.

Luego se volvió y abandonó la habitación.

Michael se levantó y salió tras él; nadie violaba su hogar y nadie le decía lo que debía hacer.

—Yo no voy a hacer nada con usted. —Michael hizo un esfuerzo por controlar la voz, que temblaba a causa de la adrenalina—. Tengo una esposa a la que debo cuidar.

—¿Valora usted el alma de su esposa? —Simón no esperó la respuesta—. Si es así, entonces me ayudará. De otro modo, Mary, al igual que todos nosotros, estará condenada. —Abrió la puerta del apartamento—. Nos marchamos dentro de dos días. —Luego, volviéndose, añadió—: ¿Cómo pudo ser tan estúpido? ¿Realmente no tiene idea de quién es Finster?

Michael no respondió, aún conmocionado; nunca en toda su vida había visto a nadie que se moviese tan rápido.

—Trate de averiguarlo —dijo mientras cerraba la puerta.



Capítulo 15

Dean McGregor era un perdedor nato que hacía todo lo que estaba en su mano para no salirse del camino recto. Paul Busch se encontraba con Dean el tercer miércoles de cada mes, Dean era la clase de tío despreocupado que siempre estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, con los amigos equivocados y todas las intenciones equivocadas. Su primer robo había sido en una pequeña licorería, un lugar donde no suele haber mucho dinero en metálico o, al menos, no la pasta suficiente para perder entre rejas cinco años de la propia vida. De modo que Dean y sus amigos se sorprendieron cuando sacaron las armas y el empleado les entregó más de veinte mil dólares. Naturalmente, era dinero que procedía del narcotráfico. El lugar estaba sometido a una estrecha vigilancia por ser un centro de distribución de marihuana, y tres agentes del departamento de estupefacientes controlaban esos veinte mil dólares desde un Ford aparcado al otro lado de la calle. Cuando Dean y sus compinches fueron arrestados, no se encontraron con una condena de seis meses como habían esperado; el departamento de estupefacientes se aseguró de que el fiscal del distrito les aplicase todo el rigor de la ley.

Apenas cinco meses después de salir en libertad, Dean intentó atracar una gasolinera. Su esposa estaba embarazada y quería comprarle algunas cosas bonitas porque ella se sentía terriblemente deprimida a causa de su exceso de peso. Utilizando para la ocasión su habitual pistola de plástico amenazó al empleado de la gasolinera y encontró la caja medio llena, con unos cuatrocientos pavos en su interior. Lo que Dean no sabía era que la esposa del empleado de la gasolinera también estaba embarazada y que el tío era un policía que había cogido ese empleo a fin de tener unos ahorros para cuando naciera su hijo. El revólver reglamentario del empleado estaba debajo del mostrador, ya que acudía a la gasolinera directamente desde su trabajo. El oficial Paul Busch cogió su revólver, y Dean se meó en los pantalones allí mismo. Busch le leyó sus derechos. Mientras esperaban a que llegase el coche patrulla para recoger a Dean, los dos empezaron a hablar acerca de los hijos que estaban por llegar. Por primera vez, Busch comprendió que, si bien cometer un delito siempre está mal, lo que motiva a un delincuente puede tener a veces cierto grado de nobleza. Eso, naturalmente, no era una excusa —la ley seguía siendo la ley—, y Dean regresó directamente a la prisión, condenado ahora a una pena de quince años.

Y seis años más tarde resultó que Busch y Thal estaban sentados en una cafetería haciendo las preguntas habituales a un recién liberado Dean McGregor; había salido en libertad por buena conducta después de haber cumplido un tercio de su condena. Busch estrechó la mano de Dean calurosamente, saludándolo con una sonrisa. El hombre había pagado su deuda, cumplido la pena que el tribunal había considerado justa, y eso para Busch era todo. Su trabajo no consistía en hacer juicios, sino en aplicar la ley.

Dean le tendió la mano a Thal, quien la miró sin moverse. La mirada iracunda del joven policía provocó en Dean un tic nervioso que se prolongó durante toda la entrevista.

Los tres hombres pasaron la media hora siguiente dedicados a las preguntas habituales relacionadas con la adaptación a la vida fuera de la prisión: ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu familia? ¿Tienes problemas en el trabajo que te conseguimos? ¿Llegas puntual al trabajo? Busch llevaba la voz cantante y guiaba la conversación en la dirección que quería. No le gustaba que las personas que estaban a su cargo se sintiesen nerviosas o ansiosas con él. Era importante que el ex convicto se sintiera cómodo en la reunión con su oficial de libertad condicional, porque entonces se abría, era sincero en todo lo que se refería a su reinserción en la sociedad. Lo que llevaba a un tío en libertad condicional a volver a delinquir era justamente el miedo o la desesperación por no poder hacer frente al mundo exterior, y el trabajo de Busch consistía en mantenerlos en el buen camino. Si los ex convictos a su cargo volvían a las andadas, no era solamente culpa de ellos: también era responsabilidad de él.

El teléfono móvil de Busch comenzó a sonar, y éste se alejó de la mesa, no sin antes indicarle a Thal que le hiciera unas pocas preguntas a Dean y luego lo dejara marcharse. La primera pregunta de Thal acerca de los sueños y pesadillas pareció bastante inocente, pero, a partir de ahí, el interrogatorio fue de mal en peor: afirmaciones hostiles, amenazadoras, implacables.

—Sueñas con el dinero, ¿verdad, McGregor? Dime la verdad. Cuando estás en la cama por las noches, no puedes evitar pensar en que hay una manera más fácil de llevar comida a la mesa. —Thal sonrió—. ¿Cuántos años pasarán antes de que cojamos a tus hijos siguiendo los pasos de su papáito?

Dean permanecía sentado, asustado, sintiendo que el sudor le corría por el rostro.

—Yo creía en la reinserción —continuó Thal de manera implacable—. Y creía en el perdón. Pero ¿sabes una cosa, Dean? No creo que te hayas reformado, y no hay duda de que no habría que perdonarte.

En los dos minutos que Dean pasó con Thal sus nervios quedaron deshechos. Le tenía más miedo a ese tío que a cualquiera que hubiese conocido en todos sus años de prisión. Y no eran las palabras de ese policía joven lo que lo asustaban: era el tono y la forma en que le brillaban los ojos cuando hablaba.

Thal apoyó la mano sobre el hombro de Dean como si fuese un niño.

—Me das asco, McGregor. Eres un desecho de la sociedad. Será mejor que reces para que no sorprenda tu culo delante de la mira de mi pistola mientras cometes un delito. Porque, si eso ocurre, me encargaré de desparramar tus sesos sobre el pavimento, los recogeré y se los enviaré a tu esposa.

El regreso de Busch acabó bruscamente la conversación.

—Dean, te veré dentro de tres semanas —dijo Busch, enfatizando la palabra veré. Acompañó al tembloroso McGregor hasta la puerta, tranquilizándolo con un brazo sobre el hombro.

El policía regresó al reservado y se sentó. Bebió su café tibio; le añadió más azúcar. Dejó pasar los minutos, y eso hizo que Thal se rebullera en su asiento. El rapapolvo que se avecinaba estaba poniéndolo nervioso!

Finalmente, Busch se inclinó hacia adelante y, alzando un dedo, dijo con voz tranquila:

—Te lo diré una sola vez, sólo una: si vuelves a comportarte de ese modo con un convicto en libertad condicional, un sospechoso, un ser humano, no sólo me encargaré personalmente de que te echen del cuerpo, sino que presentaré cargos contra ti. En lo que a mí concierne, no le llegas a la suela de los zapatos a ese hombre. —Busch hizo una pausa tratando de tranquilizarse—. Trabajaré contigo, te guiaré, durante un mes más. Pero a partir de ese momento me encargaré de que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse jamás.

—Eh, sólo estaba asustándolo un poco, por si se le había escapado mencionar algún trabajo que estuviese planeando...

—Nosotros no asustamos. Jamás.

—¿Cómo sabemos que ese hombre no está planeando violar su libertad condicional?

—Puedes creerme, si lo hiciera, yo lo sabría.

Busch recogió los papeles de Dean McGregor y los guardó en su maletín.

—¿O sea que si supieras de alguien que violase su libertad condicional, lo arrestarías de inmediato?

—Sin dudarlo.

—¿Y cómo somos de estrictos? ¿Cuál es la ley en cada caso?

Busch alzó la vista.

—¿De qué estás hablando, Thal? La ley es una. Nosotros nos encargamos de hacer que se cumpla.

—No olvides que soy nuevo en este asunto de la libertad condicional. Sólo estoy tratando de tomarte como modelo.

Ese tipo de comentarios sacaban de quicio a Busch; no había nada que despreciara más que el hecho de que alguien lo tratara con aires de superioridad.

—La ignorancia no es excusa cuando se trata de violar la ley. No hay ninguna jodida manera de evitarla.

—¿Qué debemos hacer cuando alguien viola su libertad condicional? —preguntó Thal otra vez.

—Arrestarlo.

—¿Enviarlo de nuevo a prisión? —Eso depende del juez.

Thal pensó un momento en ello.

—¿Sin excepciones?

—Sin excepciones —dijo Busch.

—Entonces deberíamos arrestar a ese tío, Saint Pierre. Se largó del país. Según tú, deberíamos arrestarlo.

A su despreciable manera, Thal parecía estar muy contento.

Busch fue cogido totalmente por sorpresa. Al darse cuenta de que ese pedazo de mierda lo había pillado, dijo bruscamente:

—¿Cómo sabes eso?

—Una fuente fiable.

—¡Una fuente fiable, y una mierda! Eso no colará ante un juez. Será mejor que hables claro.

Busch sabía muy bien que Michael había abandonado el país. Lo había visto desaparecer en la terminal de salidas internacionales del aeropuerto, pero creía que quizá había alguna explicación para su conducta y que sería capaz de manejar ese asunto a su manera. Pero ahora...

Ahora fue Thal quien se inclinó hacia adelante y, alzando un dedo, aseguró:

—Te conseguiré las pruebas.

—No vuelvas a hablarme de esto hasta que las hayas conseguido. —Busch cogió su maletín y se levantó—. ¿Hay alguna otra cosa que pueda «enseñarte» hoy? —preguntó con absoluto desprecio.

Thal permaneció sentado un momento; aunque tal vez no lo aparentase exteriormente, sentía que había ganado la discusión y se moría por colocar la guinda en el pastel.

— ¿Por qué te llaman Peaches?

Busch se inclinó sobre la mesa y le espetó a Thal a un centímetro de su cara:

— Nunca... vuelvas... a... llamarme... Peaches.

La biblioteca del hospital era muy pequeña, pero en ella había una colección de libros que abarcaban al menos los temas básicos que podría buscar un paciente. La atmósfera era recogida y silenciosa como cabría esperar en una biblioteca, pero seguía prevaleciendo el olor a desinfectante, por lo que en todo momento se recordaba dónde se encontraba uno en realidad. Aparte de la selección habitual de libros, revistas y tesis de medicina, había también una buena selección de textos de ficción y no ficción. Las enciclopedias y los manuales de consulta eran una donación de un benefactor que había perdido a su madre a causa de una enfermedad cardíaca.

Michael agradeció la generosidad de ese hombre al encontrar la última edición de *Quién es quién en los negocios internacionales*. A la mayoría de los integrantes de la lista les dedicaban apenas un par de párrafos, mientras que August Engel Finster tenía su propia página.

Michael había investigado a Finster antes de aceptar el trabajo; entonces no había nada que pudiera hacerlo vacilar. Ahora era Simón quien lo hacía vacilar. Michael no sabía a quién debía temer, si a Finster o a Simón. Y no sabía a ciencia cierta qué estaba buscando mientras miraba la misma página que había leído hacía ya casi tres semanas.

August Engel Finster había surgido del bloque del Este después de la caída del Muro de Berlín. Sus compras eran legendarias. Se había gastado más de trescientos millones de marcos alemanes en la construcción de su imperio. No obstante, el origen de su dinero era un misterio, como lo era también el de muchos titanes financieros que habían surgido de Alemania Oriental. Michael sabía que muchos de ellos, si no todos, habían estado implicados en el pasado en el gobierno comunista de una forma u otra. Pero, aunque se sospechaba que esa élite tenía vínculos deshonestos, ¿cómo se los podía considerar criminales en una tierra donde la ley se encontraba sometida al capricho de su hermandad burocrática?

Finster había conseguido construir un imperio de fábricas textiles, compañías mineras y empresas de municiones, la mayoría de ellas adquiridas a través de la privatización de los negocios del antiguo gobierno. Estas corporaciones habían tenido un éxito notable, que sólo podía atribuirse al talento de Finster para los negocios. Era un hombre extremadamente reservado; muy pocos conocían la estrategia que empleaba para obtener sus éxitos comerciales, y las personas que trabajaban para él tenían los labios sellados y eran virtualmente invisibles. Las universidades y sus competidores intentaban descubrir su fórmula, pero nadie había conseguido copiar el modelo de Finster para los negocios. Finster jamás había fracasado. Hasta el momento. Y de eso se trataba: todo el mundo se estrella y se

quema en algún momento. Un día le tocaría a Finster. La gente siempre aplaudía y alentaba a alguien que estaba en el camino ascendente, a cualquier desvalido en busca de la cima, del premio gordo. Pero, cuando un hombre lo conseguía, las tornas cambiaban y la gente empezaba a buscarle defectos. Un ganador ya no era como ellos, luchando contra los obstáculos, combatiendo a las masas. Un ganador había alcanzado el éxito donde ellos habían fracasado, y eso no sentaba nada bien. De hecho, era algo que formaba parte de la naturaleza humana. Nadie podía dirigir el mundo durante mucho tiempo. Bill Gates, el genio de los ordenadores que se había enfrentado a IBM, había surgido de la nada para crear una nueva industria informática desde el garaje de su casa, y luego había visto cómo Estados y gobiernos trataban de derribar su imperio. Michael Jackson, el rey del pop, el chico que había conquistado el mundo musical y le había dado una nueva forma al negocio del entretenimiento, había visto cómo el frenesí por sus canciones se convertía en frenesí por su sangre. Incluso el auténtico rey, Elvis, había acabado derribado por sus admiradores; primero lo habían derrotado los Beatles, después Woodstock y, finalmente, las drogas, y todo el mundo decía: “¿Lo ves?, te lo dije”. Y ahora todo el mundo decía que pronto le llegaría el turno a Finster. No había absolutamente ninguna información relativa a Finster anterior a 1990, y el hecho de que en sólo diez años hubiera creado de la nada una red valorada en más de trece mil millones de dólares dejaba pasmado a Michael. El extenso artículo incluido en el libro daba cuenta de todas las conquistas de Finster en el mundo de los negocios, pero no había un solo dato acerca de su pasado personal: ni padre, ni madre, ni hermanos. Ni esposa, ni hijos, ni perros. O tal vez existía más información y Finster tenía el arte de ocultarla, del mismo modo que ocultaba sus estrategias en el ámbito de los negocios. En los últimos tres años había llevado una vida de lujo y esplendor exhibida sin problemas, registrada en las crónicas de sociedad como si fuese una estrella de cine que asistiera a reuniones, clubes privados y funciones sociales de gala. Las fotografías de Finster lo mostraban exactamente como Michael lo había visto: el largo pelo canoso sujeto en una coleta, las cejas oscuras acentuando el color marrón de los ojos. Raramente aparecía sin una hermosa mujer cogida de cada brazo, ninguna de las cuales parecía superar los veintidós años. Su carisma resultaba evidente incluso en las fotografías, y Michael casi podía percibir cómo irradiaba de la página.

Pero aun así... no había ningún dato personal.

Michael pasó las páginas buscando información acerca de otros industriales alemanes, y eso tranquilizó en parte su ánimo. Los otros industriales procedentes de Alemania Oriental también carecían de antecedentes. Era como un pequeño club: tú no dices nada, yo no digo nada. Todos ellos habían hecho algo en el pasado que sin duda los condenaría, y preferían que esa parte de la historia cayera en el olvido. Todos querían dejar atrás la vida que habían llevado en el pasado. Después de todo, Alemania Oriental había vivido la peor versión del comunismo. La comida escaseaba mientras la opresión era indiscriminada, y el pueblo se veía reducido a la miseria.

Todo el mundo se vigilaba y el miedo estaba a la orden del día. Los hermanos se delataban entre sí incluso por las palabras más inocentes pronunciadas contra el malvado gobierno. Y aquellos que osaban protestar habían acabado en las prisiones de Berlín Oriental y nunca más se había vuelto a saber nada de ellos. Había rumores, susurrados en callejones oscuros, bares y sótanos, que decían que ni siquiera las almas de los muertos podían escapar a través del Muro de Berlín. Y entonces el muro cayó en medio de un estruendo de escombros y gritos de alegría y de sus ruinas surgió August Finster. Toda la información que se había podido recopilar se encontraba en el libro que Michael tenía delante de los ojos, y seguía sin saber prácticamente nada de Finster. El industrial alemán era un hombre de éxito, a quien Michael imaginaba reservado y despiadado —no es posible nadar entre tiburones, a menos que se cuente con una buena dentadura—, pero no parecía representar la amenaza que Simón había sugerido en su apartamento. Finster era un tío excéntrico, como Michael había comprobado personalmente, pero ese rasgo se derivaba sin duda del poder y la increíble riqueza que poseía. La extraña colección de arte que tenía el alemán almacenada en su sótano medieval era morbosa, pero no era más que arte. Y eso sospechaba Michael que eran las dos llaves que había robado para Finster: una reliquia, algo que habría de permanecer oculto entre las cuatro paredes del museo privado de ese hombre. Tal vez esas llaves tuviesen realmente el significado histórico que Simón había mencionado, pero ¿qué podía importar? No había magia en ellas, ningún poder especial sobre las almas de toda la humanidad. El cielo era un concepto en el que Mary podía creer, pero Michael aún tenía problemas con esa cuestión.

— ¿Ha encontrado lo que estaba buscando?

Michael alzó la vista y vio ante él a la enfermera Schrier, la corpulenta enfermera alemana que trabajaba en la planta donde estaba ingresada Mary.

— No estoy seguro — respondió.

— ¿A quién está buscando en Quién es quién?

— En realidad, encontré a la persona que estaba buscando.

La enfermera miró por encima del hombro de Michael la fotografía del hombre de la melena blanca.

— ¿Finster? — preguntó.

— Sí. ¿Lo conoce? — dijo Michael, medio en broma.

La enfermera se echó a reír.

— No, no personalmente.

Michael cerró el libro, se levantó de la silla y lo devolvió a su estante.

—El nombre realmente le viene como anillo al dedo, ¿no cree? —comentó la enfermera Schrier mientras cogía una pila de revistas y se dirigía hacia la puerta.

—¿Qué nombre?

—August Engel Finster. Todo ese dinero, todas esas mujeres...

—Creo que no entiendo lo que quiere decir.

—Si fuese mi nombre, yo me lo habría cambiado. Las bromas que debieron de hacerle cuando era pequeño seguramente eran muy crueles. Sin embargo, supongo que acabó por acostumbrarse... Le sienta bien.

—No entiendo nada.

—Su nombre —la enfermera abrió la puerta de la biblioteca y sonrió a Michael— significa «gran ángel de las tinieblas». Igual que Satán.

Michael recorrió el pasillo en dirección a la habitación de Mary, con la cabeza hecha un torbellino. ¿Se trataba de alguna clase de broma? Repasó todos los datos que tenía almacenados en la mente desde el momento en que había conocido a Finster hasta que Simón le dijo lo que esa enfermera alemana acababa de revelar. ¿Gran Ángel de las Tinieblas? En los últimos años, Michael había tenido problemas con el concepto general de Dios; ahora le pedían que examinara su creencia en la posible existencia del diablo. El comportamiento de Finster era todo lo contrario de lo que Michael imaginaría en alguien malvado: el hombre realmente se había preocupado y había tratado de ayudar a Michael y a Mary.

No.

Era una simple coincidencia, una coincidencia oportuna que ese chiflado de Simón le había metido en la cabeza. No, Finster no podía ser el diablo. No eran las llaves del Cielo, eso iba contra toda lógica. Las llaves del Cielo eran seguramente un mito — como el Santo Grial—, algo inventado por algún sacerdote muerto hacía mucho tiempo para inspirar fe y miedo. Eso era lo que la razón le dictaba a Michael.

Su corazón, sin embargo, era otra historia. Latía deprisa, y el sudor le perlaba la frente. Las coincidencias no existían. Cuando había demasiados factores que apuntaban hacia algo, no era por azar. Sherloek Holmes lo había explicado mejor que nadie: «Cuando uno ha eliminado lo imposible, cualquier cosa que quede, aunque sea improbable, debe ser la verdad».

Lo que no podía dejar de recordar era la forma en que se había sentido en el interior de aquella mazmorra de Finster, el escalofrío que le había recorrido la espalda. Entonces no lo había entendido, pero ahora todo parecía mucho más claro. Había algo en las sombras, en las pinturas y en el hombre que lo había conducido hacia esa oscuridad fría y húmeda. Y su único consuelo había sido aferrarse a la pequeña caja de madera que contenía las dos llaves. En aquel momento aquello había

pasado inadvertido para él, pero ahora comenzaba a cobrar sentido. Él había visto el mal en unos cuantos reclusos de la prisión, aquellos que no tenían ningún sentimiento, aquellos cuyo único deseo era atormentar y destruir a los demás. Pero él lo había evitado, los había evitado. Pero en ese subterráneo medieval de la casa de Finster, estaba en todas partes; lo había oído, lo había sentido reptando por su piel, en medio de aquel silencio: el mal.

Completamente abstraído en sus pensamientos, Michael se topó con el doctor Rhineheart.

—Michael, me alegro de encontrarlo. ¿Puedo hablar un momento con usted? — preguntó el médico con expresión sombría.

La lluvia había comenzado a caer a medianoche, y no había ningún indicio de que fuese a dejar de llover. Combinada con los vientos fríos procedentes del norte, había hecho que la temperatura descendiese diez grados por debajo de los valores normales. Para empeorar aún más las cosas, aquella mañana se había desatado una terrible tormenta. Mary miraba a través de la ventana cómo caían los relámpagos en la lejana línea del horizonte, y contaba los segundos hasta que el trueno sacudía la habitación del hospital. La estancia se había enfriado, el mundo se había vuelto más desvaído en las últimas horas, y no era a causa de la tormenta. Mary no sabía cómo iba a decírselo a su esposo. Michael había trabajado con enorme ahínco y —según sospechaba ella— había sacrificado muchas cosas para proporcionarle los cuidados que necesitaba. Ella siempre había sido una mujer optimista, la encargada de elevar el ánimo de todos aquellos que debían enfrentarse a sus horas más oscuras; ella era invariablemente el hombro sobre el que llorar y la persona que daba esperanzas. Pero eso era siempre para los demás; ahora, por mucho que buscara en su interior, era incapaz de encontrar nada. Esta vez no llegaban las palabras de optimismo.

Cuando Michael entró en la habitación, aún no estaba preparada para él. Aunque lo intentó, no pudo evitar el tartamudeo.

—M... Michael... —No podía mirarlo a los ojos—. Lo siento... no sabes cuánto lo siento.

Michael la abrazó.

—Eh, chist... —La apretó contra su cuerpo—. Esos médicos no tienen ni idea de lo que dicen. —Su voz era firme y segura—. Buscaremos una segunda opinión; encontraremos una manera... Los Saint Pierre jamás nos rendimos.

Michael había sentido que el corazón se le rompía en mil pedazos cuando el doctor Rhineheart le había dado la noticia. En ese momento había conseguido contener las lágrimas; ahora también lo haría. Jamás permitiría que Mary las viese.

—Michael...

—Escucha, no hemos pasado por todo esto para acabar perdiendo. Siempre hemos conseguido que las cosas saliesen bien. Tú permaneciste a mí lado y me diste fuerzas para que yo pudiera regresar. Eso funciona en ambos sentidos. Me niego a tirar la toalla, y no espero menos de ti. Vamos a ganar esta batalla. —Retrocedió un paso, colocó ambas manos sobre los hombros de Mary y la miró fijamente a los ojos—. Juntos.

Mary se sintió fortalecida por las palabras de Michael, igual que siempre.

—Hay otros médicos —dijo ella, tratando de sonar convincente.

—Exacto. Encontraremos al mejor.

—He oído hablar de algunos tratamientos que aún no se han aprobado...

—Los probaremos todos.

Ambos sintieron cómo recuperaban el ánimo, mientras alimentaban mutuamente su optimismo.

—Naturistas, algún método de moda —añadió ella, medio en broma.

—Eso mismo. Aunque sea un tanto arriesgado, los probaremos todos. —Michael sonreía—. Y yo los probaré contigo. Nunca tomamos drogas cuando éramos más jóvenes, así que tal vez resulte divertido.

Ahora Mary reía con ganas, y así era como a Michael le gustaba. Su risa había vuelto, y tenía los hombros un poco más erguidos.

—Cueste lo que cueste, lo derrotaremos juntos —dijo ella.

—Así es, cariño.

Cuando se quedaron en silencio, ambos se sumieron en el mismo pensamiento; siempre pensaban de manera semejante, y eso no había cambiado. A pesar de su pequeña exhibición de optimismo para darse ánimos, existía la clara posibilidad de que Mary no pudiese sobrevivir a su enfermedad. El cáncer se había extendido por todo el cuerpo y sólo existía una remota esperanza de poder vencerlo. A medida que el silencio se prolongaba, cada uno pudo sentir los pensamientos del otro y eso no hizo más que dificultar lo que tenían que decir.

—Y si... —Mary no pudo acabar la frase, no sabía cómo pronunciarla; pero Michael sí.

—No te pasará nada.

Michael lo dijo con tanta convicción como si esas palabras fuesen capaces por sí mismas de curarla.

Se produjo otra pausa dolorosa. Michael miró los dibujos infantiles que cubrían las paredes, el sinfín de ramos de flores; objetos insignificantes que no aportaban ningún

consuelo. Las flores sólo servían para llenar los bolsillos del florista y proporcionar una vista y un aroma fugaces de todo aquello que florecía en el mundo que se extendía al otro lado de las puertas del hospital. Las flores representaban un cruel recordatorio de lo que el paciente se estaba perdiendo. Michael miró la caja de Oreo que le había llevado a Mary aquella mañana; no sabía por qué, pero no podía dejar de mirar la caja azul, como si allí estuviese la solución. El anuncio seguía dándole vueltas en la cabeza: «Un niño comerá primero el relleno de una Oreo y dejará la galleta para el final». Decidió que odiaba esa canción.

Mary vio el pánico en los ojos de su marido.

—Todo saldrá bien —murmuró al tiempo que tocaba la cruz que llevaba alrededor del cuello. Ahora era ella la que lo confortaba—. Aunque... me pase algo, estaremos juntos otra vez.

—¡No hables así! —exclamó Michael con furia.

Un segundo después se arrepintió. Como sucedía con tantos hombres, había convertido su miedo en ira y la había descargado sobre la persona que más amaba en el mundo.

Mary le cogió la mano. Luego miró por la ventana, a la lluvia que golpeaba el cristal como si fuese una cascada, convirtiendo el paisaje en una paleta de grises lavados.

—¿Cómo crees que es? —susurró Mary.

Michael no tenía idea de a qué se refería ella con esa pregunta; tenía el cerebro completamente embotado. Todo aquello por lo que había tenido que pasar, por lo que había luchado en las semanas anteriores, ahora se le antojaba baldío. Habían perdido su batalla. Él había perdido la batalla. Él le había fallado. Otra vez.

—El Cielo. —Una confortable sensación de paz invadió a Mary mientras respondía a la pregunta que Michael no había formulado. Siguió mirando a través de los cristales mojados al tiempo que susurraba— ¿Cómo crees que es? ¿Crees que es un lugar hermoso?

La conmoción recorrió el cuerpo de Michael como el relámpago sobre las colinas. Las palabras de Simón resonaron en su mente: «Ha robado las llaves del Cielo... El Cielo está cerrado».

Michael supo en ese instante que Mary no sobreviviría al cáncer. Todo lo que había dicho Simón era verdad. Se volvió hacia su esposa, atrayéndola hacia sí, desesperado por protegerla de ese horror asesino que se había apoderado de su cuerpo, que se la estaba robando. Incapaz de mirarla a los ojos, la acurrucó entre sus brazos mientras le contestaba también en un susurro:

—Estoy seguro de que sí.

Media hora antes, el doctor Rhineheart le había explicado a Michael cuál era exactamente el estado de Mary.

Aunque le habían extirpado los ovarios y la trompa de Falopio, eliminando el cáncer de esa zona, la enfermedad había hecho metástasis en otras partes del cuerpo, sobre todo en los riñones y el cerebro. Los síntomas aún no eran evidentes, pero no tardarían mucho en manifestarse. Era como si lo hubieran expulsado de los matorrales donde se estaba alimentando de su presa, sólo para que se instalara en un nuevo nido a darse un nuevo festín. El cáncer era agresivo. Se estaba multiplicando a un ritmo vertiginoso.

Y la mataría al cabo de seis semanas.



Capítulo 16

El Oíd Stand estaba lleno hasta la bandera. De pared a pared, hombro con hombro. El tiempo había obligado a suspender el partido de softbal de la liga masculina programado para aquella tarde. De modo que aquella noche no había excusas, sólo beber, y las bebidas rebosaban en las copas. Los gritos eran la única forma de comunicarse y si alguien había ido allí a pensar, ya podía olvidarlo.

Michael estaba apretujado en un reservado en la parte trasera del local, esperando. Llevaba allí más de una hora con la misma copa. Había abandonado la habitación de Mary cuando ella se había dormido, y luego había sacado su teléfono móvil. Busch contestó, y los insultos se prolongaron durante dos minutos a un volumen próximo a los decibelios que había en el interior del bar. Michael no se inmutó; estaba sufriendo y necesitaba un amigo más que en cualquier otro momento de su vida. No tenía a nadie más a quien recurrir. Busch le habló a gritos de confianza, lealtad y amistad; verdad, traición y mentiras, pero sobre todo vociferó acerca de la ley y de la posición en la que Michael lo había colocado. Cuando hubo terminado, Michael le preguntó si podían verse. Oh, sí, claro que podían verse. Le dijo a Michael que estuviese en el Oíd Stand a las nueve en punto, y que le convenía no llegar tarde.

De modo que Michael esperaba. Sabía que tendría que confesárselo todo a Busch por haber violado su libertad condicional. Se había aprovechado de su amistad y había abusado de ella. Pero, aunque la culpa por haber traicionado a su amigo era una pesada carga para él, la culpa que sentía por haber traicionado a su esposa era diez veces mayor. Una y otra vez repasaba en su mente las palabras que le había dicho Simón. Si el Cielo estaba cerrado —y esa posibilidad parecía haber aumentado a lo largo del día—, entonces él había destruido la esperanza de vida eterna de Mary, una violación de sus creencias más profundas que estaba más allá de la comprensión. Su cerebro era un revoltijo de pensamientos incoherentes que ahogaban incluso el bullicio que reinaba en el bar.

Paul Busch entró echando chispas en el reservado y se sentó delante de Michael. El fornido policía estaba haciendo un enorme esfuerzo por contener su furia. Michael no dijo nada y mantuvo la mirada baja.

—¿Dónde cono te habías metido?

—Lo siento.

—No intentes disculparte; no estoy con ánimo de perdonar a nadie. ¿Dónde estuviste?

—Tenía que hacerme cargo de un asunto.

—¿Un asunto? No digas gilipolleces, Michael. Quiero oírlo de tus labios: ¿dónde cojones has estado estos últimos ocho días?

Michael lo miró sin saber qué contestar: todo lo que quería era recibir el castigo que merecía y regresar al lado de Mary.

—¿Te das cuenta de la posición en la que me has colocado? He estado cubriendo tu culo durante casi dos semanas, compañero, y yo no cubro ningún culo salvo el mío, ¿lo entiendes?

Busch estaba empezando a perder el control; miraba la pared como si quisiera fulminarla y respiraba agitadamente, luchando por recuperar el equilibrio. Los segundos pasaban.

—Vengo del hospital —dijo Michael.

Busch alzó la vista y la ira desapareció al instante de su rostro.

—¿Y?

La expresión de Michael lo decía todo. Busch no necesitó que le dijese nada; los ojos de Michael eran los de un niño herido. Busch jamás había visto a Michael así. No cabía duda de que había estado deprimido por la enfermedad de Mary, pero siempre había conservado un atisbo de esperanza.

—¿Es muy malo?

—Se ha extendido por todas partes.

Eso era lo último que Busch esperaba oír; había llegado dispuesto a machacar a Michael. Ahora olvidó por completo su ira.

—Oh, Mike. ¿Qué puedo hacer?

Michael se limitó a mirarlo sin contestar, los ojos llenos de remordimientos y miedo.

—Sé cómo estás sufriendo...

—He hecho algo —dijo Michael con voz queda, la cabeza inclinada como si estuviera confesándose.

—¿Qué? —Era una pregunta que Busch ya no quería que le contestase—. ¿Qué es lo que has hecho?

—La he condenado.

Busch entrecerró los ojos, desconcertado. Ya no estaba preocupado sólo por Mary.

—He destruido todo aquello en lo que Mary creía.

—¿De qué estás hablando? El cáncer de Mary no es culpa tuya.

—Dicen que nuestros seres queridos siempre pagan el precio por nuestros pecados.

—Eso no son más que gilipolleces; el estado de Mary no tiene nada que ver con lo que eres ni con lo que has hecho en tu vida.

—¿Por qué no soy yo quien está en esa cama?

—Eh, olvídate de esa idea ahora mismo. Lo que está pasando es algo trágico, pero tú no fuiste la causa. En este mundo suceden cosas que no podemos controlar. Simplemente suceden.

—Ojala pudiera devolverlo.

—¿Devolver qué? —Busch no podía estar más confundido—. Mike, ¿qué es lo que has hecho?

—Fui a Europa. —Michael hizo una pausa—. Y robé dos llaves.

Busch cerró los ojos; sabía que Michael había viajado al extranjero. Esa noche, su intención había sido conseguir que Michael lo admitiese, pero no de ese modo. Había esperado contra todo pronóstico que hubiese una explicación razonable, porque si el propósito del viaje de Michael era cometer un delito, él se encontraría en la peor de todas las posiciones posibles.

—No puedes estar diciéndome...

—Robé las llaves para pagar el tratamiento de Mary.

—Mierda, lo sabía. ¡Me lo prometiste!

—Sí. Prometí muchas cosas.

El volumen del griterío en el bar pareció aumentar con la intensidad de su conversación. A Busch le resultaba difícil creer que a su alrededor se estuviese produciendo todo aquel jolgorio mientras la vida de su mejor amigo se estaba cayendo a pedazos.

—Michael, esto es muy grave...

—Se las vendí a un hombre llamado Finster.

—Esto es mucho peor que haber violado la libertad condicional. Yo...

—Finster es el diablo, Paul. Le vendí las llaves al diablo.

Michael lo dijo sin alterarse, sin poder creer aún en sus propias palabras.

—¿Qué?

—Le vendí las llaves al diablo; eran las llaves del Cielo. Las llaves de las Puertas del Cielo.

Busch simplemente permaneció allí, aturdido, sin saber cómo abordar la crisis nerviosa que se desarrollaba ante él. Michael se estaba derrumbando ante sus ojos, y él no sabía qué hacer.

—Michael, estás desvariando. —Busch se inclinó hacia adelante por encima de la mesa—. Mírame. Sé la tensión que estás sufriendo...

Michael lo miró fijamente a los ojos.

—Paul, te estoy diciendo la verdad.

Busch vio claramente que Michael creía lo que estaba diciendo. Y eso lo asustó. Había tratado muchas veces con el elemento criminal clasificado como demente, sabía cómo creían en su propio mundo, en su propia definición del bien y el mal.

—Sinceramente crees que has conocido a...

—No importa lo que yo crea —lo interrumpió Michael—. Es lo que Mary cree. Le he quitado lo que ella valora más que nada en el mundo: su fe, su vida eterna.

Aunque se odiaba por ello, Busch estaba profundamente aterrado; su mejor amigo se había vuelto loco.

Busch no tenía idea de cómo manejar esa situación, era Jeannie la que siempre trataba las cuestiones delicadas. Él no era delicado. De modo que se refugió en el lugar al que siempre acudía antes de que el pánico se apoderase de él, esperando así poder arrastrar a Michael de nuevo a la realidad.

—Mira, compañero, tenemos otro problema.

Michael se inclinó hacia adelante.

—Violaste tu libertad condicional. Tenemos que hacer frente a eso.

—En este momento ésa es la menor de mis preocupaciones.

—No, no lo es. Podrías volver a prisión.

—Te he contado esto en confianza, Paul. Como amigo.

—Eres mi amigo, Michael. Pero la ley es la ley. Si alguien descubre que te largaste del país, y lo harán —añadió, recordando la información de Thal—, los dos estaremos bien jodidos. Es la ley, Mike, y tú la violaste... deliberadamente.

—Tengo que enmendar lo que hice.

Michael ni siquiera prestaba atención a lo que Busch le estaba diciendo.

—Estás delirando, Michael. Sólo estás culpándote por la enfermedad de Mary.

—Tengo que irme. —Michael se levantó y miró a Busch con ojos acusadores—. Gracias por tu ayuda...

Su sarcasmo hirió a Busch.

—No puedo dejarte ir, Michael —dijo con autoridad el enorme policía.

—¿Qué piensas hacer, Paul, meterme en prisión mientras mi esposa se muere?

Ahora Busch volvía a estar furioso, como cuando había entrado en el bar. Michael había conseguido invertir con éxito la culpa y colocarla sobre sus hombros; Busch estaba fuera de sí.

—Te condenarás al infierno...

Pero Michael se alejó, murmurando entre dientes.

—Ya lo he hecho.

Los hijos de Busch chillaban como si fuesen fantasmas. Los dos chicos tenían un vínculo especial y raramente se separaban, Mientras corrían por la cocina con tomahawks y sables ligeros de Playskool mostraban una energía que nada tenía que envidiar a la de un leopardo corriendo detrás de su presa.

Sentado a la mesa como si estuviese dentro de una burbuja insonorizada, Busch picoteaba la cena, indiferente al bullicio de sus hijos. No tenía ganas de hablar; en ese momento no tenía ganas de hacer nada. Estaba perdiendo a dos de sus mejores amigos: una a causa del cáncer y el otro debido a la locura, y no había nada que él pudiese hacer por ninguno de ellos. Nunca antes en su vida se había sentido tan impotente. Y, para empeorar aún más las cosas, Michael le había vuelto la espalda. ¿Cómo era posible que hubiese violado su libertad condicional después de todo lo que había hecho por él? Eso le hacía sentir un vacío tan profundo que era como si todo aquello por lo que había luchado hubiese sido barrido súbitamente por algún repentino viento de verano.

Jeannie estaba sentada frente a su esposo. Ella también permanecía en silencio. Paul había llegado a casa de ese modo demasiadas veces como para llevar la cuenta, cuando las tribulaciones del día parecían haberle quitado toda su vitalidad. Ella sabía que cuando Paul se sentía así no convenía presionarlo; cuando quisiera hablar, ella estaría allí para escucharlo. Sacarse las cosas de dentro habitualmente ayudaba, pero había momentos en los que el dolor de volver a hablar de algo, de revivirlo, era demasiado grande hasta que el paso de las semanas —a veces de los años— actuaba como una especie de paliativo. Paul la amaba y ella a él, y eso era lo importante. A veces cada uno tenía que vivir su vida por separado en determinadas cuestiones.

Los niños seguían dando vueltas alrededor de la mesa, y la burbuja insonorizada de Busch comenzaba a agrietarse. Jeannie percibió su creciente fastidio.

—Eh, vosotros dos, a ver si os calmáis un poco, ¿eh? —dijo, esperando evitar lo inevitable.

Pero, naturalmente, los niños son niños y no hicieron sino gritar más fuerte, correr más rápido y forzar sus pulmones hasta el límite. Y entonces, sin previo aviso, todo pareció desarrollarse a cámara lenta. El brazo de Robbie, girando como el aspa de un molino, alcanzó la jarra de vidrio que estaba sobre la mesa. La jarra voló por el aire y acabó estrellándose contra el suelo; la limonada salpicó por todas partes.

Busch saltó de su silla.

—¿No habéis oído lo que os ha dicho vuestra madre? ¡No respetáis ninguna regla! Estoy harto de la falta de respeto que hay en esta casa. Pero las cosas van a cambiar, ¿me habéis oído?

Los dos niños se pararon en seco. Demasiado asustados para llorar, empezaron a temblar de miedo. Su padre raramente perdía los nervios con ellos; pero, cuando lo hacía, el castigo solía ser tan severo que los dejaba llorando durante horas.

Jeannie se llevó a los niños de la cocina.

—Está bien, chicos, arriba. Poneos los pijamas, lavaos los dientes y podéis ver una película.

Cuando regresó a la cocina, Paul se paseaba arriba y abajo, frotándose la frente, cerrando el puño con fuerza y volviendo a abrirlo una y otra vez, como si estuviese bombeando algún instrumento médico. Ya no pudo seguir ocultando la causa de su malhumor.

—Es Michael. Violó su libertad condicional. Me lo ha dicho. ¡Me lo ha dicho! —gritó Busch sin poder creerlo todavía. Se sentó, agotado, como si en lugar de decir una docena de palabras hubiera corrido la maratón. Luego continuó hablando, ahora en un tono más controlado—. Robó algo en Europa.

—¿En Europa? Pensaba que había viajado al sur... —Jeannie hizo una pausa—. ¿Qué piensas hacer?

¿Qué pensaba hacer? Esa era la pregunta que Busch temía responder.

—Tengo que arrestarlo —dijo.

Había sabido en todo momento qué era lo que debía hacer, pero el hecho de contárselo a Jeannie lo había convertido en realidad. Tan pronto como las palabras salieron de su boca, fue como si le hubiesen echado ácido en la lengua.

—Estoy segura de que hay una explicación.

—Michael lo hizo para pagar el tratamiento de Mary.

—Oh, Dios santo.

Ella no podía siquiera imaginar el dolor que Paul sentía en aquel momento. Estaba a punto de acabar con la vida de su mejor amigo. Y no sólo su amigo: el amigo de ambos, el esposo de su mejor amiga. ¿Y qué significaría eso para Mary?

—Yo no hago las leyes, Jeannie. No me corresponde a mí escuchar las explicaciones, es trabajo del juez...

—Volverán a meterlo en prisión. Y eso matará a Mary.

—Jeannie... —Busch hizo una pausa—. El tratamiento de Mary ha fracasado. El cáncer se ha extendido.

Jeannie era una mujer fuerte, pero no tanto. Permaneció inmóvil, totalmente conmocionada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Mary había sido su mejor amiga desde los años de instituto.

—¿Están seguros? —Su voz se quebró—. Tiene que haber algo...

Paul negó con la cabeza. No podía darle ninguna respuesta.

Ambos permanecieron sentados durante lo que les pareció una eternidad, sin decir una sola palabra. Jeannie llevaba junto a Paul más de quince años. En todo ese tiempo, él había sido una roca, el miembro más fuerte de la pareja. Había asistido a incontables funerales: el de su madre y el de su hermano hacía tres años, en sólo dos meses. Su hermano había muerto atropellado por un conductor borracho, su madre, de tristeza. Colegas, amigos, incluso un compañero abatido en acto de servicio. En todos aquellos días, ella jamás lo había visto derramar una lágrima. Hasta esa noche. Y cuando el llanto llegó fue como si todos sus años de pena y dolor fluyeran como uno solo. Esa noche, Paul no dijo nada. Permaneció sentado sin abrir la boca mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Busch estaba en la puerta del dormitorio de sus hijos mirando cómo dormían, enredados en sus sábanas blancas de verano. Tan inocentes, tan optimistas... La vida aún no los había despojado de sus sueños. Un padre siempre quiere proteger el mundo de sus hijos de la dura realidad de la edad adulta.

Y sólo un padre es capaz de comprender el dolor que se sufre después de haber reprendido a un hijo. Busch se sentía avergonzado por haber tratado a sus hijos como lo había hecho. Sólo se estaban comportando como niños, y eso no era un pecado. Él se había esforzado mucho por ser diferente de su padre. Se había dedicado a ser parte de su educación, su entrenador, su amigo. Había decidido ser para sus hijos todo aquello que su padre no había sido con él. Y lo era la mayor parte del tiempo. Pero los errores como los de esa noche le daban una percepción real de su propio padre. Siempre había secretos y circunstancias que convenía ocultarles a los hijos, cosas como el cáncer y la prisión. Ahora Busch comprendía que lo que había considerado una falta de atención de parte de su padre no era más que preocupación por las dificultades de la vida.

Siempre había dos perspectivas para cada situación, y de allí procedían los dones de la sabiduría... poco a poco. Se inclinó sobre sus hijos y los besó en las rosadas mejillas mientras les daba las gracias en silencio por ayudarlo a crecer.

Michael cogió dos vasos y una botella de Jack Daniel's y se dirigió a su estudio. La habitación estaba completamente a oscuras, excepto por la luz que se filtraba por la ventana procedente de las farolas de la calle. Hawk dormía acurrucado a un costado del escritorio.

—De modo que ahora ya lo sabe —dijo una voz desde las sombras.

Michael se quedó inmóvil. Un momento después dejó los vasos encima del escritorio, sirvió sendas medidas de whisky y le pasó uno a Simón, que estaba sentado detrás del escritorio. Encendió la lámpara y se dejó caer en un sillón.

—No sé qué creer —confesó.

Durante las últimas dos horas, Michael había vagado por las calles de Byram Hills, al borde de la locura. Era la única explicación posible: la carga que había asumido sobre sus hombros finalmente lo había destrozado. Su vida se estaba convirtiendo en sus sueños, sus sueños en pesadillas, y las pesadillas en realidad.

Había dejado a Busch en el bar, después de haber destruido la única amistad masculina que tenía. Había dejado a Mary dormida en su cama del hospital, sabiendo que había destruido todo aquello en lo que ella creía. «La locura llega fácilmente», pensó mientras continuaba andando. Había crecido en su interior de la misma manera en que el cáncer se había ido apoderando poco a poco de Mary, devorando su cerebro tal como el cuerpo de ella era devorado por la terrible enfermedad. Pero los locos nunca eran conscientes de su demencia... o al menos eso había oído decir.

El quería respuestas, y sólo había una persona que podía dárselas. Sólo Simón era capaz de revelarle la verdad. Además, era la única persona a la que Michael podía recurrir. Y lo odiaba por ello.

—Refrésqueme la memoria. —La voz de Michael destilaba cinismo—. ¿Por qué debería tener fe en lo que usted dice?

—Usted no tiene fe en sí mismo. ¿Cómo podría entonces tener fe en otra persona, y en mí menos que en nadie?

—Inténtelo—lo desafió Michael.

—Jesucristo estaba predicando a sus doce discípulos. .. ¿Conoce la historia de los doce apóstoles?

—Sí, fui a una escuela católica.

—Cuando Jesús llegó a las afueras de Cesárea de Filipo, les preguntó a sus discípulos: «¿ Quién dicen los hombres que soy?». Y ellos contestaron: «Algunos

dicen que eres Juan el Bautista; algunos, Elias; y otros, Jeremías o uno de los profetas». Entonces Jesús dijo: “¿Pero quién creéis vosotros que soy?”.

Los doce hombres se quedaron reflexionando sobre la pregunta, pero sólo uno de ellos conocía la respuesta. Y fue este discípulo quien dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Y Jesús le dijo a su seguidor: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia”. Y Jesús concedió a su rebautizado discípulo el poder de condenar o absolver a todos aquellos que desearan la salvación, diciendo: “Aquello que tú unas en la tierra quedará unido en el Cielo, y aquello que condenes en la tierra será condenado en el Cielo”. Jesús le otorgó a Pedro el poder de controlar las puertas de la vida eterna. Y le entregó dos llaves imbuidas de este poder, una de oro y la otra de plata. —Simón hizo una pausa—. Las llaves de las Puertas del Cielo.

Después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, este discípulo, Pedro, dirigió la Iglesia de Jesucristo, la cristiandad. La historia ha llegado a conocer a Pedro como el primer papa. Este poder que nuestro Señor concedió a Pedro pasa a sus sucesores, junto con las llaves.

Simón se apoyó en el respaldo del sillón para darle tiempo a Michael a asimilar la historia, esperando a que hiciera algún comentario.

—¿De modo que, para la Iglesia, estas dos llaves tienen un enorme valor? —preguntó Michael.

—Un valor que usted ni siquiera es capaz de concebir.

—Y, naturalmente, usted deja algo de un valor tan incalculable escondido en una iglesia ruinoso perdida en medio de la nada. Debe de ser muy listo. ¿Sabe lo sencillo que fue robarlas? Si todo lo que dice es verdad, si éstas son realmente las llaves que dejó Jesús... —Michael hizo una pausa—. Esas llaves no son más que una farsa producto de la superstición.

—Usted puede no compartir nuestras creencias —replicó Simón, que se levantó súbitamente del sillón y comenzó a pasearse por la habitación—, pero no se atreva a burlarse de mí. —Se detuvo—. Esas llaves fueron dejadas por Pedro antes de su muerte en el lugar exacto desde el que Jesús ascendió al Cielo. Un vínculo entre el Cielo y la tierra. El lugar donde se construyó la iglesia de la Ascensión...

—¡Es un mito! Un cuento de hadas que han ido adornando a lo largo de los siglos...

—Pedro ordenó, y todos los papas posteriores asilo han entendido, que era allí donde debían estar las llaves. Mientras esas llaves fuesen propiedad del papa y de la Iglesia, se preservaría el vínculo. Las puertas permanecerían abiertas.

—Espere un momento —lo interrumpió Michael—. Esas llaves estaban protegidas. Usted era el encargado de protegerlas. —No pudo resistir la tentación de ser incisivo—. Y usted fracasó.

Simón no contestó. Sus ojos taladraron a Michael antes de apartar la vista.

—Y ahora tiene que solucionar este desaguisado—prosiguió Michael—. ¿Lo sabe el Vaticano? Lo dudo; de otro modo habría muchos más tipos como usted.

Simón cogió a Michael por el cuello de la camisa y lo levantó del sillón.

—Debería matarlo. O, mejor aún, dejarlo tullido, dejar que recogiera las semillas que ha sembrado. Finster volverá, ¿sabe? Volverá a buscar a su esposa y luego volverá a buscarlo a usted. Y lo único que se le ocurre hacer es burlarse de mí con sus estupideces arrogantes. Prefiere regocijarse a mi costa, mientras su mente asustada trata de ocultar el auténtico terror que siente. Prefiere insultarme en lugar de salvar a su esposa del castigo eterno. Su arrogancia me repugna.

Simón empujó sin esfuerzo a Michael hacia el sillón;

—¿Cómo podría Finster ser quien usted dice que es? No veo ninguna prueba...

—¿Prueba? Ya tiene pruebas. August Finster lo contrató para robar; usted era su peón.

—¿Finster? Es un coleccionista, un hombre de negocios respetado, extremadamente exitoso...

—Finster es todo eso excepto por una cosa: no es un hombre.

—¿Cómo sabe todo eso acerca de él? No. Esto es una locura.

—Su nombre ha aparecido repetidamente en relación con su interés por algunas de las muestras de arte más profano producido contra la Iglesia. Consideré que era algo morboso, como todos los demás. Pero cuando algunas piezas comenzaron a desaparecer del mercado negro decidí hacer más comprobaciones en sus antecedentes. Parece que no tiene antecedentes...

—Tampoco la mayoría de las personas que vienen del bloque del Este.

—Pero Finster, a diferencia de los demás, nunca nació.

Simón miró fijamente a Michael. Este se echó a reír.

—¿Cree que es divertido? —preguntó Simón—. Usted no sabe nada de los alemanes del Este. Llevaban registros de todo el mundo, prácticamente desde la concepción. La gente piensa que esos registros han desaparecido, pero no es así; sólo hay que saber dónde buscarlos. Y yo los encontré. No hay ningún registro acerca de Finster... en ninguna parte.

—¿Y ésa es toda la prueba que tiene?

Simón hizo caso omiso de su interrupción.

—Hace un par de años le hice una visita por sorpresa a nuestro amigo Finster en Berlín. Nadie sabía nada acerca de mi itinerario y, sin embargo, allí estaba él, solo en

el andén, esperándome cuando bajé del tren. Le pregunté directamente quién era. Su respuesta fue: ¿Por qué hace una pregunta de la que ya conoce la respuesta?». Mi intención era acusarlo de estar conspirando contra la Iglesia y contra Dios, pero él lo negó todo. El único problema fue que sus negaciones llegaron antes incluso de que yo lo acusara de nada. Él sabía absolutamente todo lo que yo pensaba decirle. Lo siguiente que supe fue que me encontraba en el tren de regreso a Roma sin recordar cómo había llegado allí. Y, desde aquel día, no pasa una sola noche sin que Finster aceche mis sueños.

—¿Sueños? —Michael meneó la cabeza—. Está basando toda esta historia en...

—Finster es el ángel negro expulsado del Cielo en el principio de los tiempos.

—Una fábula muy apropiada para asustar al mundo. Mantener a los niños escondidos debajo de la cama.

Las madres temblando de miedo e implorando perdón. Todos corriendo hacia el Dios bondadoso para que los salve, para que los proteja del mal de un Satán falso. —Michael se irguió en el sillón, sintiéndose cada vez más seguro de sí mismo a medida que las palabras salían de su boca—. August Finster no es más que un egocéntrico hombre de negocios lleno de poder, que lanza su hechizo sobre toda Europa y, al parecer, también sobre usted.

Simón se sentó frente a Michael.

—August Finster es un ser extremadamente atractivo y carismático; divertido, encantador, cálido. Y es el malvado más terrible. Todo lo que lo rodea no es más que una fachada. Él apela a las necesidades y deseos internos de cada uno. Sabe lo que uno desea, sabe exactamente qué es lo que a uno lo aterra. Se aprovecha de ese conocimiento. —Simón se inclinó hacia Michael. Ahora era su turno de ser incisivo—. Como se aprovechó de usted —dijo mirándolo fríamente con fijeza—. Qué coincidencia que la respuesta a sus plegarias llegase en su hora más desesperada con la capacidad de proporcionarle algo que usted no podía conseguir de nadie más. Y todo a cambio de un sencillo trabajo blasfemo. ¿Quién es el que ha fracasado en este caso?

De súbito la habitación se oscureció, el mundo se volvió más claustrofóbico. Michael era agudamente consciente de los sonidos que lo rodeaban: la respiración de su perro, los coches en la calle, el tictac de su reloj; todo parecía acentuar el miedo que sentía por dentro.

—¿Qué es lo que Finster quiere? —le preguntó a Simón.

—Lo que siempre ha querido: nuestras almas. Hacer un trueque con una aquí, robar otra allá. Ahora no tiene necesidad de hacerlo, pues las tendrá a todas. Al controlar las llaves, controla las Puertas del Cielo.

— ¿Por qué Dios sencillamente no vuelve a abrirlas? Estaban abiertas cuando Jesús colgaba de la cruz. ¿Acaso no es eso lo que usted cree?

Simón no le había temido a nada desde los dieciséis años, desde que había sufrido algo que lo afectó en lo más profundo de su ser. Aquel día su corazón había muerto y, con él, todas sus emociones. Desde entonces no había sentido miedo y tampoco ninguna otra emoción. Hasta el momento.

—Dios tendrá que regresar. El cumplimiento de las Sagradas Escrituras, el fin del mundo, como quiera llamarlo. El cuerno de Gabriel se oirá por toda la tierra. Será la señal de que Dios está regresando, de que se acerca el Día del Juicio. Michael, debemos recuperar esas llaves.

Michael no sabía si echarse a reír o ponerse a gritar. Todo lo que había sucedido en las últimas semanas parecía empezar a encajar en su sitio. Cada paso que había dado lo había conducido hasta ese momento. Él no sólo había herido y destruido las vidas de los seres a los que amaba, sino que había pisoteado las creencias que los sustentaban.

—Debemos marcharnos —dijo Simón—. No tenemos mucho tiempo.

—Mi esposa se está muriendo —objetó Michael—. No puedo volver a dejarla.

—Lo siento.

En la voz de Simón no había ni una pizca de compasión.

—No puedo abandonarla. Su vida...

—Su vida se está apagando. No hay nada que usted pueda hacer para detenerlo. Pero si valora en algo la vida eterna de su esposa, aún hay tiempo. Salve eso, Michael. Salve el alma de su esposa.

Michael dio vueltas en la cama toda la noche. Incapaz de conciliar el sueño, decidió trasladarse al sofá, donde un muelle que sobresalía se le clavaba en el omóplato. Prefería esa molesta presión a los pensamientos que habían llenado su cabeza mientras se agitaba, inquieto y solo, sobre el colchón doble. La cama vacía le despertaba demasiados recuerdos. Así serían las cosas cuando Mary ya no estuviese con él. No estaba preparado para hacer frente a eso ahora. Ella aún estaba viva. De eso no tenía dudas.

Era lo único de lo que no tenía dudas.

Una vez que Simón se hubo marchado, salió a caminar por las calles desiertas. Vagó sin rumbo hasta que se encontró ante el hospital. Estuvo contemplando la ventana a oscuras de la habitación de Mary, pero no entró. Si lo hacía, si la veía, la angustia volvería a apoderarse de él, y necesitaba tener la mente despejada para pensar. Si se marchaba con Simón, no había manera de saber durante cuánto tiempo estaría ausente. Mary podía morir en su ausencia, ¿y cómo haría él para vivir con ese

peso sobre su conciencia? Podía dejar que Simón se marchase solo, pero nunca sabría si había conseguido recuperar las llaves. La tortura que tendría que soportar por el resto de sus días —la incertidumbre de si Mary se había ido a un lugar mejor, a un lugar más misericordioso— lo acompañaría hasta la tumba.

La fe de Michael en Dios se había hecho pedazos, ya no existía. La de Mary, en cambio, era más fuerte que nunca. Ella creía en la vida eterna, en la eternidad, en el Cielo.

Todo se reducía a sus creencias destrozadas contra la fe inquebrantable de Mary.

La decisión llegó sola, sin que él la tomara.

Se marcharía con Simón.



Capítulo 17

El Oíd Stand estaba lleno hasta la bandera. De pared a pared, hombro con hombro. El tiempo había obligado a suspender el partido de softbal de la liga masculina programado para aquella tarde. De modo que aquella noche no había excusas, sólo beber, y las bebidas rebosaban en las copas. Los gritos eran la única forma de comunicarse y si alguien había ido allí a pensar, ya podía olvidarlo.

Michael estaba apretujado en un reservado en la parte trasera del local, esperando. Llevaba allí más de una hora con la misma copa. Había abandonado la habitación de Mary cuando ella se había dormido, y luego había sacado su teléfono móvil. Busch contestó, y los insultos se prolongaron durante dos minutos a un volumen próximo a los decibelios que había en el interior del bar. Michael no se inmutó; estaba sufriendo y necesitaba un amigo más que en cualquier otro momento de su vida. No tenía a nadie más a quien recurrir. Busch le habló a gritos de confianza, lealtad y amistad; verdad, traición y mentiras, pero sobre todo vociferó acerca de la ley y de la posición en la que Michael lo había colocado. Cuando hubo terminado, Michael le preguntó si podían verse. Oh, sí, claro que podían verse. Le dijo a Michael que estuviese en el Oíd Stand a las nueve en punto, y que le convenía no llegar tarde.

De modo que Michael esperaba. Sabía que tendría que confesárselo todo a Busch por haber violado su libertad condicional. Se había aprovechado de su amistad y había abusado de ella. Pero, aunque la culpa por haber traicionado a su amigo era una pesada carga para él, la culpa que sentía por haber traicionado a su esposa era diez veces mayor. Una y otra vez repasaba en su mente las palabras que le había dicho Simón. Si el Cielo estaba cerrado —y esa posibilidad parecía haber aumentado a lo largo del día—, entonces él había destruido la esperanza de vida eterna de Mary, una violación de sus creencias más profundas que estaba más allá de la comprensión. Su cerebro era un revoltijo de pensamientos incoherentes que ahogaban incluso el bullicio que reinaba en el bar.

Paul Busch entró echando chispas en el reservado y se sentó delante de Michael. El fornido policía estaba haciendo un enorme esfuerzo por contener su furia. Michael no dijo nada y mantuvo la mirada baja.

—¿Dónde cono te habías metido?

—Lo siento.

—No intentes disculparte; no estoy con ánimo de perdonar a nadie. ¿Dónde estuviste?

—Tenía que hacerme cargo de un asunto.

—¿Un asunto? No digas gilipolleces, Michael. Quiero oírlo de tus labios: ¿dónde cojones has estado estos últimos ocho días?

Michael lo miró sin saber qué contestar: todo lo que quería era recibir el castigo que merecía y regresar al lado de Mary.

—¿Te das cuenta de la posición en la que me has colocado? He estado cubriendo tu culo durante casi dos semanas, compañero, y yo no cubro ningún culo salvo el mío, ¿lo entiendes?

Busch estaba empezando a perder el control; miraba la pared como si quisiera fulminarla y respiraba agitadamente, luchando por recuperar el equilibrio. Los segundos pasaban.

—Vengo del hospital —dijo Michael.

Busch alzó la vista y la ira desapareció al instante de su rostro.

—¿Y?

La expresión de Michael lo decía todo. Busch no necesitó que le dijese nada; los ojos de Michael eran los de un niño herido. Busch jamás había visto a Michael así. No cabía duda de que había estado deprimido por la enfermedad de Mary, pero siempre había conservado un atisbo de esperanza.

—¿Es muy malo?

—Se ha extendido por todas partes.

Eso era lo último que Busch esperaba oír; había llegado dispuesto a machacar a Michael. Ahora olvidó por completo su ira.

—Oh, Mike. ¿Qué puedo hacer?

Michael se limitó a mirarlo sin contestar, los ojos llenos de remordimientos y miedo.

—Sé cómo estás sufriendo...

—He hecho algo —dijo Michael con voz queda, la cabeza inclinada como si estuviera confesándose.

—¿Qué? —Era una pregunta que Busch ya no quería que le contestase—. ¿Qué es lo que has hecho?

—La he condenado.

Busch entrecerró los ojos, desconcertado. Ya no estaba preocupado sólo por Mary.

—He destruido todo aquello en lo que Mary creía.

—¿De qué estás hablando? El cáncer de Mary no es culpa tuya.

—Dicen que nuestros seres queridos siempre pagan el precio por nuestros pecados.

—Eso no son más que gilipolleces; el estado de Mary no tiene nada que ver con lo que eres ni con lo que has hecho en tu vida.

—¿Por qué no soy yo quien está en esa cama?

—Eh, olvídate de esa idea ahora mismo. Lo que está pasando es algo trágico, pero tú no fuiste la causa. En este mundo suceden cosas que no podemos controlar. Simplemente suceden.

—Ojala pudiera devolverlo.

—¿Devolver qué? —Busch no podía estar más confundido—. Mike, ¿qué es lo que has hecho?

—Fui a Europa. —Michael hizo una pausa—. Y robé dos llaves.

Busch cerró los ojos; sabía que Michael había viajado al extranjero. Esa noche, su intención había sido conseguir que Michael lo admitiese, pero no de ese modo. Había esperado contra todo pronóstico que hubiese una explicación razonable, porque si el propósito del viaje de Michael era cometer un delito, él se encontraría en la peor de todas las posiciones posibles.

—No puedes estar diciéndome...

—Robé las llaves para pagar el tratamiento de Mary.

—Mierda, lo sabía. ¡Me lo prometiste!

—Sí. Prometí muchas cosas.

El volumen del griterío en el bar pareció aumentar con la intensidad de su conversación. A Busch le resultaba difícil creer que a su alrededor se estuviese produciendo todo aquel jolgorio mientras la vida de su mejor amigo se estaba cayendo a pedazos.

—Michael, esto es muy grave...

—Se las vendí a un hombre llamado Finster.

—Esto es mucho peor que haber violado la libertad condicional. Yo...

—Finster es el diablo, Paul. Le vendí las llaves al diablo.

Michael lo dijo sin alterarse, sin poder creer aún en sus propias palabras.

—¿Qué?

—Le vendí las llaves al diablo; eran las llaves del Cielo. Las llaves de las Puertas del Cielo.

Busch simplemente permaneció allí, aturdido, sin saber cómo abordar la crisis nerviosa que se desarrollaba ante él. Michael se estaba derrumbando ante sus ojos, y él no sabía qué hacer.

—Michael, estás desvariando. —Busch se inclinó hacia adelante por encima de la mesa—. Mírame. Sé la tensión que estás sufriendo...

Michael lo miró fijamente a los ojos.

—Paul, te estoy diciendo la verdad.

Busch vio claramente que Michael creía lo que estaba diciendo. Y eso lo asustó. Había tratado muchas veces con el elemento criminal clasificado como demente, sabía cómo creían en su propio mundo, en su propia definición del bien y el mal.

—Sinceramente crees que has conocido a...

—No importa lo que yo crea —lo interrumpió Michael—. Es lo que Mary cree. Le he quitado lo que ella valora más que nada en el mundo: su fe, su vida eterna.

Aunque se odiaba por ello, Busch estaba profundamente aterrado; su mejor amigo se había vuelto loco.

Busch no tenía idea de cómo manejar esa situación, era Jeannie la que siempre trataba las cuestiones delicadas. Él no era delicado. De modo que se refugió en el lugar al que siempre acudía antes de que el pánico se apoderase de él, esperando así poder arrastrar a Michael de nuevo a la realidad.

—Mira, compañero, tenemos otro problema.

Michael se inclinó hacia adelante.

—Violaste tu libertad condicional. Tenemos que hacer frente a eso.

—En este momento ésa es la menor de mis preocupaciones.

—No, no lo es. Podrías volver a prisión.

—Te he contado esto en confianza, Paul. Como amigo.

—Eres mi amigo, Michael. Pero la ley es la ley. Si alguien descubre que te largaste del país, y lo harán —añadió, recordando la información de Thal—, los dos estaremos bien jodidos. Es la ley, Mike, y tú la violaste... deliberadamente.

—Tengo que enmendar lo que hice.

Michael ni siquiera prestaba atención a lo que Busch le estaba diciendo.

—Estás delirando, Michael. Sólo estás culpándote por la enfermedad de Mary.

—Tengo que irme. —Michael se levantó y miró a Busch con ojos acusadores—. Gracias por tu ayuda...

Su sarcasmo hirió a Busch.

—No puedo dejarte ir, Michael —dijo con autoridad el enorme policía.

—¿Qué piensas hacer, Paul, meterme en prisión mientras mi esposa se muere?

Ahora Busch volvía a estar furioso, como cuando había entrado en el bar. Michael había conseguido invertir con éxito la culpa y colocarla sobre sus hombros; Busch estaba fuera de sí.

—Te condenarás al infierno...

Pero Michael se alejó, murmurando entre dientes.

—Ya lo he hecho.

Los hijos de Busch chillaban como si fuesen fantasmas. Los dos chicos tenían un vínculo especial y raramente se separaban, Mientras corrían por la cocina con tomahawks y sables ligeros de Playskool mostraban una energía que nada tenía que envidiar a la de un leopardo corriendo detrás de su presa.

Sentado a la mesa como si estuviese dentro de una burbuja insonorizada, Busch picoteaba la cena, indiferente al bullicio de sus hijos. No tenía ganas de hablar; en ese momento no tenía ganas de hacer nada. Estaba perdiendo a dos de sus mejores amigos: una a causa del cáncer y el otro debido a la locura, y no había nada que él pudiese hacer por ninguno de ellos. Nunca antes en su vida se había sentido tan impotente. Y, para empeorar aún más las cosas, Michael le había vuelto la espalda. ¿Cómo era posible que hubiese violado su libertad condicional después de todo lo que había hecho por él? Eso le hacía sentir un vacío tan profundo que era como si todo aquello por lo que había luchado hubiese sido barrido súbitamente por algún repentino viento de verano.

Jeannie estaba sentada frente a su esposo. Ella también permanecía en silencio. Paul había llegado a casa de ese modo demasiadas veces como para llevar la cuenta, cuando las tribulaciones del día parecían haberle quitado toda su vitalidad. Ella sabía que cuando Paul se sentía así no convenía presionarlo; cuando quisiera hablar, ella estaría allí para escucharlo. Sacarse las cosas de dentro habitualmente ayudaba, pero había momentos en los que el dolor de volver a hablar de algo, de revivirlo, era demasiado grande hasta que el paso de las semanas —a veces de los años— actuaba como una especie de paliativo. Paul la amaba y ella a él, y eso era lo importante. A veces cada uno tenía que vivir su vida por separado en determinadas cuestiones.

Los niños seguían dando vueltas alrededor de la mesa, y la burbuja insonorizada de Busch comenzaba a agrietarse. Jeannie percibió su creciente fastidio.

—Eh, vosotros dos, a ver si os calmáis un poco, ¿eh? —dijo, esperando evitar lo inevitable.

Pero, naturalmente, los niños son niños y no hicieron sino gritar más fuerte, correr más rápido y forzar sus pulmones hasta el límite. Y entonces, sin previo aviso, todo pareció desarrollarse a cámara lenta. El brazo de Robbie, girando como el aspa de un molino, alcanzó la jarra de vidrio que estaba sobre la mesa. La jarra voló por el aire y acabó estrellándose contra el suelo; la limonada salpicó por todas partes.

Busch saltó de su silla.

—¿No habéis oído lo que os ha dicho vuestra madre? ¡No respetáis ninguna regla! Estoy harto de la falta de respeto que hay en esta casa. Pero las cosas van a cambiar, ¿me habéis oído?

Los dos niños se pararon en seco. Demasiado asustados para llorar, empezaron a temblar de miedo. Su padre raramente perdía los nervios con ellos; pero, cuando lo hacía, el castigo solía ser tan severo que los dejaba llorando durante horas.

Jeannie se llevó a los niños de la cocina.

—Está bien, chicos, arriba. Poneos los pijamas, lavaos los dientes y podéis ver una película.

Cuando regresó a la cocina, Paul se paseaba arriba y abajo, frotándose la frente, cerrando el puño con fuerza y volviendo a abrirlo una y otra vez, como si estuviese bombeando algún instrumento médico. Ya no pudo seguir ocultando la causa de su malhumor.

—Es Michael. Violó su libertad condicional. Me lo ha dicho. ¡Me lo ha dicho! —gritó Busch sin poder creerlo todavía. Se sentó, agotado, como si en lugar de decir una docena de palabras hubiera corrido la maratón. Luego continuó hablando, ahora en un tono más controlado—. Robó algo en Europa.

—¿En Europa? Pensaba que había viajado al sur... —Jeannie hizo una pausa—. ¿Qué piensas hacer?

¿Qué pensaba hacer? Esa era la pregunta que Busch temía responder.

—Tengo que arrestarlo —dijo.

Había sabido en todo momento qué era lo que debía hacer, pero el hecho de contárselo a Jeannie lo había convertido en realidad. Tan pronto como las palabras salieron de su boca, fue como si le hubiesen echado ácido en la lengua.

—Estoy segura de que hay una explicación.

—Michael lo hizo para pagar el tratamiento de Mary.

—Oh, Dios santo.

Ella no podía siquiera imaginar el dolor que Paul sentía en aquel momento. Estaba a punto de acabar con la vida de su mejor amigo. Y no sólo su amigo: el amigo de ambos, el esposo de su mejor amiga. ¿Y qué significaría eso para Mary?

—Yo no hago las leyes, Jeannie. No me corresponde a mí escuchar las explicaciones, es trabajo del juez...

—Volverán a meterlo en prisión. Y eso matará a Mary.

—Jeannie... —Busch hizo una pausa—. El tratamiento de Mary ha fracasado. El cáncer se ha extendido.

Jeannie era una mujer fuerte, pero no tanto. Permaneció inmóvil, totalmente conmocionada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Mary había sido su mejor amiga desde los años de instituto.

—¿Están seguros? —Su voz se quebró—. Tiene que haber algo...

Paul negó con la cabeza. No podía darle ninguna respuesta.

Ambos permanecieron sentados durante lo que les pareció una eternidad, sin decir una sola palabra. Jeannie llevaba junto a Paul más de quince años. En todo ese tiempo, él había sido una roca, el miembro más fuerte de la pareja. Había asistido a incontables funerales: el de su madre y el de su hermano hacía tres años, en sólo dos meses. Su hermano había muerto atropellado por un conductor borracho, su madre, de tristeza. Colegas, amigos, incluso un compañero abatido en acto de servicio. En todos aquellos días, ella jamás lo había visto derramar una lágrima. Hasta esa noche. Y cuando el llanto llegó fue como si todos sus años de pena y dolor fluyeran como uno solo. Esa noche, Paul no dijo nada. Permaneció sentado sin abrir la boca mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Busch estaba en la puerta del dormitorio de sus hijos mirando cómo dormían, enredados en sus sábanas blancas de verano. Tan inocentes, tan optimistas... La vida aún no los había despojado de sus sueños. Un padre siempre quiere proteger el mundo de sus hijos de la dura realidad de la edad adulta.

Y sólo un padre es capaz de comprender el dolor que se sufre después de haber reprendido a un hijo. Busch se sentía avergonzado por haber tratado a sus hijos como lo había hecho. Sólo se estaban comportando como niños, y eso no era un pecado. Él se había esforzado mucho por ser diferente de su padre. Se había dedicado a ser parte de su educación, su entrenador, su amigo. Había decidido ser para sus hijos todo aquello que su padre no había sido con él. Y lo era la mayor parte del tiempo. Pero los errores como los de esa noche le daban una percepción real de su propio padre. Siempre había secretos y circunstancias que convenía ocultarles a los hijos, cosas como el cáncer y la prisión. Ahora Busch comprendía que lo que había considerado una falta de atención de parte de su padre no era más que preocupación por las dificultades de la vida.

Siempre había dos perspectivas para cada situación, y de allí procedían los dones de la sabiduría... poco a poco. Se inclinó sobre sus hijos y los besó en las rosadas mejillas mientras les daba las gracias en silencio por ayudarlo a crecer.

Michael cogió dos vasos y una botella de Jack Daniel's y se dirigió a su estudio. La habitación estaba completamente a oscuras, excepto por la luz que se filtraba por la ventana procedente de las farolas de la calle. Hawk dormía acurrucado a un costado del escritorio.

—De modo que ahora ya lo sabe —dijo una voz desde las sombras.

Michael se quedó inmóvil. Un momento después dejó los vasos encima del escritorio, sirvió sendas medidas de whisky y le pasó uno a Simón, que estaba sentado detrás del escritorio. Encendió la lámpara y se dejó caer en un sillón.

—No sé qué creer —confesó.

Durante las últimas dos horas, Michael había vagado por las calles de Byram Hills, al borde de la locura. Era la única explicación posible: la carga que había asumido sobre sus hombros finalmente lo había destrozado. Su vida se estaba convirtiendo en sus sueños, sus sueños en pesadillas, y las pesadillas en realidad.

Había dejado a Busch en el bar, después de haber destruido la única amistad masculina que tenía. Había dejado a Mary dormida en su cama del hospital, sabiendo que había destruido todo aquello en lo que ella creía. «La locura llega fácilmente», pensó mientras continuaba andando. Había crecido en su interior de la misma manera en que el cáncer se había ido apoderando poco a poco de Mary, devorando su cerebro tal como el cuerpo de ella era devorado por la terrible enfermedad. Pero los locos nunca eran conscientes de su demencia... o al menos eso había oído decir.

El quería respuestas, y sólo había una persona que podía dárselas. Sólo Simón era capaz de revelarle la verdad. Además, era la única persona a la que Michael podía recurrir. Y lo odiaba por ello.

—Refrésqueme la memoria. —La voz de Michael destilaba cinismo—. ¿Por qué debería tener fe en lo que usted dice?

—Usted no tiene fe en sí mismo. ¿Cómo podría entonces tener fe en otra persona, y en mí menos que en nadie?

—Inténtelo—lo desafió Michael.

—Jesucristo estaba predicando a sus doce discípulos. .. ¿Conoce la historia de los doce apóstoles?

—Sí, fui a una escuela católica.

—Cuando Jesús llegó a las afueras de Cesárea de Filipo, les preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy?”. Y ellos contestaron: “Algunos

dicen que eres Juan el Bautista; algunos, Elias; y otros, Jeremías o uno de los profetas”. Entonces Jesús dijo: “¿ Pero quién creéis vosotros que soy?”.

Los doce hombres se quedaron reflexionando sobre la pregunta, pero sólo uno de ellos conocía la respuesta. Y fue este discípulo quien dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Y Jesús le dijo a su seguidor: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia”. Y Jesús concedió a su rebautizado discípulo el poder de condenar o absolver a todos aquellos que desearan la salvación, diciendo: “Aquello que tú unas en la tierra quedará unido en el Cielo, y aquello que condenes en la tierra será condenado en el Cielo”. Jesús le otorgó a Pedro el poder de controlar las puertas de la vida eterna. Y le entregó dos llaves imbuidas de este poder, una de oro y la otra de plata. —Simón hizo una pausa—. Las llaves de las Puertas del Cielo.

Después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, este discípulo, Pedro, dirigió la Iglesia de Jesucristo, la cristiandad. La historia ha llegado a conocer a Pedro como el primer papa. Este poder que nuestro Señor concedió a Pedro pasa a sus sucesores, junto con las llaves.

Simón se apoyó en el respaldo del sillón para darle tiempo a Michael a asimilar la historia, esperando a que hiciera algún comentario.

—¿De modo que, para la Iglesia, estas dos llaves tienen un enorme valor? —preguntó Michael.

—Un valor que usted ni siquiera es capaz de concebir.

—Y, naturalmente, usted deja algo de un valor tan incalculable escondido en una iglesia ruinosa perdida en medio de la nada. Debe de ser muy listo. ¿Sabe lo sencillo que fue robarlas? Si todo lo que dice es verdad, si éstas son realmente las llaves que dejó Jesús... —Michael hizo una pausa—. Esas llaves no son más que una farsa producto de la superstición.

—Usted puede no compartir nuestras creencias —replicó Simón, que se levantó súbitamente del sillón y comenzó a pasearse por la habitación—, pero no se atreva a burlarse de mí. —Se detuvo—. Esas llaves fueron dejadas por Pedro antes de su muerte en el lugar exacto desde el que Jesús ascendió al Cielo. Un vínculo entre el Cielo y la tierra. El lugar donde se construyó la iglesia de la Ascensión...

—¡Es un mito! Un cuento de hadas que han ido adornando a lo largo de los siglos...

—Pedro ordenó, y todos los papas posteriores asilo han entendido, que era allí donde debían estar las llaves. Mientras esas llaves fuesen propiedad del papa y de la Iglesia, se preservaría el vínculo. Las puertas permanecerían abiertas.

—Espere un momento —lo interrumpió Michael—. Esas llaves estaban protegidas. Usted era el encargado de protegerlas. —No pudo resistir la tentación de ser incisivo—. Y usted fracasó.

Simón no contestó. Sus ojos taladraron a Michael antes de apartar la vista.

—Y ahora tiene que solucionar este desaguisado—prosiguió Michael—. ¿Lo sabe el Vaticano? Lo dudo; de otro modo habría muchos más tipos como usted.

Simón cogió a Michael por el cuello de la camisa y lo levantó del sillón.

—Debería matarlo. O, mejor aún, dejarlo tullido, dejar que recogiera las semillas que ha sembrado. Finster volverá, ¿sabe? Volverá a buscar a su esposa y luego volverá a buscarlo a usted. Y lo único que se le ocurre hacer es burlarse de mí con sus estupideces arrogantes. Prefiere regocijarse a mi costa, mientras su mente asustada trata de ocultar el auténtico terror que siente. Prefiere insultarme en lugar de salvar a su esposa del castigo eterno. Su arrogancia me repugna.

Simón empujó sin esfuerzo a Michael hacia el sillón;

—¿Cómo podría Finster ser quien usted dice que es? No veo ninguna prueba...

—¿Prueba? Ya tiene pruebas. August Finster lo contrató para robar; usted era su peón.

—¿Finster? Es un coleccionista, un hombre de negocios respetado, extremadamente exitoso...

—Finster es todo eso excepto por una cosa: no es un hombre.

—¿Cómo sabe todo eso acerca de él? No. Esto es una locura.

—Su nombre ha aparecido repetidamente en relación con su interés por algunas de las muestras de arte más profano producido contra la Iglesia. Consideré que era algo morboso, como todos los demás. Pero cuando algunas piezas comenzaron a desaparecer del mercado negro decidí hacer más comprobaciones en sus antecedentes. Parece que no tiene antecedentes...

—Tampoco la mayoría de las personas que vienen del bloque del Este.

—Pero Finster, a diferencia de los demás, nunca nació.

Simón miró fijamente a Michael. Este se echó a reír.

—¿Cree que es divertido? —preguntó Simón—. Usted no sabe nada de los alemanes del Este. Llevaban registros de todo el mundo, prácticamente desde la concepción. La gente piensa que esos registros han desaparecido, pero no es así; sólo hay que saber dónde buscarlos. Y yo los encontré. No hay ningún registro acerca de Finster... en ninguna parte.

—¿Y ésa es toda la prueba que tiene?

Simón hizo caso omiso de su interrupción.

—Hace un par de años le hice una visita por sorpresa a nuestro amigo Finster en Berlín. Nadie sabía nada acerca de mi itinerario y, sin embargo, allí estaba él, solo en

el andén, esperándome cuando bajé del tren. Le pregunté directamente quién era. Su respuesta fue: ¿Por qué hace una pregunta de la que ya conoce la respuesta?». Mi intención era acusarlo de estar conspirando contra la Iglesia y contra Dios, pero él lo negó todo. El único problema fue que sus negaciones llegaron antes incluso de que yo lo acusara de nada. Él sabía absolutamente todo lo que yo pensaba decirle. Lo siguiente que supe fue que me encontraba en el tren de regreso a Roma sin recordar cómo había llegado allí. Y, desde aquel día, no pasa una sola noche sin que Finster aceche mis sueños.

—¿Sueños? —Michael meneó la cabeza—. Está basando toda esta historia en...

—Finster es el ángel negro expulsado del Cielo en el principio de los tiempos.

—Una fábula muy apropiada para asustar al mundo. Mantener a los niños escondidos debajo de la cama.

Las madres temblando de miedo e implorando perdón. Todos corriendo hacia el Dios bondadoso para que los salve, para que los proteja del mal de un Satán falso. —Michael se irguió en el sillón, sintiéndose cada vez más seguro de sí mismo a medida que las palabras salían de su boca—. August Finster no es más que un egocéntrico hombre de negocios lleno de poder, que lanza su hechizo sobre toda Europa y, al parecer, también sobre usted.

Simón se sentó frente a Michael.

—August Finster es un ser extremadamente atractivo y carismático; divertido, encantador, cálido. Y es el malvado más terrible. Todo lo que lo rodea no es más que una fachada. Él apela a las necesidades y deseos internos de cada uno. Sabe lo que uno desea, sabe exactamente qué es lo que a uno lo aterra. Se aprovecha de ese conocimiento. —Simón se inclinó hacia Michael. Ahora era su turno de ser incisivo—. Como se aprovechó de usted —dijo mirándolo fríamente con fijeza—. Qué coincidencia que la respuesta a sus plegarias llegase en su hora más desesperada con la capacidad de proporcionarle algo que usted no podía conseguir de nadie más. Y todo a cambio de un sencillo trabajo blasfemo. ¿Quién es el que ha fracasado en este caso?

De súbito la habitación se oscureció, el mundo se volvió más claustrofóbico. Michael era agudamente consciente de los sonidos que lo rodeaban: la respiración de su perro, los coches en la calle, el tictac de su reloj; todo parecía acentuar el miedo que sentía por dentro.

—¿Qué es lo que Finster quiere? —le preguntó a Simón.

—Lo que siempre ha querido: nuestras almas. Hacer un trueque con una aquí, robar otra allá. Ahora no tiene necesidad de hacerlo, pues las tendrá a todas. Al controlar las llaves, controla las Puertas del Cielo.

— ¿Por qué Dios sencillamente no vuelve a abrirlas? Estaban abiertas cuando Jesús colgaba de la cruz. ¿Acaso no es eso lo que usted cree?

Simón no le había temido a nada desde los dieciséis años, desde que había sufrido algo que lo afectó en lo más profundo de su ser. Aquel día su corazón había muerto y, con él, todas sus emociones. Desde entonces no había sentido miedo y tampoco ninguna otra emoción. Hasta el momento.

—Dios tendrá que regresar. El cumplimiento de las Sagradas Escrituras, el fin del mundo, como quiera llamarlo. El cuerno de Gabriel se oirá por toda la tierra. Será la señal de que Dios está regresando, de que se acerca el Día del Juicio. Michael, debemos recuperar esas llaves.

Michael no sabía si echarse a reír o ponerse a gritar. Todo lo que había sucedido en las últimas semanas parecía empezar a encajar en su sitio. Cada paso que había dado lo había conducido hasta ese momento. Él no sólo había herido y destruido las vidas de los seres a los que amaba, sino que había pisoteado las creencias que los sustentaban.

—Debemos marcharnos —dijo Simón—. No tenemos mucho tiempo.

—Mi esposa se está muriendo —objetó Michael—. No puedo volver a dejarla.

—Lo siento.

En la voz de Simón no había ni una pizca de compasión.

—No puedo abandonarla. Su vida...

—Su vida se está apagando. No hay nada que usted pueda hacer para detenerlo. Pero si valora en algo la vida eterna de su esposa, aún hay tiempo. Salve eso, Michael. Salve el alma de su esposa.

Michael dio vueltas en la cama toda la noche. Incapaz de conciliar el sueño, decidió trasladarse al sofá, donde un muelle que sobresalía se le clavaba en el omóplato. Prefería esa molesta presión a los pensamientos que habían llenado su cabeza mientras se agitaba, inquieto y solo, sobre el colchón doble. La cama vacía le despertaba demasiados recuerdos. Así serían las cosas cuando Mary ya no estuviese con él. No estaba preparado para hacer frente a eso ahora. Ella aún estaba viva. De eso no tenía dudas.

Era lo único de lo que no tenía dudas.

Una vez que Simón se hubo marchado, salió a caminar por las calles desiertas. Vagó sin rumbo hasta que se encontró ante el hospital. Estuvo contemplando la ventana a oscuras de la habitación de Mary, pero no entró. Si lo hacía, si la veía, la angustia volvería a apoderarse de él, y necesitaba tener la mente despejada para pensar. Si se marchaba con Simón, no había manera de saber durante cuánto tiempo estaría ausente. Mary podía morir en su ausencia, ¿y cómo haría él para vivir con ese

peso sobre su conciencia? Podía dejar que Simón se marchase solo, pero nunca sabría si había conseguido recuperar las llaves. La tortura que tendría que soportar por el resto de sus días —la incertidumbre de si Mary se había ido a un lugar mejor, a un lugar más misericordioso— lo acompañaría hasta la tumba.

La fe de Michael en Dios se había hecho pedazos, ya no existía. La de Mary, en cambio, era más fuerte que nunca. Ella creía en la vida eterna, en la eternidad, en el Cielo.

Todo se reducía a sus creencias destrozadas contra la fe inquebrantable de Mary.

La decisión llegó sola, sin que él la tomara.

Se marcharía con Simón.



Capítulo 18

August Finster estaba desplegando sus encantos en su biblioteca. Su solitario refugio de caballero profusamente adornado de cuero era ideal para impresionar a las personas fácilmente impresionables. Las tres mujeres estaban sentadas en sillones dispuestos alrededor del hogar, con una copa recién servida en la mano. Cada una de ellas llevaba un vestido de noche de las tiendas más elegantes de Berlín.

Finster conseguía a sus mujeres de diferentes maneras. Su enorme encanto y su dinero representaban siempre un afrodisíaco irresistible que las atraía como la miel a las abejas. La pelirroja Elle, una modelo internacional, lo había conocido aquella mañana cuando regresaba de una sesión de fotos. Lo había descubierto cuando Finster la estaba mirando, y se había quedado prendada al instante de él. La encantadora June había ido a Finster Industries para realizarle una entrevista, y se había marchado con una invitación. Y Heidi... Bueno, Heidi simplemente se había presentado esa tarde sin haber sido invitada, alentada por amigas que habían probado los encantos del anfitrión. Pero, más allá de su dinero y su carisma, había algo más. Todos lo sentían, aunque nadie era capaz de definirlo. Era como si todos quisieran alcanzar ese atributo especial suyo que resultaba irresistible, pero que era inalcanzable, tan inalcanzable como ese último sueño que se desvanece al despertar y que en vano uno trata de retener. Era una especie de magia. Y, a pesar de que a Finster se lo conocía como el rey de las relaciones de una sola noche, las mujeres seguían congregándose a su alrededor.

Cuando sonó el teléfono, Finster no le prestó atención, dejando que sonase tres veces antes de que enmudeciera. No le gustaba que lo interrumpiesen a menos que fuese una cuestión de la máxima urgencia.

—Cenaremos en El Grocia —anunció. Siempre acudía a los restaurantes más nuevos, y raramente visitaba el mismo lugar dos veces—. He reservado mesa para las ocho y cuarto.

Las tres encantadoras damas sonrieron. Eran, principalmente, sonrisas de reconocimiento, una sonrisa que expresaba la satisfacción de estar con él. Excepto en el caso de Elle; Elle sabía que en El Grocia había una lista de espera de ocho semanas y supo apreciar al instante el poder que ejercía Finster. A su juicio, las otras dos

chicas no eran más que unas estúpidas calentorras que estaban allí para una aventura fugaz. Ella era diferente.

—Me sentiría honrado si vosotras eligieseis nuestro destino para ir luego a bailar.

Elle encontraba embriagadora la voz de Finster.

Charles apareció de pronto silenciosamente en la puerta de la biblioteca con un sobre en la mano. El mayordomo se lo entregó discretamente a su amo mientras se inclinaba y le susurraba algo al oído. Elle no era una entremetida por naturaleza, pero le interesaba la vida de las otras personas. Aunque Charles habló en voz apenas audible, ella pudo descifrar la mayoría de las palabras. Finster desvió la mirada hacia ella como si oyera sus pensamientos. Su sonrisa fugaz pudo parecer cálida, pero sus ojos permanecieron tan fríos que le congelaron el corazón. Elle se sintió súbitamente invadida por la vergüenza. Y el miedo.

No era que hubiese alcanzado a oír nada interesante. Fue algo así como «vienen hacia aquí», y «cómo se atreven», y «no debe preocuparse, están a buen resguardo», y «me encargaré de prepararles una adecuada bienvenida».

En el exterior, el chofer de Finster hizo sonar la bocina del Bentley, y Charles abandonó la habitación. Finster dirigió a las tres mujeres hacia el coche. Heidi y June se echaron a reír tontamente cuando el chofer mantuvo abiertas las puertas del vehículo para que subieran. En la puerta de la casa, Finster se detuvo y se volvió hacia Elle. Luego la rodeó con un brazo.

Tal vez todo saliera bien. Tenía que quitarse esa costumbre de escuchar con disimulo las conversaciones de los demás; había estado a punto de meterla nuevamente en un montón de problemas. Al menos, la calidez había vuelto a su mirada. «Gracias a Dios», pensó. No había sentido tanto miedo desde que la habían sorprendido robando brillo de labios en París.

—Estaba pensando que tal vez deberíamos enviar a esas otras dos... niñas por delante —dijo Finster, inclinándose hacia ella.

—Eso me encantaría.

Fue todo lo que Elle consiguió que saliera de sus temblorosos labios.

—¿Por qué no me esperas en la biblioteca? Les diré que pueden marcharse y regresaré contigo dentro de un momento. Luego podremos disfrutar de una cena agradable y tranquila aquí, los dos solos.

Elle sonrió mientras Finster se dirigía hacia el coche. Luego alzó la vista hacia las estrellas como solía hacer cuando era niña, pidiendo un deseo, como le había enseñado su padre cuando vio la primera. “Que esta felicidad dure el resto de mi vida”, pidió.

Tres de la mañana. Diez mil metros de altura. La mayoría de los pasajeros dormía. Algunos, con los auriculares puestos, veían Abbott y Costello contra los fantasmas, una película de 1948. Simón, que padecía insomnio, leía la Biblia. Aunque conocía cada palabra del libro, siempre encontraba una nueva percepción, una lección que esperaba poder aplicar en su vida si era lo bastante afortunado para seguir viviendo.

Michael se había apropiado de los dos asientos contiguos y, con las piernas estiradas y un cuaderno de notas sobre el regazo, dibujaba un diagrama detallado de todo lo que recordaba de la mansión de Finster. Sus recuerdos eran vividos y precisos, pues al principio de su carrera había practicado la técnica de reconocimiento de una sola pasada.

—No pensó que vendría, ¿verdad?—preguntó Michael sosegadamente, más para sí que para Simón.

Simón lo miró.

—Sabía que vendría —aseguró.

Y volvió a concentrarse en la biblia.

Michael no se tomaba los desaires a la ligera.

—Admítalo. No tenía ni idea.

—En realidad, sí —contestó Simón, la nariz todavía metida en la biblia.

—Yo no estaba completamente seguro de que vendría hasta que estuve dentro del avión.

—Usted sabía que vendría desde el instante en que supo en qué posición había dejado a su esposa. Forma parte de su carácter. Es muy fácil leer sus intenciones.

—Usted no sabe nada acerca de mí.

Simón no apartó la vista de la biblia.

—Michael Edward Saint Pierre, treinta y ocho años. Huérfano. Adoptado a la edad de dos años por Jane y Michael Saint Pierre, escuela parroquial, monaguillo. Durante la adolescencia, cierto desdén por lo mundano le causó algunos problemas. Ladrón de joyas y obras de arte. Golpes de alto riesgo. Robos por la excitación del momento, no por el dinero. Cumplió condena en Sing Sing. Esposa: Mary, treinta años. Lo quiere mucho, enferma de...

—¡Basta!

Michael detestaba oír cómo su vida era reducida a un párrafo propio de una nota necrológica. Había crecido en los suburbios, en Armonk, una pequeña ciudad a una hora de Manhattan. Sus padres adoptivos lo habían enviado al Instituto Católico Santo Padre, donde el padre Dan machacaba sus lecciones diarias como si fuesen sermones. Michael era un chico relativamente bueno. Había tenido su cuota de

malicia, pero nada que diese una pista de su conflictivo futuro. Lo habían castigado un par de veces por beber y fumar, y se había pasado un mes encerrado en su cuarto —tal vez un precedente de sus años en prisión— por haber lanzado un paquete de petardos en el buzón de la señora Collete. Cuando encendió la mecha y lanzó los petardos a través de la abertura de latón de la puerta de entrada, apenas si podía contener la risa. Sus amigos y él habían corrido como el viento, aunque en realidad no había necesidad de hacerlo. La anciana, que era sorda, no oyó las explosiones, que parecían disparos de ametralladora. No oyó nada, y pensó que esos trozos de papel ceniciento se debían a que su gato estaba destrozando el periódico otra vez, de modo que se limitó a abrir la puerta y barrer los restos de los cohetes fuera de la casa. A Michael jamás lo habrían pillado de no haber sido por su cómplice, el fanfarrón de Stevie Tausigenti, que se lo contó a Kenny Case, que a su vez se lo contó a su novia, Jen Gillicio; ésta, como era una chismosa, se lo contó a su madre, y ella llamó a la señora Saint Pierre. Michael aceptó el encierro en su cuarto como un hombre... durante un par de días. Después de eso, regresaba a su casa directamente desde el instituto, tomaba la merienda, subía a su cuarto y luego se escabullía por la ventana. Su madre no era la persona más lista del mundo y, de hecho, no dejaba de manifestar su orgullo por el hecho de que Michael aceptara tan estoicamente el castigo que le habían impuesto.

Lamentablemente, no fue su madre quien lo envió a Sing Sing, y no fue por haber lanzado petardos. De más está decir que su celda no tenía una ventana por la que pudiera escabullirse. Sing Sing era una prisión situada en las colinas, junto al río Hudson. Una penitenciaría tranquila y apartada que nunca atrajo demasiado la atención de nadie excepto por la ejecución de Ethel y Julius Rosenberg. Los tres años y medio que Michael pasó en esa cárcel fueron una verdadera tortura. Había sido un infierno estar separado de su joven esposa durante tanto tiempo. Su mayor temor hasta el mes pasado había sido que volviesen a encerrarlo en prisión y lo apartaran de Mary. El juramento que le había hecho de que nunca volvería a quebrantar la ley había sido en realidad un juramento hecho a sí mismo. Había jurado que nunca volverían a atraparlo y separarlo de ella, confinándolo a un mundo donde Mary no pudiese estar con él. Nada podía poner en peligro su juramento. Nada.

Ahora, decidiendo que la mejor manera de no reconocer su derrota era hacer caso omiso de Simón, Michael volvió a concentrarse en su dibujo. Reprodujo rápidamente la mayoría de los detalles de la enorme mansión de Finster en tres hojas. La primera mostraba el exterior de la mansión, incluidos los guardias, las ventanas, los caminos particulares y la iluminación. El interior de la planta baja le resultó bastante sencillo. Aparte del vestíbulo de entrada y la biblioteca, recordaba cada una de las habitaciones que flanqueaban el corredor que conducía hasta la entrada del sótano. Sin embargo, la mazmorra, como Michael había empezado a llamarla, era un poco más difícil. La mayor parte de su viaje subterráneo lo había hecho en la oscuridad, o con sólo un mínimo de luz. La tensión que sintió en el estómago mientras se

encontraba allí abajo había nublado su percepción. De modo que no estaba seguro de si había alcanzado a captar todos los detalles que necesitaba. No podía precisar la distancia que había hasta la cámara donde estaban las dos llaves. Podrían haber sido cien pasos; podrían haber sido mil.

Michael apoyó los pies en el suelo, reclinó el asiento y le pasó los tres dibujos a Simón.

— ¿Cómo sabemos que las llaves siguen allí? ¿Y si se las lleva consigo? —preguntó Michael.

— ¿Le dio usted las llaves? ¿Las puso en las manos de Finster?

— No, las coloqué encima de un pedestal.

— ¿Cómo reaccionó él?

El tono de voz de Simón indicaba que ya conocía la respuesta.

— Con admiración... —dijo Michael con expresión pensativa mientras el recuerdo se abría paso en su mente—. Pero asustado también. Ni siquiera las tocó...

— No puede tocarlas —lo interrumpió Simón.

— ¿Por qué no?

— Fue expulsado del Cielo y se le prohibió entrar en contacto con todo aquello que es sagrado: iglesias, objetos consagrados... Sus poderes son absolutamente inútiles frente a la obra de Dios. En palabras del propio Jesús, él no puede pisar a sabiendas terreno sagrado... “Sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no triunfarán sobre ella”. —Simón hizo una pausa y luego añadió—: Esas llaves pertenecen a Dios.

Michael no contestó. Estaba recordando la expresión de Finster la primera vez que había visto las llaves.

— ¿Es aquí donde están? —Simón estaba examinando uno de los planos trazados a mano, prestando una atención especial al nivel inferior.

— Ese fue el último lugar donde las vi. —Michael guardó silencio un momento y al cabo preguntó—: ¿Quién es usted, Simón? Parece saber tantas cosas acerca de mí...

— Quién soy es algo realmente aburrido.

— No creo que haya nada que pueda aburrirme más que siete horas de vuelo. Estoy arriesgando mi cuello por sus llaves. De modo que, adelante, abúrrame.

La azafata pasó junto a su asiento, rubia, de piernas larguísimas. Su juventud resultaba obvia no sólo en su cuerpo firme, sino también en su rostro; esa muchacha no tendría más de veinte años. Michael sonrió al sorprender a Simón admirando el balanceo de sus nalgas cuando la azafata se alejaba por el pasillo.

—¿Recuerda cuando tenía dieciséis años y todo lo que deseaba en la vida era acabar con alguien así, sin pensar si tenía cerebro o si también lo amaría? —Michael esperaba provocar algún tipo de reacción en Simón. Pero el otro hombre no dijo nada—. No me lo diga... Cuando tenía dieciséis años lo encerraron en algún monasterio.

—En realidad, cuando tenía dieciséis años me encerraron en una prisión. Por asesinato.

La bola roja se deslizó sobre el tapete verde hasta casi detenerse a escasos centímetros de la tronera del rincón. Permaneció allí durante una eternidad antes de caer finalmente dentro de la redcilla de cuero. Elle reprimió su júbilo ante la hazaña. Era la primera vez que jugaba al billar, y pensó que quizá fuese realmente una jugadora innata.

—Tengo la sensación de que me has engañado —dijo Finster, enarcando una ceja—. ¿Estás segura de que nunca antes habías jugado a esto?

Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—La suerte del principiante, lo juro.

Elle se sonrojó ante el comentario. Sonrió y lo besó fugazmente antes de colocarse para el siguiente tiro. Incluyó su largo cuerpo sobre la mesa, llevó el taco hacia atrás y envió las bolas en todas las direcciones.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Finster mientras colgaba la chaqueta en el respaldo de una silla.

—Es una velada absolutamente perfecta —le aseguró ella. Y lo era.

Habían cenado pato a la naranja sobre un lecho de arroz integral y verduras al vapor. El vino era un Triano Rose del 45 de su bodega particular. Habían tomado el postre en la biblioteca —soufflé de chocolate y brandy—, mientras reían de la industria de la moda y de cómo había que venderse incluso por un éxito apenas modesto. Charles estuvo a su disposición durante toda la velada. El mayordomo siempre parecía percibir cuál era el momento de entrar para volver a llenar las copas. «De modo que así es como viven los multimillonarios», pensó Elle.

No podía decir si su ligero mareo se debía al vino que había bebido o al aturdimiento que le producía la felicidad que sentía.

—Dime, Elle, ¿te gusta el arte?

Ella se irguió, sorprendida, exhibiendo en toda su plenitud su metro ochenta.

—Es una de mis grandes pasiones.

—¿De verdad?

—Pasé dos años en París estudiando con Francois Delacroix. Los pasteles y los óleos eran mi vida. —Sus ojos brillaban de orgullo—. Así fue como acabé siendo modelo.

—Cuéntame.

—Una de nuestras modelos se marchó sin avisar, y Francois insistió en que yo posara para su clase. Yo era muy tímida y estaba increíblemente nerviosa, pero lo hice. Uno de los bocetos llamó la atención de un fotógrafo y el resto... —Elle lo pensó un momento—. Bueno, las cosas no salieron exactamente como yo esperaba. —En su voz se advirtió un deje de arrepentimiento.

—¿Sigues pintando? —preguntó Finster.

—Ya no tengo tiempo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Ni el dinero necesario.

—Me encantaría ver tu trabajo; podríamos organizar una exposición.

Ella se echó a reír.

—Todo ha desaparecido; puedes creerme, ya no queda ni rastro de mi antiguo talento.

—Tendremos que cambiar eso. Tengo un estudio en la parte este de esta propiedad. Tal vez te interesara instalarte allí.

Elle no daba crédito a lo que oía. Instalarse en esa propiedad... Eso sólo podía significar una cosa: que aquella noche maravillosa continuaría durante días, semanas... tal vez incluso años. El corazón golpeaba en su pecho con intenso júbilo.

Finster dejó los tacos de billar encima de la mesa y cogió las manos de Elle entre las suyas.

—¿Te gustaría conocer mi colección? Sólo la comparto con aquellas personas que saben apreciar la belleza.

—Me sentiría muy honrada.

Finster cogió el candelabro de cinco brazos y condujo a Elle a través del enorme vestíbulo. Abrió la pesada puerta que llevaba al nivel inferior de la mansión y empezó a descender por la escalera sin dudarle, sosteniendo el candelabro por encima de la cabeza.

—Está muy oscuro —dijo Elle, esperando que no se notase el temblor de su voz.

—No te separes de mí.

Las sombras danzaban y se alargaban contra las paredes de piedra antes de desvanecerse en la oscuridad. El resplandor de las cinco velas iluminaba sólo la pequeña zona alrededor de ellos. Al llegar al final de lo que ella supuso que era un pasadizo, Finster la condujo hasta un sencillo banco de madera. Luego cogió lo que

parecían ser unas herramientas antiguas y una cuerda larga, que colocó sobre el respaldo del banco.

—Por favor —dijo, haciéndole un gesto para que se sentase.

Le pasó el candelabro, y desapareció en la oscuridad. Elle aferró con fuerza el pesado candelabro de plata, rogando que no se deslizara de su mano. Tenía las palmas cubiertas de sudor y el corazón había comenzado a latir con fuerza en su pecho.

Finster regresó un instante después. Apoyó ocho marcos contra el banco; luego se inclinó y le dio un beso largo e intenso en la boca. Elle se dejó llevar por el momento, atrayéndolo hacia sí con la mano libre. Entonces abrió los ojos y se quedó boquiabierta.

Él la estaba mirando fijamente con aquellos ojos tan fascinantes, tan poderosos, tan... En esos ojos había algo más; pero, antes de que ella pudiese reconocerlo, antes de que su mente fuese capaz de aclararse, él volvió a besarla. Esta vez con lujuria, casi con crueldad. Ella correspondió a su pasión sintiendo que le hervía la sangre. Entonces, sin advertencia previa, él se separó, dejándola suspendida en ese instante, jadeando en busca de aire.

Mientras ella temblaba de expectación, Finster dispuso las pinturas de modo que quedasen colocadas en torno a ellos.

—Ahora quiero que me digas honestamente tu opinión.

Ella alzó el candelabro para iluminar los cuadros. Al principio pensó que le estaba gastando una broma. Aquello seguramente era un error.

—¿Estás jugando conmigo?

Elle levantó aún más el candelabro, buscándolo, y luego retrocedió, presa del miedo. A su alrededor había una colección de arte negro que ella nunca habría sido capaz de imaginar: los mansos aplastados bajo el peso de la muerte, rostros distorsionados que parecían gritar desde cada lienzo. Las pinturas estaban por todas partes, y Finster había desaparecido.

—¿August?

Y, de pronto, Elle se dio cuenta de que las velas estaban casi consumidas; la primera de las cinco se extinguía ante sus ojos. Aquellas almas torturadas parecían saltar de los lienzos hacia ella; la oscuridad del lugar envolvía su mente aturdida.

Todos los miedos de su infancia volvieron a ella: oscuridad, espacios cerrados, monstruos acechando debajo de la cama.

—¿August? ¡Por favor! —gimió, levantándose del banco.

Dio un paso mientras alzaba la trémula luz de las velas y se dirigía hacia lo que esperaba que fuese la salida. Apuró el paso, pero tropezó y cayó al suelo. Las velas se esparcieron en todas las direcciones, y sólo una conservó su pequeña llama. Se aferró a la última vela como si sostuviese su corazón en la mano y tanteó desesperadamente buscando las otras. Encontró dos fragmentos de cera y encendió los pabilos con la vela que aún conservaba; luego volvió a colocarlos en el pesado candelabro de plata.

¿Por qué Finster le estaba haciendo eso? Volvió a alzar el candelabro con mano temblorosa, tratando de orientarse. No podía creer lo que veían sus ojos. Las obras de arte se extendían hasta donde alcanzaba la trémula luz de los pabilos. Todas ellas eran una abominación de la humanidad, todas retrataban el terror, el espanto y la crueldad más allá de cualquier cosa imaginable. ¿Quién podía coleccionar esas muestras de horror... y por qué?

Ella estaba completamente sola con sus miedos. Y fue entonces cuando comprendió lo que había visto en los hipnóticos ojos de Finster. Todo llegó como una especie de torrente: dónde se encontraba, quién era él.

Ese descubrimiento fue demasiado para Elle.

Y su mente se quebró.



Capítulo 19

Simón miraba por la pequeña ventanilla del avión. Diversos pensamientos dolorosos daban vueltas por su cabeza. Si Michael y él debían trabajar juntos, tendrían que confiar mutuamente, abriendo el alma el uno al otro. Comenzó a hablar lentamente y en voz baja, como si estuviese confesándose.

—Mi madre era monja. Eso era lo que siempre había querido: una vida totalmente dedicada a Dios. Nunca soñó con tener un marido o una familia. Como era huérfana, nunca había sentido el calor de una madre o un padre; el único amor que había conocido era el amor de Dios. En Roma, pasó de un orfanato a otro sin ningún propósito concreto, viviendo apartada de los demás; sólo era otra huérfana bajo la tutela del Estado, hasta que acabó en el orfanato de San Cristóbal. El centro estaba dirigido por una mujer que cuidaba de los niños como si fuesen sus propios hijos, guiándolos para que encontrasen un objetivo en la vida. Cuando mi madre fue haciéndose mayor pasaba la mayor parte del tiempo cuidando de los enfermos con una sonrisa. Al llegar la noche leía cualquier cosa que encontrara, sobre todo aquellos escritos que hablaban de Dios. Tenía una profunda percepción de sus enseñanzas, como si las Sagradas Escrituras hubiesen sido escritas para ella. Cuanto más leía, más consciente era del rumbo que debía tomar su vida; su corazón finalmente había encontrado su pareja. Entró en su orden el mismo día en que cumplió dieciséis años. Estaba enamorada, y su novio era la Iglesia...

»Hasta cuatro años más tarde, cuando conoció a mi padre, el contable ateo que sólo creía en los números. Fue un romance muy rápido, o al menos eso dijeron; se casaron seis meses después de haberse conocido. Mi madre trabajaba en el Vaticano, incluso después de haber abandonado la orden. Era el enlace de los archivos con el papa. Ella estaba a cargo de la historia de la Iglesia: guardaba sus secretos. Vivíamos en la Ciudad del Vaticano, donde llevábamos una vida agradable pero aburrida. Tenía todo un país para mí... y otras ochocientas personas. Tuve una infancia bastante normal: tenía un montón de amigos, jugaba al fútbol...

Simón volvió a mirar por la ventanilla como si cada uno de sus recuerdos llegase directamente desde el horizonte. Apartó cualquier emoción de su mente y continuó con el relato.

—Un día, cuando tenía quince años, mi madre no regresó a casa del trabajo. — Hizo una pausa—. Pensé que se había quedado a trabajar hasta tarde. Pero pasó otro día, y mi padre no decía nada acerca de su ausencia; era como si el miedo a perderla lo hubiese dejado mudo. La Guardia Suiza, por orden directa del papa, la buscó no sólo dentro de los límites de la Ciudad del Vaticano, sino que, con la ayuda de la policía romana, amplió la búsqueda a todo Roma. Finalmente la encontraron.

Simón cerró los ojos. No había hablado de eso con nadie en años. Necesitaba reprimir el dolor, necesitaba retroceder y observarlo como si fuese un espectador neutral, como si todo aquello le hubiese ocurrido a otra persona.

—En el hospital no permitieron que la viese. Ella regresó al fin a casa un mes más tarde. La encontré sentada en el salón cuando volví de jugar un partido de fútbol. El papa estaba allí. Ambos hablaban en voz baja, en latín, y la presencia del pontífice pareció confortarla, al menos durante un tiempo. Las zonas de la cara que no tenía cubiertas por las vendas se veían terriblemente magulladas, y aunque sus heridas habían cicatrizado, aún conservaban ese color amarillo enfermizo, aún seguían hinchadas y le deformaban las facciones. Ahora ya no puedo pensar en mi madre sin verla en aquel estado. Ella sólo hablaba del perdón. Que debíamos perdonar al hombre que le había hecho eso si queríamos sobrevivir, si queríamos permanecer por encima del nivel de los animales. Nadie quiso contarme nunca lo que había pasado. El hermetismo de mi padre era absoluto. Raramente hablaba. No pasaba mucho tiempo en casa y, cuando lo hacía, no compartía la misma habitación de mi madre.

»Ella se fue deslizándose progresivamente hacia un mundo de fantasía; comenzó a llevar el largo hábito negro que usaba cuando era monja, incluso el velo y la toca en la cabeza. Siempre que yo estaba con ella, su sonrisa parecía congelada, como si estuviese pintada en sus labios. Mis padres se habían vuelto fríos y distantes, entre sí y con respecto a mí. Yo trataba de confortarlos, pero ambos se habían replegado a la seguridad de su mundo ilusorio. —Hizo una pausa—. Nunca más volví a sentir el abrazo cálido de mis padres.

Simón abrió otro de los pequeños botellines de whisky, vertió el contenido en el vaso y lo bebió de un trago.

—Un día, aproximadamente seis meses después de que mi madre regresara a casa, volví temprano de la escuela. Creo que mi madre no me oyó. Salió de su habitación cubierta sólo con una toalla, y cuando me vio... Jamás podré olvidar su mirada. Finalmente pude entender por qué se había cubierto el cuerpo de aquella manera, por qué llevaba su antiguo hábito de monja. Lo hacía para no herir mis sentimientos. Tenía todo el torso y las piernas cubiertos de cicatrices; su piel se había convertido en el tapiz de algo maligno. Mi madre se metió de nuevo en su habitación, profundamente avergonzada, y se negó a salir a pesar de todos mis ruegos. Yo salí corriendo y encontré a mi padre en un bar. Comencé a gritarle hasta que me contó la verdad. Las lágrimas le bañaban el rostro mientras me describía cómo algo malvado

y retorcido había surgido de las profundidades. Que un hombre totalmente borracho, un hombre a quien mi madre había amado alguna vez, la había violado de un modo que yo jamás podría imaginar. Recuerdo que en aquel momento me sentí extrañamente ajeno a lo que estaba pasando: era como si estuviese contemplando la vida de otra persona. Absorbía todas y cada una de las palabras de mi padre, pero no pude entenderlas hasta mucho más tarde. Cómo podía alguien ser tan cruel, tan infame... Esa cosa, esa bestia, había usado una máscara. Mi madre no había podido verle el rostro en ningún momento pero, no obstante, lo había reconocido. Después se negó a dar su nombre, diciendo que debía de ser parte de los designios de Dios, e insistiendo en que nosotros no éramos capaces de ver su gran proyecto. La policía dijo que ese monstruo había desaparecido. Después de haberme revelado la verdad, mi padre no regresó nunca más a casa.

Michael quería detener aquella tortura; el hecho de contar esa historia estaba matando a Simón. Pero no podía encontrar las palabras: la compasión le atenazaba la garganta.

—Pasé cuatro meses siguiendo la pista del hijo de puta que había destrozado a mi madre. Lo encontré en el agujero en el que se había escondido en Roma. Lo até y lo torturé hasta que me confesó por qué lo había hecho. Quería conocer los secretos, dijo. Había descubierto recientemente a su dios, y quería dedicarle su vida como lo había hecho mi madre. Dijo que necesitaba conocer los secretos que harían que su dios fuese «grande».

»Cuando mi madre se negó a contestar a sus preguntas, él la violó. Cuando se negó a hablar, usó su cuchillo sobre ella una y otra vez, cruces invertidas, y aun así ella no le dijo nada; de modo que la marcó a fuego. Una y otra vez, hasta que todo su cuerpo quedó cubierto con ese número. El número de su dios: 666.

Michael estaba totalmente conmocionado; había visto cosas horribles en su vida, si bien siempre desde lejos. Pero aquello... Era la primera vez que veía cómo afectaba el horror a las personas más próximas a la víctima, los que quedan atrás.

—El hecho de que ese monstruo que tenía delante de mí me hubiera acunado en sus brazos cuando yo era pequeño no me detuvo. El ya no era mi padre, el hombre que me había criado, el único hombre al que mi madre había amado. Ahora estaba poseído por cosas que yo era incapaz de entender y no quería entender. Todo lo que sabía era lo que le había hecho a mi madre, la mujer a la que él había llamado su esposa.

»Me arrestaron por su asesinato. Yo sólo tenía dieciséis años. El juez se apiadó de mí, dijo que había sufrido un ataque de locura momentáneo, Pero yo no estaba loco. —Por primera vez aquella noche, Simón miró a Michael directamente a los ojos—. Yo sabía exactamente lo que estaba haciendo.

»Cuando salí de prisión tenía diecinueve años. Mi padre había muerto, y mi madre... Mi madre había elegido a una familia en lugar de a Dios y había sido castigada por ello. Cuando ingresé en prisión, su mente se quebró igual que había sucedido con su familia. Ella sólo quería escapar de este mundo para poder encontrar finalmente la paz en el Cielo. Se ahorcó justo antes de que yo saliera en libertad.

» ¿Sabe que cuando uno se suicida comete un pecado imperdonable? La Iglesia se niega a enterrarlo. Mi madre fue enterrada en una tumba para indigentes, sin la bendición de la Iglesia. Después de haber dedicado toda su vida a la Iglesia, ésta le negó su recompensa eterna.

»Yo no tenía nada, ningún lugar adonde ir, ningún familiar. Fui a recoger mis cosas a la casa que alguna vez había llamado mi hogar...

—En la Ciudad del Vaticano... —dijo Michael.

—Los sacerdotes se apiadaron de mí —continuó diciendo Simón como si Michael no hubiera abierto la boca—. Me dijeron que me quedase con ellos, que buscara consuelo en Dios. Pero yo decidí buscar mi consuelo en otra parte: me uní al ejército italiano y recibí un entrenamiento especial. Tenía cualidades, según dijeron los oficiales, cualidades que se podían perfeccionar. Viajé algún tiempo en nombre de la paz, pero lo que hacía no tenía nada de pacífico. Cada muerte que cometía era como lavar mi mente, mi alma. Cada vez que apretaba el gatillo o clavaba el cuchillo sólo veía el rostro de mi padre, no el de la auténtica víctima. Mi comandante en jefe dijo que había matado a esas personas para proteger a mi país, pero estaba equivocado: lo hacía para proteger mi salud mental. Después de dos años nada había cambiado; esas muertes no me proporcionaban ninguna liberación de la interminable pesadilla en la que mi madre aparecía con el cuerpo y la mente cubiertos de cicatrices. Solicité la baja del servicio, y me la concedieron.

Los únicos sonidos que se oían eran los de las turbinas del avión. Michael estaba inmóvil en su asiento.

—Regresé al apartamento que había sido de mi madre en el Vaticano. Varios sacerdotes con quienes mi madre había mantenido una relación estrecha fueron en mi busca, pues querían ayudarme de alguna manera. Sabían perfectamente lo que yo había hecho, no sólo a mi padre sino mientras había estado en el ejército. Se sentían responsables de mí, teniendo en cuenta cómo había abandonado la Iglesia a mi madre en una tumba sin santificar. Esos sacerdotes se convirtieron en mis únicos amigos. Me dieron trabajo y un hogar y lo más parecido que tuve nunca a una familia.

Aquellos sacerdotes habían trabajado durante muchos años con mi madre y formaban parte de un pequeño grupo de clérigos que sólo respondían ante el papa. Aunque nunca se dio publicidad a estos hechos, se había producido un notable incremento en el número de asesinatos y violaciones contra la Iglesia. No sólo

crímenes motivados por la codicia y el odio, sino crímenes destinados a destruir el catolicismo. Los sacerdotes me hicieron una oferta, aunque me advirtieron de que ésta exigiría de mí toda una vida consagrada a la devoción. Era un camino que, insistieron, jamás podría abandonar, pero para el cual estaba cualificado como nadie. Yo accedí a aceptar su propuesta con una condición: una dispensa especial para mi madre. Ella recibió un entierro adecuado. En la iglesia. Una ceremonia privada celebrada por el papa.

Simón se volvió hacia Michael; ya no estaba mirando hacia su interior, reviviendo su atormentada vida. Ahora estaba mirando a Michael, mirando al mundo. Aunque se había revelado como un hombre vulnerable y digno de lástima, volvía a ser el hombre que Michael había encontrado la primera vez en su apartamento: decidido, duro y firme.

—En mi nuevo trabajo se me permitía llevar a cabo cualquier servicio que requiriese el cumplimiento de mi misión. Para proteger a la Iglesia. Me convertí en el guardián de los secretos, Michael, el guardián de todas las cosas que usted no quiere saber.

El avión atravesaba el cielo nocturno, y su sombra surcaba las olas del oscuro océano que se extendía miles de metros más abajo iluminado por la luz de la luna. El gemido de las turbinas resonaba en la cabina oscurecida como si fuese un canto de sirenas. Simón se durmió rápidamente, agotado, tal vez, por haber revivido su terrible pasado. Michael, por su parte, estaba completamente despierto, temeroso de los sueños que podrían provocar los horrores que acababa de ver a través de los ojos de Simón. ¿Cómo era posible que alguien pudiese conservar la cordura después de haber vivido una infancia tan devastadora? Pero finalmente tenía un conocimiento más profundo del hombre que dormía junto a él. Sus sospechas acerca de la capacidad de Simón para matar se habían visto confirmadas. El equilibrio de la mente de Simón ya era otra historia. Michael había reflexionado acerca del contacto de ese hombre con la realidad, y ahora, a juzgar no sólo por sus acciones y su historia personal sino también por la inestabilidad mental de sus padres, la posibilidad de que ese hombre estuviese loco era muy grande.

Michael miró hacia el mar negro, su profundidad y misterio, pensando en los peligros que se ocultaban debajo de su bella y brillante superficie. Le recordó a Finster. Abrió el portaequipajes buscando una manta. Al no encontrar ninguna se conformó con su chaqueta. Se acurrucó en su asiento, envolviéndose en la chaqueta; aún podía percibir el rastro del perfume de Mary en ella. Mientras su mente vagaba en busca de su sonrisa, sintió algo en el bolsillo. Sacó un sobre y lo abrió.

Queridísimo Michael:

Durante años, esto me ha protegido y me ha mantenido a salvo. Sé que muchas veces tú lo encuentras ridículo, y que te exaspera cuando hacemos el amor. Pero

ahora te pido que lo tengas contigo todo el tiempo. Me ha ayudado a superar muchos días difíciles. Sólo te pido que lo lleves para que pueda devolverte a mí sano y salvo. No lo lleves como una representación de tu fe, sino como un recordatorio de mi inquebrantable fe en ti. Te quiero con todo mi corazón.

Mary debía de haber deslizado esa nota en el bolsillo de su chaqueta cuando él había salido de la habitación para hacer una llamada y buscar un poco de agua fría para ella. Incluso en medio de su enfermedad había encontrado fuerzas para continuar con esos gestos que él tanto amaba.

Michael vació el contenido del sobre en la mano. Y, mientras contemplaba su mano abierta, revivió de golpe toda la emoción, todo el dolor del último mes. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, y ello dio cierto alivio a su angustia, algo que hasta entonces no se había permitido. Confió en que eso lo ayudase a aclarar su mente ante lo que le esperaba.

Finalmente —no por el miedo que Simón le había infundido esa noche; no por una recién descubierta devoción hacia Dios y la religión, sino por su fe en Mary— se colgó la pequeña cruz de oro alrededor del cuello como un recordatorio de su promesa de que regresaría a su lado. Cogió el diminuto objeto religioso en la mano como tantas veces se lo había visto hacer a Mary, y luego lo soltó, dejando que el pequeño trozo de metal se meciera sobre su pecho, consciente de la ironía del momento. De alguna manera, sin decir una sola palabra, Mary había sabido a lo que él se enfrentaba, y le había enviado la cruz que ahora colgaba de su cuello como testimonio de su fe en él. No había pronunciado ninguna palabra de ira o protesta por el hecho de que él la abandonase otra vez. Le había dado, en cambio, una sola frase que lo apoyaría en cualquier cosa que debiera hacer: que ella siempre había tenido fe en él. Ella era la única razón por la que él estaba atravesando el mundo para entrar en un lugar que sólo podía imaginar como la manifestación del Infierno.



Capítulo 20

El 747 se deslizó por la pista atravesando la densa niebla que se extendía sobre el aeropuerto Tegel de Berlín. La luz de la mañana de verano se reflejaba como diminutos cristales en la hierba cubierta de rocío que rodeaba la pista de aterrizaje. El sol se había levantado desde el océano aquel día, ahuyentando las sombras de las olas como un niño que se sacude las pesadillas al despertarse. Había sido para Simón una noche en la que habían aflorado a la superficie muchos sentimientos largo tiempo enterrados en su alma, mientras recordaba quién era, en quién se había convertido. Y, aunque había ansiado ver al sol alzándose por el horizonte, éste no portaba consigo ese efecto de purificación que experimentaba habitualmente y que, ese día más que cualquier otro, había estado esperando. Sabía que las pesadillas volverían a comenzar muy pronto. Y, cuando lo hicieran, sería a la luz del día.

Michael y él cumplieron el trámite de la aduana sin problemas. Para sorpresa de aquél, Simón hablaba fluidamente alemán, y le explicó al agente de aduanas que ambos estaban en Berlín en viaje de negocios y placer; no tenían nada que declarar. Luego pidió que apresurasen el trámite, ya que tenían concertada una cita.

Michael finalmente se había dormido durante las últimas horas de vuelo. Aunque no había sido un sueño tranquilo, al menos le había alejado de Simón. Michael sentía pena por él, pero también le temía. Sin duda la pérdida de una madre era un hecho devastador para cualquier niño, particularmente cuando esa pérdida se producía a manos del padre, y eso era lo que había forjado el carácter de Simón. Aunque se ocultara detrás del velo de la Iglesia, no había duda de que estaba más lejos de la salvación que Michael. El enigma que presentaba Simón lo desconcertaba. Sabía que la Iglesia era como cualquier otro gobierno; cualquier religión con más de mil millones de seguidores ejercía un enorme poder y buscaba proteger ese poder sin importarle el medio ni el precio. Simón se había convertido en el medio de la Iglesia y, a fin de protegerla, violaría todos y cada uno de los mandamientos; ese hombre defendía su ley quebrantándola.

—Espéreme en el hotel —le dijo Simón a Michael cuando salieron del aeropuerto, entregándole un sobre mientras le hacía señas a un taxi—. Necesito recoger algunos suministros.

—No tarde —le advirtió Michael.

Simón se metió en el taxi y se marchó sin responderle. “Suministros”, pensó Michael. Sólo Dios sabía lo que significaba eso. Indudablemente no un puñado de libros religiosos. Se colgó la bolsa de viaje en el hombro y apuró el paso a través de Lehrter Strasse. Sentía el cuerpo cansado por el vuelo, por haber permanecido sentado durante seis horas. Era un alivio poder estirar las piernas.

No había mucho tráfico, de modo que no le resultó difícil ver la limusina que circulaba en su dirección, a unos cien metros de él. Sin prestarle demasiada atención, siguió caminando hacia Wisternhagen Platz. La limusina —un Mercedes negro— continuó acercándose a él. Michael cortó a través de Slibsilber Strasse, una calle llena de tiendas que había a su izquierda. Probablemente su reacción era un tanto exagerada, como consecuencia de la falta de sueño y el exceso de tensión. Se estaba comportando como un paranoico.

La limusina giró en la esquina detrás de él. Una coincidencia, eso era todo. Michael trató de hacer caso omiso de la presencia del coche negro. La limusina redujo la velocidad, pero sin dejar de acercarse a él. Michael, aflojando el paso, miró los escaparates de las tiendas. Todas estaban cerradas, pero en el interior se podía ver a los empleados que se preparaban para otro día ajetreado. Cuando la limusina llegó a su altura, Michael la vio reflejada en el cristal del escaparate de una carnicería: la ventanilla del lado del pasajero del asiento trasero bajaba lentamente. Se esforzó por ver el rostro de la persona que había en su interior, y apuró el paso.

La limusina también aceleró la marcha. Eso no era ninguna coincidencia.

Michael echó a correr.

El enorme coche negro inició la persecución con un chirrido de neumáticos, y la cola derrapó en el pavimento salpicando grava. Rápidamente redujo la distancia, mientras las piernas de Michael se iban despertando y la adrenalina corría por sus músculos. No tenía idea de adonde se dirigía, pues todos los rótulos de las calles estaban en alemán. El coche negro seguía reduciendo la distancia, y a Michael no le cupo duda de que la intención del conductor era arrollarlo. El ruido del motor se intensificó en sus oídos. En la distancia, en alguna parte, creyó oír que alguien gritaba. Necesitaba un plan, y lo necesitaba de inmediato. Sólo lo separaban unos segundos de su muerte: el coche negro alemán estaba prácticamente encima de él. Y fue entonces cuando la pregunta cruzó por su mente: si él moría, ¿qué sería de Mary?

Michael se desvió hacia la derecha, y de repente se encontró en un callejón oscuro lleno de basura, demasiado estrecho para la limusina. Oyó cómo chirriaban los neumáticos al clavarse contra el pavimento. No miró hacia atrás. Unos segundos más tarde, un ruido de metal que se abollaba resonó en el estrecho callejón. Michael trepó a la parte superior de un contenedor de basura, espantando a dos gatos que se habían instalado allí, y se lanzó hacia la valla metálica que había detrás. Mientras

saltaba por encima de ella, echó un vistazo al callejón por encima del hombro. Allí no había nada, sólo la luz del sol en la entrada lejana. La limusina había desaparecido.

Aterrizó en un parterre de flores silvestres en el borde de lo que parecía ser un enorme parque urbano. Había un lago en el centro, un extenso prado a la izquierda, un campo de juegos a lo lejos. Y había gente, un montón de gente. La multitud que se levanta antes del amanecer, que sale para correr sus kilómetros matinales, pasear a sus bebés, disfrutar de un paseo con sus seres queridos. La gente que cumplía con su rutina diaria. Era el lugar ideal en el que Michael podía pasar inadvertido.

Finalmente detuvo su carrera al llegar al estanque y se derrumbó junto al tronco de un enorme sauce llorón, donde tenía un magnífico punto de observación.

El parque no tenía más que dos salidas, una en cada extremo; dos enormes puertas de hierro forjado, con columnas de mármol blanco, que permitían traspasar el muro de seis metros de alto que parecía recorrer todo el perímetro del parque. Michael se preguntó si la intención arquitectónica original de instalar un cerco de cemento y enormes portones de hierro era la de mantener a la gente dentro o fuera del recinto. No podía quitarse de encima la sensación de que si se cerraban las puertas, el parque se convertiría en una grotesca reserva natural, con seres humanos atrapados dentro de sus límites para que todo el mundo los viese.

Recuperó el aliento y repasó mentalmente los dos últimos minutos. Limusina Mercedes, matrícula alemana. Lo había estado esperando en el aeropuerto. Conocían la hora de llegada de su vuelo. La limusina había aguardado a que Simón se marchara y había iniciado la persecución de Michael cuando éste se había quedado solo. Cuando el cristal de la ventanilla comenzó a bajar alcanzó a vislumbrar al pasajero que había en el interior del coche. Era un hombre mayor, aunque no alcanzó a distinguir sus rasgos, que parecieron fundirse con las sombras. Pero Michael no tenía ninguna duda: el hombre que viajaba en la limusina era Finster.

Pasaba un minuto de las diez y Anna Rechtschaffen estaba preparada para dar por terminado el día, quizá la semana. Diez minutos antes había entrado el héroe guapo, alto y moreno de su última novela de lujuria, y Anna se dijo que, si no hubiese tenido setenta y siete años, se habría abalanzado con sus ochenta kilos sobre él para disfrutar de un revolcón en el heno. No había hecho una venta de seis mil marcos desde la visita del papa en 1986.

El hombre no dijo en ningún momento para qué los quería, sólo que se llevaba todo el lote. Los de oro, los de plata, los antiguos y los que eran de madera, incluso los de plástico barato que le había comprado hacía dos años a aquel español pequeño y que nadie quería. No importaba si pensaba colgarlos de la pared o del cuello de alguien. El hombre compró todos los que había en la tienda. Ella no le preguntó por qué y él tampoco se lo explicó. De hecho, el hombre apenas si había hablado, nada que mereciera la pena recordar, excepto aquella última pregunta. La que le hizo justo

después de haber pagado en metálico y darle las gracias. El hombre desconocido le había preguntado si Freudenschaft quedaba a una o dos manzanas de allí. Cuando Anna le preguntó qué era lo que estaba buscando, el hombre sonrió y dijo: "Stingline's". Ella le había señalado la dirección correcta y también lo había ayudado a cargar las cajas en el coche. Cuando el hombre se marchó calle abajo, no pudo evitar preguntarse qué podría necesitar de una armería un hombre que acababa de comprarle todas las cruces que tenía en la tienda.

Para todo el mundo parecían dos amigos que habían salido a correr un rato por el parque, mezclados con el resto de la gente, y que se acercaban desde la puerta sur. Pero esos dos hombres hicieron que algo se removiera en el estómago de Michael, y él había aprendido hacía mucho tiempo a confiar en su instinto. Ambos medían más de metro ochenta, llevaban chándales y corrían como profesionales, con precisión militar. Se desplazaban a lo largo del sendero destinado a los corredores en dirección a Michael, sin apartar la vista de él en ningún momento, manteniendo un ritmo parejo, Michael tuvo la sensación de que esos tipos eran capaces de dar la vuelta al mundo sin perder el aliento. Estaban a unos cuatrocientos metros de distancia. La puerta situada delante de él se encontraba a doscientos metros, Michael echó a correr a toda velocidad hacia ella. Aunque sabía que era un error, volvió la vista atrás. Los dos hombres habían aumentado el ritmo y ahora corrían velozmente, con completa sincronización. Y los muy cabrones ni siquiera parecían agitados.

Michael estaba a sólo veinte metros de la libertad, cuando la limusina negra reapareció en la calle. Tenía la parrilla delantera destrozada, pero eso no parecía afectar en absoluto a su rendimiento; su extraordinario motor rugía como un león preparado para abalanzarse sobre su presa.

Michael aumentó la velocidad de su carrera y atravesó la puerta del parque. Vio que bajaban el cristal de la ventanilla trasera de la limusina, pero esta vez no se molestó en mirar quién iba dentro. Corrió a lo largo de un extenso paseo, desierto y flanqueado a ambos lados por brillantes edificios de oficinas de acero y cristal. Sentía el sabor amargo de la bilis en la boca seca, y los pulmones a punto de estallar.

Los gemelos del chándal salieron del parque por la misma puerta segundos más tarde, lanzados en su persecución, moviendo los brazos rítmicamente, y eso era una buena señal porque significaba que no había armas todavía. Michael imaginó que sería un ataque silencioso: lo meterían en la limusina, lo aplastarían contra el suelo y lo matarían sin testigos.

La limusina aceleró a lo largo del camino interior, con los dos hombres corriendo a su lado. Michael salió del paseo y atravesó los dos carriles de intenso tráfico matutino. Los coches frenaron haciendo chirriar los neumáticos. Alcanzó la otra acera y continuó su carrera, mientras su voz resonaba en su cabeza, "por favor, por favor, por favor", una y otra vez, como un mantra sincronizado con los latidos del corazón.

Los tipos del chándal no se inmutaron por el tráfico. Cruzaron la calle a sólo diez metros de Michael, esquivando y salvando los coches como si fuesen simples obstáculos en el campo.

Agotado y jadeante, Michael buscó desesperadamente una salida, un refugio. Y lo encontró. Reuniendo las últimas fuerzas que aún le quedaban, se desvió a la izquierda. Ahora casi podía oír la respiración de sus perseguidores, agitada como la de él.

Los dos hombres estaban a punto de cogerlo. Preparó el cuerpo para su embestida, pero el golpe nunca llegó. Con el último hálito de fuerza que le quedaba, Michael saltó por encima de la pared de piedra de dos metros apoyándose con ambas manos en la parte superior, mientras sus perseguidores intentaban cogerlo por los pies y fallaban por escasos centímetros.

En la calle, la limusina clavó los frenos. El enorme coche negro permaneció allí, inmóvil. Los tipos del chándal no se molestaron en salvar el obstáculo, aunque podrían haberlo hecho con suma facilidad. Con el rostro frío e impasible y los brazos colgando junto al cuerpo, observaron en silencio cómo Michael entraba en la iglesia de piedra.



Capítulo 21

El sol de la mañana, que entraba por la ventana abierta, bañó las sábanas blancas y se posó en los párpados cerrados de Busch. Estaba despierto, pero siempre prefería dejar que sus sentidos reaccionasen antes que él. El olor del aire fresco que llegaba del mar, como un trago de tequila, siempre le activaba la sangre. Había diseñado y remodelado la casa para aprovechar al máximo su ubicación junto al mar. Su cama estaba colocada frente a la ventana que daba al este, de modo que, cuando abría los ojos, veía inmediatamente el vasto océano que lo había fascinado desde que era un niño. Su padre era un pescador del Viejo Mundo que había navegado por la gran bahía meridional del canal de Long Island, aventurándose en el océano abierto, rastreando los bajíos del Atlántico en busca de la pesca estacional. Cuando Paul fue lo bastante mayor, se convirtió en un compañero, un soldado de infantería, un novato, cualquier cosa que su padre quisiera. En su juventud, no había sido tanto el océano lo que lo había atraído, sino su padre. Hank Busch era un hombre grande, de manos poderosas y piel curtida como el cuero. Tenía una gran mata de pelo rubio y una poblada barba, siempre desgredadas y agitadas por el viento, y Paul nunca sabía dónde terminaba el cabello y empezaba la barba. Paul amaba a su padre, así de simple, y le aterraban las semanas que pasaba en alta mar. Los niños de doce años no deberían preocuparse, pero Paul lo hacía. Él conocía los peligros que encerraba el mar, sabía que nunca podría ser domado ni aplacado y que, de vez en cuando, se llevaba un barco al fondo sólo para recordarles a los marineros que siempre estaban a su merced. Cada vez que su padre regresaba de sus viajes de pesca, Paul se colgaba de su cuello y no lo soltaba, perdido en la seguridad y la calidez de su abrazo.

Su padre le había enseñado todos los trucos y habilidades de la pesca comercial, esperando que un día él se hiciera cargo de su barco, el Byram Blonde, y continuara la tradición familiar. Paul nunca tuvo el valor para decirle que la pesca no le interesaba; sabía que eso le rompería el corazón al viejo. De todos modos, si pasar el tiempo junto a su padre significaba estar en compañía de pescados queapestaban y marineros borrachos, que así fuera. Si vomitaba por la borda cuando su padre no lo veía, no había problema. Al menos estaban juntos.

Finales de abril. Aún persistía en el aire algo del frío invernal que siempre parecía demorarse en alta mar. Era un viaje de cuatro días. A bordo había cinco personas:

Paul y su padre; Sean Reardon, el encargado de las redes, un veinteañero lleno de energía; Johnny G., un enorme jamaicano incluso más grande que el padre de Paul, con una profunda voz de barítono (en todos los años que lo conocía, Paul nunca había sabido el apellido de Johnny G., y Rico Libertore, quien se creía un pequeño mañoso en todo su metro sesenta y cinco, incluyendo los cinco centímetros de su espesa cabellera negra peinada hacia atrás con gomina. Rico siempre jugaba limpio, pero era mejor no buscarle las cosquillas: nadie se metía impunemente con él. Salieron del canal de Long Island rodeando Block Island, y se dirigieron hacia los bajos en medio del Atlántico. Iban en busca de bacalao. Era la primera vez que Paul, con sus doce años, pasaría la noche fuera de casa, ése iba a ser su rito iniciativo. Cuando el viaje acabara, se habría convertido en un hombre.

Lanzaron las redes y se sentaron a cenar: judías y salchichas, fáciles de cocinar y fáciles de comer. Bebieron cerveza Pabst Blue Ribbon, excepto Paul, que tenía su botella de Coca-Cola. Los cuatro hombres trataban al chico como uno de ellos, haciendo bromas subidas de tono y soltando tacos que habrían avergonzado incluso a un carcelero. Las luces se apagaron a las nueve, pues tenían que levantarse a las cuatro de la mañana. La temperatura había descendido en picado, apenas tres grados que helaban hasta los dientes. En el mar, el frío atraviesa la piel y llega a los huesos, un frío del que no es posible librarse por muchas mantas que uno se ponga encima. Paul no podía entrar en calor en su litera. Los ronquidos de todos ellos eran increíbles. Cuando bajó de su litera, ninguno de los hombres se enteró. Todos dormían a pierna suelta después de haberse echado al colete al menos seis latas de cerveza. Paul sabía cómo encender la estufa, igual que en su casa: cargarla con gasolina, encenderla, cerrar la puerta, y sentir el calor. Hacía aproximadamente un año, su padre le había dicho que no la tocara, pero eso había sido cuando aún era un crío. Ahora era todo un hombre. Pensó que ése era su trabajo, con todos los hombres durmiendo. Accionó la bomba diez veces, y luego encendió la cerilla.

Nada. Volvió a accionar la bomba. Encendió otra cerilla, pero al hacerlo una ráfaga de aire entró en la cabina; la llama se apagó antes siquiera de haberse acercado a la puerta de la estufa. Accionó la bomba veinte veces. Ya estaba, a la tercera va la vencida. Encendió la cerilla y ahuecó las manos para proteger la llama. Ahora la estufa se encendería. Metió la cerilla.

Y se desató el infierno. Una bola de fuego estalló hacia el exterior, envolviendo la estufa. Las llamas se extendieron por el suelo de la cabina. Paul comenzó a gritar, presa del pánico, y su voz sonaba como la de una niña, como es habitual en los chicos antes de convertirse en hombres. Un grito terrible. La cabina se llenó de un brillo anaranjado. El calor era intenso. Rico saltó de su litera y atravesó corriendo la cocina al tiempo que cogía el extintor. El pequeño italiano trató desesperadamente de dirigir la manguera hacia la estufa, pero el extintor no funcionó. El fuego corrió a través del suelo y por la pierna de Rico.

Paul cayó contra la pared. Oía gritos por todas partes, y miró desesperado a su alrededor sin darse cuenta de que procedían de su garganta. Las llamas lo rodeaban como una manada de animales salvajes, un círculo cada vez más estrecho, ansioso por atacar. Vio a Rico, que rodaba por el suelo tratando de apagar las llamas que le envolvían la pierna. El fuego ascendía por las paredes. Paul gritaba, paralizado por el terror y sin saber hacia dónde escapar.

Hasta que, finalmente, alguien lo levantó y lo sacó por la puerta al aire frío de la noche. Su padre consiguió sacar la estufa en llamas de la cabina y la lanzó al mar. Paul vio cómo chocaba con el agua, aún cubierta por las llamas. Se quedó observando su resplandor mortal mientras se hundía, un brillo rojo devastador que descendía hacia las negras profundidades del océano. A través de la ventana de la cabina pudo ver a Johnny G., que trataba de apagar las llamas golpeando las paredes con una manta. Su padre volvió a entrar para ayudar a Rico. Hasta aquella noche, Paul nunca había visto llorar a un hombre. La expresión de dolor de Rico era insoportable, las lágrimas le corrían por las mejillas. Paul, abrumado por lo sucedido, lloró amargamente por lo que había hecho, por la forma imprudente en que había herido a Rico. Lloraba porque el fuego lo había dejado paralizado, porque había estado a punto de matarlos a todos.

Johnny G. volvió a salir a cubierta, lo envolvió en una manta, y lo llevó de regreso a la cocina, pronunciando su nombre una y otra vez con su voz familiar y profunda. Las llamas ya se habían extinguido, pero el suelo y las paredes chamuscados y ennegrecidos seguían humeando. Sean arrojó varios cubos de agua de mar en cubierta y cogió una escoba con la que barrió los desechos. El aire estaba impregnado del olor ácido y repugnante de la madera húmeda y quemada. Paul observó con expresión lastimera a su padre mientras atendía a Rico. Cuando los vendajes estuvieron bien firmes, el padre de Paul se dirigió hacia él y, sin decir palabra, lo abrazó. Aquél era el recuerdo más vivido de su vida: las manos de su padre mientras lo abrazaban aquella noche. Estaban quemadas, rojas y negras, la capa superficial de la piel enrollada sobre los dedos, con grandes ampollas por toda la palma. Pero Hank Busch no parecía ser consciente de ello; permaneció sentado allí abrazando a su hijo, acunándolo en sus brazos hasta el amanecer.

El Byram Blonde atracó en el puerto cuando el sol se elevaba desde el horizonte. Johnny G., Rico y Sean esperaron en el barco mientras Hank llevaba a Paul a casa. Ninguno de los dos dijo nada durante todo el trayecto. Aún en estado de shock, Paul caminaba bajo el brazo protector de su padre, contemplando la mañana neblinosa.

Hank lo llevó a su cuarto en el piso superior de la casa y lo metió en la cama. Cuando se marchaba de la habitación, Paul alcanzó a susurrar:

—Lo siento, papá.

Las lágrimas caían sobre la almohada.

Su padre se volvió.

—Ha sido un accidente. —Y, por la forma en que lo dijo, Paul supo que hablaba en serio—. Anoche pensé que te perdería. No podría vivir si eso ocurriera. El mar es un lugar implacable. Mi padre me enseñó, como su padre antes que él, que cada vez que uno sale al mar nunca sabe si podrá regresar a puerto, pero cada vez que lo hace, debe dar gracias a Dios no sólo por haber conseguido regresar sano y salvo, sino por todo lo que Él le ha dado. Y cuando uno pisa tierra firme debe recordar que a la mañana siguiente, tal vez, no sea tan afortunado. Pero ese día ha conseguido engañar a la muerte una vez más. De modo que aprecia mucho más la vida.

Su padre se inclinó sobre él y le besó en la frente.

—Esta noche lo hemos conseguido, eso es todo lo que cuenta. Te quiero, hijo. Nada en el mundo podría cambiar eso.

Su padre regresó a la mar aquella misma mañana.

No estaba previsto que fuese una tormenta tan grande, pero llegó con terrible fuerza. Una lluvia torrencial, enormes olas de doce metros. El padre de Paul nunca regresó; el Byram Blonde se perdió en el mar. Se celebró un funeral por Johnny G., Sean, Rico y el padre de Paul, pero jamás encontraron sus cuerpos.

Ahora, diecisiete años más tarde, Busch se paró delante de la ventana de su dormitorio como hacía todas las mañanas, contemplando las olas que rompían contra la costa. Hasta ese día, él seguía peinando la playa en busca de restos del Byram.

Robbie y Chrissie irrumpieron gritando en la habitación; saltaron sobre la cama y se lanzaron a los brazos abiertos de su padre.

—Papá, ¿por qué no puedes quedarte? —preguntó su hijo.

—Cuando regrese de este viaje pasaremos toda una semana juntos, os lo prometo; nada de trabajo, nada de teléfonos, nada de visitas.

Busch podía contar con los dedos de una mano el número de días que había estado separado de sus hijos. Hacía mucho tiempo que se había hecho el juramento secreto de que jamás dejaría a sus hijos como su padre lo había dejado a él; pasaría el tiempo con ellos construyendo recuerdos. Y ahora estaba rompiendo ese juramento. El dolor que vio en los ojos de su hija cuando se despedía de ella era sólo una mínima parte de lo que sentía en su corazón.

Mientras cargaba la maleta en el coche, Jeannie le dio el pasaporte.

—Pensé que íbamos a llenar estas páginas juntos —dijo ella, abriendo la pequeña libreta azul como si fuese un abanico.

—Tendremos mucho tiempo para eso —contestó Paul, evitando la mirada de su esposa.

Jeannie lo cogió de las solapas de la americana.

—Escúchame, Paul Busch: encuentra a Michael y volved a casa, ¿me has entendido?

Ambos se fundieron en un abrazo.

—Y date prisa —añadió Jeannie.

Siempre sentía miedo cuando Paul se iba de casa.

Era la esposa de un policía: cada llamada de teléfono le ponía el corazón a cien.

Sentía pavor del día en que abriese la puerta y se encontrase a dos de los compañeros de Paul, la gorra en la mano y la cabeza inclinada.

—Yo también te amo —dijo Busch.

—Realmente creo que deberíamos parar para almorzar.

Jeannie llevaba un montón de bolsas de la compra.

—Estoy bien, ese frappuccino me mantendrá con energía durante un rato —contestó Mary—. Por favor, deja que lleve algunas bolsas.

—Tú disfruta del paseo.

Durante la última hora, las dos mujeres habían vagado por Westchester, otra enorme concentración de tiendas lujosas conocida como centro comercial, el verdugo norteamericano del pequeño comercio. El doctor Rhineheart había aconsejado la expedición de compras como una magnífica manera de romper la deprimente rutina del tratamiento de Mary. Era media mañana; los edificios estaban llenos de madres que empujaban los carritos con sus niños pequeños, y de la multitud habitual de mayores de sesenta y cinco años. Las dos amigas recorrían las distintas plantas, subiendo y bajando por las escaleras mecánicas, hablando y riendo como dos colegialas. Y, aunque sólo había pasado una hora, Mary tenía la sensación de que acababa de correr una maratón. Su cuerpo estaba débil y frágil. La combinación de quimioterapia y radioterapia no sólo había atacado el cáncer, sino también el resto de su organismo. «Atacar» no era la palabra correcta. “Matar” era más adecuada. Matar su cáncer, su vida, su espíritu. El pelo aún no se le había caído, pero lo que hacía sólo un mes era una magnífica melena roja que recordaba la de un león, era ahora un pelo aplastado y sin brillo, que cada vez se volvía más fino y amenazaba con desaparecer. El plan original, de Jeannie había sido llevar a Mary a un día de tratamiento de belleza, pero luego había cambiado de idea. No podía resistir la imagen de la peluquera quedándose con el hermoso pelo de su amiga entre los dedos al lavarlo. La situación de Mary era ya lo bastante humillante, no necesitaba empeorarla.

—Deja que yo lleve eso —dijo Jeannie, tratando de coger el paquete que llevaba Mary.

—¡Eh! —Mary apartó el paquete—. ¡Que no soy inválida!

—No pretendía...

Mary sonrió.

—Lo sé. Lo siento. Es que mucha gente te trata de otra manera cuando estás enfermo. Hacen que te sientas como un bicho raro. Da la impresión de que a uno le han crecido las orejas o que le ha salido cola o algo así. Es posible que el exterior haya cambiado un poco, pero el interior sigue aquí. —Mary se dio unos golpecitos en el pecho.

—Lo sé.

Jeannie pasó el brazo por los hombros de su amiga.

—Es una manera horrible de descubrir quiénes son tus verdaderos amigos —dijo Mary—. ¿Sabías que Paul viene todas las mañanas al hospital con flores frescas y comida? No ha fallado un solo día. Aférrate a ese hombre, Jeannie tienes contigo a un guardián.

—Eso es discutible. —Jeannie se echó a reír—. Ese hombre no sabe lo duro que es mi trabajo. Tratar con criminales todo el santo día no es nada comparado con criar a dos hijos.

—Me voy a poner bien, ¿sabes? —dijo Mary con voz suave.

—Lo sé.

Y, aunque Jeannie se sentía reconfortada por la convicción de Mary, tenía problemas con la mentira y trataba desesperadamente de ocultar las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

—Sin embargo, estoy muy preocupada por Michael —continuó Mary. Cuanto más pensaba en la repentina partida de Michael, más asustada estaba. Sabía cuánto se preocupaba Michael por ella y que él jamás la abandonaría, a menos que... A menos que se tratase de algo peor que aquello a lo que ella se enfrentaba. Y se estaba enfrentando a la muerte—. No sé dónde está o cuándo piensa regresar. Michael tiene problemas, Jeannie.

Su amiga le cogió la mano y le habló desde el fondo de su corazón.

—Paul ha ido a buscarlo, Mary. No te enfades.

En todos los años que las dos mujeres se conocían, siempre había habido entre ellas un vínculo profundo. Se querían como hermanas y, después de la boda de Jeannie, Paul se había convertido a su vez en el hermano sustituto de Mary. El hecho de que sus esposos —uno policía y el otro ladrón— se hubieran hecho íntimos amigos le reconfortaba el corazón.

—¿Cómo podría enfadarme? —replicó.

—Todo saldrá bien. Por favor, no quiero que te preocupes. Paul se encargará de todo.

Mary seguía pensando en sus votos matrimoniales. Los había repetido una y otra vez mientras juzgaban a Michael: “En lo bueno y en lo malo, en lo bueno y en lo malo”. La habían acompañado día y noche, mientras se decía que Michael y ella estaban deshaciéndose primero de los malos tiempos. Y habían sobrevivido a ello. Ahora, por supuesto, era “en la salud y en la enfermedad”, algo que habitualmente llegaba mucho más tarde en la vida. Pero no para ellos. Todos sus votos se estaban poniendo a prueba demasiado pronto.

—He tenido unos sueños horribles —le dijo Mary a su amiga—. Estoy aterrada, Jeannie. No dejo de pensar que Michael no volverá.

—Si Paul ha dicho que va a traer a Michael a casa, lo traerá a casa. Naturalmente, es posible que hagan un alto en el camino para jugar al golf, pero volverán.

Mary sonrió, pero por dentro seguía asustada. Michael tenía problemas, estaba segura de eso, y en lo único que podía pensar era...

“Hasta que la muerte nos separe”.



Capítulo 22

Fuera de la pequeña iglesia de piedra, la calle estaba relativamente desierta y silenciosa. Mientras Michael miraba a través de uno de los vitrales, se alegró de ese golpe de suerte. Solo en ese lugar silencioso que olía a incienso y cera, no pudo menos que recordar una época en la que todo eso significaba algo para él. Cuando podía recitar la misa como si fuese algo salido de su manual de fútbol americano del instituto, y pronunciar las plegarias del padre Damico, el viejo sacerdote encorvado que sentía debilidad por los ñoquis y el licor de anís. Hubo una época en que la iglesia parroquial le proporcionaba a Michael una sensación de alivio, de consuelo, de tener un lugar al que siempre podía acudir a rezar, a pedir un favor o ayuda, o simplemente a hablar. Allí había hablado con Dios. Y El lo había escuchado. Cuando era pequeño, Michael habría podido jurar que Él incluso le había contestado. Había sido su pequeño milagro privado.

Pero, al hacerse algo mayor, descubrió que Dios ya no lo escuchaba como antes; de hecho, por lo que había podido ver, no escuchaba nada. Cuando Michael salió al mundo y pudo verlo tal como era en realidad, se sintió traicionado: nunca había experimentado ningún milagro. Lo que había tomado por la voz de Dios no era más que su subconsciencia, que le daba respuestas que en el fondo ya conocía.

Todo lo que le habían enseñado de niño, todo aquello en lo que había creído mientras crecía, era una mentira, como esos titanes de la mitología griega o las fábulas escandinavas que hablaban de Thor y Odín. Dios no era más que otro cuento de hadas al que se aferraban las gentes temerosas en tiempos de necesidad, porque les proporcionaba un ancla falsa a la que cogerse, porque les explicaba falsamente lo inexplicable. Toda la pompa y las ceremonias, todas las actitudes santurronas de esos sacerdotes más papistas que el papa se habían convertido para él en la esencia misma de la hipocresía. No eran más que la manifestación de la mentira, y perpetuaban un mito cruel como todos los demás mitos en un mundo indiferente. Todo el mundo estaba convencido de que su Dios era el verdadero, de que ellos eran los probos y justos, los únicos seres en el planeta que encontrarían la paz y el consuelo después de la muerte.

Pero entonces había conocido a Mary y había aceptado sus creencias, sin atreverse nunca a confesarle sus verdaderos sentimientos. Estaba enamorado de ella y, bueno,

son cosas que se hacen por amor. Se sentaba en un banco todas las semanas durante la misa, no para rezar sino para pensar, para reflexionar en Mary y en la vida, en los hijos y el trabajo. Cumplía con el rito que tan bien había aprendido cuando era niño, y se guardaba sus opiniones para sí. Pero cuando se enteró del diagnóstico de Mary ya no pudo seguir fingiendo. Tenía razón: Dios no existía.

Y, sin embargo, allí estaba, en una iglesia, escapando de algo o de alguien que no era capaz de explicar. Buscó la cruz de Mary y la acarició. No sintió nada espiritual en ello, pero sí la sintió a ella. La pequeña alhaja de oro era de Mary y ella le había pedido que la usara, le había rogado que nunca se la quitase. Y no lo haría, no porque creyese en lo que significaba la cruz, sino por lo que significaba el collar. Era de Mary. Y quizá lo protegiera, no por ningún significado divino, sino porque le recordaría por qué estaba allí, en Alemania, escondido en esa iglesia: por amor. No por lo que él creía, sino por lo que Mary creía.

Mediodía. Durante la mañana habían acudido unos pocos fieles, que habían encendido velas y se habían arrodillado en muda plegaria. Michael se dirigió a la parte trasera del altar y vio un rótulo de neón rojo que indicaba la salida; le pareció completamente incongruente en ese santuario de doscientos años de antigüedad. Abrió lentamente la puerta. No había nadie. Comenzó a bajar la escalera.

En la esquina vio a un hombre que vendía refrescos y galletas saladas; ya habían pasado diez horas desde que había comido su última bolsa de cacahuetses en el avión. Tenía hambre y sed y estaba cansado. El sueño podía esperar, pero no su estómago. Un breve paseo de una manzana no sería peligroso.

Pero no consiguió siquiera cruzar la calle. Una docena de coches de policía frenaron delante de él con un chirrido de neumáticos, y descendieron un montón de agentes de gatillo rápido —Polizei— de todos los tamaños y formas. Lo rodearon profiriendo gritos en alemán y agitando sus SIG-Saver de 9 mm. Michael no necesitaba un intérprete; tenía bastante claro lo que querían. Alzó las manos en señal de rendición.

El hotel Friedenberg daba a la Tiergarten Platz. Se trataba de un edificio de sesenta años, que había quedado abandonado en 1961: la construcción del Muro de Berlín había significado la quiebra del hotel. El Omega Group lo había comprado en los noventa y había gastado cerca de diez millones de dólares en restaurarlo. No era un hotel lujoso, pero sí agradable: habitaciones espaciales, una gran piscina, gimnasio y servicio de habitaciones. Los minibares estaban provistos de bebidas alcohólicas, cacahuetses y esas pequeñas botellas de Coca-Cola de cinco dólares que uno acaba abriendo a las tres de la mañana, para luego arrepentirse de haberlo hecho cuando llega el momento de pagar la cuenta.

La suite de clase ejecutiva estaba dividida en dos zonas: un área de descanso y otra de trabajo. Había dos camas dobles al fondo de la habitación, mientras que cerca

de la puerta había una pequeña mesa de conferencias, un escritorio y una zona de estar. La habitación estaba decorada con buen gusto, pero nadie recordaría los motivos de hojas marrones, verdes y amarillas cuatro minutos después de haberse marchado de ella.

—¿Michael? —llamó Simón mientras dejaba cinco grandes bolsas de lona y un maletín encima de la cama; la propina doble apenas si había compensado al botones por su espalda dolorida.

Simón abrió las persianas y aprovechó para disfrutar un momento del sol en el rostro. Comprobó el teléfono: ninguna luz intermitente, ningún mensaje. Cogió el maletín de encima de la cama, se sentó junto al escritorio y sacó de su interior los planos de la casa de Finster que Michael había dibujado durante el vuelo. Simón apenas si podía fijar la vista en el papel. Tras casi veinticuatro horas sin dormir estaba; completamente exhausto, pero aún tenía mucho trabajo por delante; si no podía permanecer con todos los sentidos alertas, fracasaría. Sería su primer fracaso, y en su trabajo sólo se fracasaba una vez. Pero, en esta ocasión, no sería el único en sufrir las terribles consecuencias de su fracaso.

Reflexionó un momento antes de decidirse. ¿Estudiar los planos? ¿Deshacer el equipaje? ¿Dormir? Haría todo eso, pero no necesariamente en ese orden.

Después de haber comprado todas las cruces en aquella pequeña tienda de objetos religiosos, Simón había encontrado Stingline's exactamente donde la amable anciana le había indicado. Había frecuentado ese lugar hacía varios años, cuando necesitaba «cierto» equipo, y ahora volvía a necesitarlo. Stingline's no era una armería más: era «la» armería, la clase de tienda de venta de armas a la que uno acude cuando el resto de las armerías no pueden o no quieren vender algo. Las vitrinas estaban llenas de fusiles de caza, arcos y flechas y, para los aspirantes a militares, trajes de faena. El material verdaderamente importante, sin embargo, no estaba a la vista. Herr Stingline era un ex miembro del Ejército Rojo, el Baader-Meinhof, o el IRA, según con quién estuviese hablando. Se decía que tenía cincuenta y dos años, pero Simón —que siempre investigaba a fondo a toda persona con quien iba a tratar— sabía que tenía sesenta y ocho. De cualquier modo, ya fuese que Stingline tuviese cincuenta y dos, sesenta y ocho u ochenta y cinco años, ese hombre era capaz de arrancarle los pulmones a uno antes de que hubiese tenido siquiera la posibilidad de respirar. El alemán hablaba con voz suave y era extrañamente lampiño. La fiebre lo había dejado sin pelo a los ocho años, y las burlas que había sufrido lo habían convertido en un matón peligroso a los nueve. Había estado operando desde 1986, lo que significaba que había llegado a alguna especie de trato con el antiguo gobierno de Alemania Oriental y los encargados de aplicar la ley, la Stasi. La Stasi era la policía secreta, la versión del KGB en la Alemania comunista, que metía las narices en la vida de todo el mundo. No era que la privacidad fuera poco importante en la ex República Democrática Alemana: simplemente no existía. Eso significaba que el gobierno

conocía las operaciones de Stingline y que incluso las encargaba. Pero desde que Simón lo conocía, justo después de la caída del Muro de Berlín, el viejo nunca había sido un soplón.

Simón no le preguntó cómo lo había conseguido, pero Stingline había completado su lista de la compra en menos de quince minutos: cuatro radios manos libres; cuatro pistolas Glock de 9 mm con silenciadores a medida; cincuenta cajas de municiones; dos PDW Heckler & Koch que disparaban dieciocho proyectiles por segundo; dos fusiles de francotirador Galil israelíes; cuatro miras nocturnas montadas en el cabezal; cuatro cuchillos Bowie; seis granadas de fragmentación, y una caja de barritas energéticas. Simón siempre compraba todo de dos en dos o de cuatro en cuatro y siempre pagaba en euros, la divisa más difícil de rastrear por el momento. Abandonó la tienda de Stingline con todo lo que necesitaba sin que mediara pregunta o respuesta alguna.

El golpe en la puerta lo devolvió a la realidad.

— ¿Si?

Se dirigió rápidamente a las bolsas que había dejado encima de la cama.

— Servicio de habitaciones.

Simón sacó una de las Glock y una caja de municiones sin tiempo para examinar la pistola; simplemente metió un par de proyectiles en el cargador y rezó. Pegándose a la pared, avanzó cautelosamente hacia la puerta. No se molestó en mirar por la mirilla: no tenía sentido colocar su ojo en una diana. Abrió rápidamente la puerta para revelar la presencia de...

Un ayudante de camarero con un carrito de comida. El chico no podía tener más de diecinueve años, y la gruesa capa de Clearasil apenas alcanzaba a ocultar el acné.

— Es costumbre del hotel ofrecer a cada nuevo huésped un carrito de cortesía de comida y bebidas — dijo él chico con un marcado acento alemán. Movi生 nerviosamente las manos en el carrito metálico, y las palmas húmedas dejaron sus huellas en él.

Simón lo miró mientras deslizaba la pistola detrás de la espalda y la aseguraba en la cintura. Le indicó que pasara, dejando la puerta abierta.

— Lo siento, estoy un poco cansado. Esto no era necesario.

— Una selección de vinos y quesos para que la disfrute, señor.

El ayudante de camarero empujó el carrito dentro de la habitación, y dejó al descubierto una selección de quesos blandos y duros, salchichas ahumadas, frutas y dos botellas de vino tinto de una excelente cosecha, como comprobó Simón. Quizá no le viniera mal una copa después de que hubiese deshecho el equipaje; al menos podría ayudarlo a conciliar el sueño.

— ¿Quiere que abra una botella de vino?

El muchacho sonrió, encantado de que Simón entendiera su inglés.

—No, está bien. Aún tengo que hacer algunas cosas, yo puedo encargarme de eso.

Simón le dio al muchacho un par de euros y lo acompañó a la puerta.

Y fue entonces cuando sucedió. La puerta se cerró de golpe. Los postigos también. Las persianas cayeron con estrépito, y la habitación quedó sumida instantáneamente en la oscuridad. Simón miró a su alrededor y maldijo sus ojos, mientras trataba de forzar la vista para adaptarlos a la ausencia de luz. Se agachó y rodó alejándose del lugar donde había visto al ayudante de camarero por última vez. Sin saber a ciencia cierta si alguien más había entrado en la habitación, contuvo la respiración y se esforzó por percibir algo. ¿Cuántos tíos había allí? Aguzó los oídos; no se oía ningún movimiento. Sus pupilas se agrandaron lentamente y comenzaron a aparecer imágenes oscuras: la mesa de conferencias, el sofá... Al otro lado de la habitación, cerca del escritorio, un hilo de luz se filtró a través de los postigos. Protegido por las sombras, el ayudante de camarero lo miraba como si la habitación estuviese iluminada con bombillas de doscientos vatios. El muchacho sabía exactamente dónde estaba Simón, pero no hizo ningún movimiento.

Pasaron los segundos, largos como horas, y ninguno de los dos decía nada. Simón empezó a distinguir nuevas formas a su alrededor; veía lo suficiente para moverse con libertad, lo suficiente para ver el rostro del muchacho. Y, de pronto, como si las luces y las sombras estuviesen jugándole una mala pasada, vio el rostro de Finster.

Los reflejos se activaron. Simón disparó los dos proyectiles, vaciando el cargador, y alcanzó a Finster de lleno en el ojo izquierdo.

Simón se irguió y retrocedió unos pasos. Finster estaba sangrando. La sangre manaba a borbotones del ojo y caía profusamente por las mejillas. Sin embargo, el alemán seguía de pie, inmóvil en medio de la habitación.

Y, con un movimiento casi indiferente, Finster se llevó una mano al ojo. Metió los dedos en la herida y sacó primero un proyectil y luego el otro de su cuenca vaciada. Donde antes había un ojo que miraba a Simón, ahora no había más que carne desgarrada y huesos astillados, una grieta bañada en sangre. Un fluido opaco flotaba en la carne ensangrentada y, en medio de él, la pupila aún reaccionaba ante la luz. El proyectil debía de haber traspasado limpiamente el cerebro, pero Finster seguía en pie.

Simón observó cómo el hombre herido colocaba los dos proyectiles de 9 mm encima de la mesa de conferencias y los empujaba hacia él.

—Por favor —dijo Finster amablemente—. Puedes quedártelos.

Se oyó una especie de suave retumbo. Era un sonido húmedo, nauseabundo, un sonido de roce de carne contra carne que procedía del interior de Finster. Era su ojo, que se estaba volviendo a formar, y Finster actuaba como si se tratase de un hecho normal, como el pelo que volvía a crecer en una cabeza completamente calva o el miembro amputado de un tritón que se regeneraba.

Y, de pronto, estuvo completo. Sus dos ojos nuevamente fijos en Simón, sin pestañear, sin moverse, siempre aterradores.

— ¿Cómo van esos secretos, Simón?

La pistola descargada salió volando de la mano de Simón, apartada con violencia por alguna fuerza invisible. El poder estaba en todas partes, llenaba toda la habitación; Simón podía sentir cómo crecía, aplastándolo como si fuese una descarga eléctrica de máximo voltaje. Miró desesperadamente hacia su bolsa, la azul, la que contenía las cruces. Debería haber deshecho el equipaje primero...

— Tienes razón. Deberías haber deshecho el equipaje primero — dijo Finster, como si le estuviese leyendo la mente — en lugar de perder la concentración.

— No tendrás mi...

— ¿Alma? — lo interrumpió Finster, echándose a reír—. Pero si ya la tengo, Simón. Tú perdiste tu alma hace mucho tiempo. Aquellos hombres encorvados sobre la biblia que se daban golpes en el pecho, con alzacuellos blancos, ni siquiera llegaron a ofrecer la absolución a alguien como tú. — Levantó un dedo como si compartiese algo precioso—. Te daré una pequeña pista, Simón, amigo mío, una especie de secreto profesional: tienes que estar arrepentido de tus pecados para que te perdonen...

»Pero me estoy yendo por las ramas; no es ésa la razón de mi presencia aquí. Tu alma no es el premio que busco. Mi reino está casi lleno con las lastimeras almas de este mundo. Estoy volviendo al lugar de donde vine. Regreso a casa.

Simón se lanzó sobre Finster y descargó una lluvia de golpes sobre su cuerpo y su rostro. Finster apartó la cara y, cuando se volvió de nuevo, era un hombre mayor con la ropa hecha jirones, las muñecas sangrando. Unas grotescas cicatrices blancas le cubrían el rostro, algunas apenas curadas. Simón interrumpió bruscamente el castigo y se apartó del anciano con una expresión de temor. Le faltaba el aire, como si un puño gigantesco lo hubiese golpeado.

— Imploré tu perdón, Simón. No sabía en qué me había convertido, mi mente desvariaba cuando ataqué a tu madre. Ella me perdonó, ¿por qué no puedes hacerlo tú? ¿Por qué un hijo no puede perdonar a un padre?

Simón cerró los puños y volvió a descargar una lluvia de golpes sobre el anciano.

— Violaste a mi madre; le robaste la vida. Me dejaste solo. No eres más que un mal sueño, una terrible pesadilla.

Y, súbitamente, sin advertencia previa, el anciano se esfumó debajo de sus puños. En el lugar donde había estado hacía unos instantes había ahora una mujer de pelo negro, cubierta con un largo vestido también negro; su piel de alabastro brillaba a través de la tela y las cicatrices eran completamente visibles. La mujer cayó hacia atrás, indefensa ante sus golpes.

—Hijo, por favor... —imploró.

Un temblor helado recorrió a Simón al comprender que había golpeado a su madre y arrojado brutalmente al suelo su cuerpo baldado.

—Tu corazón es frío, Simón —dijo ella—. Debes unirme a nosotros, formar una familia otra vez. —Cogió el arma de Simón y la sostuvo en la mano—. Me iré dentro de un instante, hijo mío. Ven conmigo.

En su palma izquierda había un único y brillante proyectil.

Con la mente hecha un torbellino, Simón cayó de rodillas, mirando fijamente a su madre, a la pistola que sostenía en la mano. Su madre, que le había enseñado a ser fuerte, le estaba diciendo que había llegado el momento de parar, de rendirse, de seguir los mismos pasos que ella y quitarse la vida. Pero entonces alzó la vista, la miró directamente a los ojos y, mientras lo hacía, le quitó la pistola de su pálida mano. Los ojos llenos de lágrimas de Simón destilaban un profundo odio.

—Todo lo que dices es mentira. Te detendremos.

La figura que estaba delante de él comenzó entonces a oscilar; la imagen alternaba entre su atormentada madre y su monstruoso padre, como una fotografía que intentara quedar enfocada. Pero los ojos no cambiaron en ningún momento: permanecieron inertes, helados... malvados.

—No pudiste detenerme antes. ¿Qué te hace pensar que podrás conseguirlo ahora?—mascullaron los labios de su padre.

Y, dicho esto, Simón fue lanzado contra la pared. El anciano desapareció, y Finster ocupó nuevamente su lugar. Simón estaba suspendido a medio metro del suelo, el rostro distorsionado por el miedo. Debajo de su piel comenzaron a formarse diminutas erupciones, como burbujas en un recipiente de agua a punto de hervir. Su carne comenzó a levantarse, a retorcerse. Y las pequeñas burbujas siguieron aumentando de tamaño por debajo de la piel. Simón gritó dentro de su cabeza, pero se negó a darle a Finster la satisfacción de oírlo gritar a voz en cuello.

Finster cogió la pistola, la examinó y luego se acercó a él.

—¿Crees que será difícil encontrar el alma de tu madre? —Palpó las burbujas que crecían bajo la piel de Simón, fascinado al parecer con su propia obra. Estudió más detenidamente la pistola, sopesándola en la mano, sintiendo su poder mortífero—. Me encantan los juguetes. —Alzó la Glock apuntando a Simón... pero luego pareció

pensarlo mejor e, inclinándose hacia él, le susurró al oído en un tono suave y paternal— Regresaré al Cielo del que fui expulsado. ¿Por qué limitarme a conquistar el mundo cuando puedo dirigir la eternidad?

Simón se irguió súbitamente en el escritorio, con el corazón golpeándole el pecho y el sudor perlándole la frente. Las persianas estaban abiertas, la noche había caído sobre la ciudad. Miró a su alrededor. Sus bolsas seguían encima de la cama, cerradas. Su rostro estaba intacto.

— ¿Michael? —llamó.

Miró su reloj: las ocho y media. No recordaba haberse quedado dormido. Le dolía el cuello por la posición en que había estado durante horas. Se levantó; su cuerpo protestó por su sueño agitado y el largo viaje en avión. Abrió la puerta del minibar. Sólo había media docena de esos botellines de whisky, insuficiente para matar a una rata. Levantó el auricular del teléfono.

—Servicio de habitaciones —contestó una voz—. ¿En qué podemos ayudarlo?

—Necesito una botella de whisky. Jack Daniel's. Y un poco de hielo.

—Ahora mismo, señor. ¿Las bandejas de queso fueron de su agrado, señor?

Simón miró el carrito del servicio de habitaciones. Las botellas de vino estaban sin abrir y la comida, intacta.

—Sí, muy sabroso. Colgó sin dejar de mirar el carrito. Se pasó las manos por la cara: ni magulladuras ni heridas. Sí, sus sueños estaban empeorando. Pero luego volvió la cabeza y su corazón dio un vuelco. Abrió una de las bolsas y sacó las cajas de municiones: todas cerradas. No había sido más que un mal sueño, una terrible pesadilla. ¿Pero cómo explicaba entonces lo que había encima de la mesa? Allí, en el borde de la mesa, había dos proyectiles de 9 mm aplastados.



Capítulo 23

Antes de la caída del Muro de Berlín, había edificios donde entraban muchas personas pero salían muy pocas. La Dunkel Gefängnis⁸ era una estructura de piedra de seis plantas que parecía salida de la Edad Media. Sus enormes puertas de planchas de hierro —todas de tres toneladas de peso— giraban sobre goznes de casi cuatro metros. Y se habían ganado su nombre con todo merecimiento: las puertas del tormento perpetuo. El edificio estaba rodeado en todo su perímetro por una valla de hierro de dos pisos de altura, coronada por alambre de espino oxidado. Y aunque la estructura tenía una apariencia terrorífica, era su nivel inferior, con siete sótanos, el que albergaba los verdaderos horrores.

Durante el apogeo de su reinado, la Stasi —la siniestra policía secreta de Alemania del Este— era conocida en todo el mundo; pero, en lo que se refería a las actividades que llevaba a cabo tras la imponente fachada de piedra de este edificio, que dirigía con mano de hierro, sólo se conocían por rumores. Así pues, la gente temblaba de miedo cuando circulaban historias acerca de torturas, mutilaciones y largas agonías, que era precisamente lo que pretendía la Stasi. La Dunkel Gefängnis se convirtió en un instrumento muy útil para controlar al pueblo, en un símbolo para aterrorizarlos y mantenerlos sometidos. Y era mejor para ellos que nunca se enterasen de la verdad, porque la verdad de lo que sucedía detrás de esos muros era mucho peor que los horrores que corrían por la ciudad.

En 1996 la Dunkel Gefängnis pasó a ser el cuartel general de la Policía y Sistema de Prisiones de Berlín. Y aunque se plantaron árboles, se añadieron luces y se retiró la imponente valla de hierro, seguía siendo la Dunkel Gefängnis, la siniestra prisión por donde se paseaba el fantasma de la muerte.

Las plantas dedicadas a alojar la cárcel estaban en el subsuelo, y era evidente que el dinero invertido en la restauración del edificio sólo se había empleado en aquellos niveles donde brillaba el sol. El hedor a meados impregnaba el aire frío y húmedo del quinto sótano, bloque seis. Michael trató de proteger sus sentidos de ese ataque súbito, pero fue en vano. Yacía sobre la plancha de granito vestido con el mono gris que le habían dado cuando se llevaron su ropa. La celda era de dos metros por dos,

8. En alemán, «cárcel oscura». (N. del t.)

tres sólidas paredes de granito y una reja con barrotes de hierro en el frente; más que una celda parecía una jaula para animales. Un frío helado impregnaba todo el lugar, y su única fuente de calor había sido el intenso ejercicio físico, que lo había dejado exhausto. Desde su llegada había perdido toda noción del tiempo y aún no le habían hecho ninguna pregunta. Las celdas vecinas estaban vacías, pero en alguna parte próxima al corredor principal alcanzaba a oír voces en idiomas extranjeros. Sing Sing, la prisión en la que había estado años atrás, era un palacio parado con aquello.

Michael había pensado en la posibilidad de llamar a la embajada estadounidense, pero finalmente decidió que no, porque la embajada comprobaría sus antecedentes y pronto descubrirían que era un fugitivo. Además, ¿quién podía asegurar que la policía local no se había puesto ya en contacto con ellos, o que lo habían cogido precisamente a petición de su gobierno? No, no haría ninguna llamada. Y, de todos modos, ni siquiera le habían ofrecido un teléfono.

La puerta exterior del bloque de celdas se abrió con estrépito, y en el corredor apareció el mismo guardia de aspecto duro que lo había hecho desnudar para registrarlo, y luego le había dado el mono que llevaba puesto. Pero, en esta ocasión, el guardia no iba solo; Michael oyó las pisadas de dos hombres. Y cuando el hosco guardia llegó ante los barrotes, vio que estaba en lo cierto: detrás del guardia había un hombre que permanecía en las sombras.

—Tiene visita.

Michael se levantó, haciendo un esfuerzo por distinguir al otro hombre. El guardia se marchó, y el desconocido dio un paso hacia la zona débilmente iluminada.

—Hola, Michael.

Él no contestó.

—¿Cómo ha acabado en este lugar? —Finster temblaba visiblemente mientras echaba una ojeada a su alrededor—. Es tan frío... Habría jurado que estábamos en verano.

Michael lo observaba con nuevos ojos, con una mirada suspicaz.

—He tratado de sacarlo bajo fianza, pero me han dicho que piensan extraditarlo.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Michael.

—Usted es mi amigo...

—¿Para matarme? —lo interrumpió Michael.

Finster lo miró a través de los barrotes, desconcertado, y finalmente se echó a reír.

—¿De dónde ha sacado...? ¡Ha sido ese capullo beato, Simón! ¿Acaso le ha estado llenando la cabeza de tonterías? Simón es un lunático; durante años ha estado inventando historias sobre mí, diciendo que soy una especie de demonio. ¿Acaso le

parezco un demonio? —El regocijo burbujeaba en su voz—. Es el dinero, Michael. — Finster se inclinó hacia los barrotes—. Y las mujeres —añadió—. A la gente le encanta asociar la riqueza y el sexo con el mal. Es la cosa más ridícula del mundo, ¿no le parece? Cualquiera diría que vivimos en la Edad Media por la forma en que la gente le teme. Si yo tuviese cinco centavos por cada persona que me ha llamado malvado... En cuanto a su nuevo amigo, Simón, es un fanático. Lleva años recitando esas estupideces. ¿Por qué está tan silencioso, Michael? ¿No se alegra de verme?

—¿Por qué está aquí? —repitió Michael.

—He oído que ha regresado por las llaves. No pensaba robarme mis llaves, ¿verdad, Michael?

La voz de Finster era la de un padre que está amonestando a su hijo.

Michael dudó. Tal vez estaba equivocado, quizá Simón fuese realmente un fanático. Tal vez se había apresurado a creerle...

—Yo sabía que no me traicionaría, Michael. —Finster se frotó las manos para calentarse, y luego bajó la vista con una expresión de tristeza—. He oído lo de su esposa...?

Michael se puso tenso.

—... El empeoramiento de su enfermedad.

La ansiedad atenazó las entrañas de Michael.

—Lo siento mucho —continuó Finster—. Sé cuánto desea estar junto a ella en sus últimos momentos. Veré qué es lo que puedo hacer para acelerar el viaje de regreso a Estados Unidos. Ya sabe, mover algunos hilos.

—No quiero nada de usted.

—¿Cómo dice? Estoy realmente apenado por su esposa. —Finster nunca le había parecido tan sincero—. Y también lo lamento por usted. No hay nada peor que perder a un ser querido.

—Usted condenó a mi esposa. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Decirle qué?

—Quién era.

Michael lo desafió con la mirada.

Finster lo observó detenidamente, tomándose su tiempo antes de contestar.

—¿Ha encontrado a Dios? —preguntó al cabo.

—No le temo —dijo Michael, acercándose a la puerta de la celda.

El rostro de Finster estaba a escasos centímetros de los barrotes, a escasos centímetros de su cara. Michael se mantuvo firme. Los dos hombres se miraron como si fuese la primera vez.

— ¿Quién cree usted que soy, Michael?

Él no contestó.

—Preocúpese por su esposa, Michael. Si comete un error, ella morirá sola, llamándolo, y usted se pudrirá el resto de su vida aquí mismo. —Finster abarcó con un gesto ese lugar húmedo y helado—. Todo debido a una decisión estúpida. Yo puedo ayudarlo, pero si usted se acerca a mis llaves...

— ¿Sus llaves?

—Yo le pagué de buena fe, teníamos un trato.

— ¡Y una mierda! ¡Usted nunca me reveló todos los términos de ese trato!

— ¿Y usted, el hombre que no tiene fe, me está diciendo que cree en las tonterías de un chiflado religioso antes que en mí? Simón le dice que yo soy el Diablo, y usted instantáneamente se convierte en un creyente convencido. ¡Aleluya! ¿Le ha dado algo para demostrar su buena fe? ¿Pagó él por el tratamiento de su esposa? ¿Fue a verlo con un cuarto de millón de dólares? ¡Yo le entregué a usted una bonificación, mientras que él ni siquiera dijo una oración por ella!

— ¿Le contó Simón esa lacrimógena historia sobre su padre y su madre? ¿Le dijo que su padre había violado a su madre en el nombre del Diablo? Mentiras, todo mentiras. Lo hizo para convertirlo en su cómplice. Quiere que robe las llaves para él y luego las venderá en el mercado negro. Salvar el Cielo, y una mierda. ¿En quién confía usted, Michael? ¿En alguien que lo ha ayudado, o en alguien que trató de matarlo?

Michael miró a Finster, sumido en la confusión. ¿Era posible que estuviese tan equivocado? A pesar de todo lo que Simón le había contado, la verdad seguramente residía en las palabras del hombre que tenía delante de los ojos. ¿Era posible que se hubiese convertido en un peón de Simón, intentando recuperar unas estúpidas baratijas religiosas mientras su esposa yacía sola, agonizando en la cama de un hospital? Finster no había hecho más que ayudarlo: dinero, palabras amables, ofrecimientos de ayuda. Simón no le había ofrecido absolutamente nada.

¿A quién podía creer? ¿A Simón? ¿A Finster? ¿A sus propias sospechas? Él no estaba allí por Simón ni por él mismo, estaba allí por Mary. Y por aquello en lo que Mary creía. La fe era la capacidad de creer en lo intangible, de dejar todo a un lado para reconocer la posibilidad de algo más grande. Él podía creer en Mary, así como ella siempre había creído en él. Confiaba en ella. Mary era su fe.

— ¡Que lo jodan! —le dijo Michael al alemán.

Los ojos de Finster adquirieron una expresión salvaje, y Michael no pudo menos que encogerse cuando aquél pasó la mano a través de los barrotes y le rozó suavemente la mejilla con sus uñas perfectamente cuidadas.

—Si yo fuese realmente quien usted cree que soy, ¿piensa que aceptaría esa muestra de insolencia de alguien tan insignificante como usted? No. Piense en ello. Si yo fuese quien usted cree que soy, lo habría herido allí donde usted es más vulnerable. Ella habría perdido el alma. La habría convertido en mi esposa para toda la eternidad. Ah, cómo me habría divertido, follando a su Mary inconsciente. ¿Es una chica flexible, Michael?

Finster se inclinó tan cerca como se lo permitían los barrotes y dijo con dureza:

—Piénselo: si yo fuese quien usted más temía...

Michael permaneció allí, pálido, en silencio, derrotado.

El hedor volvió a asaltar sus sentidos y lo despertó de su sueño. No tenía ninguna noción del tiempo, pues allí no había relojes ni ventanas. En el bloque de celdas reinaba un silencio total, ni siquiera se oía el movimiento de un roedor. Las dos bombillas desnudas apenas si daban suficiente luz. Sus sueños y pensamientos se habían concentrado en Mary. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había visto? No era capaz de recordarlo. Tenía que salir de allí; tenía que hablar con Mary, cogerla en sus brazos. No: tenía que acabar el trabajo que lo había llevado allí.

El ruido de la puerta al abrirse lo sobresaltó, su sonido metálico retumbó contra las heladas paredes de piedra. Se oyó el chirrido de la puerta de otra celda al abrirse y cerrarse con violencia. Diez pasos rápidos resonaron en el corredor y luego Ivan Crusick, el oficial de la Interpol que se había ocupado de Michael, apareció al otro lado de los barrotes. Crusick sacó su manajo de llaves, encontró finalmente la que buscaba y abrió la puerta de la celda.

—Los documentos de su extradición ya están listos —dijo en un inglés con un acento extranjero muy marcado.

—Es usted muy amable —dijo Michael irónicamente.

Crusick no contestó.

Michael siguió al oficial de la Interpol a través de un largo y húmedo corredor hasta llegar a la primera de una serie de puertas. No tenía idea de a qué documentos se refería Crusick; pero, siempre que lo sacaran de allí, para él estaba bien. No echaría de menos ese lugar. Mientras avanzaban por el corredor se percató de que no había ninguna celda ocupada. No obstante, habría jurado que la noche anterior había oído a otros presos, y en ningún momento había oído que se abriera la puerta de alguna celda para hacerlos salir; era un ruido que no se podía dejar de oír. No quería conocer el destino de los otros presos. Les deseaba paz, cualesquiera que hubieran

sido sus crímenes. Ese no era un lugar para un ser humano. Subieron una escalera, mientras Crusick iluminaba el camino con una linterna. El estrecho pasillo era un claro indicio de la antigüedad del edificio. Allí no había ninguna luz, pues el grosor de la piedra no debía de permitir el cableado por su interior. Fue una ascensión prolongada, con muchos más tramos de escalera de los que Michael había esperado. Llevaban un par de minutos subiendo, cuando se empezó a ver una luz que llegaba desde arriba. El silencioso oficial y él salieron finalmente a unas instalaciones modernas que bullían de actividad. Así como el nivel inferior era antiguo y húmedo, aquella planta era muy moderna: ordenadores, cámaras, puertas automáticas, todo ello a cargo de una fuerza policial del siglo XXI.

Michael fue escoltado hasta un escritorio donde le devolvieron su ropa y los escasos efectos personales con los que había llegado. Firmó por todo y lo llevaron a una habitación privada para que pudiera cambiarse. Luego, con Ivan Crusick siempre a su lado, atravesó más puertas hasta llegar por fin a la última que lo separaba de la libertad.

—Por favor, vuélvase de cara a la pared.

Michael estaba acostumbrado a la rutina de ser cacheado. No se trataba de que pudiera hacerse con una pistola en los últimos treinta segundos, sino sólo de una precaución habitual.

—Míreme —ordenó el guardia. Michael se volvió—. Manos al frente.

Las esposas se cerraron alrededor de sus muñecas, el metal helado contra la piel. Ivan Crusick abrió la última puerta y, con un gesto, le indicó a Michael que pasara al largo y estrecho vestíbulo. Después cerró la puerta, dejando allí a Michael, y regresó hacia las entrañas del edificio.

Si antes Michael se sentía confuso, ahora su desconcierto era completo. Allí estaba, esposado, en el vestíbulo de una comisaría en el corazón de Berlín. El protocolo establecía que debían escoltarlo hasta el aeropuerto y de regreso a Estados Unidos; pero también establecía que le dijese qué estaba pasando. En el vestíbulo había sólo dos puertas: las puertas de hierro a su espalda y la puerta principal delante de él. Si el infierno había quedado atrás... Michael pensó que, al menos, podría caminar hasta la puerta principal. Y fue entonces cuando ésta se abrió: Busch estaba allí.

Llovía torrencialmente. Sin contar con la protección de un paraguas, Busch escoltó a un esposado Michael a través del enorme aparcamiento de la policía, barrido por el agua. Los dos hombres quedaron inmediatamente calados hasta los huesos. La visibilidad se reducía a menos de un metro... y no era que ninguno de los dos estuviese preocupado por admirar el paisaje; de hecho, ni siquiera se miraban y no habían pronunciado ni una palabra hasta ese momento.

—¿Por qué escapaste? —preguntó finalmente Busch.

Michael no contestó. En cambio, se miró las manos esposadas. Estaba tan atrapado como lo había estado en prisión.

—Yo pensaba ayudarte.

La voz de Busch sonaba agotada. El único vuelo que había conseguido a Berlín era uno indirecto vía Londres, de modo que el viaje había durado más de doce horas.

—Ahórrame los comentarios, ¿quieres, Kojak? Señor “la ley es la ley”.

El silencio continuó. Busch se encontraba en una situación delicada, lo estaba poniendo todo en juego por ese hombre—su trabajo, su integridad, su vida—, ¿y él tenía el descaro de atacarlo?

—¿Cómo pudiste poner a Mary en esta situación?

—No vayas por ahí.

—Oh, claro que iré por ahí, te guste o no. Ella está allá luchando para mantenerse con vida y tú estás jodiéndolo todo aquí. Despierta, compañero, la vida de Mary se te está escapando entre los dedos.

—Que te jodan—. Michael se volvió súbitamente y repitió— Que te jodan. No tienes idea de a qué debo enfrentarme.

Empujó violentamente a Busch contra uno de los coches aparcados y lo golpeó con los puños esposados. Paul soportó el ataque sin inmutarse, y los golpes continuaron lloviendo sobre él hasta que finalmente, amigo o no, tuvo suficiente. Golpeó a Michael una sola vez, un directo a la mandíbula que lo lanzó contra un Escarabajo del 99.

Michael cayó sobre el capó del Volkswagen mientras la lluvia le mojaba la cara.

—No tenía otra alternativa. ¿Es que no lo entiendes? Ninguna alternativa. Yo la amo.

Y luego, empapado hasta los huesos y esposado, Michael echó a correr.

Busch se quedó inmóvil, contemplando cómo su amigo desaparecía en la oscuridad y la intensa lluvia,

Y fue entonces cuando empezaron a sonar los disparos.

Un cargador completo, veloz y furioso. Los proyectiles rebotaban en el pavimento e impactaban en los coches aparcados.

Busch salió en pos de Michael y lo vio, a dos filas de coches de distancia, con la cabeza gacha, moviéndose deprisa. Los disparos continuaron. El tirador se encontraba a la izquierda. Busch se lanzó hacia adelante y arrojó a Michael al suelo al tiempo que lo protegía con su cuerpo.

Y los disparos cesaron.

Ahora sólo se oía la tormenta. Busch arrastró a Michael entre dos coches, y luego asomó la cabeza hacia donde presuntamente estaba el asaltante, al otro lado del aparcamiento inundado, pero no pudo ver nada a través de la cortina de lluvia. Nadie. Nada. Al sonar el primer disparo, Busch había llevado instintivamente la mano a su pistolera, pero estaba desarmado, imposible llevar un arma en el avión.

—Michael, ¿qué cojones está pasando aquí?

—Quítame las esposas —lo apremió Michael, señalándose las manos—. ¡Quítamelas! Con este chisme soy un blanco fácil.

Busch estaba tratando desesperadamente de evaluar la situación. Si el tirador era un profesional, cambiaría de posición, estudiaría a su presa, acabaría el trabajo.

—Volverás a huir —dijo.

—Moriré si no lo haces. —Michael lo miró con desesperación—. Por favor... hazlo por Mary.

Busch cogió a Michael y corrieron agachados buscando la protección de los coches.

—Veo que te las has ingeniado para joder a alguien, como de costumbre —dijo Busch sin dejar de correr.

Michael alcanzó a ver una sombra que se movía a unos diez metros de ellos, y se lanzó al pavimento mojado cerca de un BMW, con Busch pegado a él. Todo ese asunto olía a encerrona. No podían matarlo dentro de la prisión, porque habría habido demasiadas preguntas. ¿Por qué no dejarlo en libertad, soltarlo en campo abierto al alcance del tirador? Estaba esposado y completamente indefenso. Probablemente Busch no fuese más que un cabeza de turco, ignorante de cuál era su papel en todo ese plan.

—Tenemos que regresar a la comisaría —dijo Busch. Sus palabras quedaron ahogadas por la lluvia.

Volvieron a disparar, esta vez desde la derecha. Busch y Michael se lanzaron hacia la izquierda, casi pegados al suelo, corriendo entre los charcos, mientras algún que otro relámpago les iluminaba el camino. De pronto, la dirección de los disparos cambió, ahora les disparaban desde la izquierda.

Los tiradores eran dos.

Estaban atrapados, conducidos como corderos al matadero. Busch trató de abrir la puerta del Citroen gris detrás del cual estaban agachados. Imposible, cerrado con llave; tampoco podían romper el cristal de la ventanilla, ya que el sonido de la alarma pondría sobre aviso a los tiradores acerca de su localización, y eso aceleraría su muerte.

Los disparos cesaron nuevamente. Michael no sabía qué era peor, si el silencio en medio de la lluvia o el tableteo de las armas. Cuando las balas pasaban silbando por

encima de su cabeza, su cuerpo había corrido respondiendo a un instinto, sin más pensamiento que la supervivencia. Pero el silencio... El silencio creaba una sensación de expectación que le desgarraba el alma. Era peor que cualquier muerte lenta. El miedo a lo que pudiese ocurrir era paralizante. Los asesinos eran perfectamente conscientes de eso, y lo estaban utilizando para aprovechar la terrible presión psicológica que comportaba. Y esa presión estaba haciendo efecto.

Busch y Michael se miraron; la desesperación de su situación era obvia. Busch no había ido hasta allí para dejarse matar y tampoco permitiría que matasen a Michael. En el umbral de la muerte, la perspectiva de Busch cambió. La necesidad de sobrevivir había aclarado su mente y ahora sabía que Michael tenía razón, esposado no tenía ninguna posibilidad.

Busch sacó la llave de las esposas.

Cuando las esposas cayeron al suelo, los disparos volvieron a sonar, ahora más próximos, reduciendo el cerco. Michael señaló con el dedo un estrecho pasadizo entre algunos coches, y los dos salieron disparados a una. Las balas rebotaban junto a sus talones, haciendo pedazos los cristales de los coches y reventando los neumáticos. «Así debe de ser la guerra», pensó Busch. Buscaron refugio junto a una cabina de peaje abandonada. Los disparos cesaron bruscamente. Cinco segundos de silencio...

... y luego se oyó un único disparo.

A Busch se le ocurrió de pronto que la lluvia era una bendición. Esos tiradores eran profesionales. Michael y él ya tendrían que llevar muertos un buen rato. La cortina de agua no sólo los protegía, obstruyendo la visión de los asesinos, sino que también alteraba de un modo imprevisible la trayectoria de las balas.

—Debemos mantener la distancia con respecto a los tiradores. Si lo conseguimos, quizá tengamos una posibilidad de salir de aquí —dijo Michael con expresión sombría.

—Nein.

Busch se volvió. A menos de dos metros de ellos, un Magnum del 44 les estaba apuntando. El hombre llevaba un chándal azul oscuro empapado, tenía el largo pelo rubio pegado al cráneo y los labios fruncidos en una mueca de disgusto. Busch tuvo la impresión de que el asesino carecía de los músculos necesarios para poder sonreír. Apuntó a Michael, pero, antes de que pudiese disparar, Busch se colocó delante de su amigo como si fuese un escudo humano.

—Mi bala atravesará los dos corazones —prometió el asesino. Luego gritó— ¡Anders!

Detrás de él se oyó un chapoteo en los charcos del aparcamiento, el otro asesino se acercaba. Estaban atrapados.

—Mi hermano se sentirá decepcionado. Me apostó cinco euros a que sería él quien los mataría.

Alzó el arma y...

El cañón de una pistola se apoyó contra su sien mientras un brazo poderoso le rodeaba el cuello. El rubio jadeó tratando de respirar.

—Nein—susurró una voz.

—Mi hermano te matará antes de que puedas apretar el gatillo —amenazó el asesino rubio.

—Nein. Tu hermano ya no puede matar a nadie. —Simón lo giró con brusquedad, obligándolo a mirar. En el suelo yacía Anders con una bala en la frente—? Ahora, suelta tu arma.

El rubio no obedeció y, sin dudarle ni mostrar emoción alguna, Simón le disparó en la sien y luego, depositó el cuerpo en el suelo mojado. La sangre comenzó a manar de la herida y se extendió como un riachuelo junto con el agua. Simón alzó la vista y, aunque su corazón y su alma pertenecían a Dios, los ojos eran los de un mercenario, fríos, letales... mortíferos.

—Vamos —les dijo a Michael y a Busch.

—¿Qué pasa con los cuerpos? —preguntó el policía.

Simón se alejó en medio de la noche gris y lluviosa.

—¡¿Qué pasa con los cuerpos?!—insistió Busch.

Pero Simón ya había desaparecido, tragado por la lluvia y la neblina.

Aun después de la reunificación de las dos Alemania, Berlín seguía conservando sus callejones, profundos, estrechos y oscuros. Alguna rata los recorría de vez en cuando en busca de comida; pero, aparte de eso, ningún ser vivo entraba en ellos voluntariamente. Y ésa era precisamente la razón por la que un callejón era siempre un buen lugar para ocultar un coche de alquiler. Simón no podía permitirse llamar la atención de un policía curioso. Ahora, al pensarlo retrospectivamente, se dio cuenta de que eso no habría representado ningún problema, en el aparcamiento de la policía no había un solo hombre de uniforme. De modo que asesinar a dos asesinos no provocó la agitación que uno hubiera esperado. Había estado esperando en vano trece horas delante de la prisión cuando supo que a Michael lo habían detenido. Tratar de sacarlo de allí era una tarea imposible, su intención era simplemente matar a quienquiera que fuese finalmente a recoger a Michael para extraditarlo a Estados Unidos y luego continuar la búsqueda de Finster.

Había dejado de llover y por todas partes había charcos como lagos. Simón permaneció sentado al volante del coche mientras Busch y Michael discutían en medio del callejón. Aunque la lluvia se había llevado la suciedad acumulada, no

había tenido ningún efecto sobre el olor a putrefacción, que parecía impregnar incluso las paredes de ladrillo.

Después de que Simón liquidara a los dos asesinos, los tres se habían alejado velozmente de la comisaría en el coche alquilado de Simón sin que se produjera ningún otro incidente. El silencio se mantuvo durante todo el viaje, cada uno sumido en sus propios pensamientos, mordiéndose la lengua para no acusar furiosamente a los otros. Finalmente, la situación explotó cuando Busch y Michael bajaron del coche justo en medio de un charco.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Michael.

—¿Qué crees tú que debería hacer ahora?

Simón, con los brazos apoyados en el volante, dijo con calma.

—Debería marcharse.

Busch se volvió.

—No le he preguntado a usted —dijo con un gruñido, y luego volvió a mirar a Michael, esperando su respuesta.

—Creo que ya te he hecho pasar por demasiadas cosas —dijo Michael.

—No he recorrido este largo camino hasta aquí por diversión.

—Todo lo que te dije antes acerca de ese hombre, Finster...

—... es verdad. —Simón acabó la frase mientras tamborileaba impacientemente con los dedos sobre el volante.

—¿Fue usted quien le llenó la cabeza con todos esos disparates? —La furia de Busch hacía que le temblase la voz.

—No son disparates.

Simón bajó del coche.

—¿Qué es usted, alguna clase de fanático religioso o algo por el estilo?

—En tantas palabras.

Busch no lo dejó terminar.

—Bueno, en tantas palabras no, en sólo cuatro palabras, cierre la puta boca.

—Soy un sacerdote.

Busch se quedó mudo. Él era un hombre creyente, con creencias tan firmes que el compromiso de cualquier otro hombre con la fe no debería sorprenderle, pero las palabras de Simón lo dejaron sin habla. No sólo le había hablado de un modo censurable, sino que acababa de ser testigo de cómo este sacerdote se cargaba a dos hombres con una bala en la cabeza, con una eficacia propia de una máquina. Los

asesinos del chándal no habían tenido ninguna oportunidad, aunque ellos tampoco les habrían dado ninguna. Ese sacerdote no bromeaba.

Busch se volvió hacia Michael.

—No he venido para arrastrarte de regreso a casa contra tu voluntad.

—¿No? Fuiste tú quien hizo que me arrestaran.

—Eso jamás. Nunca le dije a nadie que habías abandonado el país, ninguna de las dos veces. La primera vez, por cierto, me dejaste con un palmo de narices ante la puerta de seguridad del aeropuerto. ¿Qué cono pasó entonces? Me mentiste. —Busch estaba furioso otra vez. Respiró profundamente para tranquilizarse—. No fui yo quien ordenó que te arrestaran; mi nuevo ex compañero me la jugó. ¿Recuerdas a ese capullo que te sacudió en tu apartamento?

Michael asintió.

—Se llama Thal y está llevando a cabo una investigación de Asuntos Internos sobre mí, sólo Dios sabe por qué, y ahora piensa que yo te dejé escapar. Thal quiere meterte entre rejas para que a mí me cuelguen. Ese chico sabe lo que se hace, debo reconocerlo. Sabía adonde pensabas ir antes incluso de que te marcharas. Se puso en contacto con la Interpol para darle tu localización exacta una hora antes de que te cogieran.

—¿Entonces por qué las esposas, “compañero”? —preguntó despectivamente Michael, todavía furioso con Busch.

—Bueno, “compañero”, si hay que recoger a alguien con una orden de búsqueda internacional, las esposas son obligatorias. Thal debía recogerte y llevarte de regreso a Estados Unidos en un vuelo que salía esta misma noche. Si lo prefieres, yo puedo encargarme de llevarte de vuelta a casa. Y escúchame bien —Busch se inclinó hacia Michael—, las esposas eran por tu bien. Necesitaba que me prestaras atención, que escucharas lo que tenía que decirte.

—No hay nada que usted pueda hacer para ayudarnos —interrumpió Simón con impaciencia—. Michael, nos estamos retrasando.

Busch desvió la mirada hacia el sacerdote.

—Veo que usted y yo nos vamos a llevar de maravilla, padre. —Simón fulminó a Busch con la mirada, pero éste hizo caso omiso de él y se volvió nuevamente hacia su amigo—. No creo una sola palabra de toda esta mierda, Michael, pero... —Sacó una carpeta y la arrojó encima del capó del coche—. Esto es todo lo que hay sobre ese tal Finster. —Se volvió hacia Simón—. Y no es ningún demonio, es un hombre. —Miró a Michael—. Sus negocios, sus hábitos, sus placeres, su gusto por las mujeres. Su perfil es un tanto breve, pero me atrevería a apostar a que es mucho más de lo que tenéis vosotros.

El corpulento policía exhibió una amplia sonrisa, como si su furia se hubiese evaporado de golpe. Dado que estaba allí, podía echar una mano. Juntó las palmas y se las frotó vigorosamente.

— ¿Tenéis algún plan?

— Estamos trabajando en ello — dijo Michael.

— ¿Trabajando en ello? — La sonrisa de Busch desapareció—. Vaya equipo. ¿Qué pensabais hacer?, ¿entrar, enseñar una cruz y decir “entréguenos esas llaves”?

La tormenta volvió a desatarse con intensidad, y la lluvia se llevó los últimos restos de niebla. Simón estaba colocando cruces alrededor de la habitación del hotel, rezando a medida que las repartía. En un rincón ardían una velas que llevaban grabada una inscripción en latín, y el resplandor luminoso semejaba un campo de fuerza sagrado que los protegiera. La decoración espartana de la habitación había adquirido un aire siniestro que Busch habría encontrado ridículo si los otros dos hombres no hubiesen estado tan jodidamente serios.

— ¿Puedo preguntarle qué es lo que está haciendo?— dijo Busch, tumbándose en una de las camas con una cerveza en la mano. Había decidido suspender por el momento su abstinencia de alcohol, teniendo en cuenta la locura que lo rodeaba.

— Protegiéndonos — contestó Simón con voz apenas audible.

— ¿De quién?

— Nunca se ve la oscuridad cuando hay luz. El mal evita aquello que es sagrado.

— No es eso lo que he visto en mi trabajo. ¿A quién, está tratando de mantener alejado... a Drácula? — Busch puso los ojos en blanco.

Simón no se molestó en levantar la vista de lo que estaba haciendo.

— Digamos que es mucho peor que eso.

— ¿Realmente cree que esas velas le impedirán entrar?, ¿que nos protegerán del hombre del saco?

Simón asintió.

Busch lanzó un suspiro.

— Sí, y nos mantendrá a nosotros dentro. Atrapados. — Se levantó de la cama para examinar las cruces; nunca había visto una variedad tan extensa—. ¿Y si está equivocado? ¿Y si ese millonario, Finster no es quien usted dice que es? ¿Y si no es más que un industrial multimillonario con una extraña obsesión por las llaves y unos guardaespaldas como armarios?

— Entonces no será tan difícil — contestó Simón—; Pero por si acaso...

Se dirigió hacia una de sus bolsas y sacó una metralleta Heckler & Kock,

—De acuerdo. —Busch miró a Michael en busca de ayuda pero su amigo permanecía sentado en una silla, inmóvil y en silencio—. ¿Qué clase de sacerdote es usted?

Simón continuó colocando velas.

—Algunos sacerdotes cuidan de los enfermos, otros escuchan confesiones, celebran misa, difunden la palabra divina. Llevan a cabo la tarea para la que están más capacitados, allí donde la Iglesia solicita sus servicios. Mi talento va por otros derroteros. Yo protejo a Dios. Si yo lo hubiese matado en Israel —Simón hizo un gesto hacia Michael— cuando tuve oportunidad de hacerlo...

—¿Matarlo? —Busch estaba furioso—. ¿Trató de matar a Michael?

—Usted es oficial de policía. Defiende la ley en su ciudad, en su sociedad. Bien, yo también soy un agente de la ley, pero la ley por la que me rijo es la ley de Dios. Defiendo su ley y, si una ejecución es necesaria, entonces... —Se encogió de hombros—. ¿Soy tan diferente de usted?

—No nos compare —dijo Busch con los dientes apretados.

—Usted va a arrestar a Michael sólo por haber salido de su país, lo enviará a prisión por intentar salvar la vida de su esposa. ¿Es su amigo y, sin embargo, sería capaz de hacerle eso? —Simón le dio la espalda a Busch y continuó colocando velas—. Es obvio que usted valora más su ley que su amistad. —Cuando hubo terminado de poner la última vela, cogió su botellín de whisky—. Yo valoro mi ley más que la vida. Si yo le hubiese quitado su vida terrenal, él aún tendría su vida eterna, todos tendríamos una vida eterna. Pero ahora... Bueno, yo no le quité su alma. Fue Finster quien lo hizo.

Por extraño que fuera, Busch entendía perfectamente lo que el chiflado de Simón le decía. No compartía la metodología que empleaba el sacerdote, pero aun así lo entendía. No obstante, eso no cambiaba las cosas.

—¡No querrá decir que fue obra de Satán! —dijo Busch con una sonrisa, quitando importancia a lo que Simón acababa de decir.

Simón odiaba que se mofaran de él.

—¿Está aquí para ayudar? Entonces será mejor que empiece por creer lo que le digo. August Finster es el Maligno.

—¿De verdad? —El desdén en la voz de Busch no podía ser más evidente—. Usted va por ahí predicando su historia de mierda, tratando a mi amigo como una especie de peón. ¿A quién está obedeciendo Michael ahora, padre? ¿Eh? Usted está jugando con sus emociones, aprovechándose de la situación que atraviesa su esposa. Exactamente como hizo Finster. —El dedo acusador de Busch se agitó peligrosamente cerca de la nariz de Simón—. Pero, al menos, él le pagó.

—Paul...

Michael se levantó de la silla. Había visto estallar a Busch demasiadas veces y, aunque apreciaba que saliera en su defensa, no podía dejar que las cosas volviesen a ponerse feas. Tenían que trabajar juntos, concentrarse en la tarea que tenían por delante.

—Te está tomando por imbécil, ¿no te das cuenta? —dijo Busch.

—Sé lo que estoy haciendo —contestó Michael.

—¿Lo sabes? Mary te necesita, te necesita de verdad. Sé que en este momento no piensas con claridad, pero yo sí. Tengo que llevarte de regreso antes de que te maten.

—Paul, sé que estoy haciendo lo correcto. Te lo pido como amigo, confía en mí.

Aquello volvía loco a Busch; sabía que las razones que habían llevado a Michael allí eran todas equivocadas. Ambos habían estado a punto de morir asesinados, estaban encerrados en esa habitación de hotel sin tener ningún plan y allí fuera, en alguna parte, había alguien o algo que quería verlos muertos. Pero vio una abrumadora convicción en la mirada de Michael.

—De acuerdo... Pero sigo sin creer en toda esa basura del Diablo, el Infierno y la condenación eterna...

—¿Cree en el Cielo? —lo interrumpió Simón suavemente.

—Esa no es la cuestión.

—¿Cree en el Cielo? —rugió Simón.

—¡Sí! —replicó Busch airadamente.

—¿Por qué entonces le resulta tan difícil creer en el Infierno? No son más que las dos caras de la misma moneda. —Simón hizo una pausa para calmarse—. Usted bromea con aquello que no comprende. El Infierno es real y es eterno. —Ahora era Simón quien agitaba el dedo delante de la nariz de Busch—. El Infierno no es un dibujo en la pared, un actor en una película. Ojala fuese una bestia perversa con cuernos. —El sacerdote era cada vez más vehemente—. El hombre ha imaginado a Satán y ha creado el Infierno con sus propios pensamientos: el Infierno de Dante, los nueve círculos del Infierno, fuego y azufre... Todo eso no es más que tonterías, simples productos de la imaginación del hombre. Así como no somos capaces de comprender la belleza y la salvación del Cielo, no podemos esperar comprender el tormento y la agonía del Infierno. Es una maldad vil, cruel e inexorable. No se merece nombre alguno —añadió echándose a reír—. Usted no tiene un concepto del mal en estado puro, pero lo tendrá... Antes de que hayamos acabado con esto, sabrá lo que es el verdadero mal mejor que cualquier hombre que habita la tierra.



Capítulo 24

Aproximadamente a la misma hora en que Busch y Michael discutían en el callejón, Dennis Thal llegaba al cuartel general de la policía de Berlín. Cuando presentó la documentación exigida para la liberación de Michael Saint Pierre, la confusión pareció invadir a todos los oficiales con los que habló. El hecho de que cada uno de ellos simulara necesitar un intérprete para entender lo que estaba diciendo lo puso furioso, sobre todo porque la respuesta era siempre la misma. Saint Pierre se había marchado, lo habían recogido, habían firmado su salida, ya no era problema de ellos. Y, cada vez que le decían esto, Thal asentía educadamente y luego pedía hablar con el siguiente oficial en la cadena de mando. Cuando el jefe dijo la última palabra, Thal consiguió reprimir su ira y se marchó. La descripción del hombre que había ido a recoger a Michael era vaga, pero un detalle hacía que su identidad resultase absolutamente obvia: el hombre que escoltaba a Michael era un oso enorme.

Cuando atravesaba el aparcamiento dejó de llover. Las apuestas acababan de aumentar. Paul Busch se encontraba claramente un paso por delante de él. La presa única de Thal se había convertido en dos y, cuanto más pensaba en ello, más entusiasmado se sentía. Su objetivo era Michael, y Busch sería su placer. La caída de cualquiera de los dos era de por sí una alegría, pero poder cogerlos juntos... Eso sería una gratificación para los sentidos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de dos cadáveres tendidos en el aparcamiento, con los chándales rojos por la sangre. Uno de ellos aún aferraba en la mano una pistola automática de 9 mm. Thal echó un vistazo a su alrededor y, al no divisar a nadie, se agachó para examinar los cadáveres. El rigor mortis aún no había aparecido. Se maldijo a sí mismo: Busch le había cogido la delantera. Esos dos tíos eran, evidentemente, refuerzos del lado europeo. El hecho de que se presumiera que él, Thal, necesitaba ayuda, que existía la posibilidad de que fracasara en su misión, lo enfureció. Tomó nota mentalmente de hablar de esa cuestión una vez que hubiese culminado con éxito su trabajo. A continuación examinó los cadáveres más detenidamente, comprobando los orificios de entrada y salida de los proyectiles. Las heridas delataban a un profesional: los dos tipos habían

recibido un disparo limpio en la cabeza. Alguien estaba protegiendo a Michael. Muy bien, eso no hacía más que añadir un estímulo extra a su misión.

El encargo inicial de Thal no era matar a Michael Saint Pierre; sólo debía vigilarlo, no perderlo de vista, conocer todos sus movimientos. Una vez que se supo que Michael se encontraba en libertad condicional, Thal simplemente inició una investigación interna del oficial de libertad condicional del ex convicto. Resultó absurdamente sencillo comenzar a trabajar junto al hombre que estaba más cerca de Michael.

Durante cinco años, Thal se había ocultado detrás de la fachada de Asuntos Internos. La división secreta le proporcionaba movilidad y libertad para largarse con el pretexto de llevar a cabo una investigación confidencial. Su rendimiento estaba entre bueno y mediocre, y eso era precisamente lo que él quería. En este mundo la mediocridad pasaba inadvertida, pues la gente no encontraba nada interesante en ella. Sólo lo que era sobresaliente, lo popular o el fracaso total llamaban la atención de la gente. De modo que decidió perderse deliberadamente en la mediocridad. No podía permitirse concitar ninguna atención sobre él, o pondría en peligro su auténtica pasión: matar.

Dennis Thal era increíblemente bueno en eso y recibía una paga extraordinaria por sus servicios. No encontraba demasiado humor en el mundo, pero el hecho de que le pagasen tan generosamente por su único y verdadero amor siempre le resultaba divertido. Su instructor le había dicho que debía encontrar un trabajo adecuado que le permitiera pasar inadvertido. Asuntos Internos era exactamente eso: un policía de incógnito entre policías de incógnito. Gracias a ese trabajo podía controlar el progreso de cualquier investigación que le llegase, y manipularla cuando fuese necesario. De hecho, le gustaba trabajar en Asuntos Internos. Husmear en la ropa sucia de los demás y tener el poder de arruinar vidas. ¿Qué podía ser mejor que eso? Pero lo que más le gustaba eran los trabajos extra que llevaba a cabo para los individuos desconocidos que lo contrataban. La paga era exorbitante y el placer, asombroso. Había encontrado su vocación en la vida y sobresalía en ella.

Había conseguido entrar en el cuerpo de policía de Byram Hills con el pretexto de una investigación que estaba llevando a cabo Asuntos Internos sobre su sistema de libertad condicional, principalmente Paul Busch. El capitán Delia estaba tan desconcertado por la situación y asustado por su propio pellejo, que le entregó inmediatamente todo lo que tenía acerca de su poli número uno: los antecedentes de Busch, archivos, todo. Y, sobre todo, un archivo en particular, el archivo de la presa actual de Thal: Michael Saint Pierre.

Thal debía vigilar a Michael; el encargo no incluía matarlo, sólo vigilarlo. Pero, siendo Thal quien era, su deseo era otro. Despreciaba a Busch, su pequeña y bonita vida, sus códigos y su ética perfectos. Desde el momento en que Busch lo rechazó, mostrando su disconformidad con la idea de trabajar juntos, Thal había buscado una

oportunidad para hacer pedazos a Busch y su vida perfecta. Después de todo, Thal vigilaba a la policía y estaba autorizado a eliminar del sistema a cualquier agente que considerase corrupto. ¡Qué conveniente que la caída de Busch fuese consecuencia de su estúpido y honesto gesto de ayudar a su mejor amigo a violar su libertad condicional! Y Thal estaría allí para verlo. Primero destruiría la carrera de Busch. Luego destruiría su vida.

Ahora, en el aparcamiento de la comisaría de Berlín, Thal se dio cuenta de que debería haberse dejado guiar por sus instintos; tendría que haber matado a Busch cuando tuvo oportunidad de hacerlo. Ahora las cosas se habían descontrolado. Busch tenía a Michael, y los dos habían desaparecido. Thal sabía que no podía fallar. Si lo hacía, acabaría sin trabajo, reemplazado por otra persona y, probablemente, muerto.

Michael se había largado de Estados Unidos antes de que Busch pudiese impedirlo. De modo que Thal había recibido nuevas instrucciones, y el corazón le había dado un vuelco: ahora podía actuar libremente. Odiaba tener que vigilar a alguien, no perderlo de vista. Él era como un tiburón, con una sed de sangre nunca saciada, y necesitaba moverse constantemente, siempre cazando; cuando debía reprimirse y permanecer inmóvil en su medio ambiente, se asfixiaba hasta ahogarse.

Ya no tenía que seguir vigilando a Michael: tenía que matarlo. Y no sólo a él. Decidió que Busch también moriría. Y si alguno de ellos le hacía pasar un mal rato, quizá luego regresaría y haría una visita a sus familias. Esa dulce Mary ya no tendría que preocuparse más por el cáncer...

¡Los pasos resonaron en las húmedas paredes de piedra. La llama de la cerilla iluminó fugazmente la oscuridad, mientras las volutas de humo del grueso cigarro se elevaban hacia el techo de la caverna, donde danzaron alrededor de las estalactitas, a quince metros del suelo. Esa única llama se convirtió en muchas mientras encendía la sucesión de velas, un centenar de ellas, que cubrían las paredes. Finster sumergió su habano en la copa de brandy mientras contemplaba su grotesca colección de arte religioso. Caminó lentamente delante de cada obra maestra con una dignidad propia de un rey. Cada una de esas piezas había sido meticulosamente investigada, localizada, adquirida, catalogada y restaurada. El orgullo era su pecado mortal preferido. El orgullo no era más que la autoestima animada por los propios logros, y a él le encantaban sus logros.

En aquella cueva había tres mil doscientas ochenta y una obras de arte colocadas unas contra otras, con sus favoritas en primer plano. Muchas de ellas las había adquirido directamente en galerías de arte y casas de subastas. Las piezas que encontraba en manos privadas o en colecciones particulares, piezas que le resultaban irresistibles, las conseguía mediante otros métodos. Había trece obras de esta clase y, de estas trece, nueve las había obtenido de lugares de oración.

Finster sentía una especial fascinación por los dioses y demonios menores de aquellas primeras religiones consideradas como mitología por las creencias “modernas”. Hades y Perséfone, los dioses griegos del mundo subterráneo; Anubis, el dios egipcio de los muertos; Proserpina, la diosa romana de los infiernos; y Loki y Sigyn, los dioses tramposos escandinavos. Y lo que más le fascinaba era el hecho de que se creía que estos “dioses oscuros” formaban parte de una fuerza compensadora en sus reinos particulares. No eran dioses que hubiera que vencer y expulsar; aunque temidos, también eran respetados —e incluso admirados—, considerados necesarios en la vida cotidiana de la gente. El hecho de que las “creencias modernas” hubieran hecho todo lo posible por denigrar a su único señor de las tinieblas lo desconcertaba y enfurecía.

La diosa india Shiva, una de las deidades femeninas más oscuras, aún era objeto de adoración. Tenía templos y santuarios donde recibía ofrendas y muestras de devoción para apaciguarla. Se la nombraba con reverencia, y eran muchos los que buscaban su ayuda; nadie despreciaba a sus seguidores. Cuando un hombre hacía algo trágico, no se culpaba a Shiva por haberse apoderado de su alma, sino que la culpa se atribuía al hombre que había cometido ese acto por propia voluntad. Finster amaba la obra de arte que tenía delante de los ojos, sacada al amparo de la oscuridad del interior de un templo situado a las afueras de Jaipur. Los seis brazos de Shiva se extendían hacia sus vociferantes seguidores, quienes eran engullidos por las llamas.

Vladel Empalador, una magnífica pintura al óleo de Rukaj robada a Ceausescu. El príncipe rumano de Valaquia tocaba una fibra sensible y profunda en Finster. Vlad Drácula no fue nunca un dios; era sólo un hombre en quien se había encarnado la forma más fría del mal, un verdadero genio militar que había instalado el terror no sólo en los corazones de sus enemigos, sino también en los de sus conciudadanos. Drácula, un conde aclamado en las regiones montañosas del norte del país, tenía un enorme ansia de poder y una insaciable sed de sangre. Un general victorioso que disfrutaba del ritual de empalar a sus víctimas por millares en afiladas picas, y su sangre corría como auténticos ríos a modo de advertencia. Con hombres como Drácula en el mundo —hombres corrientes que mostraban una propensión a la violencia y el mal que nacía de su propia satisfacción—, no había necesidad de introducir la maldad en el mundo. Ésas eran las formas que asumía el mal en el hombre.

Los seres humanos siempre habían encontrado más fascinante el mal que el bien. Las chicas se sentían atraídas por los rebeldes con chupa de cuero y montados en una moto, por los que desafiaban la ley. ¿Qué atractivo podía tener el tío aburrido y santurrón que se pasaba todo el día pegado al ordenador? Y esa tendencia se veía reflejada en la vida: los actores siempre querían los papeles de malo, el villano era el personaje más fascinante de la literatura. Bastaba con pedirle a cualquiera que nombrara a diez tipos buenos interesantes y diez tipos malos interesantes: en veinte

segundos recordaría a todos los tíos siniestros, pero después del quinto héroe tendría problemas para seguir con el resto de la lista.

Finster se había cansado de todo aquello. La gente se había vuelto demasiado previsible. Un poco de dinero agitado ante sus narices, un poco de sexo exhibido ante sus ojos, y se inclinaban como un árbol joven bajo la brisa. Finster no era más que el tentador, nunca la mano que sostenía el arma.

Continuó su paseo por su Louvre subterráneo, hasta que finalmente llegó a la puerta que daba acceso a la cámara principal, con la pintura de las Puertas del Cielo apoyada junto a ella. Charles bajó por la escalera con una gran bolsa negra y un cuchillo.

Los ojos de Finster no se apartaron en ningún momento de la pintura mientras hablaba con su mayordomo.

—Y miró y vio que era bueno —musitó.

Charles se quedó en un rincón junto al cuerpo que colgaba del techo. Extendió la bolsa negra en el suelo y abrió la cremallera a fin de prepararla para su última moradora. El hedor de la muerte se desprendió del cadáver: el proceso de descomposición ya había comenzado. Con mucho esfuerzo, Charles bajó el cadáver al suelo. Apartó la cabellera roja de Elle de su otrora bello rostro y aflojó el nudo de su cuello, magullado e hinchado.

Finster seguía contemplando la pintura de las Puertas del Cielo, sumido en profundos pensamientos. Y en sus labios comenzó a formarse una leve sonrisa.

—Vuelvo a casa —dijo.



Capítulo 25

Las cruces cubrían las ventanas, las puertas y las paredes, miles de cruces, en todas partes. Apenas si había quedado un centímetro libre de la obra manual del sacerdote. A Busch le recordó al violador en serie que había atrapado hacía ocho años; fotografías seleccionadas de revistas, recortadas de periódicos, cubrían cada centímetro de la habitación de aquel psicópata. Todas de chicas prepúberes. Y el psicópata, de apenas diecinueve años, simplemente se había quedado sentado allí mientras Busch lo arrestaba, desconcertado ante lo que había hecho mal, protestando: “Zeus me dijo que lo hiciera”.

Busch y Simón estaban sentados en el suelo en medio de la habitación, con una botella de Cutty Sark entre los dos. En la flamante botella apenas quedaba un dedo de whisky. Los dos hombres tenían finalmente algo en común: ambos se encontraban a un trago de perder el sentido.

—Bien, padre, ¿a qué se dedica cuando no está combatiendo al Diablo, asesinando gente, esas cosas sagradas que hace?

La pregunta farfullada de Busch sonó casi ininteligible.

—Yo... juego al ajedrez. —La voz de Simón sonó clara, pero era evidente que no estaba en mejor forma que Busch.

—El ajedrez está bien, pero es un poco demasiado cerebral para mí.

Después de pensarlo mucho y fruncir el ceño, Simón dijo:

—Fútbol.

—Ah, ahora estamos llegando a alguna parte —dijo Busch,

—Fútbol americano no. Fútbol a secas.

El júbilo del policía se evaporó.

—Nosotros —Busch señaló a Michael, que parecía abstraído en el solitario que estaba haciendo en la cama— jugamos al fútbol, el bueno y viejo fútbol americano.

—¿Y son buenos?

—Sí, somos buenos —contestó Busch.

—Hay que estar en buena forma para eso.

—Así es —asintió Busch, henchido de orgullo.

—¿Son veloces?

—Cuanto más veloces, mejor.

—¿Inteligentes?

—Más listos que el hambre. —Lo pensó mejor—. Bueno, el quarterback tiene que ser inteligente,

—¿Usted es el quarterback?

Busch se echó a reír.

—No. Sólo soy veloz y fuerte,

Simón, que estaba tendido boca abajo, extendió el brazo, ofreciendo su mano a modo de desafío.

—¿Cómo de fuerte?—preguntó.

Busch sonrió, extendió los brazos varias veces, aflojándolos, y luego se tendió en el suelo delante de Simón.

—De acuerdo padre. ¿Está seguro?

—Seguro.

Simón flexionó la mano para conseguir un buen agarre.

—Entonces hagamos que sea interesante. Pongamos cien dólares.

—Cien pavos —convino el sacerdote con voz ebria.

Ambos sacaron el dinero y lo lanzaron sobre la alfombra.

Michael miró a los otros dos, ofuscados por su actitud pendenciera. Se levantó de la cama y se dirigió al carrito de la comida. Cogió dos copas de vino de tallo largo y, aclarándose la garganta para causar efecto, se volvió hacia ellos.

—¡Qué cono, tíos! ¿Queréis saber quién es el más fuerte? Hagamos que realmente signifique algo.

Y con eso levantó las copas y, golpeándolas contra el borde del carrito de la comida, rompió los cuencos y se quedó sólo con los pies, dentados como cuchillos.

Michael se acercó a los dos hombres y dejó las copas rotas en la línea de descenso de sus antebrazos. El perdedor quedaría empalado en el trozo de cristal como si éste fuese una daga, con el cristal clavado en el dorso de la mano. Sonrió.

—Ésa es una motivación un poco mayor que cien pavos.

Simón y Busch se miraron.

—Adelante —se mofó Michael—. Ambos estáis muy seguros. Si no tenéis fe en vosotros mismos...

Ninguno de los dos se movió.

—Esto es demasiado bueno. —Michael mezcló las cartas varias veces, barajándolas como un auténtico mago—. Tengo que conseguirlo, Michael había aprendido a realizar dos únicos trucos con las cartas en su juventud y sólo recordaba uno de ellos; afortunadamente era ése.

—Coged una carta cada uno.

Simón y Busch se miraron y, finalmente, estiraron la mano. Cada uno sacó una carta del mazo, sin comprender muy bien cuál era el propósito que animaba a Michael. No había duda de que el alcohol estaba haciendo efecto mientras ambos permanecían sentados en la alfombra, con la carta en la mano y expresión azorada.

—Tenéis que mirarlas... —los reprendió Michael.

Busch apenas si podía enfocar la vista, pero estaba seguro de que la carta que tenía entre los dedos era el rey de tréboles. Simón miró su diez de picas y luego la apoyó contra el pecho para ocultarla.

—Ahora debéis devolverlas al mazo.

Michael extendió la baraja, y cada uno de ellos deslizó su carta entre las demás. Luego mezcló varias veces, arqueando las cartas, haciéndolas rodar sobre su mano para causar efecto, y al fin las depositó en el suelo.

—Si eres tan amable —le dijo a Busch—, corta, por favor.

Éste hizo lo que su amigo le pedía.

Michael se volvió hacia Simón.

—Déme las dos cartas de arriba del mazo.

Simón obedeció, entregándole las dos cartas boca abajo. Michael las cogió y las colocó debajo de los pies de las copas rotas.

—He colocado la carta del ganador debajo de la copa del perdedor. —Michael lanzó un billete de cien dólares sobre la alfombra—. Yo también participo.

Simón y Busch miraron las copas rotas apoyadas sobre las cartas, interrogándose sobre la elección irracional que tenían delante.

—¿Qué, está asustado, hombre santo? —se mofó Busch con voz aguardentosa.

—No de usted, Peaches.

Busch montó en cólera. Ambos se cogieron por la mano derecha, tratando de conseguir el mejor agarre posible. Apoyaron el antebrazo izquierdo en el suelo para que actuase a modo de palanca y...

—¡Da la orden! —gritaron al unísono.

Michael cogió las manos de ambos contrincantes entre las suyas, asegurándose de que estaban a la par y, lo que era más importante, que estuviesen alineadas con las púas mortales. Luego, con una voz que apenas superaba el nivel de un susurro, dijo:

—Adelante.

Ambos eran fuertes y tenían los músculos tensos y una fiera determinación en la mirada. Sus brazos entrelazados parecieron mantenerse inmóviles durante una eternidad, temblando como el motor de un coche en marcha. Busch comenzó a ganar de un modo casi imperceptible, sólo por una fracción, pero los brazos estaban inclinándose claramente en su favor. Tenía la frente arrugada en un gesto de intensa concentración mientras todo su cuerpo se estremecía, pero entonces... muy levemente, Simón pasó a aventajarlo. Nunca jamás habían derrotado a Busch en un pulso. Y, sin embargo, ese sacerdote borracho comenzaba a ganar ventaja.

Pasó un minuto.

Con las miradas enlazadas y una intensidad creciente como Michael jamás había visto, Busch y Simón continuaron el pulso mientras el sudor les perlaba la frente. Ambos respiraban con jadeos entrecortados; dos hombres que no estaban acostumbrados a perder, cada uno fieramente decidido a no fracasar. Y aunque todo se había iniciado como un desafío alcohólico, el whisky se evaporó en el calor generado por los dos combatientes, que ahora parecían estar completamente sobrios.

Y entonces, muy despacio, la ventaja se decantó otra vez del lado de Busch. Al principio de un modo imperceptible, pero luego, a medida que transcurrían los segundos, la mano de Simón comenzó a descender centímetro a centímetro hacia el afilado pie de la copa rota. Busch prefería morir antes que ser derrotado. La mano del sacerdote estaba a medio camino de quedar atravesada, pero esa sangrienta fatalidad a punto de cumplirse no disuadió a Busch, que apretaba los dientes y seguía empujando hacia abajo. Sus miradas continuaban enlazadas; ninguno de los dos miraba los fragmentos de cristal.

De pronto, el descenso de la mano de Simón se detuvo. Los tendones de su cuello estaban hinchados como cuerdas. Su mano pendía inmóvil a escasos centímetros del afilado cristal. Los ojos de ambos se retaban mutuamente.

Pasaron dos minutos. Su resistencia comenzaba a debilitarse.

Busch buscó en su interior hasta encontrar esa pizca extra de fuerza y volvió a empujar la mano de Simón hacia la derrota. Continuó presionándolo poco a poco, fracción a fracción.

La mano de Simón casi rozaba el pie de cristal serrado; podía sentir su borde afilado acariciando los pelos del dorso de su mano. Y, sin embargo, no se advertía el miedo en él, sólo una inmutable determinación. El dolor de la herida no sería nada comparado con la angustia de la derrota.

Cuando había propuesto el juego, Michael tenía el convencimiento de que ninguno de los dos pasaría por esa terrible prueba y, no obstante, allí estaba él, con los ojos fijos en lo que seguramente sería una conclusión horrorosa.

Fue Busch quien rompió el contacto visual, aunque sólo por un instante. Su mirada se desvió de manera irresistible y fugaz hacia el mortífero borde de cristal antes de volver a mirar a su oponente.

Simón no se acobardó, y el brillo de su mirada no se alteró. El cristal presionaba ahora contra su piel, el más leve movimiento iniciaría el corte. Su mano estaba casi empalada cuando...

Busch abandonó el pulso. La mano de Simón salió disparada hacia arriba como un muelle liberado de su cruel abrazadera. Ninguno de los dos dijo nada. Busch miró la alfombra mientras se frotaba el brazo. Los ojos de Simón oscilaban entre la copa rota y su mano.

—Bien. —Michael se inclinó hacia adelante y recogió el dinero—. Ha sido sencillo —dijo, guardándose los billetes en el bolsillo.

Busch y Simón miraron a Michael sin entender nada. Busch fue el primero en darse cuenta de lo que había sucedido; cogió su carta de debajo de la copa rota y le dio la vuelta: el cinco de picas. Simón hizo lo propio con la suya: el ocho de corazones. Ninguna de ellas era la carta que ellos habían sacado. Los dos miraron a Michael un tanto desconcertados y bastante cabreados.

—¿Qué pasa contigo, te has vuelto loco? —pregunto Busch.

—Sabía que la humanidad de ambos vencería a los respectivos egos —dijo Michael.

—Espera un momento —replicó Paul—. Tú no has ganado una mierda, amigo mío. Tal vez creas que eres el tío más listo del mundo, pero has perdido la apuesta porque no has adivinado ninguna de nuestras cartas. —Extendió la mano—. Afloja la pasta.

Michael hizo caso omiso de la mano tendida del policía y pidió a Simón:

—Déme su cuchillo.

El sacerdote vaciló sólo un momento; luego se levantó la pernera derecha del pantalón, sacó el cuchillo Bowie de la vaina que llevaba sujeta con una correa a la pantorrilla y se lo pasó a Michael.

Éste le entregó el mazo de cartas a Busch.

—Lánzalas al aire.

Busch lo fulminó con la mirada. Si el licor no le hubiese enturbiado la mente, ya le habría atizado.

—Vamos. Lánzalas bien alto —lo apremió Michael.

Su amigo emitió un bufido de exasperación y tiró las cartas hacia arriba. Las cartas parecieron flotar en el aire durante una eternidad hasta que... con deslumbrante celeridad, Michael lanzó el cuchillo a través de la cascada de cincuenta naipes.

Chas. Y clavó dos cartas contra la pared. El diez de picas y el rey de tréboles. Los naipes que Busch y Simón habían sacado del mazo colgaban ahora de la pared, con el cuchillo aún oscilando por el impacto. La habitación permaneció en silencio hasta que Busch finalmente se echó a reír a carcajadas.

—Por eso él es el quarterback —le dijo a Simón.

—Hijo de puta —musitó Simón. Y, por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa iluminó su rostro moreno y delgado.

Michael se sentó en un sillón y alzó las piernas con una sonrisa de oreja a oreja. Por lo que se leía en sus ojos, parecía como si hubiese descifrado el código de seguridad de Fort Knox. ⁹ Mientras Simón y Busch se empecinaban en su combate, tratando de romperse mutuamente los brazos, Michael había acabado por encontrar la respuesta que estaba buscando, que los tres estaban buscando.

Sabía cómo recuperar las llaves.

Dos de la mañana. La lluvia seguía cayendo, y el vestíbulo del hotel estaba desierto. Torre Ericson había llegado a Berlín de su Suecia natal para trabajar durante las vacaciones de verano. Torre nunca había viajado por Europa, pero había jurado que lo haría antes del año siguiente, cuando cumpliría los veintiuno. Berlín le había parecido un lugar tan bueno como cualquier otro como base de operaciones y, por otra parte, el hotel Friedenberg era el único lugar que le ofreció un trabajo con dos días libres consecutivos. Por supuesto, le llevó un tiempo acostumbrarse al aburrido turno de noche, pero en realidad eso no le importaba. El aburrimiento era lo habitual, excepto por alguna que otra llamada de un cliente que pedía un bocadillo, una prostituta, o ambas cosas. En el hotel Freidenberg no pasaba nunca nada entre la medianoche y las seis de la mañana.

De modo que se sintió ligeramente sorprendido cuando aquel hombre entró en el hotel, empapado hasta los huesos. El desconocido tosía sin parar mientras daba vueltas como si estuviese tratando de orientarse. Este tío necesitaba con urgencia una taza de café y una cama para dormir la borrachera, se dijo Torre.

9. Fortaleza militar de Estados Unidos donde se guardan las reservas de oro del país. (N. del t.)

No estaba preocupado, pues su cuerpo de metro ochenta era sólido como el granito gracias a la práctica de la escalada y el rugby. Había echado a patadas a muchos borrachos, y aquél no sería el último. Sin embargo, debía ser cortés.

— ¿Puedo ayudarlo? — preguntó en un alemán perfecto.

El borracho se tambaleó hasta el mostrador de recepción, aparentemente sin prestar atención a la pregunta.

Torre cambió al inglés.

— Está cayendo una buena, ¿eh?

Pero el borracho tampoco contestó. Apoyó el cuerpo empapado en el mostrador, mojando los periódicos de cortesía y el libro de registro de huéspedes.

— John S... Smith — farfulló.

— Lo siento, todos los huéspedes están durmiendo en este momento — dijo Torre en tono de fastidio.

— Smith me está esperando.

“Sí, seguro”, pensó Torre. Sabía reconocer una mentira.

— Tal vez le gustaría dejar un recado; podríamos encargarnos de que el señor Smith lo llame por la mañana.

Torre no lo vio venir, pues estaba más preocupado por la posibilidad de que el hombre vomitase encima del mostrador. Antes de que tuviese tiempo de parpadear, el borracho sacó una pistola y apoyó con fuerza el cañón a escasos centímetros por encima de los asombrados ojos del muchacho.

— Me gustaría ver el registro de huéspedes, por favor — dijo el borracho con voz clara.

En la mente del joven sueco no había el más mínimo asomo de duda de que ese hombre lo mataría en un instante si no le obedecía de inmediato. Pero tenía veinte años, era vanidoso y aún no había experimentado su propia mortalidad, de modo que vio algunas alternativas. Él también era rápido.

El borracho, que no lo era, ni se inmutó cuando la mano de Torre se movió velozmente y le arrebató el arma.

— ¿Me apuntas con una arma, maldito cabrón? — La adrenalina corría por las venas del joven conserje, impulsada por su éxito—. Tienes suerte de que no te pegué un tiro aquí mismo.

Torre apuntó la pistola directamente al corazón del hombre.

— Has sido muy rápido — dijo el desconocido, lo que provocó una turbada sonrisa de orgullo en el muchacho.

—Cuando intentas joder al mejor. .

Pero Torre nunca alcanzó a acabar la frase. Salió despedido hacia atrás y cayó al suelo mientras una buena porción de su cabeza saltaba en pedazos, manchando de sangre la pared. Nunca alcanzó a ver cómo el hombre sacaba una segunda pistola, nunca vio cómo apretaba el gatillo.

Dennis Thal saltó por encima del mostrador del conserje, recorrió con el dedo las hojas del registro de huéspedes y se detuvo en “Judas Iscariote”.

“Qué obvio”, pensó.

Dos y cuarto de la mañana, Michael y Busch estaban desmayados en el sofá y en el suelo, respectivamente. El alcohol que habían ingerido los había dejado completamente incapacitados para recorrer el metro que los separaba de la cama. Simón era otra historia; había pasado demasiadas noches despierto, esperando que se presentara el inevitable problema, y esa noche no sería diferente. El sacerdote se paseaba arriba y abajo por la habitación, dedicando la última hora a comprobar una y otra vez sus armas, todas cargadas, todas preparadas. Michael les había explicado su plan, un plan sólido que podían ejecutar si los tres trabajaban juntos. Simón había elaborado la logística, repasándola y modificándola mentalmente varias veces para tener en cuenta cada situación, cada posibilidad. No habría espacio para el error... no habría una segunda oportunidad.

Thal salió del ascensor. El corredor estaba desierto, y en todas las habitaciones colgaba el cartel de NO MOLESTAR junto con la orden para el desayuno. Varios carritos de comida vacíos esperaban en el pasillo a ser recogidos por el ayudante de camarero.

Habitación 1283, al final del corredor y a la izquierda. Thal volvió a comprobar ambas armas. El muchacho ni siquiera se había percatado de que el arma tenía el seguro puesto. Qué imbécil. Si no hubiese tratado de hacerse el superhombre, aún seguiría vivo, con tan sólo una contusión como consecuencia de haber sido dejado inconsciente. ¿Por qué todo el mundo tenía que hacerse el héroe?

Thal guardó la Glock en la pistolera y continuó caminando con el Magnum colgando de su mano izquierda. Tres hombres en la habitación: Saint Pierre, Busch y un sacerdote. No lo había confirmado, pero la información procedía directamente de la persona que lo había contratado. “Tenga cuidado con ese sacerdote”, le había dicho. A Thal le había resultado divertido.

Habitación 1283. Se detuvo ante la puerta y la miró fijamente, concentrándose. Su respiración se volvió más superficial, sus hombros se relajaron. Levantó la pierna para patear la puerta.

Tendido en silencio sobre la cama, Simón aún sentía levemente los efectos del alcohol. Necesitaba descansar, pero el descanso tendría que llegar con los ojos abiertos. Sólo seguían ardiendo dos velas, y su resplandor dibujaba rayas trémulas a través de las sombras. Después de aquello, todo habría terminado. Ya no podría seguir mintiéndose a sí mismo. Al haber construido un muro a su alrededor durante todos esos años, nunca había buscado la amistad; no podía permitirse tener amigos. Esa tarde, durante un momento fugaz, había visto que un día las cosas podían ser diferentes. Podía encontrar una vida diferente donde no estaría siempre solo; podía encontrar compañeros y tal vez incluso una mujer con quien compartir su vida, en lugar de vivir la existencia célibe y enclaustrada de un sacerdote. Todos esos años de dolor, de vengar a su madre. Tal vez el dolor finalmente comenzara a disiparse. Tal vez incluso pudiera redimirse.

Se sentó súbitamente en la cama. Algo lo había sobresaltado. Miró a los dos hombres dormidos, pero ninguno de los dos se movía. Bajó de la cama, cogió la pistola de la mesilla de noche y vigiló la puerta. La sangre corría por sus venas, golpeando en sus oídos. El silencio era ensordecedor. ¿Había sido su imaginación?

La paranoia se estaba apoderando de él y eso lo llevaría al fracaso. Sabía que nunca debía cuestionarse a sí mismo y tampoco su juicio. Era un agente que siempre actuaba solo y, sin embargo, se encontraba allí en compañía de dos cómplices, dos cómplices borrachos que habían perdido el conocimiento.

Volvió a oírlo, un sonido sutil, alguien se estaba moviendo al otro lado de la puerta. Su cuerpo se puso tenso. Alzó la pistola, apuntando a la altura de la cabeza hacia la puerta en la que unas horas antes —aunque le parecía que había pasado toda una vida— había colgado varias velas. Esos objetos sagrados no lo estaban ayudando en lo más mínimo.

Ahora Thal tenía ambas armas en las manos. Sólo necesitaría tres disparos, de eso estaba seguro. No esperaba que se produjese demasiado alboroto; sus armas tenían sendos silenciadores, los pasillos se encontraban desiertos. En menos de un minuto todo habría acabado y seguiría su camino. Cogería el vuelo de las seis de la mañana y estaría en Estados Unidos al caer la noche. El hombre que lo había contratado convino en que, si libraba al mundo de los tres hombres que estaban al otro lado de esta puerta, podría retirarse con unos honorarios que no alcanzaría a gastar ni en diez vidas.

Y con un rápido movimiento lanzó el pie con violencia contra el picaporte. La puerta pareció explotar hacia adentro. Thal entró con las armas preparadas.



Capítulo 26

Ya habían pasado dos días, y ni noticias de Michael. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Jeannie, Mary estaba asustada. En el fondo de su corazón sabía que Michael tenía problemas. Si pudiese llamarla, lo haría.

Y se estaba muriendo. Ahora más deprisa. Los tumores se extendían como un fuego descontrolado. El dolor se presentaba en accesos imprevistos y, aunque odiase tener que admitirlo, cada vez dependía más de la morfina.

Se había marchado del hospital esa mañana, contra los deseos de todo el mundo y contraviniendo las órdenes del médico. Quería estar en su casa, entre sus cosas. Quería estar en su casa esperando a Michael cuando regresara. Había recogido a Hawk y a C. J. en casa de la señora McGinty. La amable anciana le había llevado una olla con sopa y le había preparado una ensalada, sin mencionar en ningún momento la enfermedad de Mary. Era una mujer que había presenciado los dolores de la muerte y sabía cómo actuar.

Cuando Mary entró en el estudio vio los papeles que cubrían el escritorio de Michael, artículos de periódico sobre un hombre de negocios alemán, revistas... El escritorio de Michael era un desastre, totalmente incongruente con su naturaleza exageradamente ordenada. Era evidente que se había marchado deprisa. Mary sospechaba que había faltado a su palabra. Años atrás, cuando se había visto enfrentada a la realidad de la vida clandestina que llevaba Michael, se había sentido traicionada y furiosa. Y aunque finalmente fue capaz de encontrar la forma de perdonarlo, tuvo que pasar mucho tiempo para que pudiese volver a confiar en él. Ahora, al ver todos estos papeles delante de ella, aumentaron sus sospechas de que Michael quizá había roto su promesa. Aun así, ella sabía que la amaba y que jamás la traicionaría. Estaba segura de que, fuera lo que fuese lo que Michael estuviera haciendo, sus intenciones eran honorables.

—¿Hola? —llamó Jeannie desde el recibidor del apartamento.

—Ahora mismo voy.

Mary juntó apresuradamente los papeles de Michael y los guardó en el cajón inferior del escritorio. Cuando se volvió para abandonar la habitación vio que había algo en el sillón, junto al escritorio. Sin saber lo que era, se acercó y lo cogió. Sintió

que se le paraba el corazón al ver la inscripción del brazalete de seguridad: “Propiedad del Departamento de Policía de Byram Hills”. Michael estaba metido en un problema más grave de lo que ella podría haber imaginado.

—Te he traído algo de comida —dijo Jeannie mientras se acercaba por el pasillo.

Mary no sabía qué hacer; no podía permitir que Jeannie supiese lo de Michael, al menos todavía no. Se le ocurrió que quizá ya lo sabía y que por esa razón Paul había ido tras Michael. Apartó ese pensamiento de la cabeza y guardó el brazalete en el bolsillo.

La cocina era uno de los lugares preferidos de Mary. No era muy grande, pero sí lo bastante espaciosa para ella. Le encantaban los armarios de roble y sus útiles de aluminio. Le encantaba cocinar, lo consideraba una forma de arte; como pintar o esculpir, era algo que se iba perfeccionando con tiempo, talento y paciencia. Tenía también algo de ciencia, de la química en particular, ya que demasiado de esto o muy poco de aquello podía conducir al desastre. No había nada que disfrutase más que tener la cena preparada para Michael cuando llegaba a casa del trabajo. Tal vez fuese algo anticuado y alejado del movimiento feminista, pero no le importaba; era lo que le producía placer.

—Dios mío —dijo Jeannie, boquiabierta—. ¿De donde ha salido toda esa comida?

Mary había estado cocinando toda la tarde, descubriendo que era una de las cosas más relajantes que había hecho en un mes. De modo que la nevera estaba a reventar.

—Te dije que había preparado comida como para un regimiento.

—¿Quién se comerá todo esto? —preguntó Jeannie.

Mary iba a decir “Michael”, pero el nombre se desvaneció en sus labios.

Jeannie se arrepintió de inmediato de su pregunta. Cogió el brazo de Mary.

—Paul ha llamado.

—¿Ha encontrado a Michael?

—Sí, he hablado con él esta tarde. Los dos están en un hotel en Berlín.

—¿En Berlín? ¿Qué te ha dicho Paul?

—No mucho. Tenía prisa. Ha dicho que estaban bien y que regresarían dentro de un par de días. Eso es todo.

—¿Tienes el número de teléfono?

—Paul no ha querido dármelo —dijo Jeannie con una leve sonrisa.

—¿Y?

Mary conocía a Jeannie lo bastante bien para saber que ocultaba algo.

—Bueno, digamos que Paul no es el único detective que hay en casa.

—¡Eres tan retorcida! —Mary sonrió—. ¿Podemos llamarlos?

—Allí es de madrugada.

Mary la miró, un tanto decepcionada, pero aliviada también.

—Llamaremos a primera hora de la mañana —decidió—. Al menos sabemos que están bien.

Jeannie no estaba tan segura. Paul le había dicho que todo iba bien, pero que Michael y él tenían que encargarse de un pequeño asunto, y eso le dio mala espina. Su esposo no tenía nada que hacer en Alemania aparte de traer a Michael de regreso a casa. No había ningún pequeño asunto, a menos que.

Mary preparó la mesa del comedor para la cena y sirvió costillas asadas con patatas y la enorme ensalada que le había llevado la señora McGinty. La conversación fue escueta mientras ambas mujeres comían, centrada sobre todo en las hazañas de los niños Busch y en la reciente ola de calor que había azotado la ciudad.

Eran sólo las ocho de la noche pero, por la forma en que Mary se sentía, podría haber sido muy bien medianoche. El agotamiento llegaba de pronto; ya no tenía la resistencia de antes, ni siquiera de la semana anterior. Los fármacos también le habían robado eso.

Continuaron la conversación en el sofá de la sala de estar, donde tomaron el postre. A Mary le resultaba cada vez más difícil seguir el hilo; deseaba fervientemente hablar con Michael y, aunque la tranquilizaba que Jeannie le hubiese dicho que estaba a salvo con Paul, sus dudas sólo se disiparían al escuchar su voz.

La ansiedad de su amiga era tan evidente, que Jeannie abrió impulsivamente su bolso y sacó un trozo de papel.

—Es demasiado tarde para llamarlos —protestó Mary.

—¿Sí? —replicó Jeannie ladeando la cabeza. No sé cómo es Michael, pero Paul me ha despertado en plena noche por cosas mucho menos importantes. Pondrá soportarlo. Acabó de marcar el número y le pasó el auricular a Mary. Es una línea directa a su habitación.

Mary sintió un hormigueo en el estómago; una vez que supiera que Michael estaba a salvo, podría conciliar el sueño. El teléfono comenzó a llamar con ese sonido apagado y dual típico de Europa. Sonó una segunda vez. Mary se sentía como un crío que espera que se abra la puerta del salón el día de Navidad. Sonó por tercera vez. Miró a Jeannie, y su amiga le devolvió una sonrisa forzada. La preocupación iba en aumento. ¿Cómo era de grande esa habitación? Las dos y cuarto de la mañana. ¿Por qué no respondía Michael al teléfono?

Jeannie miró el número que tenía apuntado en el papel, completamente segura de que había marcado bien.

—Probablemente han salido a tomar una copa —mintió.

El miedo creció en el corazón de Mary. No pudo ocultar las lágrimas. Los dos hombres no habían salido a tomar una copa. Algo iba mal, algo iba muy mal.

El teléfono siguió sonando sin que nadie respondiese,

El club nocturno Die Hóhle der Harte “La Guarida de la Maldad” abría a medianoche. Era uno de los clubes más antiguos de Berlín, pero muy conocido y frecuentado por la élite europea; una especie de paraíso para los ricos y poderosos, con una amplia oferta que iba desde lo agradable hasta lo sucio. El edificio —uno de los pocos que habían conseguido sobrevivir a las dos guerras mundiales— era un teatro de ópera reconvertido que databa de la época del emperador Guillermo I. Sus múltiples niveles alternaban entre pistas de baile y salones. Su atracción principal era el gran escenario, cuyo motivo cambiaba todas las noches como si fuese el decorado de una obra de teatro. Una noche podía ser un paisaje rural giratorio, y una aldea medieval a la siguiente. Esa noche era la Roma antigua: telones de fondo de un tenebroso anfiteatro, gladiadores enfrentándose a feroces leones, mujeres cubiertas con togas desfalleciendo en brazos de guerreros victoriosos. Las luces estroboscópicas danzaban sobre los tapices y sobre la multitud, iluminando una orgía casi surrealista en que dos milenios se enfrentaban. Era una decadencia con la que los cesares ni siquiera habían soñado.

Los fotógrafos se apiñaban en las galerías, esperando captar un momento íntimo y privado que pudiesen vender y revelar al mundo. Parejas bellas y jóvenes, de todas las orientaciones y creencias, se hundían en los enormes sofás de felpa, entregadas a una pasión desenfadada. Allí los valores eran muy laxos y la moral no existía.

La música, proyectada a través de gigantescos altavoces que colgaban del techo, era una mezcla eléctrica de disco, neto age y tecno-punk, aunque para Finster pasaba inadvertida mientras bailaba con dos mujeres impresionantes, Audrey y Vaughn. Se habían conocido en la puerta y no se habían despegado desde entonces. Mientras que Vaughn no tenía la más remota idea de quién era ese hombre mayor impecablemente vestido con la chaqueta de Armani hecha a medida, Audrey lo había reconocido desde un kilómetro de distancia cuando se acercaba al club. August Finster: amable, enormemente exitoso y —su parte favorita— extraordinariamente rico. Las dos chicas, amigas íntimas desde la infancia en Londres, eran casi idénticas: vestidos de Prada negros y azules, zapatos de Gino, collares de diamantes de Cartier; idénticas en todo excepto en sus largos rizos. Los de Audrey eran negros como la noche; los de Vaughn, rubios como la paja.

En lo único en que pensaban ambas muchachas era en cuánto podían ganar con su rutina sexual. Nunca pensaban en sí mismas como prostitutas; eran animadoras que

hacían su trabajo con el caballero que fuera la presa de la semana. Amaban a los hombres que tenían poder y dinero, los llamados amos del universo, pero ellas también tenían poder, un poder más primitivo, más inexplicable, y que ningún hombre que hubiesen conocido podía igualar. Esas dos jóvenes sabían cómo conseguir que incluso el hombre más poderoso se hincara de rodillas e implorase como un niño.

Pero aquel hombre era diferente. La mayoría pensaban que tenían poder, y hacían alarde de ello para ocultar sus inseguridades. Aquel hombre, en cambio, poseía un aire tranquilo, una seguridad distinta de la de cualquier otro; él sabía que tenía poder, pero sólo lo demostraría en circunstancias extremas. Y, por un instante, Vaughn había pensado que quizá esa noche debería marcharse. Sentía un agujero en la boca del estómago, y no era a causa de las metanfetaminas que le había comprado a Phillipe en el lavabo. Aquel tío parecía capaz de ver sus manipulaciones sexuales y penetrar hasta el fondo de su corazón, como si estuviese mirando directamente dentro de su alma.

Pero fue sólo un pensamiento fugaz; las drogas y la ropa costaban mucho dinero. Además, su estómago nunca funcionaba bien.

Finster se movía con una elegancia que desmentía su edad, con la misma gracilidad que sus jóvenes acompañantes de baile. Estaba interpretando una danza de la victoria, y la adrenalina del éxito corría caudalosamente por sus venas. Bailaba sin preocuparse, porque tenía su objetivo a la vista: pronto estaría libre de cualquier impedimento. Aunque con cierta renuencia, había dado la orden de matar, pues no podía seguir corriendo riesgos. Despreciaba a Simón y, si por él hubiera sido —si estuviera en sus manos, si fuese capaz de hacerlo—, se habría alegrado al apretar el gatillo. Los caminos de Finster y aquel sacerdote se habían cruzado más de una vez, ese hombre del clero parecía haber convertido en una cruzada personal el hecho de erradicar a Finster del mundo. Bien, eso se había acabado.

Michael era otra cuestión; había llegado a sentir afecto por él. La mayoría de los hombres se acobardaban y huían ante los grandes obstáculos. Michael era diferente, poseía un ímpetu que era similar al del propio Finster. Lamentablemente, se había convertido en un adversario, y uno de la peor especie. Un adversario que estaba motivado por algo que se hallaba más allá del dinero o la lujuria. A Michael Saint Pierre lo movía el amor. Y era por eso por lo que Finster había ordenando su muerte.

Finster no tenía nada contra el enorme policía, pero Thal se había mostrado tan vehemente en su insistencia de incluirlo en la matanza que él había acabado por acceder. Thal era una de las máquinas del mal más perfectas que había encontrado nunca en un ser humano. No tenía absolutamente ninguna consideración por los demás o por la vida, y su placer se derivaba exclusivamente del sufrimiento humano. Hasta la fecha había sido el empleado perfecto: puntual, meticuloso e implacable,

Finster se preguntó cuál sería la reacción de Thal si descubriese la verdadera identidad de la persona que había contratado sus servicios.

No estaba preocupado en lo más mínimo por la orden que había dado. Después de todo, la muerte no era más que un paso en la vida que todo el mundo experimentaba finalmente. No veía a esos tres hombres como seres humanos, sino como moscas a las que había que aplastar a fin de eliminar el último obstáculo y poder regresar a casa.

La música seguía sonando con estridencia cuando Audrey llegó con una ronda de bebidas. En ningún momento dejaron de moverse mientras bebían su cuarto combinado de la noche.

— Vosotras, chicas, sois muy peligrosas.

Finster sonrió mientras observaba cómo se frotaban una con la otra.

— La práctica lleva a la perfección — gritó Vaughn por encima de la música.

— ¿Cuánta práctica tenéis?

Las chicas sonrieron.

— Creo que tendré que comprobar cuan perfectas sois realmente — gritó Finster.

Y los tres siguieron bailando.



Capítulo 27

La puerta se abrió con estruendo, y se astilló al golpear con fuerza contra la pared. Thal giró en la habitación en sombras, con el dedo apoyado en el gatillo. Miró a derecha e izquierda, buscando sus blancos a medida que avanzaba.

Pero en la habitación no había nadie. Ni un alma. La suite no podría haber estado más vacía. Thal comprobó metódicamente la habitación, los armarios, el cuarto de baño, debajo de la cama, cada rincón, sin bajar la guardia. Pero allí no había nadie. Era como si nunca hubiese habido nadie. ¿Cómo habían conseguido esfumarse? ¿Cómo lo habían sabido? Repasó mentalmente los últimos diez minutos. El conserje: muerto antes de que pudiese alertar a nadie. El vestíbulo: vacío. No había visto a nadie salvo al conserje. Aquello era inaceptable. Para la persona que lo había contratado sería un problema. Para él era su peor pesadilla. Él conocía muy bien el precio del fracaso, y era un pago que no estaba dispuesto a hacer. Había seguido la pista de los tres hombres hasta allí. Podía volver a hacerlo.

El silencio de la habitación a oscuras se quebró por el sonido de un teléfono. Un teléfono que sonaba a las dos y cuarto de la mañana en algún lugar del hotel... pero no muy lejos.

Cuando la puerta se abriese, Simón rodaría hacia la derecha y dispararía. Su mano jamás temblaba, y vaciaría el cargador sobre cualquiera que irrumpiese en su habitación. Simón no esperaría a ver si era amigo o enemigo: ningún amigo echaba la puerta abajo a las dos y cuarto de la mañana.

Pero nunca tuvo oportunidad de hacer nada de eso. Allí no había nadie; de hecho, la puerta ni siquiera se había abierto... El ruido procedía del piso de arriba.

Simón había reservado tres habitaciones en el hotel bajo tres nombres diferentes, y había resultado ser una idea más que prudente. Una de tres posibilidades. Quienquiera que los estuviese persiguiendo se había decidido por el obvio seudónimo religioso: Judas Iscariote. Era un viejo truco. Reservar al menos dos habitaciones, una bajo un nombre bastante evidente, y las otras con un apodo tan común como una hoja en el bosque.

Simón bajó el arma. No disponían de mucho tiempo. El truco sólo les concedería una leve ventaja.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, Simón sintió que el corazón se le salía del pecho. Sus compañeros despertaron súbitamente de su sueño, y Michael se lanzó hacia el teléfono. Pero el sacerdote lo interceptó antes de que tuviese oportunidad de contestar la llamada, y apoyó una mano en el auricular mientras meneaba la cabeza. El teléfono volvió a sonar.

Busch y Michael se dieron cuenta finalmente de que Simón llevaba una pistola en la mano.

— ¿A qué viene eso? —preguntó Busch en un susurro, indicando el arma.

Simón se llevó el índice a los labios y negó con la cabeza. El teléfono sonó por tercera vez. El sacerdote señaló el techo y susurró:

— Tenemos que marcharnos de aquí.

A pesar de lo confusos y embotados que se sentían, Busch y Michael no necesitaron que se lo repitiese. Cogieron sus cosas y ayudaron a Simón a meter las armas en las bolsas de lona.

Simón conducía a toda velocidad por la autopista, llevando el coche al límite en una de las pocas pistas de carreras públicas legales del mundo. En la última hora sólo los había rebasado un BMW 8; aparte de eso, el Audi Turbo y él estaban dejando el mundo atrás.

— ¿Adonde vamos? —preguntó Busch desde el asiento trasero, con los nervios un tanto alterados mientras veía cómo Alemania pasaba vertiginosamente junto a la ventanilla.

— Buscaremos un hotel fuera de la ciudad —dijo Simón sin despegar los ojos del asfalto.

— ¿Y cómo sabemos que no nos seguirán hasta allí?

— No lo sabemos.

Busch nunca había visto la ley desde ese punto de vista. Y no le gustaba nada. No era que no sintiese una cierta descarga de adrenalina en respuesta a esa fuga, sino que hubiera preferido ser el cazador y no la presa; siempre se desestimaban las consecuencias adversas de las acciones de un cazador.

— ¿O sea que así era tu vida antes? —le dijo Busch a Michael, quien iba hundido a su lado en el asiento trasero con los ojos cerrados.

— La que llamaba era Mary, estoy seguro —dijo su amigo, más para sí mismo que para los demás.

— Pronto podrás verla. Cuarenta y ocho horas más y estaremos de regreso en casa. Ésas fueron tus palabras.

Michael abrió los ojos y se volvió hacia Busch. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nunca imaginaste que tendríamos que huir juntos de esta manera, ¿verdad?

La ironía de la situación no se le escapaba a ninguno de los dos.

—¿Está seguro de los movimientos de Finster? —inquirió Simón—. ¿Está seguro de que sabe dónde estará mañana por la noche?

—Puedo garantizarlo —contestó Busch antes de volverse nuevamente hacia Michael—. ¿Tendrás un trabajo para mí cuando me echen de la policía?

—Cierra la boca. Nadie va a echarte. Sólo necesito que confíes en mí.

—Sí, ya lo hice antes y mira lo que he conseguido.

Busch hizo un gesto para indicar su carrera a ciento noventa kilómetros por hora.

—Te debo una —dijo Michael.

—Recibirás mi factura. —Busch se inclinó hacia el asiento delantero—. ¿Tiene idea de quién pudo cargarse al chico de la recepción? —le preguntó a Simón.

—No.

—Usted sabe tan bien como yo que van a divertirse a lo grande con esa habitación de hotel que dejamos atrás, con más cruces que en una convención de la Biblia.

—Aja.

—Y que es probable que ahora la policía nos esté buscando...

—Así es, pero no tienen ni idea de quiénes somos.

—No tienen ni idea... —repitió Busch sin demasiada convicción.

—Tengo un poco de experiencia en este tipo de situaciones, y estoy seguro de que su amigo también.

Busch miró a Michael, que alzó las cejas a modo de vacilante asentimiento.

—Finster realmente te quiere muerto —dijo Busch, algo que era absolutamente obvio.

—Me hace sentir muy bien concitar toda esta atención —repuso Michael.

—No sea presumido, Michael —intervino Simón—. Yo diría que Finster nos quiere liquidar a todos.

—Eso resulta muy consolador —comentó Busch, contemplando el paisaje que volaba al otro lado de la ventanilla.

—Piense en lo positivo: conseguimos salir de allí con vida —bromeó Simón.

Para tratarse de un tipo bastante alegre, Busch estaba perdiendo rápidamente su sentido del humor. Estaba señalado para morir, algo que nunca habría concebido hasta hacía apenas tres días. Haría muchas cosas por su amigo... ¿Acaso no había

dicho siempre que daría su vida por él? Pero aquello era demasiado real. Hasta esa noche, él jamás había tenido que huir.

A las 2.17 de la mañana, Thal estaba de pie en medio de la habitación, contemplando la vasta colección de velas repartidas por todas partes. Sostenía las armas en sus manos mientras su cerebro trataba de procesar la vista que tenía delante de él. La llamada telefónica a la que nadie respondía había sido como una señal que lo había llevado de la habitación del piso superior a ese retiro espiritual al que no le encontraba sentido. El teléfono finalmente dejó de sonar.

—¿Qué cono? —Fue todo lo que pudo musitar.

Al menos sabía que aquélla era la habitación correcta. Las cruces le resultaban completamente ridículas —¡como si una cruz pudiese detenerlo!—, y por un momento se preguntó si estarían destinadas a mantener alejado a alguien o algo más. Drácula y el hombre lobo eran leyendas, pero no habían colgado las cruces allí para rezar; para eso sólo se necesitaba una, como bien sabía gracias a su educación religiosa. Esas velas estaban allí como una forma de protección. Hacía mucho tiempo que él había renunciado a su fe; Dios era sólo para los débiles, el padre protector al que recurrir cuando la oscuridad acechaba a la vuelta de la esquina. Aun así, los miles de crucifijos estaban allí para repeler algo que las armas convencionales del hombre no podían detener. ¿Pero qué?

Antes de que tuviese la oportunidad de considerar realmente esa posibilidad, una voz gritó detrás de él:

—¡No se mueva!

Thal no hizo nada de eso. El policía alemán estaba muerto antes de que su cabeza acribillada a balazos tocara el suelo. Mientras se disipaba el humo de las dos armas, Thal se maldijo por haberse permitido abstraerse en sus pensamientos.

Ya no tenía tiempo de buscar nada, de modo que cogió algunas de las cruces con la esperanza de identificarlas más tarde, y se largó de allí.

Se alejó por el corredor, ocultando las armas en la parte de atrás del cinturón, y pulsó el botón de llamada del ascensor. Si los policías estaban en la planta baja, era mejor actuar con naturalidad y tratar de salir del hotel por la puerta principal, esperando que la conmoción que reinaría en el vestíbulo a causa del cadáver del conserje le permitiera pasar inadvertido. Sin embargo, cuando las puertas del ascensor se abrieron, sus planes sufrieron un drástico giro, uno que ocuparía los titulares durante varios días y sería recordado durante los años venideros.

Los tres policías apuntaron a Thal con sus armas, y él levantó sus temblorosas manos en el aire, fingiendo estar aterrado.

—Está muerto... Muerto —dijo Thal en inglés con un hilo de voz mientras señalaba hacia el fondo del corredor.

Dos de los policías corrieron hacia la habitación con las armas preparadas y se colocaron a ambos lados de la puerta.

—Soy norteamericano. Huyeron por la escalera. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Thal—. Por la escalera.

Thal se enorgullecía de la forma en que era capaz de adaptarse a cualquier situación. Pero lo que le preocupaba en ese momento era el ardor que sentía en la espalda, donde los cañones al rojo de sus armas le estaban quemando la carne. Podía jurar que estaba empezando a oler algo.

El policía que tenía delante, un novato llamado Schmidt, pidió ayuda por su radiotransmisor.

—Cubrid la escalera, oficial caído —dijo en alemán. Se acercó a Thal—. ¿Qué aspecto tenían?

Thal pensó en darle la descripción de Simón, Michael y Busch, pero eso haría que se escondiesen bajo tierra. No, él necesitaba que estuviesen desprevenidos; no podía dejar que alguien más participase en la cacería. Comenzó a llorar a lágrima viva, mientras sus brazos alzados temblaban con el resto de su cuerpo.

—Puede bajar los brazos... —dijo el turbado policía.

Sus palabras fueron interrumpidas por las exclamaciones de sus dos compañeros, quienes habían entrado en la habitación donde yacía muerto el otro oficial de policía. La curiosidad del joven novato lo llevó lentamente por el corredor, aunque sin dejar por ello de apuntar a Thal. Se asomó para ver a su ex compañero Jon Reiberg tendido en un charco de sangre, mientras su pie izquierdo se sacudía espásticamente. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, a Schmidt le llevó casi quince segundos apartar la vista de esa horrible escena. Y, cuando lo hizo, vio que el delgado norteamericano sostenía una pequeña cruz en la mano derecha, acariciándola inconscientemente con el pulgar, mientras se volvía hacia la pared opuesta a la suite y se apoyaba en ella, sollozando como un niño. Schmidt volvió a mirar dentro de la habitación y vio que uno de sus compañeros estaba vomitando en un rincón. Toda la escena le pareció una experiencia extracorpórea cuando vio azorado cómo el tercer policía describía una pirueta grotesca y caía al suelo.

Schmidt nunca sintió la bala que le atravesó el corazón, porque el disparo pareció sonar muy lejos de allí. El tiempo se hizo más lento mientras observaba cómo sus dos compañeros caían al suelo acibillados por las balas que salían de las armas que disparaba el hombre que estaba en la puerta. A Schmidt le pareció muy extraño ver cómo ese hombre apretaba el gatillo de las dos enormes armas, con las mejillas aún húmedas de lágrimas. ¿Qué había pasado con la cruz que sostenía en la mano hasta hacía un momento? Schmidt cayó de rodillas, sintiéndose muy cansado pero sin experimentar el más mínimo dolor. Y, finalmente, las vio. Estaban por toda la

habitación. ¿Por qué no había reparado en ellas cuando había mirado por primera vez dentro de la habitación? No importaba. Cayó al suelo, y los últimos vestigios de vida escaparon a través de los orificios de bala que tenía en el pecho. Murió allí mismo, entre las tres mil cruces.

Thal le quitó la credencial a Reiberg y subió velozmente tres pisos por la escalera. Corrió por el pasillo hasta una de las pocas puertas con el cartel de NO MOLESTAR colgado del picaporte, y llamó a la habitación 1474.

Alguien gritó en inglés desde el interior con tono irritado.

— ¡Joder! ¿Qué cono pasa?

Thal permaneció en silencio, esperando mientras el hombre se acercaba a la puerta. Treinta segundos más tarde, la puerta se abrió sólo unos cuantos centímetros y Thal puso la credencial de Reiberg en las narices del hombre.

— Perdón, señor — dijo Thal con un forzado acento alemán.

— ¿Qué cono está pasando aquí? ¿Un incendio o algo así?

— Me gustaría que me dedicase unos minutos de su tiempo.



Capítulo 28

Amanecía. En el paisaje rural de Baviera, justo más allá de un campo de cebada, el espeso manto de niebla comenzaba a disiparse bajo los primeros rayos del sol Michael y Busch estaban sentados en una cerca de madera, observando cómo pacía un rebaño de vacas. Debía de haber unas trescientas cabezas en esos pastos de un verde lujurioso, todas atiborrándose, ignorantes de su inminente destino. Michael no podía evitar pensar que las vacas habían vivido toda su existencia desconociendo el futuro que les esperaba, sin saber que ese futuro estaba controlado por algo más elevado en el orden de la vida.

Simón los había registrado en un pequeño motel junto al prado a las tres y media de la mañana. El anciano y arrugado empleado y el sacerdote habían estado hablando durante largo rato acerca de la menguante fe en el mundo y la pérdida de toda una generación por culpa de la televisión. El alemán de Simón era bueno, y el toque añadido del alzacuello —al parecer, sólo lo usaba si era absolutamente necesario—desvió cualquier sospecha de su llegada a horas intempestivas. El pequeño vestíbulo no había visto una mano de pintura en veinte años y eso estaba bien: cuanto más discreto fuese el lugar, más inadvertidos pasarían ellos. Simón cogió la llave y cerró suavemente la puerta.

Las habitaciones del motel estaban situadas a lo largo de un tramo de acera, en cuyos bordes crecían unas begonias plantadas por la anciana esposa del empleado. Simón había pedido la habitación que estuviese más alejada de la carretera con el pretexto de que necesitaba silencio y tranquilidad para la plegaria y la meditación. Seguro en su retiro, el sacerdote llevó a Busch y Michael desde el coche hasta la habitación, y cerró la puerta con llave una vez que los tres estuvieron dentro. La estancia era modesta: dos camas individuales, una cómoda con espejo y un cuarto de baño.

Mientras Simón y Paul dormían, Michael se hizo cargo de la primera guardia. Esta vez nada de cruces, sólo armas.

Sus planes no cambiarían un ápice como consecuencia de que casi hubiesen perdido la vida y de su forzada reubicación en aquel apartado motel. En las veinticuatro horas siguientes iban a recuperar esas dos llaves. Cada uno de ellos tenía su papel perfectamente asignado; pero, una vez que el trabajo hubiese comenzado,

sería Michael quien llevaría la voz cantante. El plan era suyo, y Simón y Busch deberían aprovecharse de su experiencia en ese terreno.

La mañana era fría y luminosa; Michael respiró lentamente, obligándose a recordar ese momento. Salvo por el leve olor a ganado, el aire era el más limpio que había respirado nunca. Durante toda la noche había repasado mentalmente el plan una y otra vez, imaginando todas las opciones posibles; nunca dejaba nada librado al azar y siempre confiaba en que la suerte lo acompañase.

—¿Has podido averiguar algo de Mary? —preguntó Busch, con las piernas encajadas detrás del tablón central de la cerca. Si hubiese llevado un sombrero con una trencilla de cuero habría pasado por John Wayne vigilando el ganado.

—Ya ha salido del hospital.

—Eso es genial. ¿Está en casa?

—Supongo que sí. Allí es la una de la mañana, y Dios sabe que necesita descansar. Intentaré llamarla después del almuerzo.

—¿Estás seguro de que no quieres que volvamos a casa ahora? Podríamos desembarazarnos del sacerdote y estar en casa esta misma noche.

Michael también había pensado en esa posibilidad más veces de las que quería recordar. Era algo que lo había acosado desde que había llegado a Alemania hacía ya tres días. Estaba persiguiendo sombras y mitos. ¿Qué bien hacía con eso? Busch y él podían largarse y dejar que Simón tratara de recuperar las llaves por su cuenta y riesgo. Mary era todo lo que Michael quería. No les quedaba mucho tiempo en este mundo, y él estaba a miles de kilómetros de ella, desperdiciando el poco tiempo que aún tenían. Mary lo necesitaba, y él la necesita a ella. Pero lo que lo había frenado en su determinación la noche anterior, mientras montaba guardia, lo frenaba nuevamente en esos momentos. Michael no podía hacer frente a la posibilidad de que Mary quedase atrapada para siempre en el purgatorio, con su fe destruida, su eternidad hecha añicos, todo por su culpa. La duda acerca del eterno descanso de su esposa lo destrozaría por el resto de sus días.

Y sería por su culpa.

Michael miró a Busch.

—Si quieres marcharte, lo entiendo.

—Qué le puede hacer una raya más al tigre...

Busch sonrió. A pesar de todo, el peligro al que se enfrentaban hacía que se sintiera más vivo que nunca.

Finalmente podía comprender lo que sentía su padre cada vez que se hacía a la mar. Era la excitación de no saber nunca qué había más allá del horizonte. Era el riesgo lo que hacía que un hombre realmente se sintiese vivo.

Mary se despertó al amanecer. Incapaz de volver a conciliar el sueño, obligó a su cuerpo a salir de la cama y meterse bajo la ducha. El agua caliente y el vapor la ayudaron a limpiar las pesadillas de su mente. Los sueños oscuros habían regresado. Y, aunque ella no había querido reconocerlo, ésa era una de las principales razones por las que se había marchado del hospital. Necesitaba estar de nuevo en un mundo que pudiese controlar, un lugar donde su mente estuviera en paz, donde pudiera eliminar las horrendas imágenes inconscientes que la habían atormentado.

Siempre comenzaban de la misma manera: Michael y ella en tiempos felices, cuando ambos estaban sanos.

Riendo y bailando en el Country House, su lugar favorito para cenar y bailar. Las imágenes eran increíblemente vividas, su corazón lleno de felicidad junto al de él, y luego estaban en casa, en la cama, la ropa tirada en el suelo, ella entre los brazos de Michael, haciendo el amor mientras sonaba una música suave y romántica.

Era una felicidad que la había elevado a nuevas alturas... sólo para sumirse a continuación en el lugar más oscuro y tenebroso que había visto nunca.

Y aunque la falta de luz era total, ella sabía que ese hombre estaba allí. Dando vueltas a su alrededor, oliéndole el pelo, echándole el ácido aliento en el cuello. Las palabras que susurraba, burlándose de ella en un tono perverso: "Mary, Mary, ¿adonde ha ido tu esposo?".

Su mente gritaba, pero sus labios permanecían impotentes, cerrados con negras suturas ensangrentadas. Estaba paralizada, incapaz de luchar, de golpear a esa cosa que seguía dando vueltas a su alrededor. Y sentía otra presencia. El policía, ese policía cuyas palabras eran tan falsas, tan falsas en su preocupación. El policía que había ido a visitarla al hospital hacía tres días: Dennis. No le había dicho lo que realmente quería; ¿no era extraño? Dijo que era el nuevo compañero de Paul, que sólo se había pasado a verla para comprobar cómo estaba y hacerle algunas preguntas sobre la relación de su esposo con Busch. ¿Por qué la había aterrorizado entonces?

Dennis estaba al fondo, esperando, junto al otro hombre. Los dos se reían. Un chillido que imitaba el de una hiena y que la rodeaba, ahogando sus pensamientos. Sus risas, afiladas y mortíferas como un cuchillo, salían de sus labios para llevar a cabo una tarea que ella jamás hubiera soñado: cortaban su alma para separarla de su cuerpo.

Mientras sus burlas se volvían más estridentes y crueles, ella sentía cómo la despojaban de su alma y la dejaban completamente vacía, como si su cuerpo se estuviese descomponiendo en un enjambre de insectos. Veía cómo su alma se alejaba, brillando tenuemente como una luz difusa en medio de una niebla cegadora. Y él, el hombre invisible que no era un hombre, la tragaba, como una bestia que desgarrara la carne de una criatura.

Y lo que la despertaba todas las noches, lo que la obligaba a abrir súbitamente los ojos, era el fugaz resplandor de luz que llegaba desde muy alto y penetraba en la habitación oscura y terrenal. Pasaba por encima de esa cosa que le comía el alma, el hombre que siempre le había resultado familiar y cuyo rostro, sin embargo, nunca era capaz de recordar al despertar. La luz seguía moviéndose, brillaba sobre su consumido y canceroso cuerpo, y al fin se detenía sobre lo único que la conmocionaba hasta lo más profundo de su ser: Michael. Estaba tendido en el suelo y la miraba, sólo que no lo hacía con los ojos sino con cuencas vacías y llenas de sangre. Su boca estaba congelada en un grito mudo y aterrador.

Noche tras noche se despertaba y se sentaba rápidamente en la cama, con el sudor fluyendo de todos sus poros. Sólo bajo el agua caliente de la ducha era capaz de librarse de ese horror.

Ese amanecer, al salir de la ducha, se envolvió en una gran toalla y en su albornoz, ahora dos tallas más grandes; se negaba a mirarse las manos, los pies, el cuerpo. Había quitado o cubierto todos los espejos de la casa, ya que prefería evitar a toda costa su devastador reflejo.

Durante el desayuno comió con un apetito que no había sentido en muchos días; la noche anterior sólo había picoteado la comida durante la cena con Jeannie. Se vistió y abandonó el apartamento.

Como quería que la casa estuviese llena de flores frescas cuando Michael regresara, se detuvo en el vivero de Troy y compró varias clases de flores. Aunque la noche anterior no había conseguido hablar con Michael, no se dejó dominar por el miedo. Que no hubiera noticias era una buena noticia, se dijo. Jeannie la había convencido de que Michael y Paul estaban bien. Ya se habrían marchado del hotel o bien se habrían mudado a otro. Ambos estarían en casa dentro de dos días, había dicho con absoluta seguridad Jeannie, y nunca mentía.

Mientras caminaba por Maple Avenue, por razones que no alcanzaba a entender, Mary se sintió llena de energía, dispuesta a comerse el mundo, sin importar con qué tuviese que enfrentarse. Descubrió vistas a las que nunca había prestado atención, a pesar de los años que llevaba viviendo en esa ciudad. La simetría de los árboles en el estanque de los patos. La intemporalidad del mirador blanco. La belleza de la antigua iglesia con su capitel elevándose directamente hacia el cielo. Y la gente en todas partes, que siempre sonreía y saludaba. Todos llevaban la esperanza en la mirada y se la contagiaban. A pesar de todo por lo que había tenido que pasar, siempre había esperanza.

Se dice que el espíritu humano es la fuerza más poderosa que existe en la naturaleza. Ha conseguido superar toda clase de adversidades conocidas por el hombre, físicas, mentales y espirituales. Es la fuerza que ha impulsado el progreso y la innovación. Sacó al hombre de las cavernas y lo llevó a la Luna. La Madre

Naturaleza ha opuesto todos los obstáculos imaginables y, sin embargo, una y otra vez ha sido repelida. El espíritu humano infunde optimismo, da fuerzas, impulsa la voluntad para vivir y alcanzar el éxito. Pero, sobre todo, es lo que nos proporciona la esperanza. El espíritu humano hace avanzar al hombre, y nunca ha sido derrotado.

También se ha dicho que hay una gran serenidad antes de la adversidad final; que la calma siempre precede a la tempestad; que una bombilla siempre ilumina con más intensidad antes de apagarse.

A las cuatro de aquella misma tarde, Mary volvió a ingresar por última vez en el Byram Hills Memorial Hospital.

Finster miró a través de los ventanales emplomados de su enorme mansión. Muchos se habían referido a ella como un castillo, pero su diseño no guardaba ningún parecido con esas extravagantes estructuras. El edificio era más propio de los desaprensivos capitalistas norteamericanos de finales del siglo XIX. Contempló la enorme extensión de bosques y las montañas que se elevaban más allá del valle, tan altas que sus cumbres se perdían entre las nubes. Observó a los jardineros y guardias que cuidaban la enorme propiedad, podando los arbustos y cortando el césped. Ninguno de ellos encontraba incómodos los auriculares de comunicación o las armas que llevaban en la cintura. Después de todo, en otra época esos hombres acostumbraban llevar mochilas de treinta kilos a través de selvas y desiertos mientras las balas silbaban por encima de sus cabezas y los proyectiles de mortero estallaban por todas partes. En general, allí se respiraba una paz que ninguno de ellos había conocido antes. Era una precaución que Finster siempre había tomado, siempre alerta ante la posibilidad de un ataque. Jamás corría riesgos. Y esa noche no sería diferente; de hecho, ya le había pedido a Charles que comprobase que los veinte miembros de su personal de seguridad estuviesen de servicio. Quería que hubiera guardias apostados en la puerta principal, varias patrullas recorriendo el muro que circundaba todo el perímetro de la casa y francotiradores en el terrado provistos de miras de visión nocturna. La mansión estaría más protegida que una prisión de máxima seguridad. No podía haber espacio para el error, ninguna posibilidad de derrota. Nadie le quitaría lo que era legítimamente suyo. Nada quedaría librado al azar en ésa, su última noche.

Era la misma precaución que había tomado cuando había asignado a Thal la tarea de limpieza. Hacía dos días que no tenía noticias de su pistolero y tampoco había leído nada acerca de la muerte de sus tres perseguidores. En las noticias habían hablado de un tiroteo en el hotel Friedenberg, lo que confirmaba que Thal estaba haciendo su trabajo, pero Finster quería pruebas. Quería cadáveres. Thal era un gran descubrimiento, mucho mejor que sus anteriores empleados, y había pasado los últimos cinco años al servicio de la incorpórea voz de Finster. La mayoría de los trabajos se realizaban en interés del negocio, con el fin de corregir una traición. Por

mucho que a August Finster le habría gustado llevar a cabo ese trabajo personalmente, era algo que no podía hacer.

Le estaba prohibido.

Era uno de los pocos poderes que no poseía; no podía quitar directamente una vida. Negociar por un alma, sí; obrar un acto milagroso, por supuesto; pero no podía acabar con una vida de forma directa. No importaba, él estaría allí para recibir los frutos de la muerte. Y la muerte siempre llegaba, tarde o temprano. Además, si poseyera el poder de aniquilar a todo el mundo, ¿dónde estaría la diversión? Si no hubiese más gente para corromper, no habría más almas que cosechar.

La suya era una meta más profunda, una que tenía un impacto mucho más duradero.

Y ahí era donde entraba Thal. Era una manera sencilla de resolver el problema de Finster: el hombre podía matar al hombre. Si alguien tenía intención de renegar de un acuerdo o de retractarse de una promesa, Thal se ocupaba de añadir el estímulo necesario para acortar su estancia en la tierra.

No se conocían personalmente, Finster jamás correría ese riesgo. Pero lo vigilaba. Thal era lo más parecido que había visto nunca a una criatura sin alma. Ningún remordimiento, ni un instante de duda en ninguno de los trabajos que le había encomendado. El de Thal era un espíritu que estaba profundamente enterrado en el área más primitiva y perversa del corazón humano. Pero, últimamente, Finster había comenzado a advertir en él cierta debilidad: el policía, Busch. Thal parecía estar obsesionado con él, impulsado por un deseo personal que Finster no había visto nunca antes en su asesino privado. Y eso le estaba enturbiando la mente, entorpecía sus habilidades. Finster percibía un fracaso momentáneo en Thal. En el pasado nunca había puesto en duda su eficacia, pero ahora sí. El trabajo que le había encargado ya tendría que estar terminado y él debería haber recibido la noticia. No tenía importancia; tal vez su confianza en Thal se hubiera visto sacudida, pero aún existía. Thal tendría éxito en su misión y, en el peor de los casos, si mantenía a los tres con vida y ocupados hasta el día siguiente, todo estaría bien. Porque al día siguiente Finster ya se habría marchado.

No habría ningún adiós, ninguna despedida: simplemente se esfumaría. No habría ningún dato acerca de su paradero. Su desaparición acabaría por ser sin duda uno de los grandes misterios del mundo. Al igual que Amelia Earhart, 10 no dejaría ni una sola pista detrás de él. No habría herederos, ningún testamento para la inmensa fortuna amasada en menos de diez años. No aparecería ningún familiar, no habría padres ni partida de nacimiento.

10. Famosa aviadora estadounidense que desapareció en julio de 1937 en el océano Atlántico cuando intentaba dar la vuelta al mundo. (N. del t.).

Ningún amigo de la infancia, ni socios, ni esposa o hijos. Por supuesto, aparecerían muchos pretendientes, pero ningún pariente legítimo podría presentar reclamación alguna sobre la herencia. Ninguna respuesta. Sólo preguntas.



Capítulo 29

Los bosques que rodeaban Waldberg eran más oscuros que la noche. Eran los bosques de los hermanos Grimm, el lugar donde Hansel y Gretel habían recorrido el mismo camino que Caperucita Roja, con el lobo acechando siempre detrás de los arbustos. No era extraño que los cuentos de hadas y las oscuras leyendas hubiesen tenido su origen en esas tierras. La espesa cubierta que formaban las copas de los árboles impedía ver el cielo. Las gigantescas ramas de los añosos árboles se extendían de tal modo que cortaban el aliento. El silencio y la quietud espectrales despertaban un miedo ancestral que hacía nacer brujas, gnomos y duendes del bosque. Era coherente entonces que la propiedad de Finster se encontrase en tal lugar. Cinco kilómetros carretera arriba se alzaban las grandes puertas de entrada, el único signo de civilización durante los diez kilómetros siguientes.

Paul Busch salió del Mercedes Clase C, el coche elegido por la policía alemana. Fijada al techo, justo encima de la puerta del conductor, centelleaba una luz portátil, y el resplandor giratorio rojo arrancaba sombras inquietantes de los árboles siempre verdes. Busch se acercó al descapotable escarlata. Al volante iba una hermosa mujer que llevaba un par de gafas de sol Vuarnet. Su cabellera negra, sorprendentemente, apenas si se había visto afectada por el viento. De cerca, la mujer era más que hermosa; era impresionante.

—Guten Abend, Fraulein —dijo Busch, en un patético intento de imitar el acento alemán.

Audrey ni siquiera levantó la vista mientras buscaba en su bolso su permiso de conducir y los papeles del coche.

— Guten Abend, Herr Kommissar, Gibt es ein Problem?

— Sprechen Sie Englisch?

— Sí, de hecho... —Pero sus palabras se helaron en su garganta cuando reconoció al Herr Kommissar.

—El permiso de conducir, por favor. —Ella se lo entregó con un ligero gesto de disgusto. —¿Cómo ha ido todo? —preguntó Busch.

—Se fue a casa con Vaughn y aún no he tenido noticias tuyas.

— ¿Él sospechó algo?

— Mire, sé lo que hago. Todo lo que usted me pidió fue que lo conociera, que tonteara con él, lo sedujese y lo dejase con la miel en los labios.

— ¿Y cómo resultó todo?

— He venido a cumplir la segunda parte del trato, ¿no? hice que él deseara lo que no pudo conseguir anoche. Como usted me pidió.

— Como te pagué para que lo hicieras. Le recordó Busch. Echó un vistazo al permiso de conducir y sonrió. — ¿Señorita Encanto?

— Déme un respiro, ¿quiere?

— ¿No es un delito hacerse pasar por otra persona?

— Iba a hacerle la misma pregunta —replicó ella. La mirada de Busch le bajó los humos. Audrey era su verdadero nombre, pero su apellido... Bueno, ella cargaba con el desafortunado apellido de Lipschitz¹¹ y eso era algo que Audrey no estaba dispuesta a compartir.

Busch había contactado con Audrey el día anterior, poco antes de recoger a Michael en la prisión. Ella venía bien recomendada no sólo por la policía de Berlín sino por el decano del circuito de clubes nocturnos, alguien que respondía al nombre de Christian Croix. En realidad, Busch no estaba seguro de si Christian era un chico o una chica; él o ella era una especie de híbrido que oscilaba entre macho y bella, con un torso musculoso que tensaba una camiseta de angora. Christian era el jefe de hecho de los clubbies, los alemanes de veintitantos que dominaban la noche. Lo que ellos decían que estaba de moda iba a misa y lo que ellos decidían que no, estaba acabado, obsoleto, muerto. Audrey y Vaughn eran dos miembros muy conocidos de esta tribu, adoradas por su forma de bailar, sus atuendos a juego, su talento sexual y su capacidad para ganarse la vida con las debilidades de los demás. Christian acabó dándole el número de Audrey —después de haber cogido un berrinche— cuando lo amenazaron con arrestarlo por posesión de mezcalina.

Busch se encontró con ella en un pub, le explicó la situación, cómo podía ganarse una pasta por hacer aquello que mejor sabía y, al mismo tiempo, mantenerse lejos de la prisión. En realidad, la amenaza no tenía ningún peso: su jurisdicción terminaba en el otro lado del Atlántico. Busch había investigado los hábitos de Finster, sus gustos. Había memorizado su expediente en el avión; todo estaba perfectamente documentado. Audrey sería el anzuelo perfecto. Busch le había pagado mil dólares para que se metiera en los pantalones de Finster pero sin tocarlo. Ella no tendría ningún problema para localizarlo. A Finster le encantaban los clubes nocturnos, y

11. Lipschitz es un apellido alemán que, pronunciado en inglés, suena como lipshits, es decir, algo así como «diarrea labial». (N.delt.)

siempre había un rumor creado por los clubbies en cuanto a los lugares que estaban de moda para disfrutar de la noche.

Audrey no le había dicho una sola palabra del trato a su amiga Vaughn, que se mostró muy sorprendida cuando aquélla desistió de las actividades “post baile” con Finster la noche anterior. Había simulado sentirse mal, pero no había abandonado en ningún momento su actitud seductora, asegurándose una segunda cita con el poderoso industrial, algo muy poco habitual.

—No veo que esté escribiendo ninguna multa —dijo ella.

—Es hora de empezar con la segunda parte —contestó Busch—. Necesito que me hagas un último favor.

—¿Tendré que usar las manos o la boca?

—¿Soborno? Ese es un delito muy grave. Peor que el exceso de velocidad, peor que la prostitución.

—Me he quedado sin favores.

Audrey frotó el índice y el pulgar, esperando que le pagara.

—Sería una lástima que tuviese que pasar la noche en la cárcel.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que lo lles a alguna parte.

—¿A quién? —preguntó ella, sabiendo muy bien de quién estaban hablando.

—Ya está bien de juegos.

Busch sacó un fajo de billetes.

—¿Dónde? —preguntó ella con voz cansada y los ojos clavados en el dinero.

Busch le dio una hoja de papel.

Audrey miró el folleto publicitario.

—¿Qué, piensan hacer una redada o algo así?

—Nada de eso. Ninguna acción policial, nadie saldrá herido. Es un lugar nuevo, el dueño es amigo mío —mintió—. Es un lugar exclusivo, imposible entrar, y él es mejor que una multa.

—¿Y si me niego?

—Habrás consecuencias.

—¿Qué hará, arrestarme?

—Le diré que has estado espíándolo. Por alguna razón, creo que no se lo tomará muy bien.

Dejó que su respuesta quedase suspendida por un momento en el aire de la noche.

Audrey permaneció sentada en el coche mascando, su ira. Entre lo que Busch le estaba pagando y lo que podía sacar de Finster podría largarse a Niza a pasar el resto del verano, y eso tenía su atractivo. Ella sabía que el dinero del policía era demasiado bueno para ser verdad... si es que de verdad era un policía, algo que ella dudaba sinceramente. Su madre siempre le decía que si uno baila con el diablo tiene que pagar un precio.

— ¿Cómo haré para llevarlo a ese sitio?

— No creo que tengas ningún problema en cuanto a eso. Sólo utiliza tu destreza femenina. — Le entregó el dinero—. Por tus molestias.

Sin siquiera mirar a Busch, ella puso en marcha el descapotable y se alejó hacia la mansión de Finster.

Cuatro kilómetros y media carretera arriba, el Audi negro estaba oculto entre los árboles, el motor frío, el chasis cubierto con pinaza. Simón se había apostado detrás de un cerco, y mantenía los binoculares fijos en las imponentes puertas negras. Las puertas eran de diseño clásico, hierro negro decorativo que giraba sobre unos goznes enquistados en unas sólidas columnas de piedra, pero la ornamentación era más bien gótica, con querubines bailando a través de jardines de hierro forjado, y gárgolas trepando por los travesaños superiores. Encima de las columnas había sendas farolas de gas que brillaban tenuemente, proyectando largas sombras que temblaban en el largo y sinuoso camino particular. Simón nunca había visto una entrada igual. Esas eran puertas de seguridad en todo el sentido de la palabra.

Ya habían pasado dos horas desde que las puertas habían abierto para permitir que entrase el Fiat rojo con una belleza de pelo negro y brillante al volante. Simón hacía verdaderos esfuerzos para mantener la concentración. Aunque jamás había roto su voto de castidad, había pasado muchas horas repitiendo el acto de contrición por sus pensamientos. Las puertas se habían cerrado rápidamente una vez que entró el deportivo italiano. Había sido una oportunidad para entrar en la casa, pero eso aún no era necesario. Busch les había asegurado que la mujer cooperaría con ellos y sacaría a Finster de la casa. Era sólo cuestión de tiempo. De todos modos, el plan no preveía que entrasen a través de esas majestuosas puertas.

La propiedad estaba rodeada por un muro de cinco metros de alto que recorría todo el perímetro. Cuando Michael había visitado a Finster hacía sólo una semana, había visto monitores láser Hiencen instalados a todo lo largo de la parte interior del muro. Difíciles de anular, pero no era una tarea imposible. Él sabía que el sistema de seguridad de la casa era un producto de Hughes Aircraft, el mismo sistema que utilizaban las fuerzas armadas estadounidenses para sus instalaciones de máxima seguridad. El código de acceso cambiaba todos los días. Un sistema sumamente complejo pero, nuevamente, no era una tarea imposible. Sin embargo, había un

elemento de seguridad para el que no estaba preparado; no formaba parte de su entrenamiento, y de hecho se trataba de un elemento al que siempre había evitado cuidadosamente. Durante la visita previa de Michael a la casa de Finster, había observado al personal que trabajaba en los alrededores de la mansión. Eran tíos anchos de espalda, caderas estrechas, cuerpos entrenados y perfeccionados por los militares. Y estaban armados hasta los dientes.

Sentado ahora pacientemente en compañía de Simón detrás del Audi, lo recorrió un escalofrío pese a que en la carretera soplaban una suave brisa de verano. Se encontraba rodeado por el paisaje silvestre del bosque pero, no obstante, algo faltaba: vida. No se oían los sonidos propios del bosque, no había pájaros en el aire. Las noches de verano solían estar animadas por el canto de los grillos, pero allí reinaba el silencio. Ningún animal acechaba entre esos árboles, nada se arrastraba por el suelo. Pero lo que producía más terror era la ausencia de bichos. En esa tierra no había gusanos, tampoco moscas ni mosquitos que buscaran sangre. Habitualmente se veían telas de araña en la base de la mayoría de los árboles, con su tejedora esperando pacientemente, pero allí no se veía nada de eso. El mundo de los insectos siempre estaba presente. En los festines y en las hambrunas, en la guerra o en la paz, eran la única presencia viva en el planeta desde el inicio de los tiempos. Nada era capaz de eliminarlos o de alejarlos. Y, sin embargo, habían desaparecido de los bosques de August Finster.

Al oír un leve silbido, Michael se volvió justo a tiempo para ver una limusina negra que se acercaba por la carretera, la misma que lo había perseguido desde el aeropuerto, con el parachoques reparado y pintado. Los faros halógenos perforaban la oscuridad, iluminando incluso los rincones más profundos del bosque. Las gigantescas puertas de hierro se abrieron como en un bostezo silencioso, y el Mercedes las atravesó velozmente para entrar en la carretera. Luego aceleró y se perdió en la oscuridad.

El viaje de cuarenta y cinco minutos pasó volando con la ayuda de un poco de lubricante alcohólico. El bar de la limusina, recién abastecido, sólo exhibía lo mejor: Pom Pérignon, Chivas, Moët Chandon y Gray Goose. Allí no había cerveza. El hielo tintineaba dentro de vasos de cristal de Tiffany mientras el silencioso mundo exterior del paisaje rural pasaba a ciento ochenta kilómetros por hora. Las luces del centro de Berlín se vislumbraron al fin a través de los cristales ahumados como brillantes estrellas en un cielo nocturno y brumoso. Cuatro pasajeros se reían en el amplio asiento trasero de la limusina. Tres, en realidad, porque Finster se mostraba distante. Su mente vagaba por otra parte mientras contemplaba el veloz paso de la noche, sumido en una mezcla de alegría y tristeza. La inminente realización de los propios sueños puede ser una experiencia solemne.

Pero su estado de ánimo no duró demasiado; volvió a la realidad y pasó el brazo alrededor de Joy, la muchacha de los mechones cobrizos. Su pecho era cálido y pleno

bajo su mano derecha, aunque notó muy tenso el valle de los senos debajo del vestido: silicona. No era que eso le preocupara, pues tenía plena conciencia de los engaños de la vida y de las máscaras que todo el mundo utilizaba. Zoé, con su pelo muy rubio, estaba sentada delante de Finster, las largas piernas extendidas y los pies desnudos apoyados en el regazo de él, bebiendo su tercera copa de la noche. Era una nadadora del equipo olímpico alemán. A él le encantaba la visión de sus hombros bajo su blusa de lame plateada.

Finster esperaba con ansia probar el fruto esa noche. Joy, la pelirroja; Zoé, la rubia; y Audrey, la belleza de pelo negro y brillante que estaba sentada a su izquierda. Tres sabores diferentes para su cita de despedida.

—¿Adonde iremos esta noche? —preguntó Joy.

—Señoritas, esa decisión la dejo en vuestras manos.

—¡Déjame elegir! —imploró Zoé como una niña. Estaba un poco borracha.

—¡No! ¡A mí! —rogó Joy.

Audrey acarició la mejilla de Finster, al tiempo que se apretujaba contra él.

—Conozco el lugar perfecto. Recién inaugurado, sensual, el libertinaje total. Un paraíso.

—Mi lugar preferido —dijo Finster.

—¿El Éxtasis? —Los ojos de Joy se encendieron.

—¿El Éxtasis?—repitió Zoé esperanzada.

—¿Crees que podrás conseguir que entremos? —dijo Audrey con tono insinuante en la oreja de Finster, sabiendo que podía hacerlo y, lo que era más importante, que sería incapaz de resistir el desafío que eso implicaba.

Finster permaneció en silencio mientras contemplaba su pequeño harén, sus mentes relajadas, sus cuerpos dispuestos. Aún no había decidido adonde irían esa noche. El Éxtasis era un lugar claramente in, el lugar donde convenía ser visto, pero Finster no estaba seguro de si ése debía ser su último recuerdo de Alemania, la tierra que había llegado a amar. Era un lugar tan nuevo que aún tenía que probar lo que ofrecía. ¿Era una noche para algo totalmente nuevo o bien una noche para la nostalgia?

El doctor Rhineheart corrió por el pasillo acompañado de dos enfermeras. Un enfermero empujaba el carrito con el material de urgencia, haciendo un esfuerzo por no quedarse rezagado. Los cuatro irrumpieron en la habitación privada del hospital donde sonaba el silbido agudo de las alarmas de los aparatos. El monitor cardíaco que había junto a la cama mostraba una línea verde estática. Mary Saint Pierre sufría una parada cardíaca, el cuerpo completamente inmóvil sobre la cama.

Cuatro horas antes Mary estaba en su coche y regresaba del vivero donde había comprado las flores, con la intención de llegar a casa y preparar el almuerzo. Sin embargo, decidió detenerse en la iglesia de San Pío, en Byram Hills, donde se entregó a una profunda oración. Le dio gracias a Dios por sus amigos y su vida, por el amor que sentía. Le dio las gracias por su esposo, un hombre que había dejado su vida anterior a un lado para estar con ella. Rezó buscando fuerzas; no para ella, sino para Michael, para que pudiese resolver sus problemas y encontrarse la voluntad para seguir adelante cuando ella ya no estuviese a su lado. Rezó para que él volviera a encontrar el amor. Era un hombre demasiado bueno para quedarse solo, tenía mucho amor para compartir. Mary deseaba que tuviese hijos y felicidad y paciencia. Ella ansiaba tener la posibilidad de vivir con él, de seguir a su lado, pero ahora sabía que eso ya no sería posible. Y anhelaba el día en que volverían a estar juntos dentro de muchos años.

Fue sólo un estornudo, leve y silencioso, pero se cubrió la boca como le habían enseñado a hacer cuando era una niña. Se regañó mentalmente mientras revolvía dentro del bolso buscando un paquete de pañuelos de papel. La noche anterior había sentido un poco de frío, y sabía que eso podía causar verdaderos estragos en su debilitado sistema inmunológico. Y ahora eso estaba empezando a pasar.

Se apresuró a llegar al coche; siempre tenía una buena provisión de pañuelos de papel en la guantera. No reparó en su mano hasta que abrió la puerta y extendió el brazo para abrir el compartimiento de la guantera. No era mucha, sólo la cantidad suficiente para que no pasara inadvertida: pequeñas manchas, como si fuesen pecas, que ya comenzaban a oscurecerse. Era su mano derecha, la que había utilizado para cubrirse la boca cuando estornudó.

Mientras conducía directamente hacia el hospital, apenas si podía controlarse; le temblaban las manos, un sudor frío le mojaba la nuca. El miedo había regresado, esta vez de forma abrumadora. Necesitaba a Michael allí, en ese mismo momento. El doctor Rhineheart se encargó de su admisión e hizo que la instalaran en una habitación privada. Dijo que no tendrían los resultados de las pruebas hasta un par de horas más tarde, y añadió que no debía preocuparse. No era extraño que expulsara un poco de sangre por la boca; la presión provocada por un estornudo causaba una rotura de los diminutos capilares en los pulmones. No se había manifestado otros síntomas, pero prefería que pasara la noche ingresada y en observación como medida preventiva. El doctor Rhineheart le repitió que no debía preocuparse, ya que todos los signos indicaban que se encontraba estable, y que podría marcharse a su casa por la mañana.

Tres horas más tarde, el doctor Rhineheart estaba aplicando el desfibrilador eléctrico a su pecho. Pulsó el interruptor. Una voz electrónica asexual salió de la máquina: "Tres... dos... uno... DESPEJADO". Sonó una alarma, y una corriente

eléctrica sacudió el cuerpo de Mary, que se arqueó en el aire; su brazo derecho aún colgaba fuera del colchón.

En una fracción de segundo, Mary volvió a desplomarse sobre la cama, los ojos aún cerrados, el color ausente de su rostro. Rhineheart se inclinó sobre ella con el estetoscopio. Nada. La lectura del monitor cardíaco era una línea verde y continua, con un zumbido ininterrumpido.

Volvió a accionar el interruptor del desfibrilador.

“Tres... dos... uno... DESPEJADO”.

El cuerpo de Mary volvió a arquearse en el aire, esta vez un poco más alto.

Mientras Mary yacía en la cama con el corazón tan muerto como podía estarlo, su mente funcionaba a toda velocidad. No estaba perdida en la clásica habitación blanca con una luz intensa delante, sino en un corredor oscuro y cavernoso, completamente en silencio e indescriptible. No sentía nada: ni dolor ni alegría. Nada. A lo lejos oía la voz del doctor Rhineheart, que trabajaba febrilmente sobre alguien. Confió en que tuviese éxito, mientras ella caminaba por el corredor tratando en vano de abrir las distintas puertas; todas estaban cerradas. De algún lugar cercano le llegaba un murmullo de voces ininteligibles. Se dirigió hacia el sonido, las voces se fueron haciendo más claras a medida que avanzaba. Llegó al final del corredor, que acababa en una clásica T. Parecía que hubiera una multitud detrás de cada puerta; debía de haber miles de personas. Vaciló un momento, sin saber qué dirección tomar, y entonces sintió un dolor terrible que le recorría las venas. Como un alambre incandescente que le atravesara la piel y penetrara en su cuerpo.

Y, con la misma rapidez, el tormento desapareció. Aún seguía en la T. ¿Izquierda o derecha? Las voces crecían, como el rugido en un estadio: voces de hombres y mujeres, gritos de niños asustados. Todos parecían confusos y pedían su ayuda a gritos, como si fuese una ciudad de almas perdidas. Decidió ir hacia la derecha y vagó sin rumbo durante lo que se le antojaron horas, mientras las voces asustadas le empañaban los pensamientos y la confusión le desgarraba la mente. Finalmente llegó a una puerta que estaba separada del resto: negra como el ébano, vieja como el polvo. Buscó el picaporte oxidado, abrió la puerta y entró.

El rostro la aterró. No era necesario haberlo visto antes para saber al instante de quién se trataba.

Su cuerpo recibió nuevamente el golpe de esa fuerza lacerante, un dolor tan intenso que pareció levantarla en el aire, las luces blancas tan brillantes que la cegaban.

Rhineheart se inclinó sobre Mary con una leve sonrisa en los labios.

—No pienso perderla tan fácilmente.

Mary estaba tendida en la cama, inconsciente pero viva; su corazón había recuperado su ritmo normal. El médico alzó la vista.

—Avíseme cuando despierte —le dijo a la enfermera,

Luego se volvió hacia la enfermera Schrier, que tenía los ojos ligeramente húmedos. Cogió a la mujer de un brazo y la llevó hacia un rincón de la habitación.

—No me importa lo que tenga que hacer, pero encuentre a su esposo. —Se dirigió hacia la puerta—. Se está debilitando rápidamente. No sé cuánto podrá resistir.



Capítulo 30

Simón y Michael estaban agazapados en el bosque, a unos veinte metros de las imponentes puertas de entrada a la propiedad de Finster. Ya habían pasado dos horas. Se hallaban en desventaja, y eso no les gustaba. No tenían la menor idea de a cuántos hombres exactamente tendrían que enfrentarse antes de poder entrar en la mansión. Basándose en la observación de Michael durante la primera visita a la casa, estimaban que habría unos veinte guardias. Los puntos de seguridad básicos estaban cubiertos. Pero éstos serían los puntos mínimos cubiertos por alguien que tuviese recursos limitados, lo cual no era el caso de Finster.

¿Y si las llaves ya no se encontraban allí? Si el número de guardias era reducido, eso les daría la respuesta que necesitaban. Pero si las llaves seguían donde Michael las había dejado, bueno, entonces tendrían que hacer frente a un verdadero ejército. El truco consistía en conseguir entrar en la casa antes de que los detectaran. Era como capturar la bandera; el truco residía en llegar hasta el botín sin ser atrapados.

—Se nos está acabando el tiempo —susurró Simón. Su auricular incluía un micrófono subvocal conectado a su teléfono móvil.

—Paciencia —contestó Busch a través del móvil, con una voz que sonaba aguda y remota; la señal se interrumpía a causa de la pobre distribución de las torres de comunicación en la Alemania rural—. Él aparecerá.

Simón ya no estaba tan seguro, pues había pasado demasiado tiempo, pero jamás admitía la derrota.

Las doce y media de la noche, y la cola seguía creciendo fuera del club. El cordón de terciopelo morado mantenía apartados a los cientos de don nadie, mientras los importantes eran saludados y escoltados al interior del famoso local. Toda la escena era frenética, y a Busch le recordaba la época dorada de Nueva York. Studio 54, The Tunnel, The Palladium. En aquella época era diferente; la música era mejor —cada generación considera que su música es superior a cualquier otra—, el esnobismo era menor y no era necesario gastarse el salario de dos semanas para pasarlo bien.

Estaba junto a la puerta, después de haberse identificado ante los guardias de seguridad como policía de Nueva York que trabajaba con la Interpol para atrapar a un fugitivo y llevarlo de regreso a Estados Unidos. No habría redada, ni detenciones

por drogas, presencia de menores de edad o comportamiento lascivo. Busch vigilaría a su hombre y, cuando llegase el momento apropiado, haría discretamente su movimiento. El guardia se había mostrado deseoso de colaborar después de la seguridad que le había dado Busch, y los quinientos euros que recibió contribuyeron bastante a ello.

Busch no tenía ningún interés en entrar en el local; detestaba la estética tecno, la música ensordecedora, las letras incoherentes mezcladas con un rap sin pies ni cabeza. Para él era Springsteen o nada, tenía que conseguir que Finster entrase en el club, sin que se diese cuenta de dónde se encontraba en realidad. Era la única manera de que Simón y Michael tuviesen alguna posibilidad de éxito.

— ¿Busch? — dijo Simón a través del auricular.

— Sí.

— ¿Por qué Peaches?

— Se muere de curiosidad, ¿no?

Busch se apoyó contra la puerta del club.

— Es que me aburro.

— Tuve una novia de Georgia que amaba el álbum de los Allman Brothers Eat a peach. Ella siempre me llamaba su Melocotón de Nueva York.

— ¿De verdad? — Simón no parecía convencido.

— ¿La historia de los Allman Brothers? — le susurró Michael a Simón, mientras vigilaba las enormes puertas con los binoculares, tendido en la hierba. Simón asintió, y el otro negó con la cabeza. — Es el nombre que le da su esposa a cierta parte del cuerpo de Paul.

Simón contuvo la risa.

Busch se puso furioso. Aunque Michael no tenía auricular, oyó sus exclamaciones a través del que llevaba Simón.

— ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Acaso ha dicho que...?

— Eh, tranquilo — lo interrumpió Simón.

— Tranquilo, y una mierda...

Pero entonces se hizo el silencio.

— ¿Busch? Michael sólo estaba bromeando. Nada.

— ¿Paul, está ahí? — Simón dio unos golpecitos al auricular. — ¿Puede oírme? — Michael lo interrogó con la mirada. — Déjese de tonterías — insistió Simón, súbitamente serio.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, llegó la voz de Busch, clara y firme.

—Está aquí.

La limusina se detuvo junto al bordillo y de su interior bajaron las tres bellezas, Audrey, Zoé y Joy, sensuales, espectaculares, con un despliegue de colores en sus cabelleras agitadas por la brisa de verano. Las tres mujeres flanquearon la puerta abierta de la limusina mientras todos los ojos contemplaban la escena. Finster salió en medio de las exclamaciones que habitualmente se reservaban a las celebridades durante la entrega de los Osear. La multitud se separó como las aguas del mar Rojo cuando los cuatro avanzaron por la alfombra roja. Se alzaron susurros, aplausos y chillidos, y los que estaban junto al cordón de terciopelo volvieron el cuello para ver al multimillonario industrial acompañado de sus tres bellezas.

Busch entró discretamente en el club desde su puesto junto a la puerta, se instaló en un rincón y controló la entrada, mientras el guardia de seguridad apartaba el cordón y daba la bienvenida al grupo de celebridades. Busch los vio cruzar la puerta y dirigirse directamente a la pista de baile. Una barrera invisible parecía precederlos cuando avanzaban, pues los bailarines se apartaban en señal de respeto. La gente se quedaba mirando a Finster o bien hacía caso omiso de él, entusiasmados con su presencia o completamente indiferentes a ella. Una indiferencia inducida por el alcohol, las drogas o el ego. El carisma que irradiaba Finster era apabullante; era como si poseyera el club, la gente, el mundo.

Busch se apoyó en el extremo más alejado de la barra y pidió un Jack Daniel's con hielo. Ahora se encontraba completamente fuera de su elemento; su pantalón caqui y la camisa de dril lo convertían en una diana salida de un anuncio de Gap. Nunca había visto tantas partes del cuerpo perforadas en su vida: orejas, narices, labios y cejas; vientres, pezones, mejillas e incluso barbillas. Su mente vagó hacia los barrios bajos y se imaginó fácilmente varios lugares más preparados para el piercing. Y los tatuajes... En su época había visto a un montón de delincuentes que se pintaban el cuerpo con innumerables motivos, ninguno de ellos demasiado original, temas relacionados sobre todo con la madre, las novias o la fantasía. Pero allí había pasta gansa: esa gente podía comprarse una Mona Lisa para su mosaico corporal.

Busch abrió su teléfono móvil, se colocó el auricular en el oído y pulsó el botón de llamada. Vio que la conexión se había establecido, pero la música ensordecedora apenas le dejaba oír a Simón en el otro extremo de la línea. Bebió un trago y se limitó a decir con voz alta y clara.

—La fiesta ha empezado.

Sin esperar una respuesta, cerró el móvil y lo guardó en el bolsillo. Luego volvió a acodarse en la barra y levantó la vista. El techo se alzaba unos treinta metros por encima de su cabeza, y podía ver las gruesas vigas de madera colocadas hacía

doscientos años para sostener la estructura. Allí arriba el manto de humo era más espeso. Se imaginó la conmoción del arquitecto si hubiese vivido para ver su obra maestra profanada en ese impensado futuro. La estridente música que no cesaba de sonar, mientras los cuerpos se contorsionaban en un desenfreno sexual. Corría el alcohol, y había profusión de toda clase de drogas. Unas Sodoma y Gomorra contemporáneas, el hedonismo en su máxima expresión.

Busch permaneció en la barra; no para beber, sino porque allí estaba directamente entre Finster y la salida del club, la única salida. Costaba creer la cantidad de personas que se apiñaban en ese lugar; había seguramente más de quinientas, y el doble quizá esperando fuera. En caso de incendio sería una trampa —y eso lo hacía dudar, con su miedo al fuego y todo lo demás, aunque por el momento podía superarlo— pero, aun así, era la única salida al exterior. No había forma alguna de que Finster pudiese abandonar el club sin que él lo supiese. El plan ya estaba en marcha, y hasta él empezaba a sentirse optimista. Simón y Michael seguramente habían dado inicio a la fase final. Había sido un riesgo, ya que esa noche Finster podría haber ido a muchos sitios; pero el Éxtasis era más apropiado de lo que nadie podía imaginarse.

Finster estaba allí. Y, en lo que a Busch concernía, no iría a ninguna parte.

Al Graham había pasado un tiempo en la Guardia Nacional y había participado en la operación Tormenta del Desierto, aunque aterrizó el 28 de febrero de 1991, el último día de la guerra, y nunca entró en acción. De hecho, Al jamás había disparado su arma en una situación de combate. Había estado bajo las órdenes del coronel T. C. Roberts, un marine que era un auténtico hijo de puta, capaz de amedrentar a un escorpión con la mirada. El coronel lo había llamado hacía sólo cuatro semanas para ofrecerle ese cómodo trabajo con una paga asombrosa. Y, si tenía suerte, tal vez pudiese dispararle a un blanco vivo para variar.

Al se encontraba junto con Javeed Waquim a veinte metros de las puertas, en el camino particular de la casa. Eran los encargados de vigilar la entrada, pero ambos creían que se trataba de unas puertas muy sólidas, de modo que no le prestaban demasiada atención. Nadie había intentado nunca asaltar la casa de su patrón, el señor Finster, y, de todos modos, ¿quién sería tan imbécil como para desafiar el sistema de seguridad y a los guardias? El coronel les había informado esa tarde de que ésa sería su última noche de trabajo y que, como resultado de su excelente servicio, cada uno de ellos recibiría una bonificación de cincuenta mil dólares. Para rematarlo, el coronel les había ofrecido a ambos un trabajo como «pacificadores» para algún dictador militar africano que se disponía a encabezar una sublevación. Seis meses de paga por adelantado y la garantía de que tendrían que disparar sus armas. Pero Al y Javeed nunca tuvieron esa posibilidad: ambos estaban muertos antes de llegar al suelo.

Michael había hecho un trabajo rápido y eficaz con los monitores láser Hiecen, estableciendo un desvío de la corriente. Simón y él treparon el muro de cinco metros y arrojaron los cuerpos al bosque, junto al camino. Simón le quitó los auriculares a Al y limpió la sangre. Luego cogió la radio que el guardia llevaba sujeta al cinturón, la dejó en el suelo, y sacó de su mochila una pequeña caja negra del tamaño de un libro de bolsillo con un altavoz y varios diodos luminosos. Hacía años que no utilizaba un analizador-desmodulador de frecuencia, pero seguía siendo bastante básico. Se colocó el auricular del guardia y pulsó un botón. Se oyó una leve descarga estática cuando la radio pasó a la modalidad de hablar; aún funcionaba. A continuación abrió la tapa de la pequeña caja negra y extendió la antena. Volvió a pulsar el botón en modalidad de hablar: la caja negra funcionaba a modo de escáner. Tres segundos más tarde se encendió un diodo luminoso verde, y la pantalla mostró la frecuencia de radio; finalmente se sujetó la radio en el cinturón.

Los bosques que rodeaban la propiedad de Finster eran densos y oscuros como el alquitrán. Simón llevaba un visor nocturno en el ojo izquierdo y se movía cautelosamente mientras miraba a derecha e izquierda. Michael se mantenía justo detrás de él, haciendo todo lo posible para no perderlo de vista. Cuanto más se acercaban a la casa, más tenso sentía el estómago. La horrible sensación que había experimentado al matar a su primer hombre aumentaba con cada paso. Ambos llevaban pistolas HK MP5, y Simón se había tomado la libertad de modificar la recámara e instalar un silenciador en cada una de ellas. Eran armas de modalidad dual capaces de disparar tiro a tiro o, cuando el gatillo estaba totalmente apretado, catorce balas por segundo. El sacerdote había dedicado buena parte de las últimas horas a enseñarle a Michael el uso de su selección de armas. Cómo no dejar que la metralleta se moviese hacia arriba cuando disparaba, cómo mantener el arma firme, cómo fijar el objetivo y no dudar a la hora de disparar. Las pistolas Glock de nueve milímetros que llevaban tenían cargadores con diecisiete proyectiles, y uno más en la recámara. Simón no perdió tiempo enseñándole a Michael el uso del fusil israelí Galil que usaban los francotiradores, pues se necesitaban años de práctica para convertirse en un tirador pasable. Y para llegar a ser un tirador experto había que tener un don.

La radio cobró vida en la oreja de Simón.

—Puesto de control.

—Alfa —contestó una voz grave.

—Bravo—se oyó a continuación.

—Charlie... Delta... Edward... Francis... Gary... —Cada voz era diferente, cada una respondía de un modo que había sido ensayado previamente—. Hoover... Isaac... Jack... —Se produjo una breve pausa—... Luke... Mark... Nathan... Osear... —Otra pausa—... Quint... Richard... Steven... Thomas.

Una voz diferente, con tono autoritario, llamó:

—Kevin... Paul... Contesten.

Simón pulsó el desmodulador de frecuencia que llevaba en el cinturón, dos ligeros toques que enviaron una señal estática a través de la banda.

—Inténtenlo otra vez.

Simón volvió a activar el desmodulador de frecuencia, esta vez de forma intermitente, mientras decía «Problema con la señal», aunque en el otro extremo de la línea se recibía algo así como «... lema... al».

—Mantengan la posición, enviaré a alguien.

Simón respondió accionando el desmodulador de frecuencia. Cogió a Michael del brazo y ambos se dirigieron a la carretera. Oyeron que una moto se ponía en marcha a cierta distancia de allí.

—Quedan dieciocho, más el tío que dirige —dijo Simón mientras ocupaba una posición a un lado de la carretera. Levantó el fusil Galil provisto de una potente mira telescópica de visión nocturna.

—Diecinueve guardias —repitió Michael—. ¿Y cómo vamos a hacer para superar a diecinueve tíos?

Simón ajustó el silenciador en el extremo del cañón y no contestó.

La motocicleta estaba cada vez más cerca. Simón se tendió sobre la hierba. Desplegó la culata, aseguró el bípode en la tierra y lo fijó aproximadamente a un tercio de la boca del arma, tras lo cual elevó el rifle. La luz de la motocicleta que se acercaba por la carretera cortaba la oscuridad entre los árboles. Encajó el cargador de veinte proyectiles y apuntó al centro del camino.

—Diecinueve —repitió Michael.

Mientras el rugido de la moto aumentaba de intensidad a cada segundo, Simón mantuvo la concentración en la carretera. El resplandor del faro de la moto iluminó el camino delante de ellos: el motociclista ya casi estaba allí. Simón encogió los hombros, flexionó los dedos y volvió el cuello. Apoyó otra vez el ojo en la lente de la mira telescópica. La moto se encontraba ahora a menos de veinte metros, y se acercaba a sesenta kilómetros por hora. Simón respiró profundamente y contuvo el aliento. Y, sin más, apretó el gatillo.

El sonido del rifle apagado por el silenciador sonó como el estampido de un arma de juguete. El guardia salió despedido hacia atrás, alcanzado en medio de la frente. Cayó pesadamente a tierra, donde rodó y rebotó como un saco de huesos. La moto siguió su desbocada trayectoria, y derrapó violentamente antes de internarse en el bosque. A pocos pasos de ellos, el guardia quedó inmóvil. Sin perder tiempo, Simón se colgó el rifle en el hombro y cogió el cuerpo por las piernas. Con la ayuda de Michael lo arrastraron hacia el interior del bosque.

El humo acre flotaba en el aire, el hedor de los cigarrillos y demás sustancias le apestaría la ropa durante varios días. Busch odiaba aquello: la música a todo volumen sin ninguna letra mínimamente coherente le recordaba el ruido de una fábrica de remaches; las luces intermitentes le dejaban intensos puntos negros detrás de los ojos. ¿Las cosas eran realmente tan diferentes cuando él era joven? Nunca había sentido una brecha generacional como la que sentía en aquel momento en aquel híbrido de cervecería alemana y Studio 54.

Ya había pasado una hora, y el magnate de los cabellos plateados seguía saltando y contorsionándose con la energía de un adolescente en la pista de baile, en compañía de las tres muchachas con las que había llegado al famoso local. Ni un trago, ni un minuto de descanso. El tío seguramente se había colocado con algo; nadie podía resistir tanto tiempo, moviéndose con esa intensidad. Ninguno de ellos parecía estar para el arrastre, sino que parecían tan frescos como cuando habían llegado.

Busch se sintió tentado de llamar a Michael para que le dijese qué estaba pasando en la casa, pero temía que el sonido del teléfono fuese una distracción. Esa noche su único trabajo consistía en asegurarse de que Finster no abandonaba el club. Mientras estuviese dentro de aquellas paredes, Finster no tenía ningún poder. Y, a juzgar por el lujurioso baile en la pista, no pensaba ir a ninguna parte. Busch hizo girar la copa en la mano, mirando a esas hermosas mujeres, y pensó que quizá le había tocado en suerte el trabajo más fácil de la noche.

Finster y las chicas continuaban bailando, mezclándose con la multitud, desplazándose por la pista de baile, animando a todo el mundo. De vez en cuando Finster se volvía hacia los otros bailarines, balanceándose de un modo absolutamente seductor ante las hermosas mujeres del club. Y eso era lo que Busch encontraba increíble: que las mujeres quedaran totalmente cautivadas, que ninguna hiciera caso omiso de ese tío de pelo canoso cuando se acercaba, sino que se olvidaran por completo por un momento de sus novios o acompañantes. Sin embargo, nadie se metía con él; era como si los noctámbulos de Alemania reverenciaran a Finster. Quizá esperaban que se les pegase un poco de su magia. Busch comprendió súbitamente cuál era la fuente de la inagotable energía del multimillonario: se alimentaba de todo eso, la envidia, la lujuria, la forma en que todos quedaban fascinados de su presencia.

Cuando la música alcanzó un nivel frenético, todo el mundo —bailarines, bebedores, drogas— confluyó hacia Finster como si fuese un imán. Busch reflexionó sobre esa extraña peculiaridad en el comportamiento humano y no pudo encontrar ninguna explicación. Pero había algo que sí sabía: eso era lo que Finster ansiaba. Era una especie de poder que él dominaba a voluntad, absolutamente confiado en su fuerza. Habría podido ser un líder de culto de la peor especie, atrayendo a miles de seguidores con su carisma, haciendo que el retiro en la Guyana

de Jim Jones o de cualesquiera de esos fanáticos suicidas pareciera una reunión de niños exploradores. Tal vez ésa era la forma en la que se manejaba en el mundo de los negocios, desplegando su encanto en los acuerdos, utilizando su carisma como un engañoso puñal, un aliado letal para aniquilar a sus rivales.

La canción alcanzó su climax, y todo el mundo se acercó a Finster para bailar a su alrededor como si fuese el jefe de la tribu. Todos los ojos estaban puestos en él, Finster podía sentirlos mientras la gente miraba desde las galerías y los costados de la pista de baile. Los tíos que atendían la barra, los pinchadiscos, toda la multitud. Todos los ojos excepto un par de ellos.

Los ojos de Audrey. Ella estaba mirando hacia la barra. Finster siguió su mirada mientras ralentizaba el ritmo de su baile. Y fue entonces cuando vio a Busch, con un aspecto demasiado obvio en medio de esa multitud aria tan in.

De pronto la magia se rompió en el club, la conexión se hizo pedazos, y todos regresaron a su pequeño mundo privado. Finster se volvió hacia Audrey, que temblaba como si estuviese a punto de enfrentarse a la muerte, con el bello rostro cubierto de un sudor helado. Lo habían engañado, atraído hacia una falsa sensación de seguridad. Finster no necesitaba presentaciones para saber que ese extraño era Paul Busch. No sabía qué hacía el policía en aquel lugar, pero no cabía ninguna duda de que no estaba muerto y, por lo tanto, tampoco lo estaban Michael y ese maldito sacerdote.

Hablaría luego con Thal de eso.

Ahora tenía que llegar hasta sus llaves.

Audrey se encogió como si se preparara para recibir un golpe, esperando la muerte. Zoé y Joy continuaban bailando, sin darse cuenta del terror de Audrey, tratando de volver a atraer a Finster hacia el ambiente festivo de la pista. Maldiciendo entre dientes, Finster se apartó de ellas y corrió hacia la salida, empujando a todos los que se interponían en su camino. Ahora las aguas no se abrían a su paso como había sucedido al llegar al club. El muro de gente parecía aumentar a medida que se acercaba. Sus ojos ardían de ira; aplastaría a cualquiera que le impidiese el paso. Tenía que salir de allí y llegar a su casa a cualquier precio.

Lleno de pánico, Busch vio cómo su presa conseguía abrirse paso entre la multitud. La música que hasta hacía unos segundos le perforaba los tímpanos parecía haber dejado paso a un silencio mortal, mientras contemplaba cómo su plan se iba al garete delante de sus ojos. Sí Finster conseguía salir del club, no habría manera de que Michael y Simón pudiesen acabar el trabajo.

Ambos aparecieron en los jardines ingleses que se extendían al sur de la mansión, iluminados por un cerco de reflectores. Michael no había captado la inmensidad de la mansión durante su primera visita. Era realmente enorme. La fachada de piedra

aparecía cincelada con las sombras distorsionadas que proyectaban los cuidados jardines. De pronto tomó conciencia de la fascinación que ejercía un lugar así para Finster: no sólo era una declaración de poder, sino que representaba un desafío para todos aquellos que fuesen lo bastante estúpidos para intentar penetrar en la propiedad.

Simón desplegó el bípode del rifle Galil y lo apoyó sobre una pared de piedra cubierta por las sombras. La zona parecía desierta. El sacerdote encendió su desmodulador de frecuencia, lo que interrumpió todas las señales de radio entre los dieciocho mercenarios restantes. Era sólo cuestión de tiempo que cayeran en el pánico producido por el aislamiento, una de esas terribles aflicciones experimentadas por los soldados. Estos necesitaban estar en contacto permanente con su mando y, para alcanzar la precisión militar, sólo actuaban bajo órdenes directas de sus superiores. Pero cuando el mando enmudecía y se lo creía perdido, los soldados se convertían en barcos a la deriva, siempre al borde del naufragio.

Simón escudriñó la zona con su mira telescópica de visión nocturna, examinando el frente de la mansión, estudiando todos y cada uno de sus detalles, sus puertas y ventanas. Su vigilancia pasó al segundo piso y luego al tercero. Algo llamó su atención en el terrado de pizarra azul: múltiples movimientos. Allí arriba había tres guardias agazapados detrás del friso decorado y los parapetos de baja altura. Francotiradores. Los tres golpeaban ligeramente los auriculares y hablaban entre sí, probablemente inquietos ante la súbita interrupción de las comunicaciones.

Simón apuntó al hombre que se encontraba más alejado, el imbécil que llevaba una gorra blanca de pintor con la visera hacia atrás. La gorra salió volando en lo que podría haberse confundido con un golpe de viento si no hubiese sido por el súbito cambio de color de ésta. La bala le había atravesado limpiamente la cabeza.

Simón apuntó entonces al francotirador que estaba en el centro y que se había vuelto para ver qué había sido ese ruido. Los ojos del francotirador registraron la muerte de su camarada un segundo antes de unirse a él. La fortuna sonrió al tercero de ellos. Al ver que los atacaban, se ocultó detrás de la fachada de piedra y movió el fusil hacia todas partes buscando algún blanco.

Fue en ese momento cuando los otros guardias comenzaron a congregarse delante de la mansión. Arremolinándose como si fuesen ganado, se movían llenos de confusión mientras se llevaban la mano al auricular mudo y hablaban en susurros. El francotirador que quedaba en la terraza vio a sus compañeros abajo y se inclinó por encima del parapeto para dar la voz de alarma, pero no alcanzó a abrir la boca. El sacerdote apretó el gatillo. El hombre se sacudió sobre el parapeto y luego cayó al vacío, el fusil aún aferrado en las manos mientras giraba en el aire. Los guardias que estaban delante de la puerta principal se apartaron rápidamente, maldiciendo, cuando el cuerpo del francotirador se estrelló a sus pies.

Simón no perdió el tiempo. La confusión era total mientras los guardias corrían buscando protección y las balas de Simón rebotaban en las paredes y la tierra. Los cuerpos caían y la sangre manaba.

La orden viajó deprisa y algunos de esos hombres, que obviamente tenían experiencia en ese tipo de situaciones, mantuvieron la calma. Consiguieron detectar la posición de Simón por la pequeña llama que desprendía el cañón de su fusil y, tomando posiciones detrás de coches y paredes, comenzaron a responder el fuego.

Michael se agachó detrás del muro mientras las balas silbaban por encima de su cabeza e iban a incrustarse en la piedra o en los troncos de los árboles. En ese momento entendió el miedo del soldado, del que se quedaba paralizado, incapaz de moverse, incapaz de devolver el fuego del enemigo. Poco importaba cuánto entrenamiento básico pudiese recibir un soldado: nunca se podía determinar el valor y el temple de un hombre en la batalla hasta que se encontraba bajo el fuego. Michael miró a un lado y vio que Simón proseguía su mortífero ataque sin inmutarse. El sacerdote era brutalmente eficaz, como un lanzador de béisbol en estado de gracia. Disparaba una ráfaga tras otra con precisión letal, e iba colocando nuevos proyectiles con un ritmo perfecto mientras los casquillos usados caían a tierra.

La mente de Michael seguía pensando en los caballeros templarios, los guerreros de Dios, los primeros en atacar y los últimos en retirarse durante las cruzadas en Tierra Santa. ¿Pero acaso no había sido siempre así a lo largo de la historia: Moisés matando a los hombres de Ramsés, ahogándolos bajo las aguas del mar Rojo, los caballeros cruzados defendiendo la cristiandad, la Inquisición española? ¿Acaso a través de los siglos la Iglesia no había predicado una cosa y hecho otra diametralmente opuesta? Y, sin embargo, siempre lo había hecho en nombre de Dios, siempre por un bien considerado mayor. Y aquellos que luchaban por la Iglesia habían creído con cada fibra de su alma que estaban combatiendo por una buena causa. Michael vio ese fervor en Simón mientras el sacerdote acababa con la vida de los hombres que tenía delante. Ningún remordimiento, ninguna vacilación. Simón tenía un único objetivo: recuperar las llaves de su Iglesia.

Fue el punto rojo lo que llamó la atención de Michael. Se movía de una manera absolutamente artificial a uno y otro lado buscando un blanco en la oscuridad, como si fuese una luciérnaga errante en busca de un lugar donde posarse. El punto se detuvo en la espalda de Simón y trepó hasta la nuca. Ignorante de esta marca de la muerte, el sacerdote continuaba su ataque sin desmayo. Todo rastro de miedo desapareció súbitamente de Michael y, alzando su HK, abrió fuego contra los árboles. La cascada de proyectiles astilló la corteza de los troncos mientras movía su arma en dirección del atacante invisible. Vacío el cargador y colocó uno nuevo en la culata, sintiendo que le ardía la nariz a causa del olor acre. El punto rojo desapareció de la espalda de Simón, y el humo se disipó. El clérigo no se había agazapado y, con

el ojo pegado a la mira telescópica, seguía disparando una y otra vez. Había ocho cuerpos tendidos sobre la hierba.

—Probablemente hay más —susurró el sacerdote sin alzar la vista.

Michael miró hacia el bosque; siempre le había gustado la oscuridad, la forma en que lo envolvía, lo protegía. Pero en esos momentos la oscuridad protegía a otros, los ocultaba mientras esperaban para matarlo. Comprobó su arma y luego se arrastró hacia los árboles.

—Lleva la cuenta de tus muertes —oyó que le decía Simón mientras se perdía entre las sombras.

«Lleva la cuenta de tus muertes. Claro. ¿Eso también me incluye a mí?», pensó Michael mientras se levantaba. Las luces de la mansión habían desaparecido detrás de los árboles. Mirando a su alrededor con suma cautela, sostuvo el arma como Simón le había enseñando, con los nudillos blancos por la presión sobre el mental. Había trazado mentalmente una línea desde el sacerdote hasta el punto de origen del haz rojo.

—Dos —murmuró Michael cuando su pie tropezó con otro cuerpo.

Se había inclinado sobre el hombre muerto, sin saber a ciencia cierta qué buscaba, cuando el árbol que se alzaba a su derecha estalló bajo una lluvia de balas, y una de las astillas de madera voladoras le hizo un corte en la mejilla. Se lanzó hacia la izquierda para protegerse detrás del tronco de un grueso roble, y abrió fuego hacia donde suponía que se encontraba su atacante. La respuesta fue una nutrida andanada. Uno de los proyectiles lo rozó y le dejó: una quemadura en el brazo. Estaba atrapado y no tenía ninguna experiencia en esa clase de situaciones. Aquél no era su juego: él era un ladrón que sabía de alarmas y de artilugios electrónicos, y allí se encontraba completamente fuera de su elemento.

Apoyó la espalda contra el árbol, esperando que su tamaño le proporcionara un mínimo de protección. Simón le había enseñado a disparar a las latas, pequeñas latas inmóviles de Pepsi y Coca-Cola. Esos blancos eran móviles e invisibles. Y contestaban el fuego. No sabía si los guardias se estaban reagrupando y, si no podía acabar con ellos, Simón debía de estar muerto. Y fue entonces cuando alzó la vista. Se ajustó el fusil a la espalda e hizo una pausa, aguzando el oído para escuchar algún movimiento. Al no oír nada, se irguió y comenzó a trepar.

Doce. Simón sentía un extraño bienestar, algo que no había experimentado en años. Por raro que pareciera, se sentía a sus anchas. Debería haber sentido alguna clase de remordimiento, pero no era así porque esos hombres estaban protegiendo a un ser maligno. Eran soldados de la peor clase, que ponían su lealtad al servicio del mejor postor. No sentía culpa alguna mientras caían bajo sus balas. Él ya tendría su juicio en la otra vida... si es que la otra vida existía después de esa noche.

El violento intercambio de disparos había aclarado su mente, obligando a sus sentidos a reaccionar por instinto. Habían pasado quince años desde que había servido en el ejército italiano, pero parecía que hubiese sido el día anterior. Sólo había estado bajo un fuego tan intenso tres veces en su vida, era como una inyección de energía; se sentía vivo bajo el fuego. Si no había presión, el mundo no existía. Pero, a pesar de todo eso, jamás olvidaba su vocación de sacerdote, un sacerdote con el mandato especial de proteger a cualquier precio a la Iglesia y sus creencias. Cada vez que apretaba el gatillo rezaba una pequeña plegaria de renovación y perdón, la misma plegaria que siempre había elevado al cielo cuando mataba a un hombre. Una plegaria que había repetido en más ocasiones de las que era capaz de contar.

Luchó por hacer caso omiso del dolor en su hombro derecho. La bala lo había atravesado limpiamente; su calor había cauterizado parcialmente la herida de entrada, pero la herida de salida ya era otra cuestión. Podía sentir la sangre que empapaba la camisa. El tiroteo había terminado y el silencio era total. Su táctica de hacer salir a los guardias había dado resultado. Había eliminado a una buena parte de ellos, pero ahora los guardias que aún quedaban estaban preparados y habían comenzado la cacería. Los últimos siempre eran los más difíciles de matar, y el oponente final era el que representaba el mayor desafío.

El coronel T. C. Roberts salió de la casa, un sólido metro ochenta de estatura y un pecho casi de las mismas dimensiones. Echó un vistazo a su alrededor, contemplando los cuerpos sin vida de sus hombres; no tenía idea de cuántos habían caído o cuántos quedaban vivos. La radio no funcionaba, pues algo estaba interfiriendo la señal.

Aunque ya no pertenecía al Cuerpo de Marines, Roberts seguía manteniendo su rango, ya que ello imponía inmediatamente autoridad y respeto entre sus hombres. Por supuesto, no conservaba el rango al abandonar el Cuerpo de Marines, ya que le habían arrancado los galones después de someterlo a un consejo de guerra. El tratamiento que le había dado a ese soldado no le había sentado bien al alto mando, especialmente porque el castigo le había acarreado la muerte. El hecho de que hubiera propinado el golpe mortal en la sien del joven sureño con la culata de su fusil y que luego hubiera culpado de esa acción a su sargento no le había reportado demasiados aliados durante el juicio. Pero escapar de la prisión militar no le resultó difícil, y menos aún encontrar mercenarios. Roberts sabía de muchos soldados que habían estado bajo su mando en la operación Tormenta del Desierto y que no se sentían satisfechos con la brevedad de esa guerra. No eran siempre los soldados más capacitados, pero sí los más motivados. Impulsados por un deseo que iba más allá del dinero; impulsados por el ansia de sangre.

Roberts se rascó la cicatriz que le cruzaba el rostro desde el ojo izquierdo hasta la mejilla derecha, un desagradable recuerdo de cuando se había topado con aquel vagabundo borracho en la calle hacía dos años. El vagabundo, por supuesto, no

había podido rascarse nada desde entonces, pero Roberts maldecía diariamente el alma de ese desgraciado por haberlo dejado desfigurado. Nadie podría entrar en esa casa por la fuerza, ésa era la promesa que le había hecho a Finster y era una promesa que se proponía cumplir. Pensó en notificarle por el teléfono móvil lo que estaba ocurriendo en la casa, pero luego cambió de idea. Tenía que controlar la situación, reducir los daños y acabar con el ataque. Más tarde habría tiempo suficiente para informes.

Conectó la alarma de la casa y permaneció en la entrada del amplio garaje con la vista fija en los terrenos profusamente iluminados. Sin embargo, no podía ver más allá de donde llegaban las luces, y maldijo a sus hombres por su estupidez. Podrían haber llevado perfectamente dianas de neón y vendas en los ojos. Roberts sacó su Cok y, en rápida sucesión, destrozó los focos; una bala por cada uno fue todo lo que necesitó. Estallaron en una lluvia de chispas y quedaron inutilizados. Toda la propiedad se sumió en la oscuridad. Acababa de igualar un poco las condiciones. Había llegado el momento de volver las tornas.



Capítulo 31

Con la música martilleándole los oídos, Busch avanzó a través de la multitud que ocupaba la pista de baile; era como caminar por el barro, tan lento era su progreso. Los jóvenes y guapos se mostraban absolutamente indiferentes ante su creciente pánico. Algunos incluso soltaban un codazo o lanzaban un golpe contra ese norteamericano fuera de lugar.

Finster había conseguido abrirse paso entre la multitud para salir de ese lóbrego club y regresar a su casa. El multimillonario se había dejado llevar por la situación, disfrutando de su última noche de diversión. Se había dejado dominar por la lujuria, la codicia, igual que aquellos a los que manipulaba. Y aunque había una fuerza de veintiún hombres protegiendo la casa, estaba seguro de que podían fracasar. No pensaba perder todo aquello por lo que había luchado. Esas llaves eran su destino.

Finster le llevaba ventaja al norteamericano. Había conseguido salir de la pista de baile y sólo lo separaban veinte metros de la puerta de salida del club. Había perdido de vista al policía, aunque ese hombre no le preocupaba. En realidad, ningún hombre había supuesto nunca un problema para Finster, pues tenía plena confianza en sí mismo y en sus facultades. En ese momento todos sus pensamientos se centraban en las llaves y en mantenerlas alejadas de las manos del sacerdote y el ladrón. A diez metros de la puerta se topó con una pared, una pared humana. Busch estaba allí, con sus ciento veinte kilos delante de él.

—¡Muévase! —gritó Finster por encima de la música, y su voz sonó como el cristal al romperse.

Busch permaneció en silencio. Miraba fijamente a ese hombre a quienes todos temían, un hombre que había provocado un miedo atroz en Michael.

—¿Se da cuenta de quién soy? Lo dejaré ciego antes de que pueda parpadear. — Finster apenas si podía contener su furia verbal, aunque su cuerpo no se movía, Busch finalmente vio al hombre, no su fotografía, no una imagen en un telediario: aquél era Finster en carne y hueso. Había algo en él que resultaba inquietante y sobrenatural, una especie de presagio en su inmovilidad que contrastaba vivamente con su terrible cólera. Poseía una aura que creaba a su alrededor un campo repugnante. Y, cuando Busch lo miró a los ojos, se le ocurrió que había algo

equivocado en ellos, algo que jamás había visto antes. No podía explicarlo, pero eran ojos que no mentían. No eran los ojos de un hombre; eran los ojos del mal. Contra toda lógica, Busch finalmente creyó aquello de lo que Michael y Simón habían tratado con tanto ahínco de convencerlo. Cualquiera que fuese la religión que uno profesara, ésa era la encarnación de la oscuridad! Pero en aquel momento eso le importaba un pimiento.

—No puede dejarme ciego. Aquí no — replicó Busch.

Sin entender nada, Finster intentó abrirse paso, pero Busch no tenía intención de moverse de allí...!

—Usted no tiene idea de dónde se encuentra, — dijo Paul en tono confiado.

Finster se acercó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro.

—Apártese de mi camino antes de que...

—Se encuentra en suelo sagrado —lo interrumpió Busch—. Este lugar —abarcó el club con las manos— era una iglesia. Consagrada en nombre de Dios. Un santuario.

Finster miró a su alrededor, desconcertado, y comenzó a arder de furia. Era realmente una iglesia. Los vitrales de las ventanas, de cinco metros de altura, representaban con asombrosos detalles las estaciones del Via Crucis. En el extremo más alejado, sobre una plataforma elevada, había un altar de mármol desde donde el pinchadiscos seleccionaba la música. Los asientos eran viejos bancos de madera; la galería superior, la galería del coro. La forma del club ahora le resultó obvia: era la forma de una cruz.

—Personalmente, creo que es algo repugnante, pero esta noche sirve a mi propósito —dijo Busch, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué se propone?

La ira de Finster comenzaba finalmente a manifestarse de forma física; tenía el rostro encarnado, el cuerpo preso de temblores.

El brazo de Busch salió disparado como un resorte y cogió con fuerza el del hombre mayor.

—Retenerlo aquí, ciego e impotente. —Finster trató de zafarse de la mano de Busch, pero no pudo—. Está atrapado en un lugar en el que tenía prohibido entrar... y no hay forma de que pueda salir de aquí.

Busch volvió a sonreír ampliamente. Había derrotado a quien decían que no podía ser derrotado.

Michael estaba a unos veinte metros de altura, en la copa de un árbol, y se movía de rama en rama, intentando mantenerse oculto de sus perseguidores. El esfuerzo que le costaba moverse entre el follaje sin hacer ruido consumía todas sus energías.

Aprovechando la oscuridad y el estallido distante de los disparos, se abrió paso a través del denso bosque. La herida del brazo era leve, y apenas si brotaba sangre de ella, pero le dolían los dedos y sentía que los pies le fallarían en cualquier momento. Temía que le resultaría imposible volver y coger las llaves antes de que Finster regresara a la casa.

De pronto le llegó un crujir de hojas y se quedó inmóvil. Miró hacia abajo y alcanzó a distinguir la figura de un hombre que avanzaba agazapado buscando la protección de los árboles: uno de los soldados de Finster. Michael se apoyó entre dos ramas, cogió el fusil que llevaba al hombro y apuntó. Debía abatir a su enemigo con el primer disparo para no revelar su presencia a ningún otro cazador al acecho. Si lo descubrían, estaría muerto, pues allá arriba ya no tenía adonde ir. Pensó brevemente en la posibilidad de dejar que el tío pasara de largo y luego bajar del árbol. No había caído en la cuenta de lo comprometido de su situación: a casi veinte metros del suelo se había convertido en un blanco fijo.

El hombre se detuvo justo debajo de él. Michael se preparó y apuntó directamente a la coronilla del guardia.

El hombre cayó allí mismo, con el cráneo atravesado. Michael miró a su alrededor.

—Tres —musitó. Su cuenta personal.

Esperó un momento y luego bajó del árbol. Le encantaba trepar, pero se había acostumbrado tanto a los edificios de piedra y ladrillo que había olvidado cuánto le gustaba subir a los árboles cuando era niño. Magníficas ramas para asirse o apoyar los pies... Pensó por un momento que sería hermoso volver a ser un niño; entonces al menos no estaría allí. Cuando le faltaban menos de dos metros saltó al suelo y aterrizó al lado del guardia muerto. Se inclinó para examinar el cuerpo.

—No te muevas. —Michael no pudo determinar de dónde procedía la voz—. Las manos arriba. —Alguien que estaba a su espalda le quitó el fusil, y la culata de un arma lo golpeó en la cabeza y lo hizo trastabillar hacia adelante—. ¿Cuántos sois? —gruñó el soldado.

Michael no abrió la boca y recibió otro golpe en la cabeza.

—Contesta a mi pregunta, hijo de puta.

El nombre del soldado era Jax, aunque no se lo dijo.

El arma golpeó con fuerza la parte baja de la espalda de Michael, que cayó de rodillas, sin aliento. Una aguda punzada de dolor brotó de sus riñones. El soldado amartilló el arma y apoyó el cañón en su oreja, apretándole la cabeza contra la tierra, que olía a pinaza.

—Tienes diez segundos —dijo el mercenario.

—De acuerdo. —La mente de Michael funcionaba a toda velocidad—. Te enseñaré dónde están.

—Levanta.

Michael se puso trabajosamente en pie y echó a andar en lo que rezó para que fuese la dirección correcta.

—Tío, veo que tenéis montada toda una operación aquí —dijo, tratando de rebajar la tensión. El soldado no contestó—. Debe de haber todo un ejército en la casa, ¿eh? —continuó diciendo Michael con los brazos levantados por encima de la cabeza.

Los pasos del mercenario resonaban pesadamente en sus oídos. Michael no tenía ninguna duda de que ese tío le dispararía por la espalda con la menor excusa. Llegaron al claro donde había estado Simón, pero, naturalmente, el sacerdote ya no estaba allí. En el aire se percibía claramente el olor al intenso tiroteo, y había un montón de casquillos esparcidos por el suelo. Se podía ver la piedra chamuscada en el lugar donde Simón había apoyado su fusil.

—¿Y bien? —preguntó Jax, sospechando que lo habían engañado.

Michael miró a su alrededor sin tener la más remota idea de adonde podría haber ido su compañero. Miró hacia la mansión a oscuras, una sombra monstruosa que se recortaba contra el cielo nocturno.

—Sigue andando—le ordenó el mercenario, golpeándolo ligeramente con el cañón de su arma para indicarle la dirección de la casa.

Al llegar al camino particular, otros mercenarios surgieron de entre las sombras. Eran cinco, armados hasta los dientes: armas cortas y fusiles, un cuchillo de supervivencia sujeto al muslo con una correa de cuero.

—¿Alguien más? —preguntó Jax a sus cantaradas.

—Nadie —contestó uno de los soldados—. ¿Crees que sólo había uno?

—Al menos dos —contestó Jax con gesto torvo.

Michael no pudo dilucidar quién llevaba la voz cantante, pero ninguno de ellos tenía pinta de líder. Un leve asomo de esperanza lo animó: al menos no habían cogido a Simón. Aunque bien podía ser que el sacerdote yaciera en alguna parte en un charco de sangre.

—¿Dónde está el coronel? —preguntó Jax.

—No lo hemos visto desde antes de que comenzara el tiroteo.

—¿Qué piensas hacer con él? —inquirió uno de los mercenarios señalando a Michael.

—Apretarlo para que nos diga qué buscaba aquí y luego utilizarlo para prácticas de tiro. —Jax se volvió hacia Michael—. ¿Qué tiene esta casa que sea tan importante como para que alguien se enfrente a veintiún guardias?

—Ya no sois veintiuno, ¿verdad? —replicó Michael.

Cuando cayó de bruces en el camino lamentó haber hecho ese comentario de bravucón. No sabía quién lo había golpeado, pero esta vez era más de uno. Se hizo un ovillo mientras le descargaban una lluvia de golpes.

Las patadas en los costados eran las peores; sintió el crujido de las costillas, el dolor acentuado con cada penosa respiración. El sabor metálico de la sangre le impregnó la boca mientras hacía un esfuerzo desesperado por no perder la conciencia. Los mercenarios se habían congregado a su alrededor como una manada de hienas hambrientas, riendo y chillando mientras martirizaban a su víctima indefensa. Mientras Michael se aferraba desesperadamente a su conciencia, se dio cuenta de que las estúpidas preguntas le decían más acerca de ellos que lo que esos soldados podían sacar de él.

—¿Cuántos sois?

—¿Para quién trabajas?

—¿Qué buscas?

—¿Por qué atacáis a un pacífico hombre de negocios?

“No tienen ni puta idea”, pensó Michael. Esos tipos no sabían nada acerca de Finster y pensaban que era simplemente un empresario de modales amables y carácter apacible. Ignoraban lo que escondía debajo de la casa. Michael volvió la cabeza hacia arriba y miró con ojos desafiantes a Jax, su interrogador. Era un rostro frío, sin vida, con un escaso pelo que caía en mechones grises sobre las orejas. Y sus ojos... sus ojos estaban próximos a la demencia. Michael oyó que Jax mascullaba algo acerca de una soga y su cuello, pero sus palabras se perdieron en la nada cuando perdió el conocimiento.



Capítulo 32

Busch y Finster estaban frente a frente, separados por escasos centímetros, y la sonrisa de Busch habría enorgullecido a su dentista. Todo el club se mostraba absolutamente indiferente a su disputa. La música seguía sonando con estridencia, los bailarines continuaban girando en la pista. Busch no se había dejado convencer por las creencias de Simón y había pensado que el plan de Michael era una locura. Y, sin embargo, allí estaba, estrujando el brazo de Finster, que se debatía inútilmente.

Sobrecogido por el pánico, una sensación que no había experimentado jamás en todos esos años, Finster pensaba febrilmente, buscando en vano una solución. Nunca se había sentido tan débil, tan impotente. Estaba atrapado en ese lugar opresivo. Las imágenes de los vitrales herían su negro corazón, las paredes de mármol se cerraban sobre él. La sonrisa de desdén de aquel hombre enorme le absorbía la vida.

Y entonces encontró la solución. Alzó la cabeza con una expresión de triunfo, miró el alma de Busch... y sonrió. Y entonces Finster comenzó a hervir. Literalmente. Sus ojos rodaron en las órbitas, quedando sólo el blanco a la vista. Sus manos temblaban y se agitaban, su boca se abrió completamente y una línea de espuma se formó en sus labios. Todo su cuerpo comenzó a estremecerse violentamente, como si fuera presa de un ataque epiléptico, mientras su cabeza se sacudía. Y luego cayó al suelo. Su cuerpo se agitaba brutalmente como un trozo de mantequilla sobre una sartén caliente, los puños cerrados, la cabeza sacudiéndose de un lado a otro, golpeando con fuerza el suelo de la pista de baile. La gente comenzó a percatarse de lo que ocurría y se apartó, haciendo espacio para lo que pensaban que era otro caso de sobredosis.

La satisfacción de Busch dio paso al pánico total. No sabía qué pensar mientras Finster sufría un espasmo incontenible tendido a sus pies. El grito de una mujer se elevó por encima de la música. Busch fue quitado de en medio por tres corpulentos guardias de seguridad que levantaron a Finster y lo llevaron hasta un sofá en una de las grutas. Para esos tíos se trataba obviamente de una cuestión rutinaria; todas las noches debía de haber unos cuantos que sufrían una sobredosis que los dejaba al borde de la muerte. Su trabajo consistía en asegurarse de que ésta no se produjese dentro del club. Teniendo en cuenta la clase de diversión que reinaba allí, era muy difícil que pudiesen permitirse el lujo de enfrentarse a las preguntas de una investigación policial.

La multitud los siguió con morbosa curiosidad hasta el sofá, fascinados por ese pobre diablo que sólo minutos antes les había alegrado la noche en la pista de baile. Había una celebridad entre ellos, y quizá, si tenían suerte, podrían decir más tarde que lo habían visto morir. Busch se vio empujado hacia atrás, cada vez más lejos de donde se desarrollaba la acción.

Una camilla apareció en escena mucho más deprisa de lo que Busch hubiera imaginado nunca. Los tres guardias alzaron a Finster como si fuese una pluma y lo sujetaron a la camilla rodante. Ahora la multitud era enorme; casi la mitad de los asistentes al club se habían congregado alrededor de la camilla, boquiabiertos, formando un muro humano que se interponía entre Finster y Busch. Gritó para que lo dejaran pasar, pero la música impidió que le prestasen atención. Era un policía norteamericano impotente en una tierra extranjera; estaba trabajando sin autorización, autoridad o jurisdicción, y no pudo hacer nada para acercarse mientras llevaban a Finster en la camilla hacia la puerta de salida del club. Más guardias aparecieron como por arte de magia y contuvieron a los curiosos para que no entorpecieran el paso de la camilla.

Busch luchó para atravesar ese mar de gente y al fin consiguió llegar a la salida. Pasó a través de los paparazzi y de la multitud que esperaba al otro lado del cordón de terciopelo, hasta que logró alcanzar la acera, sólo para ver que la ambulancia se perdía en la noche seguida por la limusina de Finster.

Michael recuperó el conocimiento en medio de una carnicería, con el cuerpo y la mente entumecidos. La sangre corría en ríos diminutos a lo largo del camino particular de la casa. Sin saber si la sangre derramada era suya, no se atrevió a realizar ningún movimiento hasta que reconoció el silbido de las balas que pasaban por encima de su cabeza. Cuando consiguió enfocar la mirada, vio los cuerpos de dos soldados caídos, mientras que los tres restantes disparaban en todas las direcciones.

Jax estaba a la derecha de Michael, protegido detrás de un Peugeot verde. Con una mirada de poseso, el mercenario acribillaba los jardines, y su cuerpo se estremecía con el veloz retroceso de su fusil de asalto. Uno de los soldados cayó hacia atrás convertido en un guiñapo, y Michael alcanzó a oír sus últimos estertores a través del agujero del tamaño de una moneda de diez centavos que tenía en el cuello.

—¿Dónde está el coronel? —gritó el otro guardia por encima de los estampidos.

—No lo sé —contestó Jax.

—¿Suenan unos pocos disparos y corre a esconderse? Pensé que era un jefe valiente y glorioso.

Jax se volvió, apuntando con su arma a su camarada.

—Será mejor que te concentres en el enemigo que está ahí fuera —le advirtió, señalando hacia la oscuridad del bosque.

Michael esperó en silencio mientras aumentaba el desacuerdo entre los dos hombres. Esos tipos no eran soldados. Eran desechos militares, guerreros debilitados al borde de la locura, e iban armados. Simón estaba allí fuera, en alguna parte, matándolos uno a uno. En lo que a Michael concernía, no era lo bastante rápido.

Jax se volvió y vio que Michael había recuperado el conocimiento. Las escasas neuronas en buen estado que aún le quedaban comenzaron a funcionar.

—Mira quién se ha despertado.

Cogió a Michael por el pelo y lo obligó a levantarse.

—Bueno. Que me cuelguen... —dijo el otro guardia, mientras se ponía de pie.

—Chist —lo interrumpió Jax—, agáchate.

—Eh, ¿quién te ha nombrado Dios? —replicó su compañero, entrecerrando los ojos para tratar de ver algo en medio de la oscuridad. En alguna parte se oyó el estallido de un disparo, y el sonido reverberó en el valle—. Mierda —fue todo lo que el soldado alcanzó a decir antes de caer muerto al suelo.

Simón estaba tendido detrás de un viejo pozo de piedra con los nervios en tensión. Los mercenarios no habían tenido ninguna oportunidad; cada uno de ellos había caído a tierra con un único disparo en la cabeza por donde se les apagó la vida. Simón nunca perdió la concentración.

Según su cuenta personal sólo quedaban dos enemigos, el jefe y uno de los soldados. El tipo de los mechones plateados sobre las orejas seguía protegiéndose detrás del Peugeot, pero no tenía idea de dónde podía encontrarse el otro. Simón inspeccionó el camino particular de la mansión a través de la mira telescópica de su fusil y vio a Michael tambaleándose detrás del Peugeot, con signos de haber sido brutalmente golpeado, un ojo hinchado y casi negro. Detrás de él estaba el guardia canoso, apretando la boca del fusil bajo la barbilla de Michael. Simón trató desesperadamente de encontrar una línea de tiro, pero el guardia no era estúpido; movía a Michael adelante y atrás, sin dejar espacio para un disparo limpio. Aproximadamente ciento cincuenta metros, con viento de costado, a un blanco pequeño y móvil, Simón no podía correr ese riesgo. Se acercó unos cincuenta metros.

Volvió a tenderse en el suelo, desplegó las patas flexibles del fusil y se quitó las pistolas. Flexionó los dedos e hizo crujir los nudillos. Luego envolvió la caja del fusil con la mano derecha y apoyó la culata contra el hombro izquierdo, deslizó el índice alrededor del gatillo y acercó el ojo a la mira telescópica. Desplazó el arma muy lentamente hasta que fijó el hilo del retículo de la mira en el capó del coche francés verde. Elevó gradualmente la mira, alineando el disparo con un punto situado a escasos centímetros a la izquierda del hombro derecho de Michael. La cabeza del guardia se movió ante la mira durante más de un segundo antes de retirarse y luego, un instante después, pasó nuevamente a través de la línea del blanco. Simón calculó

la leve brisa, apuntó e inició la cuenta... Expulsó el aire... y comenzó su plegaria ritual. Cuando la cabeza del guardia comenzó a aparecer nuevamente en su campo visual, Simón preparó el dedo en el gatillo.

El pie lo alcanzó de lleno en la sien; el fusil salió volando de sus manos, y se disparó en medio de los árboles. Rodó por el suelo a causa del violento impacto, tratando instintivamente de amortiguar el golpe. El cráneo le latía cuando consiguió ponerse de pie. Delante de él había un hombre con una de las peores cicatrices que había visto en su vida, vestido como un oficial con uniforme de faena, vaya uno a saber de qué ejército. Pero fue la seguridad que exhibía el hombre lo que hizo que Simón se contuviese. Ese “coronel” llevaba pistolas —en ambas caderas—, pero ninguna arma en la mano, Ese soldado poseía la confianza de poder matar, aun sin el auxilio de las armas.

Estaban uno frente al otro, estudiándose a través de una barrera invisible. El coronel atacó primero, una dura patada a las costillas. Simón se tambaleó hacia atrás, pero recuperó el equilibrio justo a tiempo de evitar el siguiente golpe y lanzó una lluvia de golpes que su rival detuvo. Era como si el hombre pudiese leerle el pensamiento. Simón estaba en inferioridad de condiciones y lo sabía. El ataque llegó en una andanada de patadas y puñetazos lanzada casi sin agitarse. Simón se vio obligado a retroceder con cada golpe, lo que lo alejaba cada vez más de sus armas. Agachándose, se lanzó hacia adelante contra las piernas y el estómago del coronel, y descargó una serie de golpes que parecieron hacer mella en el mercenario. Simón continuó atacando, volcando toda su energía en cada golpe como si fuese el último. Pero, igual que una partida de ajedrez que va por mal camino, se dio cuenta demasiado tarde de que había hecho un mal movimiento. El coronel estaba permitiendo que malgastase sus energías, fingiendo dolor y desconcierto cuando, en realidad, él seguía siendo el agresor. Y cuando Simón comprendió cuál era la táctica de su adversario, el coronel contraatacó con dureza, descargando un golpe tras otro.

Simón comenzó a debilitarse y a fallar. Se defendía lo mejor que podía, pero los golpes comenzaban a hacer efecto, alcanzando brutalmente su rostro y su estómago. Continuó retrocediendo, alejándose de su oponente y también de sus armas, hasta que encontró un obstáculo en su camino: su espalda había chocado contra una pared. Supo que era el pozo, porque sintió el frío de la piedra en la cintura y olió la humedad que se desprendía de él.

El coronel se lanzó por sorpresa hacia adelante, y sus manos se cerraron alrededor del cuello del sacerdote. Simón trató desesperadamente de librarse de su oponente, pero su cuerpo no le respondía. Se había topado con un adversario que lo superaba no sólo en fuerza, sino también en inteligencia y estrategia. El coronel apoyó todo el peso de su cuerpo encima de Simón, doblándole la espalda sobre el borde del pozo. El cura vio la profundidad de la cicatriz, la piel blanca y callosa que llegaba hasta el hueso mellado. Mientras unos dedos fuertes y poderosos le quitaban el aire, Simón

podía oír los latidos de su pulso mezclados con el eco de las piedras que caían al fondo del pozo y se hundían en el agua, unos veinticinco metros más abajo. La noche se volvió más oscura, y sintió que el mundo se desvanecía.

Y entonces los dedos que le oprimían el cuello se aflojaron. Mientras Simón jadeaba tratando de meter un poco de aire en sus pulmones, sintió que todo el peso del cuerpo del coronel se derrumbaba encima de él. Una migraña como nunca había experimentado en su vida se apoderó de su cuerpo al tiempo que el oxígeno volvía a su torrente sanguíneo. Se apartó del pozo, aturdido y resollando con dificultad. El coronel cayó contra el borde del pozo con un cuchillo clavado entre los omóplatos.

Michael estaba allí, magullado y ensangrentado, esbozando apenas una sonrisa. Simón se dejó caer al suelo junto a la piedra del pozo cubierta de moho, mientras Michael se acercaba al coronel y extraía el cuchillo de la espalda del mercenario, cuyo uniforme se había teñido de rojo. Sin dudarle un momento, cogió al soldado por las piernas, las levantó en el aire y el peso muerto se encargó del resto, sumergiéndolo en la oscuridad. Unos segundos después, la cabeza del jefe de seguridad de Finster chocó con el agua en el fondo del pozo.

Simón nunca le preguntó a Michael cómo había conseguido escapar del otro guardia, pero ahora sentía un nuevo respeto por el hombre a quien había estado a punto de matar hacía apenas una semana.

Michael guardó el cuchillo en una funda de tobillo que le había quitado a uno de los guardias muertos. Era el mismo cuchillo que había utilizado para matar a su guardián, Jax, el repugnante mercenario que lo había utilizado de escudo durante la última media hora.

Mientras Jax se parapetaba detrás de él, Michael había alcanzado a oír el disparo del fusil. Jax apoyó con fuerza el pie en la nuca de Michael mientras buscaba protección detrás del Peugeot. Michael, débil e impotente, miró los cuerpos sin vida de los guardias en busca de alguna arma, pero apenas si podía mover la cabeza bajo el peso de la bota negra de su captor. Entonces lo recordó: todos llevaban uno sujeto a la pierna. Jax presionó con fuerza el pie contra la cabeza de Michael, aplastándole la cara contra el asfalto del camino. Michael extendió la mano, palpó la rodilla, la pantorrilla... Y allí estaba. Lo extrajo rápidamente de su funda e hizo tres cortes en rápida sucesión. El primero seccionó la arteria femoral y el tendón de la corva derecha de Jax; el segundo hizo lo propio en la pierna izquierda del mercenario. El guardia canoso se derrumbó mientras la sangre brotaba de cada pierna herida como un grifo completamente abierto. Libre del pie que le aplastaba la cabeza, Michael lanzó la tercera puñalada.

Hasta esa noche, Busch nunca había conducido a más de ciento ochenta kilómetros por hora. Había tardado diez minutos en llegar hasta su coche y otros cinco en salir

de las calles de Berlín, sin dejar de marcar números en su teléfono móvil en ningún momento.

Siempre le contestaba una voz femenina en alemán que él sólo podía imaginar que decía: “Lo sentimos, el número con el que trata de comunicarse está fuera de cobertura. Por favor, deje su mensaje después de oír la señal”.

Busch había dejado un mensaje, sin saber si ellos lo recibirían alguna vez. Era simple: “¡Largaos de allí ahora mismo! ¡Va hacia la casa!”.

En cuestión de minutos su plan perfectamente concebido se había ido al infierno... literalmente. Busch no tenía ninguna duda de que Simón era capaz de superar a los guardias y entrar en la mansión. Michael podría recuperar las llaves y ambos estarían en el aeropuerto y volando de regreso a casa antes de que se diesen cuenta. Todo lo que Busch tenía que hacer era mantener a Finster en ese club nocturno que antiguamente era una iglesia.

Pulsó el botón de rellamada

—Venga, venga, venga...

—Estutmir...

—¡Mierda!

Busch cerró el teléfono con violencia. ¿Por qué no tenían el teléfono activado? Se movía entre el tráfico como un poseso, haciendo malabares con el teléfono, lanzando destellos con las luces, tocando la bocina. A cinco kilómetros de la ciudad encontró la ambulancia a un costado de la carretera, las puertas abiertas de par en par, las luces aún encendidas. No tuvo necesidad de detenerse para saber que el conductor y el médico: estaban muertos en su interior, Busch sólo tenía un pensamiento en la cabeza; Finster estaba suelto, furioso, y se dirigía a su casa.



Capítulo 33

Jeannie Busch velaba el sueño de Mary. El zumbido del respirador, combinado con el olor del hospital, le había provocado una de sus terribles migrañas, y de eso hacía ya más de dos horas. Los últimos minutos del crepúsculo pintaban de naranja la pequeña habitación: Jeannie agradecía un poco de color después de haber estado contemplando durante tanto tiempo el blanco aséptico de la sala de cuidados intensivos.

Mary se hallaba sumida en un sueño inducido por los medicamentos. La medicación no sólo mantenía a raya el dolor, sino también su estado consciente. Tenía el rostro muy pálido, hinchado por el tratamiento, y su pelo era un desteñido recuerdo de su antiguo brillo. Se estaba apagando ante los ojos de Jeannie. El médico no podía precisar cuánto tiempo más le quedaba de vida, pero no era mucho. Jeannie sabía cuál era el mayor temor de Mary: le aterraba la posibilidad de morir sola. Si Michael no estaba allí para cumplir con el último deseo de su mejor amiga, ella sí estaría. Había dejado a los niños con su hermana y no abandonaría el hospital hasta que Michael regresara, no importaba cuánto tardase.

Había llamado al hotel de Paul. Sus temores se dispararon cuando le pusieron con un policía que la sometió a un interrogatorio que la asustó. ¿Sabía ella en compañía de quién viajaba su esposo? Algo acerca de tiroteos y cadáveres. ¿Sabía ella adonde había ido su esposo? Las preguntas del policía la asustaron tanto que colgó el teléfono. Se suponía que Paul y Michael ya deberían haber regresado, eso era lo que Paul le había dicho. Sería cuestión de entrar y salir, le había prometido. Como esposa de un policía, una vida que ella conocía perfectamente, apartó esos pensamientos de su cabeza. Ahora Mary la necesitaba.

El ritmo de los latidos de Mary empezó a elevarse, el pitido del monitor cardíaco se aceleró. Mary empezó a agitarse en la cama, las piernas se movían convulsivamente, la cabeza se hundía en la almohada. Jeannie advirtió el movimiento rápido de los ojos detrás de los párpados de su amiga estaba soñando. Comenzó a gemir, de forma incoherente al principio. La frente se le perló de sudor y le bañó el rostro, era una pesadilla. Y Jeannie conocía las pesadillas que sufría Mary; había compartido con demasiada frecuencia los miedos de su mejor amiga. Siempre giraban en torno a Michael, a su regreso a la senda del delito, que pagaba

horriblemente con su vida mientras Mary lo presenciaba, impotente. Jeannie sabía que la única manera en que acababan las pesadillas de Mary era cuando saltaba de la cama y volvía a la realidad. Se inclinó sobre ella con un pañuelo húmedo y se lo pasó por la frente.

—Chist —susurró como si le hablase a una niña—, todo está bien, estoy aquí contigo.

Maldijo los fármacos por mantener a su amiga presa en su mundo de pesadilla.

El cuerpo de Mary se puso tenso. Jeannie le cogió suavemente la mano, y su sensación de impotencia se volvió más intensa. No podía hacer absolutamente nada para aliviar el sufrimiento de su amiga. La cabeza de Mary se agitaba de un lado a otro como si tratase de librarse de lo que fuera que la estuviera acosando. Estaba atrapada en un lugar del que no podía escapar. Mary le había contado que el sueño jamás llegaba a su conclusión; siempre se despertaba en el último momento y volvía a la realidad, piadosamente liberada del terror. Esa noche, sin embargo, Mary no tendría más alternativa que vivir toda la pesadilla, viendo cómo llegaba a su devastador final.

La vida de Jeannie había estado unida a la de Mary y Michael durante años; ahora sentía que se desmoronaba junto con ellos. Mary se estaba muriendo, Michael tenía problemas, y Paul había desaparecido. Amaba a su esposo por su rudeza, por la forma en que vivía para sus hijos, por la moral que tenía y que otros habían abandonado hacía décadas. Esperaba contra todo pronóstico que Paul y Michael se encontrasen bien pero, de alguna manera, sabía que aún tenían ante sí aquello a lo que debían enfrentarse.

Observó cómo las constantes vitales de Mary aumentaban, el cuerpo preso de violentos espasmos, las sábanas empapadas en sudor; su sueño estaba llegando al climax. “Por favor, conséguidlo”. Jeannie rezaba por todos ellos.

La puerta principal de la mansión se abrió de par en par. De alguna parte del interior de la casa llegó un estridente pitido que alimentaba de frecuencia a cada segundo.

—¿Podemos darnos prisa? —susurró Simón.

—Tranquilo. Tengo sesenta segundos.

—Ahora cincuenta y ocho.

Michael entró en el vestíbulo; todas las luces estaban apagadas, la casa se hallaba absolutamente a oscuras. Encendió su pequeña linterna, abrió el armario de caoba que había cerca de la puerta y sacó su cuchillo. Apartó la vasta colección de abrigos, dejando a la vista una caja de seguridad blanca, y miró la lectura digital: una cuenta atrás desde cuarenta y cinco en luces brillantes y rojas. No había teclado, sólo una ranura magnética para una tarjeta. Y Michael no tenía ninguna tarjeta.

—Muy bien —dijo.

—¿Muy bien, qué? —dijo Simón por encima de su hombro.

Michael hizo una pausa, expulsando el aire. Tenía treinta y ocho segundos.

—Mire, esto es...

—No me explique nada —lo interrumpió Simón.

Lo último que necesitaban era que la policía local apareciera en la casa. Veintiún cadáveres resultarían muy difíciles de ocultar e incluso más difíciles de explicar. La casa se llenaría de policías y no tendrían escapatoria.

Michael se concentró y, colocándose la pequeña linterna entre los dientes, hizo girar el cuchillo y deslizó la hoja detrás del panel de alarma. Quitó la tapa y echó un vistazo. El revoltijo de cables parecía más un plato de espaguetis que un sistema de seguridad. Veintinueve segundos. Los pitidos llegaban ahora muy seguidos.

Sacó del bolsillo un par de cables provistos de sendas pinzas de cocodrilo, y comenzó a buscar entre los veintitantos cables —en la realidad nunca había un cable azul y un cable rojo, como en las películas—. Se trataba de un sistema codificado donde cada color llevaba un número individual según un patrón, y las probabilidades de encontrar los cables correctos eran de trescientos ochenta a uno. Lamentablemente, tenían poco tiempo. Diecinueve segundos. Ahora los pitidos sonaban como un tambor.

—No es que tengamos prisa ni nada por el estilo —le recordó Simón, con cierto nerviosismo en la voz.

Nueve segundos. Si sólo tuviese una hora, tal vez podría anular el sistema. Y entonces encontró la solución. Siguió el recorrido de los cables hasta el panel del reloj y luego hasta un pequeño chip negro. Sujetó una de las pinzas. Cuatro segundos.

—No tenemos todo el día. —Simón estaba más tenso que cuando se encontraba bajo el fuego de los guardias.

—En realidad... —Michael hizo una pausa mientras ajustaba la otra pinza—... sí que lo tenemos.

En el panel numérico se produjo un súbito resplandor y donde antes se leía dos segundos, ahora la cuenta atrás comenzaba a partir de diez horas.

—Cuando no se puede volver a programar la alarma, hay que programar el reloj —explicó Michael con un suspiro de alivio.

Luego condujo a Simón hacia el corazón de la mansión. A medida que se adentraban en la casa, pasando a través del vestíbulo y la biblioteca, una luz tenue se filtraba desde las habitaciones laterales y los pozos de escalera. La iluminación era escasa, pero les permitía prescindir de las linternas. Michael no perdió el tiempo

inspeccionando las numerosas estancias; esta vez todo tenía un significado diferente. En su visita anterior había sentido asombro ante la enorme riqueza que poseía el dueño de todo aquello, pero en esos momentos sólo sentía repugnancia.

Finalmente llegaron ante la imponente y antigua puerta de madera, que estaba ligeramente entreabierta. Michael rodeó con la mano el gran tirador de hierro negro. El chirrido de protesta de los goznes cuando la puerta se abrió fue peor que cualquier alarma. Simón se volvió rápidamente con la pistola preparada, dispuesto a disparar contra cualquiera que llegase corriendo, alertado por el ruido.

El olor rancio que se elevó desde los escalones de piedra golpeó sus sentidos, y despertó nuevamente el miedo de Michael. Simón encabezó el descenso, con la pistola sostenida a la altura de la cadera mientras la oscuridad los engullía. Dejaron las linternas apagadas para no convertirse en blancos fáciles, pero a costa de descender los sesenta metros sin otra cosa para guiarlos que los peldaños resbaladizos y la barandilla astillada. Continuaron descendiendo hacia las profundidades por la escalera cubierta de moho. Michael no podía dejar de pensar en los paralelismos entre aquel lugar y las celdas de la prisión alemana: en el aire de ambas pendía una amenaza intangible.

Descendieron el último escalón y llegaron al suelo de tierra apisonada. Ya no había ninguna barandilla que los guiase mientras intentaban orientarse en la oscuridad. Permanecieron inmóviles durante un momento, ciegos en la pantanosa negrura como si fuese una máscara que les cubriese los ojos, inmersos en un hedor procedente de algo putrefacto.

—Y si iluminamos un poco...—comenzó a decir Michael antes de que Simón se arrojara violentamente sobre él y lo lanzara a tierra.

El disparo llegó desde ninguna parte, un estallido que les atravesó los oídos mientras resonaba en las húmedas paredes de piedra. Permanecieron agazapados, inseguros de su posición o del lugar donde se encontraba el guardia que no esperaban encontrar allí.

—Me alejaré hacia la derecha. Trate de atraer sus disparos —susurró Simón en la oscuridad.

—Vaya, gracias.

Simón se alejó en silencio, dejando a Michael solo en el lugar que le había provocado terribles pesadillas, “Atraer sus disparos. Genial”.

Se arrastró unos metros hacia atrás, tanteando la pared en busca de un reborde. Sus dedos se hundieron en una zona situada aproximadamente a un metro de altura, donde la argamasa se había ablandado. Tratando de no hacer ruido excavó con el cuchillo, practicando una pequeña cavidad, y luego afirmó el extremo de la linterna en ella. Era un blanco alto y lejano, el mismo truco que había utilizado con Simón en

el cementerio. Todo era cuestión de perspectiva, magia, prestidigitación; conseguir que los otros vean lo que uno quiere que vean.

Se agachó y, estirando la mano, encendió la linterna; su haz estrecho y luminoso cayó sobre el montón de objetos inmorales. Mantuvo el cuerpo apartado del haz de luz pero, antes de que pudiese dar un paso, volvieron a abrir fuego. Cinco disparos en rápida sucesión, que parecieron llegar desde todas las direcciones.

La linterna saltó en pedazos. La oscuridad volvió a ser total y el silencio enloquecedor. Y no había ninguna señal de Simón. Desde alguna parte llegaba el ruido de un roce. Guiándose por el recuerdo y sosteniendo la Glock delante de él, Michael avanzó hacia el interior de la habitación, en dirección al sonido. Éste parecía originarse en un lugar bajo y próximo al suelo, como si fuesen uñas que rascasen la piedra, y con cada paso se hacía más nítido, hasta convertirse en un lento y gorgoteante resuello justo delante de él, como si alguien intentase respirar a través de un charco. Michael se agachó rápidamente y tanteó en la oscuridad con la pistola. Un momento después el cañón topó con algo blando, frágil. Los jadeos eran débiles y superficiales. Michael palpó con la mano, tocó una cabeza y dejó la pistola en el suelo. Sus dedos continuaron explorando; el pelo era fino, casi quebradizo; la piel de la consistencia del papel. Una mano se apoyó en el hombro de Michael, sobresaltándolo. El sacerdote encendió su linterna y vio a Michael agachado junto al cuerpo de un hombre muy anciano, tal vez de más de noventa años.

Michael alzó la vista.

— No era más que un viejo.

Simón bajó la pistola.

— ¿Quiénes?

— Charles, el mayordomo de Finster — fue todo lo que Michael pudo decir mientras el viejo dejaba escapar su último suspiro.

Simón permaneció un momento junto a él, sé santiguó y pronunció una breve plegaria por el anciano muerto. A Michael no se le escapó la ironía que significaba que Simón estuviese oficiando esa pequeña ceremonia ritual por el hombre a quien acababa de matar.

Luego ambos se alejaron de allí, adentrándose en la galería. La oscuridad se hizo más densa, y el hedor a descomposición pareció invadirlo todo. Mientras iluminaba la habitación con su linterna, Simón se sintió sobrecogido, ante lo que veían sus ojos. Una madre, lanzaba un grito de angustia mientras abrazaba a sus hijos cubiertos de sangre. Un tirano destripaba a aquellos que se habían rendido. Tapices que glorificaban la muerte; lienzos que mostraban cadáveres descompuestos, sus almas implorando ser liberadas; la humanidad cruelmente sojuzgada por el mal. Miles de

obras de arte, cada una más espantosa que la anterior. Era como si hubiese entrado en el mismísimo Infierno.

Simón se dijo que antes de marcharse de ese agujero debía destruir todas esas obras terribles. Aquello no era arte; era algo mucho peor que cualquier cosa que hubiese visto o imaginado, y ningún ojo debía volver a posarse jamás sobre esa colección. Esas piezas horribles habían sido creadas por el hombre, no por Satán o por dioses malvados; habían salido de las manos de artistas poseídos por pensamientos que Simón jamás llegaría a comprender.

—¡Deprisa! —lo apremió Michael mientras continuaba avanzando a través de la galería.

Echó un rápido vistazo a la luz que lamía las paredes; la piedra oscura teñida por el óxido natural daba la impresión de sangre que chorrease hacia el suelo. Las estalactitas, apenas visibles en el techo, pendían como cuchillos prestos a caer sobre ellos.

—No pienso quedarme en este lugar más tiempo del necesario —añadió.

Simón lo siguió, pero fue atraído nuevamente por la última pintura de la colección. Estaba junto a la pared, cerca de la puerta, apoyada contra otra pila de cuadros. De casi metro y medio de lado, sobresalía claramente del resto, incongruente en relación con las demás. Era la única pieza luminosa en medio de la oscuridad: las Puertas del Cielo, bellamente representadas. Simón contempló la pintura con reverencia, consciente de que siempre había esperanzas, fuera cual fuese la gravedad de la situación. Y entonces lo recordó.

Finster no estaba interesado en ganar un alma aquí o allá, las quería todas, quería el reino del que había sido expulsado antes del inicio de los tiempos. Simón sintió una punzada de furia y continuó avanzando por el corredor.

Michael se encontraba ante la puerta de la cámara principal; la brillante madera era ébano perfectamente lustrado, de un metro ochenta de alto. Michael abrió con facilidad la vieja cerradura y tiró de la anilla oxidada que hacía las veces de picaporte. Cuando la puerta se abrió, haciendo chirriar los goznes, Simón iluminó el interior de la cámara con la linterna.

Encima del pedestal de piedra que había en el centro de la pequeña cripta, las dos llaves descansaban sobre un cojín rojo, con el mismo aspecto sencillo e inofensivo que tenían el día que Michael las había robado de aquella iglesia solitaria. La caja de madera que las había contenido reposaba en un estante de piedra junto a cientos de velas, la mayoría de ellas quemadas hasta la base. Michael sintió crecer su esperanza. Por primera vez estaba a punto de enmendar el error que había puesto en peligro a su esposa.

Los dos hombres permanecieron de pie a ambos lados del pedestal; la habitación era tan pequeña que sus espaldas casi tocaban las paredes. Michael miró alrededor del pedestal buscando alarmas o trampas, y pasó los dedos a lo largo de la base de piedra y de la columna de madera; luego hizo lo propio con el cojín. Todo despejado. En ese momento un leve destello llamó su atención. Miró a Simón y luego desvió la vista hacia el teléfono móvil que llevaba sujeto a la cintura. El diminuto mensaje titilaba en letras verdes en la pantalla. Simón lo abrió y leyó: "1 mensaje, 19 llamadas perdidas. No hay señal". Busch era el único que conocía ese número.

Debían de estar a unos sesenta metros bajo el suelo, con miles de toneladas de tierra y roca sobre sus cabezas pero, aun así, el ruido atronador se abrió paso hasta las entrañas de la tierra. Fue como el violento estallido de un avión supersónico que se estrellara contra la ladera de una montaña. Del techo se desprendieron piedras y polvo que cayeron encima de ellos en una sofocante niebla, y sintieron que el mundo se derrumbaría en cualquier momento.

La enorme puerta del frente de la casa salió despedida de sus goznes y aterrizó sobre la escalera principal; la fuerza del golpe convirtió al instante el tramo de escalones en una pila de escombros. Finster, preso de una furia incontenible, atravesó la casa como una exhalación. Como si lo precediera una ola invisible, las paredes de madera se plegaban y deformaban a su paso, los cuadros se hacían pedazos al caer al suelo, las estatuas se derrumbaban. Todo lo que se cruzaba en su camino quedaba destruido.

Cinco minutos después de haber sido metido en aquella ambulancia había recuperado completamente el sentido. Nunca lo habían engañado de ese modo, embaucado por su lascivia, su vanidad y su codicia. Juró que nunca más volvería a pasarle. Ante el asombro del médico que iba en la ambulancia, se había librado de las sujeciones de la camilla, había abierto la puerta trasera y saltado del vehículo mientras viajaba por la autopista a toda velocidad. Su chofer, atento a los acontecimientos, había seguido a la ambulancia y observado con una sonrisa cómo Finster salía despedido hacia la carretera. Esquivando a duras penas el cuerpo que rodaba sobre el asfalto, aceleró hasta colocarse junto a la ambulancia y obligó al aterrado conductor a desviarse al arcén, mientras Finster se levantaba y se sacudía el polvo de la ropa.

No fue Finster quien mató a los paramédicos; fue el chofer el que se encargó de ello. Los dos hombres murieron con innumerables preguntas acerca de su último paciente dándoles vueltas en la cabeza.

Cuando la limusina atravesó las puertas de la mansión, arrancándolas de sus goznes afirmados en la piedra, Finster vio a las dos primeras víctimas. Había subestimado a Michael y al sacerdote, y sobrestimado a su pequeño ejército de mercenarios. Sus años como poderoso industrial le habían hecho olvidar el poder de un hombre que se enfrenta a la muerte. Y la voluntad aún más fuerte de un hombre

que trata de salvar a alguien a quien ama. Cuando la limusina llegó al final del camino particular, la carnicería quedó expuesta ante sus ojos. Por todas partes había soldados muertos, la sangre se extendía como si fuesen pinceladas. Su cólera aumentó de manera exponencial, intensificándose con cada paso que lo acercaba a la casa; su terrible furia explotó finalmente al entrar en la mansión de piedra, destruyendo las puertas a su paso.

Pocos segundos después se encontraba ante la puerta que llevaba al sótano. Bajó la escalera a toda velocidad; no necesitaba luz, pues conocía el camino de memoria. Estaba en casa.

Moviéndose con cautela, más como un animal que como un ser humano, Finster avanzó por la galena, la espalda encorvada, sus pasos silenciosos, mirando hacia todas partes mientras olfateaba el aire. Percibió algo a su derecha, detrás de las pinturas de guerra rusas, pero continuó avanzando. Le encantaba la caza, la forma en que uno buscaba y atraía a la presa, jugando con ella, haciendo que creyera que era más lista, que podía engañarnos, cuando, de hecho, estaba irremediamente atrapada.

Continuó su camino a través de la oscuridad en dirección a la puerta de la cámara principal, pasando junto a la pintura que representaba las Puertas del Cielo. Ese cuadro lo había guiado, lo había mantenido enfocado en su objetivo, como un prisionero que conserva una fotografía de las montañas clavada en la pared de su celda para recordar que debe mantenerse en contacto con la libertad, Esa pintura le daba algo por lo que luchar, casi le daba esperanza. Nadie le quitaría eso, y cualquiera que lo intentase tendría que pagar el precio. Cogió la anilla oxidada con fuerza y tiró de ella, haciendo que la puerta negra crujiera al abrirse con dificultad.

De improviso comenzó a girar, extendiendo violentamente la mano izquierda para asir la noche. La habitación empezó a temblar, el aire se cargó súbitamente; chispas azules empezaron a brotar de la oscuridad. Las estatuas cayeron a tierra, los cuadros chocaron con violencia contra el suelo al desprenderse de las paredes, la habitación aparentemente inanimada cobró vida de pronto en medio de una enorme confusión. De la oscuridad surgieron dos cuerpos, Simón y Michael, que se elevaron en el aire arrastrados por un viento invisible. Cada vez más alto, a seis u ocho metros del suelo, hasta que chocaron contra el techo de la caverna, peligrosamente cerca de las afiladas estalactitas. Con los brazos y las piernas extendidos, los dos hombres estaban apretados contra el techo como si, de alguna manera, la fuerza de la gravedad se hubiese invertido. Las armas que ambos portaban salieron volando de entre sus ropas. Pistolas, cuchillos, todo cayó al suelo desde las alturas.

— ¿Por qué? —rugió Finster—. ¿Realmente creían que podrían derrotarme a mí?

Se colocó debajo de ellos, mirando hacia el techo, y los guió con la mano como si fuesen marionetas indefensas movidas por hilos invisibles.

Si Michael había albergado alguna duda acerca de la verdadera identidad de su ex empleador, ahora se sentía preso de un terror absoluto. Vio cómo las velas y las antorchas cobraban vida, encendiéndose de manera espontánea a lo largo del perímetro de la caverna hasta iluminar todos los rincones. No tenía ni idea de la cantidad de arte depravado que había reunido Finster: el resplandor amarillo de las antorchas iluminaba diez veces más obras que las que había alcanzado a vislumbrar en su primera visita. La superficie que se extendía debajo de él, más grande que un campo de fútbol, contenía un sinfín de objetos que se alargaban hasta donde alcanzaba la luz, llenando la caverna más grande que nadie había visto nunca. El techo se ondulaba violentamente, y las estalactitas perforaban las sombras como si fuesen los dientes de las fauces de una bestia, mientras Finster se paseaba debajo de ellos, con su elegante traje sucio y desgarrado. Incluso desde esa distancia Michael podía ver que sus ojos se habían vuelto rojos con los reflejos de las llamas, profundos y amenazadores.

—¡Quiero que me devuelvan lo que es mío! —gritó Finster—. ¡Denme... mis... llaves!

Simón sentía un intenso dolor; tenía un corte en la cara hecho por una de las estalactitas y la sangre formaba un pequeño charco en su mejilla antes de caer en una fina lluvia hacia el suelo de tierra, varios metros más abajo. Pero en sus ojos no se advertía ningún signo de miedo mientras luchaba contra esa mano invisible.

—¡Nunca han sido “sus” llaves! —replicó.

—¡Ahora lo son, sacerdote! Como lo es todo lo que va con ellas. Ahora, denme mis llaves antes de que les arranque el corazón.

Con el rostro desfigurado por el dolor, Michael dijo sin aliento:

—Usted... hizo... una promesa. —Simón miró a Michael, confundido por sus palabras—. Dijo que nunca rompía un trato.

—¿Y? —se burló Finster.

—Me prometió que no me haría daño.

Finster sonrió.

—¡Vaya, qué inteligente! ¡Qué previsión! —Miró a Simón y añadió— Me temo que usted no disfruta de un acuerdo similar.

Simón fue aplastado con mayor fuerza contra el techo de la caverna, y el aire escapó de sus pulmones como si tuviese una prensa invisible presionándole el pecho.

—Ahora devuélvanme mis llaves —gruñó Finster, con voz ligeramente más estridente de lo que solía ser habitual en él.

Se alejó, pero al negar ante la puerta de la cámara se detuvo y se volvió.

—Tenía razón, Michael —dijo despectivamente—.

Prometí que no le haría daño, pero ésa es la razón por la que él trabaja para mí. No recuerdo que él le haya hecho una promesa semejante.

En la oscura escalera apareció el chofer de la limusina, el que había recogido a Finster en la autopista. Llevaba una pistola en la mano izquierda, la misma pistola que había utilizado para matar a los paramédicos.

Dennis Thal iba a redimirse finalmente ante los ojos de su jefe. Thal había llegado temprano aquella misma noche, cuando Finster se encontraba en la biblioteca disfrutando de los encantos de Joy. El multimillonario no dijo nada al verlo entrar en la espaciosa estancia; se limitó a mirarlo fijamente por su manifiesto fracaso. Thal jamás había imaginado que ese famoso multimillonario era el que había manejado sus hilos, que él era la misteriosa voz que impartía órdenes por teléfono. Los ojos de Finster intimidaron de tal manera al asesino, que éste fue incapaz de explicar su fracaso por temor a estar muerto antes de que la última palabra saliera de sus labios.

Y, entonces, Thal dijo lo único que le vino a la cabeza para seguir con vida:

—Están muertos.

La mirada de Finster se suavizó al oírlo. El último obstáculo real para su éxito — Michael Saint Pierre y ese sacerdote chiflado— estaba eliminado. Pero él seguía siendo el consumado hombre de negocios, prudente y sagaz. No dejaría ningún margen para el error. Había armado y protegido su casa con todos los recursos y todos los hombres a su disposición, había movilizado todo su ejército privado, incluido su chofer, para proteger sus llaves. Con este propósito Finster había ordenado a Thal que fuese su chofer esa noche.

Mientras Thal conducía la limusina, con Finster y su grupo de vividoras en el asiento trasero, esperaba que en cualquier momento una bala le atravesara el cráneo. Pero esa bala nunca llegó. Pensaba que llevaba escrita en la cara su flagrante mentira acerca de su éxito en la eliminación de Michael y Simón, y estaba convencido de que lo descubrirían. Había esperado durante dos horas fuera del club nocturno, preguntándose cómo lo mataría Finster cuando se enterase de la verdad. Pero, a medida que pasaba el tiempo, fue convenciéndose de que Finster nunca llegaría a saber la verdad, o tal vez... Tal vez fuese él quien matara a Finster.

Sus planes se vieron interrumpidos cuando su jefe fue sacado del club en una camilla. Cuando vio que Finster saltaba desde la parte trasera de la ambulancia, Thal, egoístamente, dio al hombre por muerto, lanzó la limusina contra la ambulancia y acabó con los dos paramédicos. Cuando se volvió hacia la carretera vio que Finster se levantaba del asfalto, sacudiéndose el polvo, sin un rasguño. Fue entonces cuando comprendió que ese hombre que lo había empleado era mucho, mucho más de lo que él habría imaginado jamás. Sus pensamientos se dispararon cuando atravesó con la

limusina las puertas de la propiedad y vio los cadáveres de los guardias esparcidos por el parque. Cuando las puertas saltaron de sus goznes con un mero giro de la muñeca de Finster... bueno, Thal nunca se había sentido tan fascinado con su jefe.

Thal permaneció con la vista fija en los dos hombres aplastados contra el techo de la caverna; finalmente sabía a las órdenes de quién había estado trabajando durante los últimos cinco años. El miedo no lo atenazó; su corazón no se alteró en un solo latido.

—Lo detendrán —dijo Simón. El sacerdote estaba prensado contra el techo, el rostro completamente enrojecido, los tendones del cuello gruesos como cables.

— No puede...

—Por supuesto —repuso Finster con fingida benevolencia mientras abría la puerta de la cámara.

—No puede robar el Cielo —jadeó Simón.

—Ya lo he hecho. Ahora quiero mis Lla...

Finster se interrumpió a mitad de la frase. La enorme puerta de la cámara se abrió de par en par con un crujido, y las llamas oscilaron dentro de la bóveda oscura. Miró hacia el interior. Un leve destello en el cojín carmesí llamó su atención. Ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos, y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

En ese momento Michael y Simón se precipitaron desde el techo de la caverna, cayendo desde una altura de dos pisos al suelo de tierra.

Finster estaba hipnotizado por las llaves: los ladrones no las habían cogido, después de todo; habían sido interrumpidos a media faena. Se irguió, echó hacia atrás su larga cabellera blanca y recuperó la compostura.

—Llévatelos de aquí —le dijo a Thal sin siquiera volverse a mirar a los dos hombres que se habían enfrentado a él; su voz triunfante era nuevamente meliflua como una canción— y haz lo que mejor sabes hacer.



Capítulo 34

Thal llevó a Michael y a Simón a través de la puerta principal a punta de pistola, pasando junto a los soldados muertos tendidos en la hierba y el camino particular, hasta la limusina negra. Los dos hombres estaban magullados y cubiertos de sangre; sus mentes obnubiladas aún se resistían a aceptar el terrible poder del que acababan de ser testigos.

Thal sacó dos pares de esposas, les aseguró las manos a la espalda, abrió la puerta del lado del pasajero y los empujó al interior del coche. Luego se instaló al volante del vehículo, que seguía con el motor en marcha, sin dejar de apuntar a la cabeza de Michael. Se alejó con la limusina hacia la oscuridad, pasó junto a los enormes jardines y los altos muros de piedra y, dejando atrás el camino particular, atravesó los campos. Los poderosos haces de luz de los faros delanteros perforaban las sombras, hasta que finalmente el coche se detuvo a unos cinco metros del viejo pozo.

Thal bajó de la limusina, abrió la puerta del lado del pasajero, cogió a Michael del pelo y lo arrastró con violencia fuera del coche. Luego lo lanzó contra la estructura de piedra, donde quedó tendido ante las cegadoras luces de los faros delanteros, iluminado como si estuviese en un escenario. Thal regresó al coche y volvió a los pocos segundos con un cuchillo de aspecto siniestro apoyado en el cuello de Simón.

—Nunca he matado a un cura.

Thal arrojó a Simón de bruces al suelo; el sacerdote no opuso ninguna resistencia, débil aún a causa del ataque de Finster.

Gracias a los potentes haces halógenos de la limusina había más claridad que en pleno día, y las sombras se proyectaban largas e inclementes. Era como si se encontrasen en un brillante y enorme quirófano rodeados por una audiencia de oscuridad. Thal metió la pistola en su cintura y extendió sobre la hierba húmeda por el rocío una abominable colección de cuchillos: serrados y en forma de mariposa, de hoja fina y ondulada, y para cortar huesos. Una colección que habría parecido natural en una carnicería, pero que en aquel escenario tenía un propósito mucho más malvado.

—¿Alguna vez han presenciado cómo se deshuesa a un ciervo recién muerto? —preguntó Thal con naturalidad.

Michael, con la voz anudada en la garganta, sólo pudo mirarlo con una expresión de impotencia.

—¿No? Bueno, pues ahora sabrán lo que les espera. —Thal cogió el cuchillo de hoja fina y afilada para cortar filetes—. Esta hoja es la más afilada de todas. Atraviesa la piel como si fuese seda. Es tan afilada que apenas si la sientes mientras hace su trabajo. Sólo eres consciente de que te falta un trozo de carne cuando el aire frío llega a los nervios expuestos. —Thal hizo presión con la rodilla sobre la cabeza de Simón, dejándolo completamente inmóvil—. Oí esa historia acerca de su madre, y eso realmente me inspiró.

—Salva tu alma —musitó Simón con el rostro aplastado contra la hierba.

—¿Se trata acaso de un guión estándar que les enseñan en el seminario?

—Se ha asociado con...

—Oh, vamos, amigo. Aleluya, amén, Jesús, sálvame Señor, etcétera... —Thal puso los ojos en blanco—. Ahórreme todo eso, ¿quiere? Así no puedo concentrarme.

Con la pericia de un cirujano, Thal cortó la tela de la camisa en la espalda de Simón.

Michael se debatió contra la pared del pozo mientras los gemidos nacían en lo más profundo de su pecho.

—Este cuchillo en particular es la hoja de un artesano, sostenido con delicadeza, como si fuese un pincel, entre el pulgar, el índice y el cordial.

Thal hizo una demostración.

Un detalle extraño llamó la atención de Michael. Los dedos meñique y anular de Thal sobresalían de un modo anormal del resto, sin doblarse como debieran. No había reparado antes en ello, pero ahora... Su corazón dio un vuelco. Había visto antes esas herramientas. Recordaba el cuchillo, cómo se había hundido en su hombro hasta el hueso, cómo un maníaco lo había arrastrado a través del suelo de un estudio. Cómo el dolor había permanecido en él hasta ese día, intensificándose con los cambios de tiempo. Y recordó también que aquélla había sido la primera vez en su vida que había deseado matar a alguien, una criatura tan perversa, tan repugnante, un hombre que había estado a punto de realizar actos inhumanos en una mujer.

—¿Cómo va el hombro? —preguntó Thal con una sonrisa.

Todo llegó a la mente de Michael como si fuese un torrente. Quién era Thal realmente... Cómo había sabido Finster de él y de sus habilidades... Por qué Thal lo había despreciado desde el mismo día en que se conocieron...

Las herramientas que ahora estaban extendidas sobre la hierba delante de él eran las mismas que había en el antepecho de la ventana de un apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York hacía cinco años y medio. Era Dennis Thal quien había

atacado a Helen Staten, dispuesto a consumir algún acto horrible sobre su cuerpo desnudo. Thal era la razón de que Michael hubiese abortado su fuga de la embajada de Akbiquestán. Él era el hombre con quien Michael había luchado en el apartamento de Helen Staten. Y era la razón de que lo hubieran atrapado y enviado a prisión.

—Ahora puedes ver por qué me interesas tanto —dijo Thal en tono jovial mientras volvía a concentrarse en su trabajo—. Esto sólo será una especie de práctica, para que tengas una idea de lo que vendrá después. La espera es mucho más excitante que la consumación, ¿no crees? He planeado durante algún tiempo los detalles de tu muerte. Cuando te recomendé a Finster para que robaras las llaves esperaba obtener mi recompensa al final. Serás mi Capilla Sixtina.

Esposado como estaba, Michael se debatió impotente contra la pared del pozo; sintió que la bilis subía por su garganta.

—Por favor, no te muevas —lo recriminó Thal—. Podrías sobresaltarme. Si lo haces, mi mano podría resbalar y clavar esta belleza de acero en el corazón de tu amigo.

Simón se concentró en apartar la mente de todo lo que estaba sucediendo, eliminando cualquier sensación. Su mente se llenó de imágenes de su padre cometiendo el mismo espantoso acto en el cuerpo de su madre. Ella había soportado su suerte sin entrenamiento alguno, sin la mente preparada y fortalecida por la instrucción militar. Su respeto por lo que ella había sufrido fue aún mayor, porque ahora estaba a punto de afrontar el mismo destino: la violación de su alma.

Thal estaba absolutamente concentrado, inclinado sobre Simón y a punto de separar la carne del músculo, viviendo plenamente el momento... y ése fue su error. Nunca alcanzó a oír el silbido del pie que atravesaba el aire, nunca vio la sombra gigantesca del hombre enfurecido.

La suela de la bota con enfranque de acero impactó con violencia en la oreja de Thal, y la fuerza del golpe lo envió rodando sobre la hierba mojada. La sangre comenzó a manar de la oreja derecha. No podía pensar con claridad, pero había algo de lo que estaba seguro: aquel tipo enorme lo iba a matar. Con la energía alimentada por la adrenalina de un animal acorralado, Thal se levantó y su mano voló a la cintura. Pero, aunque el movimiento fue veloz, no lo fue lo suficiente. Los dos policías, el oficial de la libertad condicional y el asesino, se miraron fijamente. Cada uno de ellos sostenía un arma que apuntaba directamente al otro. Era una situación de tablas.

—Estás un poco lejos de tu jurisdicción —dijo Thal con desprecio.

—Esto no tiene nada que ver con la ley.

La Sig Sauer de Busch apuntaba a Thal sin vacilar.

Por segunda vez en su vida, Thal se enfrentaba al miedo; el auténtico miedo ante la muerte que; paraliza todo el cuerpo y sobrecoge la mente. Thal se alimentaba del terror que inducía en los demás, una exquisitez para sus sentidos, pero hasta ese momento nunca lo había experimentado en carne propia. Y era una sensación horrible, sus piernas reducidas a gelatina, su mente hecha papilla. Hizo lo único que se le ocurrió: se lanzó hacia la derecha al tiempo que abría fuego.

Busch rodó por la hierba devolviendo disparo por disparo, pero Thal desapareció en la oscuridad detrás de los faros de la limusina. Michael y Simón eran dos patos de feria pintados, dos blancos esposados e inmóviles a merced del asesino. El policía cogió a su amigo y lo arrastró detrás del pozo. Luego regresó corriendo bajo las luces del coche en busca de Simón. Cuando las balas estallaron detrás de él, levantando la tierra junto a sus pies, Busch no se detuvo; rodó por la hierba para volver a levantarse y proseguir la carrera. Cogió al sacerdote por las piernas y lo arrastró a través de la andanada de plomo de Thal.

Una vez de regreso entre las sombras, Busch apoyó a Simón contra la pared del pozo. Luego se volvió y cogió las esposas detrás de la espalda de Michael. Sostuvo la cadena de las esposas contra la piedra del pozo y le ordenó a su amigo: “No respirees siquiera”. Busch apoyó el cañón de la pistola contra la cadena y la pulverizó de un disparo. Luego hizo lo propio con las esposas de Simón.

—No os mováis de aquí —gruñó el policía antes de desaparecer en la oscuridad.

Busch se arrastró por el campo, protegido por la oscuridad. La noche estaba en silencio, excepto por el zumbido del motor de la limusina. Si conseguía llegar hasta el coche podría recoger a sus amigos y salir de allí a toda pastilla. Aunque Thal perforase los neumáticos a balazos podrían poner suficiente tierra de por medio hasta estar a salvo. Busch avanzó lentamente hacia la parte trasera de la limusina, consciente del hecho de que podía caer muerto en cualquier momento. Su mente era un caos de confusión. Thal no se había implicado con él y con Finster por casualidad. El instinto de Busch siempre le había sido útil; ahora lamentaba no haberle hecho caso cuando le advirtió acerca de Dennis Thal. Esta vez no habría ninguna vacilación, ninguna palabra de rencor. Mataría a Thal allí mismo, y a la mierda con la ley.

Varios disparos impactaron en la parte delantera de la limusina y perforaron el chasis. Busch se aplastó contra la hierba. Aún le quedaban cinco balas en el cargador, pero de nada le serviría si Thal conseguía alcanzarlo con algún disparo. Echó a correr y abrió la puerta del conductor.

La bala lo alcanzó en el hombro derecho y su brazo quedó muerto a un costado del cuerpo mientras la fuerza del impacto lo hacía girar contra el coche. Busch perdió pie sobre la hierba mojada y cayó. Buscó la pistola con la mano izquierda, haciendo caso omiso del dolor en el brazo, y sus dedos rozaron el arma.

La bota le aplastó la mano, y los huesos se rompieron bajo el brutal impacto. Thal se agachó, cogió la pistola de Busch y la lanzó hacia la oscuridad.

—Hola, Peaches. —La sangre fluía de la oreja de Thal—. Errores, errores, errores... Algunos pueden pasarse por alto, pero otros son fatales. ¿Qué ha pasado con la ley? —se mofó—. ¿Recuerdas la ley, tu ley? ¿Nada de transigencia, nada de eludirla?

La acusación hirió a Busch con la misma intensidad con que el dolor le atenazaba el cuerpo. Él seguía siendo un policía. Y, aunque Thal lo acusara de haber abandonado su código de la ley, en realidad no lo había hecho; simplemente había dejado la ley aparte, mientras una ley más elevada entraba en escena, una ley que hablaba de amistad y lealtad, de compromiso moral. A veces había circunstancias especiales, y uno tenía la capacidad y la necesidad de mirar hacia otro lado mientras la vida tomaba otro cariz. Pero siempre había que pagar un precio.

Thal clavó aún más el pie en la mano de Busch, metió un cargador lleno en la culata de la pistola y alojó una bala en la recámara. Apuntó directamente a la cabeza del hombre que había llegado a despreciar y sonrió.

—La muerte de tu esposa será tan lenta como rápida será la tuya.

El rostro de Busch palideció al hacerse realidad sus peores temores.

Thal aseguró la posición de la pistola con ambas manos; no fallaría.

Y entonces, súbitamente, el aire escapó de sus pulmones como de un globo desinflado. Cayó violentamente contra la limusina sin tiempo para recuperarse, sin tiempo para protegerse del segundo y tercer golpe. Michael y Simón se habían arrojado sobre él, moviéndose a una velocidad de vértigo, y luego, tan rápido como lo habían golpeado, se retiraron.

Thal apenas podía tenerse en pie. La pistola había volado y tenía el cuerpo gravemente herido. Por segunda vez en esa noche interminable esperó que la muerte llegase de un disparo. Pero no fue así. Simón, Busch y Michael se limitaron a permanecer inmóviles frente a él, mirándolo en silencio, observando, esperando. Thal no sabía qué pensar, pero no podía respirar. No sabía por qué. Se aferró el estómago con ambas manos y luego las retiró, pringosas y resbaladizas. En una imagen borrosa, los rostros de todas sus víctimas acudieron a su memoria. Helen Staten, James Staten, mujeres, hombres, docenas de víctimas, todas mirando en silencio como mudos testigos de sus últimos momentos de vida. No había sentido la incisión —el escalpelo era terriblemente afilado— ni había visto a Simón cuando le hacía los cortes, pero sentía que sus intestinos se derramaban fuera del vientre; se deslizaban entre sus dedos como una anguila engrasada mientras él trataba desesperadamente de mantenerlos dentro del cuerpo. Los intestinos caían sobre la hierba nocturna desde el vientre rajado. Se esforzó por contenerlos con las manos,

intentando en vano devolverlos a su cavidad vacía. Luego, los fríos tentáculos de la muerte se cerraron sobre él, se tambaleó, y cayó muerto.



Capítulo 35

Las velas que aún permanecían encendidas estaban a punto de consumirse, y la sombra de Finster danzaba en la pared de la pequeña cámara privada. Volvía a ser el hombre culto, reservado y tranquilo de siempre, mientras admiraba las llaves que descansaban sobre el cojín de terciopelo. Desaparecido ya todo temor al fracaso, ahora podía gozar de su posesión y regresar a su hogar.

A pesar de todo lo que había dicho, nunca había dedicado tiempo a admirar su botín, salvo la noche en que había adquirido las llaves. De hecho, no le importaba en absoluto su aspecto; lo realmente importante de ellas era su significado. Pero su ego se impuso y, llevado por la vanidad, las contempló con un placer maligno. Ahora ya no había nada que se interpusiera en su camino.

Fuera, en la galería, en la sección dedicada a la diosa hindú Kali y oculto tras las pinturas que se apilaban contra la pared, el brillo rojizo de un contador palpitaba digitalmente hacia cero. Había cinco contadores repartidos por toda la caverna, programados para estallar a intervalos de treinta segundos. Los había preparado personalmente. Bombas incendiarias, compactas pero potentes; no eran artilugios explosivos sino rociadores químicos. Cuando se activasen, se elevarían unos tres metros en el aire y soltarían una sustancia gelatinosa que ardería instantáneamente al entrar en contacto con el aire.

Finster no prestó atención al pequeño estallido detrás de la pesada puerta negra y tampoco al silbido de lo que sabía que era fuego. En cambio, caminó alrededor del pedestal y se inclinó sobre él, como si estuviese estudiando los detalles de las llaves por primera vez. Sus zapatos de cuero crujían sobre el suelo de tierra mientras daba vueltas alrededor del pedestal. Un sonoro siseo llegó por debajo de la puerta; el aire de la pequeña cámara era absorbido en gigantescas bocanadas para alimentar el creciente infierno de la caverna. Las últimas velas encendidas que había dentro de la cámara comenzaron a apagarse por falta de oxígeno. Sólo quedaban unas pocas para iluminar su trofeo, y para iluminar el rostro desconcertado de Finster.

Algo no iba bien. Y lo que le preocupaba no era lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta de la cámara. Michael y Simón habían estado a punto de conseguirlo. Unos hombres tan decididos nunca se daban por vencidos, nunca se rendían. El amor de Michael por su esposa era más fuerte que cualquier cosa que

Finster hubiese visto antes, pero entonces ¿por qué había cedido, por qué había renunciado tan fácilmente? A menos que...

Finster examinó las llaves con mayor atención. Con gesto vacilante extendió la mano hacia la llave de plata, consciente de que le estaba prohibido entrar en contacto directo con todo aquello que fuese sagrado. Acercó los dedos cada vez más. Era la única manera de estar seguro, la única prueba verdadera. Con una súbita punzada de temor, cubrió las llaves con la mano. Y fue entonces cuando sucedió. Finster estalló en un torbellino de furia y lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones... no de dolor sino de rabia. Con el terrible reconocimiento de que lo habían engañado. En la llave de oro, deteriorado por el paso del tiempo pero aún visible, había un sello grabado, sutil, probatorio: "585". Finster dio media vuelta y abrió la puerta. Se encontró con una enorme bola de fuego que ascendía hacia el techo de la caverna; sus tentáculos ardientes se agitaban como látigos en las alturas. Toda la caverna estaba en llamas. El lienzo de las pinturas había prendido fuego, llenando el espacio con una nube negra y oleosa en forma de hongo, y las oleadas de calor fundían las esculturas de metal. En ese momento estalló la última bomba incendiaria, y su gelatina similar al napalm fue prendiendo todo lo que tocaba. El rugido de las llamas era ensordecedor, pero no era nada comparado con el alarido inhumano que escapó de los labios de Finster.



Capítulo 36

El estado de Busch era penoso. Simón y Michael le habían vendado la mano y el hombro, y ahora descansaba, apoyado de manera bastante incómoda sobre el capó de la limusina. Pero, en lo que a él concernía, todo estaba bien: viviría para ver otro amanecer.

—Hum, veo que las habéis conseguido. —La voz de Busch era poco más que un susurro.

Simón asintió, admirando las llaves que sostenía reverentemente en la palma de la mano, como si estuviesen hechas de cristal y pudiera romperlas con el aliento.

—Tan sencillas...

—Así es.

—Caballeros, tenemos que largarnos de aquí —dijo Michael.

Pero Busch seguía contemplando las llaves. No podía evitarlo.

—¿Puedo?

Simón las colocó con extremada delicadeza en la mano de Busch. Eran más grandes de lo que éste había imaginado y no tan impresionantes. Mientras las sostenía sobre la palma, esperaba ser iluminado, sentir la presencia de Dios o algo por el estilo, pero no sucedió nada de eso. En cambio, se sintió lleno de sorpresa y admiración por el hecho de que dos objetos tan pequeños pudiesen tener un significado tan importante. Michael había arriesgado su libertad, su vida, todo, para devolver esas dos piezas de metal moldeado. Y lo que impresionó a Busch no fue el simbolismo, sino la fuerza que infundían en el corazón de los hombres. Una creencia en lo intangible, una fe tan poderosa que los hombres estaban dispuestos a ir a la guerra por ella, morir por ella, a sacrificarlo todo con la convicción de una promesa. Era un milagro, un milagro de la fe, uno que él entendía muy bien pero que, hasta ese momento, jamás había experimentado personalmente. Y sentía que, debido a ello, todo saldría bien.

—Andando, chicos —insistió Michael, cada vez más impaciente.

Busch le devolvió las llaves a Simón, quien las envolvió cuidadosamente en un paño de terciopelo antes de guardarlas en el bolsillo. Busch sintió un enorme alivio. Después de todo lo que habían pasado, Michael y él volvían a casa.

Las puertas cristaleras de la biblioteca saltaron hechas pedazos, y las llamas explotaron hacia el exterior de la casa. La enorme mansión de piedra se había convertido en un auténtico infierno. Las ventanas estallaban por el calor, y escupían humo y llamas que iluminaban la noche. Una figura irrumpió en medio de esa bola de fuego y corrió hacia donde se encontraban ellos, junto a la limusina. Como si fuese una siniestra bestia salvaje, salvó los casi doscientos metros en unos pocos segundos.

—¡No devolverán nada!

La voz pareció surgir desde todas partes. Y, antes de que pudieran reaccionar, estaba de pie delante de ellos. Tenía las ropas convertidas en cenizas, en extraño contraste con su piel pura y lisa, sin una quemadura o mancha, algo imposible en alguien que acababa de salir de un horno a mil doscientos grados de temperatura.

Michael avanzó unos pasos, el cuerpo preparado para un ataque.

—¿Qué le hace pensar que...?

Pero, antes de que pudiera acabar la frase, Finster le retorció la muñeca y lo arrojó al suelo.

—Le provocaré un sufrimiento como nunca ha imaginado...

—Me dio su palabra —gimió Michael desde el suelo.

—No estaba hablando con usted. —Finster se había vuelto hacia Busch—. Ya no está en un santuario —le gritó al policía herido.

Busch retrocedió, tratando desesperadamente de alejarse de allí. Cayó al suelo desde el capó de la limusina, y su hombro herido estalló como un millar de fragmentos de cristal al chocar contra la tierra. Paralizado de dolor, se negó a dejar escapar ni un gemido, pero mentalmente profirió un alarido espeluznante. Su pesadilla se había hecho realidad: se estaba quemando, su piel ardía aunque no había llamas. Se encontraba nuevamente en el barco —el barco de su padre—, con las llamas danzando en la cubierta, subiéndolo por sus piernas, lamiéndole ávidamente el torso. Volvía a ser un chico indefenso, impotente ante el monstruo. El tormento era insoportable mientras se retorció de dolor en la hierba.

—¡Basta! —gritó Michael, poniéndose en pie con dificultad.

—¡Quiero... mis... llaves! —le gritó Finster, su voz tan mortífera como el incendio que consumía su mansión de piedra.

Los ojos de Finster eran fríos, inertes, negros como el fondo del océano. Michael se sintió invadido por un miedo que nunca había imaginado posible, un miedo no sólo por él o por Mary, sino por Busch, por Simón, por todo el mundo. Se volvió hacia el

sacerdote, aturdido y en busca de alguna respuesta. Éste sacudió la cabeza enfáticamente.

—Quiero que me devuelva las llaves o provocaré un terrible sufrimiento a todas las personas que conoce y ama —dijo Finster.

—¡Jamás! —gritó Simón.

Michael observó impotente cómo Busch se retorció sobre la hierba húmeda golpeándose el rostro y el cuerpo con ambas manos, tratando desesperadamente de apagar las llamas invisibles.

—¡No! ¡Basta! —gritó Michael, incapaz de seguir soportando el sufrimiento de su amigo—. Si le entrego las llaves, ¿me promete detener esto? ¿Me promete que no hará sufrir a nadie...?

—¡No lo haré! —rugió Finster.

—Entonces no hay trato —dijo Michael en un susurro apenas audible, sabiendo que esas palabras significaban la muerte de su mejor amigo.

Busch hizo un enorme esfuerzo para hablar.

—¡Michael! ¡No hagas tratos con él!

—¡LAS LLAVES!

Finster se acercó hasta apoyar la nariz en la de Michael; su aliento caliente era nauseabundo. Busch seguía retorciéndose en el suelo.

—No... seré... una... pieza... de cambio.

Y entonces vio algo en la hierba. Atenazado por unos dolores terribles, extendió la mano para cogerlo.

Michael vio a Paul por el rabillo del ojo.

—¡Paul, no, por Dios...!

—El no está aquí —se mofó Finster.

Los dedos de Busch se cerraron alrededor de su pistola, que apuntaba a Finster.

—No puede hacerme daño con eso —dijo Finster, sin molestarse en volverse hacia la pistola que apuntaba al centro de su espalda.

Pero la intención de Busch no era disparar contra Finster. El corpulento policía apretó el cañón de la pistola contra su cabeza.

—Prométeme que cuidarás de Jeannie y de los chicos...

—¡¡¡Paul!!! —gritó Michael, paralizado.

—No hagas que tus esfuerzos o mi sacrificio hayan sido en vano...

Busch no se había sentido nunca tan lúcido como en ese momento. Era como si el dolor que lo consumía fuera un bautismo de fuego, insoportable pero, al mismo tiempo, liberador. Creía en Michael, creía en Simón. Pero, sobre todo, creía en las llaves.

—¡Paul, no...!

—Quiero que me lo prometas —imploró el policía, con los ojos llenos de lágrimas posados en su amigo.

La angustia de Michael era atroz, y su corazón se negaba a pronunciar esas palabras, pero las dijo de todos modos.

—Lo prometo —susurró, sabiendo que estaba aceptando la sentencia de muerte de su amigo.

El dedo índice de Busch envolvió el gatillo y, con un enorme esfuerzo, lo apretó, pero su mano cayó sobre la hierba. La pistola estaba en silencio. Busch arqueó el cuerpo, jadeando, y los ojos se le desorbitaron mientras el corazón le fallaba. Luego quedó tendido inmóvil sobre la hierba.

—¡Lo ha matado!— gritó Michael.

—No —dijo Finster—. ¿No le habría gustado que lo hiciera? Habría sido tan oportuno... Su cuerpo no ha podido resistirlo; ha sufrido un infarto. Supongo que si no lo llevan rápidamente a un hospital, morirá... Devuélvame esas llaves, Michael, y dejaré que se marche. Devuélvame esas llaves y podrá salvarlo, aún está a tiempo. ¿Está dispuesto a hacer un trato con la vida de su amigo? Si no es así, su muerte pesará sobre su conciencia.

Michael estaba paralizado: ¿la vida de Paul o el alma de Mary? Finster tenía razón: escogiera lo que escogiera, llevaría sobre los hombros una carga insoportable por el resto de sus días.

Y entonces la furia lo invadió, eliminando toda razón y toda lógica. Se abalanzó sobre Finster, pero la única respuesta fue una risa burlona. Ciego de ira, Michael cogió a Finster del cuello y comenzó a apretarlo.

Y de pronto ella estaba allí, en el lugar de Finster.

Mary Saint Pierre.

Las manos de Michael la asfixiaban.

—Michael... por favor... no me mates —suplicó Mary, jadeante.

Michael se quedó paralizado de terror mientras su esposa luchaba por respirar.

—¡Mary! ¡Mary, lo siento...!

—Cierre los ojos, Michael. Es un truco —le advirtió Simón débilmente—. En el fondo de su corazón sabe que no es su esposa. No se rinda.

Era el primer signo de piedad que había visto en Simón.

Las manos de Michael cayeron laxas a los costados de su cuerpo. Se hincó de rodillas en la hierba, llorando, un hombre derrotado. Mary apoyó una mano sobre su hombro y, cuando Michael alzó la vista, ella había vuelto a transformarse en Finster.

—Michael, si me devuelve esas llaves, aún puede salvar a su amigo de la muerte, y yo dejaré que su esposa entre en el cielo. Eso es lo que ella desea, es por eso por lo que usted está haciendo todo esto. Le puedo garantizar que tendrá una paz eterna. — Finster hizo una pausa—. Le doy mi palabra.

Michael no se había sentido tan perdido en toda su vida. Miró a Simón.

—Su palabra no significa nada —le advirtió éste.

Michael se levantó en silencio, con el rostro bañado en lágrimas. Se acercó al sacerdote y, sin mirarlo a los ojos, le dijo:

—Déme las llaves.

—¿Qué? —Simón no podía creer lo que Michael le estaba pidiendo—. No he llegado hasta aquí para... —Apenas si podía controlarse—. No importa lo que nos suceda a nosotros, Michael. Esto es por Dios...

Finalmente, la frustración hizo estallar a Michael.

—¡Hemos llegado hasta aquí solos! No tuvimos ninguna ayuda de Dios. ¿Dónde estaba Él? Si Él quiere recuperar estas llaves, ¿por qué no nos ayuda? ¿Por qué no me envía una señal? —Su voz estaba teñida de desprecio—. Él puede conseguirlas sin ayuda de nadie. No me necesita a mí. ¡Él no ha hecho nada por mí! Y nada, absolutamente nada por mi esposa.

—Michael, no...

—Sí, Michael —intervino Finster, aprovechando el momento—. Él lo abandonó hace ya mucho tiempo.

—No, El no lo ha abandonado, Michael. Su nombre: Saint Pierre. San Pedro. ¿Cree que se trata acaso de una coincidencia? Estaba destinado para esto.

—¡No! —gritó Finster—. Eso no es verdad. Piense, Michael. —Su voz rezumaba encanto—. Si es así, entonces ha sido Dios quien le ha provocado todo este sufrimiento. Y si no es así —se acercó a Michael y añadió suavemente— entonces lo ha abandonado.

Las palabras de Finster resonaron como una prueba en el oído de Michael. Se volvió hacia Simón.

—Déme las llaves.

—Tendrá que matarme primero.

—No me obligue a hacerlo.

—Deje que lo ayude... —ofreció Finster.

El cuerpo de Simón se agitó súbitamente con movimientos de dolor extremo. Sus manos se extendieron a ambos lados de su cuerpo, formando una cruz.

—Me recuerda a alguien. Hum, ¿quién puede ser? —canturreó Finster con la mano en la barbilla.

Las palabras de Simón salieron de su boca en un débil jadeo.

—Michael, ha traicionado a Dios. No verá las Puertas del Cielo.

—Usted tampoco —replicó Finster sonriendo.

Michael se agachó y cogió el envoltorio de terciopelo del bolsillo del sacerdote. Luego se volvió hacia Finster mientras dejaba las llaves al descubierto.

—Si le entrego estas llaves, el alma de mi esposa pertenece a Dios. Ella disfrutará de la vida eterna en el cielo, descansará en paz. —Volviéndose hacia el cuerpo encogido de Busch, tendido sobre la hierba, añadió—Y no se interpondrá en nuestro camino cuando intentemos salvarlo. Dejará que Simón viva. No provocará sufrimientos a ninguna persona que yo conozca. A menos que me prometa todo eso, no le entregaré estas llaves.

Finster extendió la mano hacia las llaves con expresión codiciosa.

—¡Prométamelo! —exclamó Michael, apartando las llaves.

—Tiene... mi palabra —dijo Finster.

Simón cayó a tierra medio muerto... pero aún vivo.

Michael avanzó unos pasos con la mano extendida. Las dos llaves descansaban en su palma.

Finster retrocedió rápidamente con un visible temblor en el cuerpo.

—Espere. No puedo tocarlas.

—Entonces las dejaré en un lugar seguro.

—Michael, piense... en lo que va a hacer —dijo Simón con voz entrecortada—. El perdón, Michael... Debe recordar que siempre hay perdón.

—Entonces perdóneme, Simón.

Y luego, ante la sorpresa de Finster y del sacerdote, se dirigió hacia la estructura de piedra iluminada todavía por las luces halógenas de la limusina y, sin vacilar ni un momento.

Lanzó las llaves dentro del pozo. —¿Qué es lo que ha hecho?!

Finster, frenético, corrió hacia allí.

—Es su pozo. Estoy seguro de que encontrará alguna manera de recuperar las llaves.

—Pero no puedo tocarlas —protestó Finster con los dientes apretados.

—No es mi problema.

Michael se acercó a la limusina y abrió la puerta. Luego se agachó junto a Simón, pero éste rechazó airadamente su ayuda. Sin decir nada, Michael se acercó a Busch y, cogiéndolo por debajo de los brazos, comenzó a arrastrar su enorme cuerpo hacia la limusina. Simón se unió a él y aferró a Busch por las piernas. Entre los dos lo colocaron en el asiento trasero, y luego se perdieron en la noche.



Capítulo 37

Los bosques de las montañas de Baviera son más primitivos que cualquier otro lugar de la tierra. No es de extrañar que las grandes fábulas germánicas de Sigfrido el Matador de Dragones se originaran allí. La luz natural sólo consigue abrirse paso a través de la espesa cúpula vegetal hasta llegar al suelo del bosque en los días más soleados y, aun entonces, apenas si resulta suficiente para poder leer un libro. El estiércol y la broza descompuestos han creado un lecho mullido, hogar de multitud de insectos, aves y lobos. La civilización es sólo una presunción, y en muchas zonas el hombre no ha puesto el pie desde los tiempos de las grandes explotaciones forestales. Los antiguos caminos para el transporte de troncos, hoy cubiertos de musgo, representan la única ruta para las pequeñas aldeas primitivas, lo único que queda de la época de las grandes talas de bosques y que hoy sobreviven apenas gracias al comercio local.

En el borde suroeste del bosque, a veinte kilómetros del pueblo más cercano, había un pequeño grupo de antiguas construcciones. Una valla de madera y piedra rodeaba todo el perímetro a lo largo de casi un kilómetro, cubierta por una maraña de maleza y enredaderas.

Las cabañas de piedras y troncos databan de hacía varios siglos, y estaban dispuestas alrededor de una enorme estructura de piedra que se alzaba hasta una altura de cuatro pisos desde el suelo del bosque, disputándole la supremacía a las copas de los árboles. La construcción, parecida a un castillo, descansaba sobre un afloramiento de granito, y resultaba imposible determinar dónde acababa el entorno natural y comenzaba la estructura creada por la mano del hombre. Los rumores que corrían por el lugar decían que todo el pueblo había surgido de la tierra, el paso siguiente en la evolución de la Madre Naturaleza. Y, sin embargo, no había un alma a la vista, como si todos hubiesen recogido sus cosas para regresar corriendo a la civilización, incapaces de hacer frente a ese mundo salvaje e incontaminado.

En el límite de la comunidad abandonada, oculta en las sombras del atardecer, había una cantina, también construida en piedra, que parecía empotrada en el bosque. El destartalado techo de madera estaba cubierto de musgo, del que crecían retazos de hierba. Un cartel invitaba a los fatigados caminantes a entrar a beber una jarra de cerveza.

El interior era tan antiguo y simple como el exterior. Había un puñado de mesas y bancos sobre un suelo de tablas, y viejas ventanas de cristales emplomados, agrietadas y necesitadas de pintura. En las paredes colgaban varios tapices medievales con motivos de caballeros, dragones y paisajes. Michael estaba sentado solo frente a una mesa de madera, con expresión sombría, bebiendo una cerveza. En el lugar no había nadie más, salvo el cantinero, que lavaba vasos de espaldas a él. Michael había tratado desesperadamente de ponerse en contacto con Mary en Estados Unidos para decirle que ya estaba de camino a casa, pero se quedó conmocionado cuando la centralita del hospital le pasó con la habitación y la voz de una enfermera contestó:

—Cuidados intensivos. ¿En qué puedo ayudarlo?

La enfermera le había rogado que llegase lo antes posible, Su esposa había estado llamándolo, le dijo, y el tiempo se acababa. Mary había entrado en coma hacía quince horas.

Michael deseaba decirle a Mary que había conseguido solucionar las cosas. En cambio, le dijo a la enfermera que llegaría al cabo de veinticuatro horas. Aún le queda una cosa por hacer.

La puerta se abrió de par en par. Una violenta ráfaga de viento entró en el pequeño local provocando un pandemónium. Michael aferró con fuerza su jarra mientras el viento avivaba las llamas del hogar y levantaba nubes de polvo por todas partes. Y entonces entró, ardiendo de furia. Sus ojos marcaron a fuego a Michael cuando se acercó a la mesa y se sentó frente a él. Iba vestido completamente de negro, con el pelo plateado recogido en una coleta y las manos cerradas en dos puños tensos. La luz pareció abandonar la habitación, absorbida por el cuerpo de Finster como si fuese un agujero negro. Una pavorosa oscuridad emanaba de él, y se extendía como una plaga.

—Déme las llaves— ordenó con ira.

Michael permaneció inmóvil en su silla, con el corazón retumbándole en los oídos. Estúpidamente, había pensado que Finster no bajaría al pozo, que él conseguiría dejar atrás esa terrible pesadilla, pero ahora comprendía cuan idiota había sido. Michael había decidido correr un riesgo y había perdido. Había sido una jugada equivocada, y sólo había conseguido postergar algo que era inevitable. Había huido a toda velocidad de la mansión de Finster mientras Simón le administraba la extremaunción a su mejor amigo, Paul Busch, quien estaba tendido en el asiento trasero de la limusina, más muerto que vivo. Finalmente habían llegado a un hospital a las afueras de Berlín, y habían llevado a Busch a la sala de urgencias. Tan pronto como los médicos comenzaron a tratar a Paul, Simón y él habían regresado al coche. Viajaron hacia el sur, volando por la autopista durante doce horas, sabiendo que esa huida no hacía más que posponer su destino.

—Lo siento. —Michael no sabía qué otra cosa decir. Aferró el vaso con más fuerza, como si fuese un salvavidas.

El rostro de Finster mostraba un horrible color rojizo; apoyó las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba, y sus ojos perforaron a Michael. Este no desvió la mirada; no necesitaba hacerlo, pues sabía lo que llevaba el hombre que estaba frente a él: una llave de oro en una mano y una de plata en la otra.

Michael asintió.

—Ah... veo que alguien bajó al fondo del pozo.

Finster lo fulminó con una mirada preñada de odio, y luego lanzó las inservibles falsificaciones de metal hacia Michael.

—Quiero mis llaves. ¡Ahora!

Michael no se movió.

Finster se inclinó sobre la mesa, lo cogió del cuello con ambas manos y lo levantó en el aire como si fuese una pluma.

—El alma de su esposa me pertenece.

Las manos de Finster le estaban quitando lentamente la vida. Michael se debatió inútilmente.

—Pienso arrancar el alma de Mary y torturarla cada día durante toda la eternidad. ¿Lo entiende? —Sacudió a Michael con violencia—. ¡Déme mis LLAVES!

Finster lo arrojó contra la pared como si fuese un muñeco de trapo. Michael quedó tendido en suelo, hecho un guiñapo, aturdido y ensangrentado, sin una gota de aire en los pulmones. No tenía fuerzas para moverse, y estaba seguro de que se le había roto otra costilla. Miró hacia la barra buscando la ayuda del cantinero; pero el hombre debía de haberse escabullido ante el primer indicio de problemas. Finster recorrió la estancia sintiéndose completamente dueño de la situación. Era evidente que conseguiría lo que había ido a buscar y luego se marcharía.

—Maldito listillo hijo de puta. —Cogió la jarra de cerveza de Michael—. Nunca se debe incumplir un trato, Michael. ¿Acaso su madre no se lo enseñó? Y, si lo hace debe afrontar las consecuencias. —Vacío la jarra de un trago y se enjugó la espuma de los labios con el dorso de la mano—. Le di lo que usted quería, consiguió el dinero necesario para el tratamiento de su esposa. No es culpa mía que no haya dado resultado, usted lo sabe. No tengo esa clase de poder, a pesar de lo que digan los libros de cuentos. Dar la vida no está al alcance de nadie. Pero quitarla... —Dejó que la amenaza pendiese en el aire—. Yo lo ayudé, Michael, y usted me traicionó. Accedí a sus términos, dejé con vida a ese sacerdote demente, le prometí que su esposa disfrutaría de la vida eterna. Y usted me traicionó por segunda vez; rompió su palabra, Michael. De modo que ahora Mary me pertenece.

Los ojos de Michael ardían de odio mientras hacía un esfuerzo para levantarse del suelo.

—No se moleste. —Finster le indicó que se sentara—. Está acabado. —Con un giro de la muñeca, una de las mesas se puso derecha y se desplazó hasta donde estaba Michael—. Usted tenía dos juegos de llaves.

—Tres, en realidad. —La voz animada llegó desde detrás de la barra—. Pero usted nunca fue famoso por su inteligencia, ¿verdad?

Finster se volvió para ver al cantinero que se inclinaba sobre la barra. El hombre estaba vendado y llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Las terribles heridas del rostro curarían con el tiempo, pero las cicatrices serían un recordatorio para el resto de su vida. Sin pensarlo dos veces, Finster cogió a Simón por el pelo y le golpeó la cabeza contra la barra; luego lo alzó y lo arrojó contra la estantería de botellas.

La voz de Michael llegó desde el otro extremo de la habitación.

—Estaba demasiado furioso para pensar con claridad...

—¡Quiero las llaves auténticas y las quiero ahora mismo! —chilló Finster. Cruzó la estancia como una exhalación y, levantando brutalmente a Michael, lo acercó a un palmo de su rostro—. Sólo uno de ustedes puede tenerlas, de modo que sólo uno de ustedes está protegido por ellas.

Finster tiró a Michael en el rincón y cerró los ojos. Se había echado a temblar, y parecía más bestia que humano. A medida que aumentaba su frustración, todo indicio de humanidad desaparecía de su cuerpo. El viento continuaba soplando en el interior de la cantina, y las llamas del hogar se reflejaban como arco iris en los destrozados cristales de los vasos mientras las sombras danzaban en el techo. Finster bramaba de furia.

Simón estaba de pie, aturdido, haciendo esfuerzos por recuperarse. Apoyó su hombro sano contra el costado de la barra y empujó con todas sus fuerzas. Y lentamente, muy lentamente, la barra se movió. No mucho, apenas unos centímetros, pero se movió. Poco a poco la barra se desplazó por el suelo, mientras el sacerdote ponía en el empeño las pocas fuerzas que aún le quedaban.

Finster, perplejo, volvió a coger a Simón y lo alzó en el aire.

—¿Qué está...?

—¿Alguna vez ha oído la expresión “Engáñame una vez y la vergüenza caerá sobre ti —dijo la voz ronca de Michael desde el otro extremo de la habitación—, engáñame dos y la vergüenza caerá sobre mí?”

Finster hizo caso omiso de Michael. Aferrando a Simón por el cuello, le dijo con un gruñido:

—Esta vez nada podrá salvarlo, hombre santo, ni pistolas, ni cuchillos. Ningún Dios se interpondrá en el camino para salvarlo de la muerte. Y, cuando muera, no tendrá ningún lugar adonde ir, ningún cielo, ninguna recompensa eterna por la vida de sacrificios que ha llevado en nombre de su Dios. —Lanzó a Simón violentamente contra la pared—. Sólo estaré yo.

Michael se puso de rodillas trabajosamente.

—En cualquier caso, yo diría que lo he engañado tres...

Finster extendió la mano, y Michael voló hacia ella a través de la habitación como un metal atraído por un imán. Se debatió para liberar su cuello de las garras de Finster.

—Cuatro —dijo Simón, corrigiendo a su compañero mientras jadeaba tratando de llevar aire a sus pulmones.

—Engañado cuatro veces —convino Michael, mientras su voz menguaba a la par que su estado de conciencia. Ensangrentado y magullado, insistió con los dientes apretados—: Lo engañamos para llevarlo a ese club, que en realidad era una iglesia. Ésa es una. —Las palabras no eran más que un susurro—. Lo engañamos con el primer juego de llaves falsas que dejé en su galería. Dos.

—Y con el segundo juego de llaves que arrojó al pozo —añadió Simón.

—Tres —dijo Michael mirando al sacerdote—. Y la número cuatro...

Finster había llegado a su límite. Nadie jugaba con la muerte, y menos con una muerte particularmente maligna como la que él personificaba. Ya estaba harto de los juegos de aquellos dos hombres; el suyo sería el último juego.

—No hay ningún número cuatro para usted, Michael. Voy a encadenar su alma a mis pies de modo que cada día pueda ser testigo del tormento que provocaré a su esposa.

Finster lanzó a Michael contra la pared; pero esta vez no cayó al suelo, sino que permaneció pegado a la pared como si fuese un cuadro. La sangre le manaba abundantemente de la nariz y de una herida en la cabeza.

Finster extendió la mano izquierda, y el cuchillo de Michael salió de su cinturón. Voló a través de la habitación en línea recta hacia donde estaba Finster y, pocos centímetros antes de llegar, giró y se posó suavemente sobre su mano. Éste hizo girar el mango en su palma, admirando el brillo de la hoja, la forma en que el borde había sido afilado hasta conseguir una punta mortal. Luego volvió a extender la mano izquierda. La camisa de Michael se desgarró y los botones salieron volando por el aire. Su pecho quedó desnudo y completamente expuesto.

Finster se acercó a Michael y sostuvo la hoja del cuchillo delante de sus ojos.

—Usted mismo se quitará la vida.

Michael permaneció en silencio. Sus labios temblaban.

—Yo no puedo hacerlo —dijo Finster en tono despectivo—. Puedo anular su voluntad, llevarlo al borde de la muerte, torturarlo hasta que me implore que lo mate para acabar con su tormento, pero no puedo ir más allá de ese límite. Creo que ha aprendido muy bien ese secreto viendo agonizar a su amigo. —Finster señaló a Simón con el cuchillo—. No puedo cometer el acto final; de modo que usted lo hará por mí. Me entregará las llaves. Luego cogerá el cuchillo y se lo clavará en el corazón. Y, si no está dispuesto a darme las llaves vivo, no tengo ningún problema en quitárselas una vez que haya muerto.

El terror se reflejó en los ojos de Michael. Su cuerpo era incapaz de responder a las órdenes de su mente. Cualquier respuesta que pudiese dar a las amenazas de Finster se había perdido, reemplazada por el miedo: miedo de haberle fallado a Simón, de haberle fallado a su esposa. Y —finalmente lo reconoció— miedo de haberle fallado a Dios.

Finster deslizó la hoja del cuchillo por el pecho desnudo de Michael. La punta descansó sobre el corazón.

Luego le cogió con fuerza la mano izquierda y la atrajo sin esfuerzo hacia sí. Contra su voluntad, los dedos de Michael se abrieron, forzados por una fuerza invisible. Finster le colocó el cuchillo en la mano, y los dedos de Michael se cerraron alrededor del mango. Un hilo de sangre brotó de su pecho en el lugar donde la punta del arma presionaba la piel sobre el corazón. Finster retrocedió unos pasos, admirando a Michael aplastado contra la pared, al borde del suicidio.

Michael luchó con todas sus fuerzas. Su brazo temblaba por el esfuerzo, y el sudor le perlaba la frente, pero no podía apartar el cuchillo de su cuerpo. Aun aplicando toda su fuerza, con los músculos distendidos por la presión, no conseguía detener la voluntad del arma.

Y entonces, sin previo aviso, su brazo salió disparado como una catapulta, la mano que sostenía el cuchillo se arqueó hacia atrás y golpeó con fuerza contra la pared. Por increíble que pareciese, había conseguido recuperar el control de su brazo. Se deslizó lentamente por la pared, perplejo y sin saber por qué. Hasta que miró a Finster, que tenía los ojos fijos en él o, más precisamente, en el bolsillo de su camisa. Su concentración se había roto, desaparecido todo interés en su muerte inmediata. Una sonrisa se dibujó en los labios de Finster. Porque la cruz de Mary, sostenida por una larga cadena de oro, sobresalía del bolsillo de Michael. Y junto a ella pendían las dos llaves.

Finster extendió la mano para cogerlas.

Michael palideció.

—No puede tocarlas.

—Imbécil —dijo Finster, echándose a reír.

Se inclinó y sacó las llaves del bolsillo de Michael tirando de la fina cadena de oro. Mientras se balanceaban en el aire, Finster sintió que lo invadía la familiar sensación de náusea. Su cuerpo se estremeció al acercar las llaves. Sí, ésas eran las llaves auténticas. Y, a pesar del dolor que lo recorría, sintió una oleada de triunfo.

—Mías —exclamó, con absoluta satisfacción.

Michael se miró el pecho desnudo donde había estado la cruz de Mary. Ya no estaba. No la había llevado por respeto a Dios sino por respeto a su esposa. Ella había insistido en que lo mantendría a salvo, que lo protegería y lo llevaría de regreso a casa junto a ella. En aquel momento no le había creído. Pero ahora sí.

—Todas tuyas —dijo Michael.

Y, con un rápido movimiento, arrancó de la mano de Finster la cadena que sostenía la cruz de Mary —¿y las llaves y la pasó por la cabeza de Finster hasta dejarla colgando de su cuello. Éste trató de impedirlo, pero ya era demasiado tarde: su cerebro estaba aturdido, y su cuerpo debilitado ante la presencia de las llaves auténticas.

Con la cadena alrededor del cuello, las llaves cayeron sobre su pecho. De las profundidades del mismísimo Infierno brotó un grito atroz. Sacudido por un dolor inenarrable, Finster comenzó a dar vueltas por la habitación chocando contra mesas y sillas hasta que al fin cayó al suelo, donde siguió retorciéndose en una agonía indescriptible. Fuego y sangre rezumaban de su camisa negra mientras las llaves le quemaban la carne, clavadas en su piel.

Michael retrocedió hacia la pared tratando de mantenerse alejado de aquella escena. Simón contemplaba impasible lo que ocurría, testigo al fin de lo que había luchado por conseguir durante tanto tiempo. Y entonces Finster se quedó inmóvil con los ojos en blanco, ni un movimiento, ni un sonido, mientras el humo se elevaba de su pecho quemado. Había mesas y sillas tumbadas por todas partes, y marcas de garras en el suelo, junto a su cuerpo. La vida había abandonado al multimillonario.

Michael miró a Simón. El sacerdote apenas si conseguía conservar el conocimiento. Ambos habían perdido una buena cantidad de sangre, tenían varios huesos rotos y el cuerpo lleno de magulladuras. “Simón debe de estar acostumbrado a esto —pensó Michael—, pero para mí es la primera y última vez.” Se acercó a Finster y miró las llaves incrustadas en su pecho, las quemaduras de su torso. Nadie podría creer lo que acababa de presenciar. Había visto suficiente para diez vidas. Pero, al final, había conseguido lo que había ido a buscar, más una bonificación: estaba vivo.

Se agachó junto al cuerpo de Finster, y el hedor a carne quemada asaltó sus sentidos. Las llaves aún estaban calientes; las envolvió con un trozo de tela y tiró de

ellas. No se movieron. Las dos piezas de metal habían quemado la piel y se habían incrustado en el esternón de Finster. Michael afianzó los pies en el suelo, aferró firmemente las llaves y tiró con todas sus fuerzas.

Los ojos de Finster se abrieron. Michael se quedó paralizado al ver que se ponía de pie y empezaba a dar vueltas, clavándose las manos en el pecho en un desesperado intento de librarse de su sentencia de muerte. Su piel se caía a pedazos cuando hundía los dedos en la carne tratando de apartar las llaves de su cuerpo. Entonces sucedió. Con un último y terrible esfuerzo, Finster cogió la cadena y apartó las llaves de su pecho. Estas salieron despedidas por el aire y cruzaron la habitación hasta caer debajo de una de las mesas.

Finster se lanzó hacia adelante, cogió a Michael del cuello y comenzó a asfixiarlo. Y en lo único que podía pensar él era en esa carne chamuscada que tenía delante de los ojos, con la forma de las llaves marcadas a fuego en el pecho.

—Basta de trucos. —Ahora la voz de Finster era la maldad pura; no quedaban trazas del seductor tono que los magnates de la industria habían llegado a conocer tan bien durante los últimos diez años.

Michael jadeó, mientras la oscuridad invadía su visión periférica. Luchó por reunir los últimos gramos de energía, sólo un impulso final para acabar con aquella locura. Y con su último aliento musitó:

—Cuatro.

Y, extendiendo la mano, arrancó un tapiz de la pared. La escena mostraba a un caballero montado en un caballo negro, que clavaba su lanza en el corazón de un enorme dragón. El tapiz cayó al suelo y dejó al descubierto un altar oculto en una especie de vestíbulo. Sobre el altar había un único objeto: un crucifijo. Era muy sencillo, hecho de madera y piedra hacía siglos.

Finster abrió unos ojos como platos.

Michael continuó hablando con renovada energía.

—Esta vez no hay nadie que pueda sacarlo de aquí o que lo espere durante mucho tiempo.

Finster cayó en posición fetal, incapaz de controlar el dolor que lo devastaba. Un último pensamiento claro atravesó su mente antes de convertirse en cenizas: su furia lo había cegado. Había estado a punto de vengarse de Aquel que lo había derribado. Se maldijo por haber asumido la forma humana, por haber quedado atrapado en la red de los vicios y placeres humanos. Había caído presa de las flaquezas humanas, adicto a la lujuria y la avaricia que infectan a tanta gente. Las debilidades de su cuerpo eran las que lo habían llevado hasta esa iglesia, aturdiendo sus sentidos y cegándolo ante la verdad. Y ahora, cuando ese caparazón humano se deshacía y el espíritu quedaba sin la protección de la carne, el dolor lo quemaba por dentro como

un infierno. Su alma estaba inundada de luz; era como si lo obligaran a mirar el sol, incapaz de apartar los ojos de él. El cuerpo de Finster se encogía y comenzaba a desprender humo, mientras unas llamas pequeñas le lamían la carne.

El caparazón que era August Finster se estaba quemando.

Michael se levantó con esfuerzo y ayudó a Simón a ponerse en pie. Los dos hombres volvieron a poner en orden la pequeña capilla. Empujaron la falsa barra a través de la puerta y trasladaron los bancos que habían apilado en la parte posterior, para volver a colocar las filas ordenadas donde los fieles se reunían a orar. Con mucho cuidado dispusieron otra vez el altar con el cáliz y las velas, preparado para un servicio religioso que nunca tendría lugar.

Simón levantó del suelo el tapiz que representaba la acción del valiente caballero y le pasó un extremo a Michael. Entre ambos lo llevaron a través de la pequeña iglesia y cubrieron lo poco que quedaba del cuerpo de Finster. Simón tendió su extremo sobre los pies. Cuando Michael se inclinó para cubrir la cabeza, una mano le asió la muñeca. La mano estaba negra, chamuscada, más garra que dedos.

Unos ojos que ya nada tenían de tales brillaron desde las sombras del suelo, inyectados en sangre y vengativos, en un rostro que había desaparecido en la nada como ninguna otra cosa que Michael hubiese visto en su vida. Delante de él había un auténtico monstruo, ya no existía la fachada conocida como August Finster.

La voz no salía de sus labios, y tampoco llegaba a oídos de Simón; resonaba solamente en la cabeza de Michael. Y él sabía que estaba diciendo la verdad. No puedo morir nunca. La voz parecía venir de todas partes. Sin oscuridad no puede haber luz. Michael miró profundamente a los ojos de aquella cosa mientras ésta continuaba hablando. Siempre será así.

Michael apartó los lastimosos dedos de Finster de su muñeca, atravesó la habitación y recogió las llaves. Las sostuvo reverentemente en la mano, pasando las puntas de los dedos sobre el antiguo metal. Al igual que la cruz de Mary, eran objetos con un diseño mínimo, modestos en su simplicidad. Sin embargo, el poder y la fe que representaban eran mucho mayores que cualquier cosa que Michael pudiera haber imaginado jamás. Para el mundo representaban la fe; para su Mary, la esperanza. Y, para Michael, el amor.

Quitó las dos llaves de la cadena, dejando en ella sólo la cruz de Mary, y se las entregó a Simón. Luego se acercó nuevamente a Finster, que estaba inmóvil, con los crueles ojos completamente abiertos y el humo brotando aún de su cuerpo calcinado, y se agachó junto a él. Con mucho cuidado, Michael colocó la cadena alrededor del cuello del cadáver, y apoyó la cruz en el centro del pecho ennegrecido.



Capítulo 38

Cinco minutos más tarde, dos hombres salieron de la pequeña iglesia. Había caído la noche, y el bosque parecía vivo a su alrededor: grillos y búhos, ranas y cigarras. La pálida luz de la luna bañaba las copas de los árboles, alumbrando apenas el camino.

Simón había ayudado a Michael a colocar nuevamente el tapiz sobre los restos calcinados de Finster y luego lo habían llevado junto al altar. Apagaron el fuego que ardía en el hogar y apilaron las mesas y las sillas en un rincón, dejando el lugar tan ordenado como lo habían encontrado.

Michael esperó a que Simón quitase el cartel falso de la cervecería alemana que habían montado precipitadamente, y recuperaron el cartel auténtico que habían escondido entre los arbustos. Estaba escrito en alemán; pero Simón se lo había traducido:

CAPILLA DEL SANTO REDENTOR

NO SE CELEBRAN MISAS

TODOS LOS VIAJEROS SON BIENVENIDOS

PARA REZAR O BUSCAR REFUGIO

Había sido un plan concebido a toda prisa, pergeñado por pura desesperación; no era el método preferido de trabajo de Michael, pero estaba aprendiendo. Los colaboradores con los que habían contactado se mostraron más que serviciales, y convirtieron la capilla en un bar horas antes de que llegasen Michael y Simón.

Cuando Simón volvió a colocar el cartel original se produjo un movimiento casi imperceptible a su alrededor, como si todo el lugar cobrase vida. Decenas de personas salían de las casas y convergían hacia la capilla. Se movían en silencio, rozando la tierra con sus largas faldas y sus sotanas al andar. Otros salían de la oscuridad llevando carretillas y herramientas. Un monje empujaba un gran carro de mano; fuera había una gran cantidad de ladrillos y arena.

En pocas horas se habían levantado las nuevas paredes; pocos días más tarde, la construcción estaba terminada. Ahora una estructura de ladrillo y cemento encerraba completamente la capilla. No había puertas ni ventanas, ninguna forma de entrar o salir de allí. La tierra llevó un poco más de tiempo, cerca de un mes. Se transportó a

mano y, una vez que el trabajo hubo terminado, la construcción quedó cubierta por un gigantesco montículo de tierra. En él se plantaron árboles, flores y hierbas para que nada lo distinguiera del entorno. En la cima del montículo se colocó una estatua de mármol enviada desde el Vaticano, procedente de la propia Capilla Sixtina. Esculpida por Miguel Ángel en 1530, había sido bendecida por el papa y honrada por la Iglesia a causa del motivo representado: Jesús entregándole un par de llaves al apóstol Simón Pedro.



Capítulo 39

El aire húmedo se condensaba en las ventanas del hospital, Eran sólo las siete de la mañana y la temperatura alcanzaba ya los treinta y cinco grados, en uno de los días más calurosos del verano. Los turnos estaban cambiando; médicos y enfermeras con los ojos legañosos eran reemplazados por otros médicos y enfermeras con ojos igualmente legañosos. Un Michael magullado y herido recorría los pasillos blancos desiertos, pasando frente a habitaciones y salas vacías. Tenía la sensación de que en todo el hospital había un único paciente.

Había cogido el primer vuelo que había podido encontrar para salir de Munich; disputando una carrera con el sol, había volado a través del océano en un amanecer permanente, mientras el resplandor luminoso brillaba en el borde oriental del mundo. Mortalmente cansado, sin haber pegado ojo durante más de setenta y dos horas, fue incapaz de dormir ni un momento. Sus ojos permanecían fijos en el horizonte, en el cielo despejado con esa mezcla de azul y rosa que colorea el mundo antes de que despierte. Michael deseaba que el avión volase aún más rápido.

Entró silenciosamente en la habitación, creyendo que encontraría a Mary inmóvil y sumida en un coma profundo. Estaba despierta, esperándolo como si supiese que él llegaba. Si su frágil apariencia le impresionó, Michael no mostró ningún signo de ello. Sus ojos se llenaron de lágrimas al verla. Sin decir palabra, la cogió entre sus brazos y la abrazó para siempre. Ambos se recrearon en el milagro de que el otro seguía vivo.

—Lamento haber llegado tarde —dijo él mientras le acariciaba la mejilla.

—Has conseguido volver —contestó ella débilmente—. Eso es lo único que importa.

—Te llevaré a casa.

Mary sonrió sin moverse del abrazo de su esposo.

—Estaba pensando que tal vez podríamos ir una semana a Cape Cod, alojarnos en el Ship's Bell Inn, hacer el amor entre las dunas —susurró Michael con la cabeza hundida en el hombro de Mary.

—Hum... Tomar sopa portuguesa, langostas frescas...

El corazón de Mary rebosaba de alegría.

—Correr por la playa, retozar entre las olas. El sol calentándonos la espalda...

Michael la acunó mientras los rayos del sol que entraban por la ventana iluminaban su amado rostro.



Capítulo 40

Para sorpresa de todo el mundo, Paul Busch consiguió sobrevivir. Los médicos alemanes le dijeron que había sido muy afortunado al no haber sucumbido al ataque de corazón, y le advirtieron que debía reducir la ingestión de carnes rojas y el nivel de colesterol. Le suturaron la herida del hombro y le curaron los dos dedos. Las preguntas acerca del origen de sus heridas fueron silenciadas con cinco mil euros que Simón les entregó. Busch estuvo en condiciones de regresar a casa cinco días más tarde, y salió del avión para fundirse en un abrazo con Jeannie. Ella lo apretó contra su pecho durante diez minutos antes de echarle la bronca por todo lo que le había hecho pasar.

Ahora estaba sentado en un sillón en el despacho del capitán Delia, mientras su jefe lo machacaba desde allí donde lo había dejado Jeannie.

—¿Y ahora me dices que piensas retirar la denuncia por violación de la libertad condicional? —tronó Delia.

—La esposa de ese tío se estaba muriendo y él hizo un trabajo honesto para salvarla —contestó Busch.

—¿Y por qué todo ese jaleo, entonces? —Delia se paseaba por el despacho—. ¿Por qué lo pusiste bajo arresto domiciliario?

—Fue una reacción exagerada por mi parte; es un buen amigo y pensé que se estaba aprovechando de eso. Pero eso cambió cuando me enteré de todas las circunstancias. No violó ninguna ley, excepto una infracción menor de la condicional por haber abandonado el estado. No me lo habría perdonado si hubiese metido a ese tío entre rejas por una minucia como ésa. ¿Y usted?

—Basta de entablar amistad con los convictos en libertad condicional, Paul. Hablo en serio. —Delia se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de su sillón y se sentó pesadamente. Echó un vistazo a los dedos vendados de Busch—. ¿Podrías explicarme eso?

—Los niños, la puerta del coche, mis dedos y un dolor increíble.

Delia sonrió.

—Realmente te estás cayendo a pedazos. Por aquí circula el rumor de que tuviste problemas de corazón. ¿Crees que al paso que vas llegarás a final de año?

—Estoy bien, pero como demasiada carne roja. Jeannie me está presionando para que lo deje.

—¿Y tú qué piensas?

—Estaba pensando en seguir la costumbre y abrir un bar, pero no lo sé. Creo que no soportaría no volver a ver su amable cara todos los días.

Busch se levantó y abrió la puerta.

Delia lo detuvo.

—¿Has visto a Thal?

—¿Thal?

Busch se volvió.

—Sí, Thal. ¿Recuerdas? Asuntos Internos. Estás bajo investigación.

—Por lo que a mí respecta, podría estar muerto. —Eh, aquí no bromeamos con esas cosas. —Si lo veo se lo haré saber, capitán. Busch abandonó el despacho del capitán Delia.



Capítulo 41

Las habitaciones privadas están ubicadas en la sección este del palacio del Vaticano, con un montón de ventanas que dominan la plaza de San Pedro. Inadvertidas para el mundo, siempre han sido un lugar de soledad para el papa, un lugar donde el jefe de la Iglesia católica puede disfrutar de la sensación de llevar una vida normal.

La biblioteca contenía cinco mil volúmenes en sus estanterías de caoba. Allí el pontífice podía sumergirse en los libros, revistas y periódicos del mundo terrenal actual, mientras seguía en contacto con las antiguas tradiciones inherentes a su vocación espiritual. En un rincón de la estancia había tres grandes pantallas de televisión que exhibían las noticias que se producían alrededor del globo. El papa, un hombre que dominaba ocho idiomas, se encontraba cómodo en cualquier país, y disfrutaba viendo las noticias que modelaban la opinión humana.

Simón estaba sentado en la sala de recibo carmesí con expresión abatida. Los sofás y sillones, tapizados en terciopelo rojo con ribetes dorados, hacían que uno se sintiera transportado a los días del Renacimiento, cuando ese lugar era tanto el corazón del mundo político como el del mundo espiritual. La sotana negra de Simón y el alzacuello blanco contrastaban vivamente con la colorida decoración de la sala. Su vestimenta siempre hacía que se sintiera incómodo, como si no mereciera llevarla; aun así, la ropa tradicional del sacerdote ejercía un efecto tranquilizador en él, como si la tela le transmitiese su espíritu religioso. Con las manos apoyadas en el regazo, sostenía con reverencia la caja de madera que contenía las llaves, tallada por un carpintero hacía dos mil años. Levantó la tapa para admirar una vez más los dos sagrados objetos.

En ese momento se abrió una puerta interior.

—Su santidad lo recibirá ahora, padre —dijo en italiano un hombre bajo y calvo. El arzobispo Baptiste, el secretario personal del papa, iba vestido con el tradicional hábito púrpura propio de su rango.

—Gracias, eminencia —dijo Simón doblando la rodilla—. ¿Le ha hablado a su santidad de mi petición?

Simón sólo concebía un lugar seguro para las llaves: en poder del hombre más protegido del mundo.

—Nuestro santo padre lo ha encontrado divertido —contestó el cardenal—. Nunca antes ha llevado un llavero.

Ambos entraron en el sanctasanctórum donde el papa esperaba humildemente.



Capítulo 42

El otoño estaba a la vuelta de la esquina, y las hojas disfrutaban de sus últimos días de verdor. Los colores pronto se convertirían en un mosaico de rojos y dorados, como ha ocurrido desde que el hombre tiene memoria. Las flores que había plantado el mes anterior aún lucían todo su esplendor. Eran sus preferidas: margaritas. Michael se arrodilló ante una lápida sencilla, y leyó las palabras por milésima vez.

Mary Saint Fierre

El regalo de Dios a Michael

El regalo de Michael a Dios

Habían tenido tres semanas ininterrumpidas, en las que Mary había revivido. Su sonrisa radiante, sus ojos verdes claros y brillantes. Habían dejado que el tiempo transcurriera sin hacer absolutamente nada. Desconectaron el teléfono, el televisor y el ordenador. La comida y todo lo que pudieran necesitar se lo hacían llevar al apartamento. La vida era hablar, comer y reír, disfrutar de la presencia del otro. Su amor no se expresaba a través de palabras, sino de miradas y hechos. Un gran amor posee un consuelo que sólo pueden sentir aquellos que lo conocen realmente. Es cálido y seguro, libre de ira y de celos. Produce más euforia que las drogas, y nos hace inmunes a las crueldades de la vida.

Y entonces, inesperadamente, sin dolor, ella murió mientras dormía, con su esposo a su lado.

Michael permaneció junto a ella durante horas, sosteniendo su mano mientras lloraba en silencio.



Capítulo 43

Michael estaba sentado frente a su escritorio, con el extracto de su cuenta delante de él. La cuenta en las islas Caimán tenía un saldo de doscientos setenta y seis mil dólares. Pero no servía para nada. Mary había muerto; todos sus esfuerzos, todos los riesgos habían sido inútiles. Él sólo quería el dinero para salvarle la vida, y eso lo había llevado por un camino que había dejado sin responder la pregunta sobre la vida eterna de Mary. Simón le había asegurado que ahora todo estaba en orden. Pero él no lo sabía.

Y el dinero provenía de Finster. Era dinero contaminado y perverso para destruir a Dios y a la Iglesia. Sólo había provocado sufrimiento.

Hawk ladró, sobresaltando a Michael, y cuando el perro salió corriendo de la habitación alguien llamó al timbre. Michael guardó el documento del banco en el bolsillo trasero del pantalón y salió del estudio. Al abrir la puerta se encontró con una mujer alta, de edad indefinida.

—¿Señor Saint Pierre? —preguntó la mujer con un acento que Michael no pudo reconocer.

Michael la estudió. La mujer podía rondar los cuarenta años o tener unos bien conservados cincuenta.

—Lamento profundamente lo sucedido a su esposa. —Le entregó a Michael un elegante sobre—. El Vaticano le envía sus más sinceras condolencias y oraciones en su duelo.

Michael apartó la mirada; realmente no sabía cuál era su posición respecto a la Iglesia después de todo lo sucedido.

La mujer sonrió, percibiendo aparentemente su turbación.

—Señor Saint Pierre, por favor, entienda que la Iglesia comprende las trampas de la tentación. Pero, lo que es más importante, la Iglesia siempre cree en el perdón.

Michael miró a la mujer.

—¿Es usted monja?

Ella dejó escapar una breve risa.

—No. Me llamo Genevieve. Simón es un viejo amigo. Dirigimos un orfanato en Italia y he venido a buscar donaciones.

Michael permaneció en silencio, mirando el sobre del Vaticano.

Ella sonrió.

—No de usted, por supuesto. He venido a una reunión para recaudar fondos, y Simón me pidió que viniese a verlo para ver cómo estaba.

—Estoy bien —dijo él. Pero los dos sabían que no era verdad.

—Si hay algo que yo pueda hacer... —La mujer le tendió la mano—. Todo el mundo lleva el dolor a su manera. A veces, los que lo han sufrido pueden ofrecer ayuda.

Michael le estrechó la mano; era suave e inesperadamente delicada. Por un momento se sintió confortado por la presencia de esa mujer. No estaba seguro de si era su amabilidad o el hecho de dirigir un orfanato lo que le había impresionado. Aunque a él lo habían adoptado cuando era un bebé y lo habían criado unos padres cariñosos, siempre había sentido cierta afinidad con los huérfanos. Ellos eran los que estaban realmente solos en el mundo. Y aquélla era una mujer que cuidaba de esos niños olvidados, ayudándolos a comprender que no estaban solos, llevando a su mundo el poder del amor.

Michael metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón para tocar el papel con el extracto de su cuenta, y pensó: “Tal vez se pueda hacer algún bien de todo esto”. Ya sabía lo que haría con el dinero.

Pero eso no le daría paz. Nadie podía hacerlo; ni esa mujer, ni Simón, ni Busch, ni siquiera la Iglesia, por mucho que lo intentasen. Porque ninguno de ellos podía responder a la pregunta que seguía rondando sus sueños. Él no sabía si Mary estaba en paz. ¿Había encontrado realmente el Cielo de sus plegarias?



Capítulo 44

Era de noche, tarde. Michael estaba sentado en su estudio en el sillón preferido de Mary; Hawk roncaba a sus pies y C. J. dormía en su regazo. Se sentía completamente agotado, y por fin se deslizaba hacia un sueño profundo que necesitaba desesperadamente. Aquel día se había ofrecido a ayudar a Busch a entrenar al equipo de fútbol americano de su hijo. La temporada había comenzado hacía unas semanas, y habían ganado el partido 18 a 12. El equipo seguía invicto.

Michael intentaba encontrar una rutina, algo que le proporcionara alguna clase de estructura a su vida, que lo ayudase a llenar el vacío. Trabajo y fútbol infantil. Eso era todo lo que podía hacer por el momento, pero era un comienzo.

Aunque las llaves de oro y plata habían sido devueltas y había sido testigo de algunos hechos que jamás pondría explicar, aún albergaba dudas que lo acosaban día y noche.

La cuestión del más allá.

Esa in certeza le carcomía el corazón, y necesitaba desesperadamente una respuesta: las divagaciones de su mente lo habían destrozado la semana anterior, y no quería ni imaginar lo que podría suceder con el paso de los años.

Llevaba nueve horas durmiendo sin mover un solo músculo, lo máximo que había dormido en meses, cuando Mary entró silenciosamente en la habitación; su pelo nuevamente convertido en una gloriosa cabellera, su piel como el alabastro, sus ojos verdemar llenos de luz. Permaneció junto al sillón mirando a Michael, sonriendo ante su forma dormida. Luego se sentó ante el escritorio y abrió con cuidado el cajón; su mano desapareció en su interior buscando algo que al fin sacó. Miró con ojos brillantes las fotografías que se alineaban en las estanterías, deleitándose con los recuerdos, mientras la envolvía la felicidad.

Colocó el objeto en la pared —el clavo aún estaba allí— y retrocedió para admirarlo. El sencillo crucifijo colgaba de la pared en toda su simpleza, en todo su significado.

Regresó junto a Michael, se inclinó sobre él y lo besó con suavidad.

Los ojos de Michael se abrieron como si supiera que ella estaba allí y, por un instante, compartieron una sonrisa cálida e íntima hasta que los primeros rayos del sol se filtraron en la habitación y ella se disolvió en los haces de luz.

Michael estiró el cuerpo, completamente despierto, y C. J. saltó de su regazo al sillón. Michael se levantó y se acercó a la pared.

Enderezó el crucifijo y sonrió.

... porque supo que ella estaba en paz. Y su pregunta había sido respondida con un milagro.



Capítulo 45

En el corazón de la Selva Negra, en una región muy poco frecuentada, hay una zona celosamente protegida dentro de los límites de un monasterio abandonado en tiempos remotos. Cinco miembros de la Guardia Suiza enviados por el Vaticano protegen el lugar de forma permanente. Mezclados con los monjes, los hermanos y los sacerdotes, estos soldados no están obligados a llevar sus tradicionales uniformes azules, marrones y amarillos. Están allí para proteger una estatua esculpida hace quinientos años. O, más precisamente, protegen la tumba que hay debajo de ella.

Es el único lugar en el mundo donde se encuentra la Guardia Suiza fuera del Vaticano.

Fin

